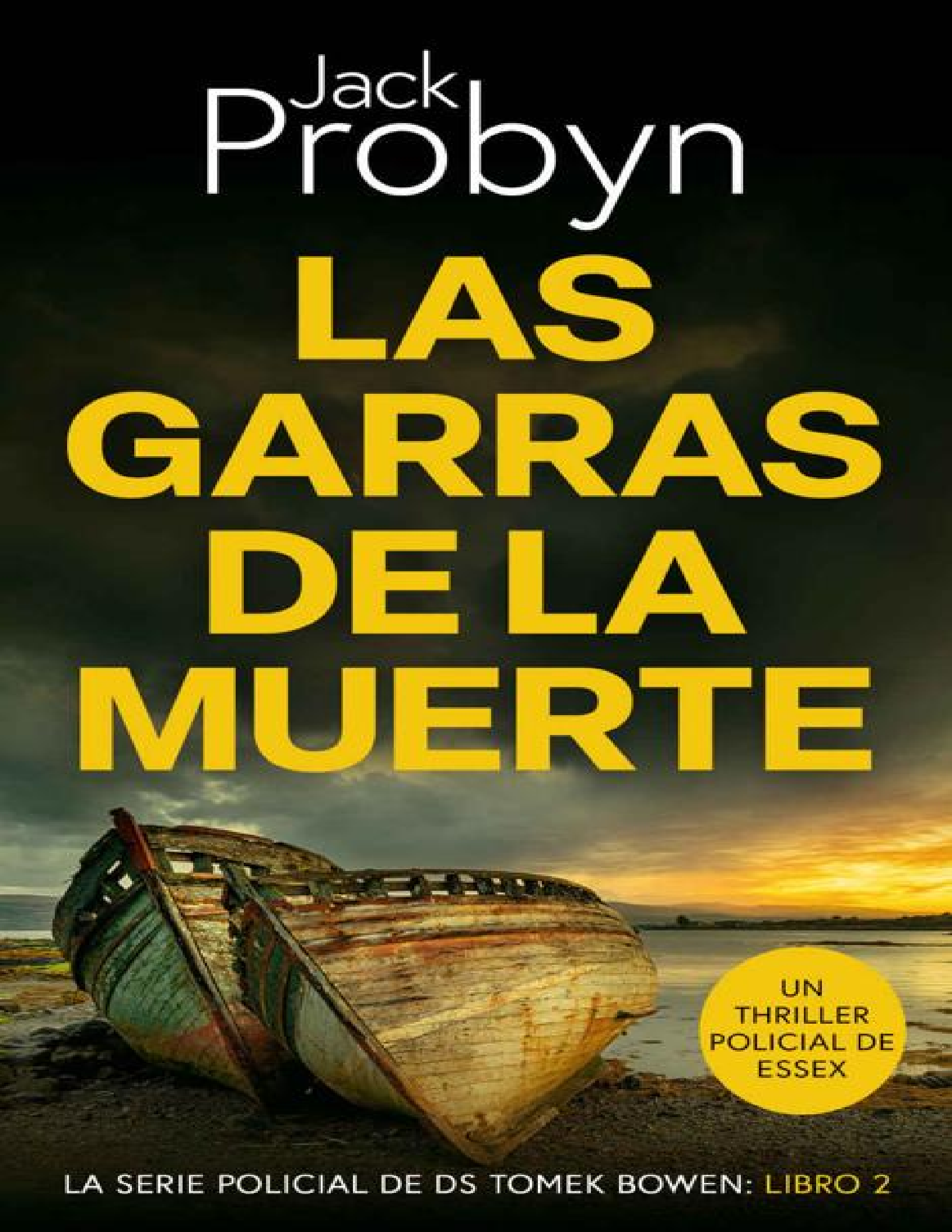
Jack Probyn

LAS GARRAS DE LA MUERTE



UN THRILLER POLICIAL DE ESSEX

LA SERIE POLICIAL DE DS TOMEK BOWEN: LIBRO 2

LAS GARRAS DE LA MUERTE

UN EMOCIONANTE MISTERIO DE ASESINATO BRITÁNICO

SERIE POLICIACA DEL DETECTIVE SARGENTO TOMEK BOWEN

LIBRO 2

JACK PROBYN

CLIFF EDGE PRESS

Copyright © 2025 Jack Probyn. Todos los derechos reservados.

El derecho de Jack Probyn a ser identificado como el autor de la Obra ha sido reivindicado por él conforme a la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988. Publicado por: Cliff Edge Press, Essex.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, negocios, empresas, eventos o lugares es completamente coincidencial.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en forma escrita, electrónica, de grabación o fotocopia sin el permiso por escrito del autor, Jack Probyn, o de la editorial, Cliff Edge Press.

eBook ISBN: 978-1-80520-122-9

ISBN: 978-1-80520-123-6

Primera Edición

Visite el sitio web de Jack Probyn en www.jackprobynbooks.com.

SOBRE EL LIBRO

Annabelle Lake creyó reconocer el Ford Fiesta que esperaba frente a su escuela, y al conductor que iba dentro. Se equivocaba.

Su cuerpo es descubierto tiempo después, colgando de un columpio en un parque infantil de Canvey Island.

La autopsia revela que había sido alimentada, vestida y mantenida caliente. Que quien fue responsable la había cuidado. Pero cuando otra chica desaparece y es encontrada de manera similar, ahí terminan las semejanzas.

Las dos chicas nunca se han conocido, no saben nada la una de la otra y proceden de entornos completamente diferentes.

¿Qué las conecta entonces?

El DS Tomek Bowen y el equipo de la Policía de Essex deben descubrirlo antes de que sea demasiado tarde. Y en una isla que está por debajo del nivel del mar, solo es cuestión de tiempo hasta que la verdad salga a flote.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62

Otras Obras de Jack Probyn
Sobre El Autor

CAPÍTULO
UNO

La última vez que Amelia Duggan vio a la pequeña Annabelle Lake fue cuando la despidió desde las puertas del colegio. La jornada escolar había terminado, y hordas de niños de la Escuela Primaria Canvey Beck salían a las calles con sus padres. Pero no Annabelle Lake. Ella no necesitaba que sus padres vinieran a recogerla. Vivían en la pequeña urbanización frente a la escuela, a un tiro de piedra de la entrada. Un breve paseo por la calle, cruzar en los semáforos, y ya estaba a salvo.

Amelia la observaba hacer el recorrido cada tarde solo para asegurarse de que cruzaba la calle transitada y entraba con seguridad por la puerta principal.

Esta tarde no fue diferente.

—¿Llevas tu mochila y tu abrigo? —preguntó Amelia.

—Sí, señorita —respondió Annabelle.

—¿Y te has lavado las manos?

—Sí, señorita.

—¿Estás segura? Te oí usar el baño hace unos minutos.

Amelia, sintiendo que había sido descubierta, rio infantilmente y luego se apresuró al baño. Eran las 3:30 p.m. La escuela había terminado quince minutos antes, pero Annabelle se había quedado, como solía hacer, para permitir que los alumnos mayores salieran del patio. No le gustaban las grandes multitudes, le daban miedo. Y Amelia estaba más que feliz de pasar esos quince minutos

adicionales con ella para asegurarse de que se sintiera lo más cómoda posible.

Unos momentos después, Annabelle Lake regresó al aula, con las manos mojadas. Las sostuvo en el aire, y Amelia chocó los cinco con ella. Eran las Dos A. Amelia y Annabelle, y Amelia había estado con la pequeña desde que ingresó a la escuela en recepción. La había visto crecer desde una niña tímida y retraída que no quería estar allí, hasta convertirse en una niña sonriente y exuberante que alegraba el día de todos en cuanto entraba saltando al edificio. A pesar de las dificultades que enfrentaría más adelante en la vida, no iba a dejar que estas le impidieran vivir el momento, vivir el ahora.

Llevando su bolsa por ella, Amelia siguió a Annabelle mientras bajaba las escaleras y atravesaba un conjunto de puertas dobles. Cuando llegaron al aparcamiento, el espacio estaba vacío, excepto por algunos padres que esperaban a que sus hijos terminaran la detención. Ese número en particular había estado aumentando en los últimos años. No estaba segura de qué estaba pasando con el lugar. Y como asistente de enseñanza no estaba al tanto de los detalles intrincados de cómo se manejaba la escuela, de cómo se estaba llevando a la ruina. El último informe de Ofsted los había calificado como "Requiere Mejoras". Estaba segura de que las actitudes y el comportamiento de algunos niños contribuían en gran medida a esto. En todos sus trabajos anteriores, nunca había experimentado niños tan desorganizados, rencorosos, vengativos y menos interesados en aprender como los de Canvey Beck, una de las escuelas con mejor rendimiento de la Isla de Canvey. Excepto Annabelle Lake, por supuesto. La pequeña Annabelle era la razón por la que venía a trabajar, la razón por la que esperaba con interés la tormenta de mierda que tendría que soportar cada día. Una parte de ella sentía que la caída absoluta de los servicios educativos en la escuela —y la creciente violencia que encontraba en el patio— se debía a la reciente afluencia de inmigrantes y migrantes en la isla. Sin ningún otro lugar adonde ir, y nadie más dispuesto a ayudarles, habían buscado refugio en el lado sur de la isla en los diversos parques de caravanas y viviendas sociales, para disgusto de los residentes restantes de Canvey. No decía que todos fueran racistas,

pero con la circunscripción de Castle Point entre las tres primeras en el mayor porcentaje de votantes a favor de la salida durante el referéndum del Brexit, era difícil imaginar cualquier otra razón que no fuera racial. La afluencia de niños de Europa del Este en la escuela había inquietado y puesto nerviosos a muchos de los niños que supervisaba en su clase, y solo en la última semana había puesto fin a tres peleas, todas involucrando a las personas que pensaban que merecían estar en la escuela y aquellos que creían que no. Y lo curioso era que, típicamente, eran aquellos que no tenían a donde más ir, los que huían de sus países devastados por la guerra, quienes se desempeñaban mejor en el aula. Eran tiempos preocupantes para la escuela, pero niños como Annabelle Lake eran su razón para tener esperanza. Ellos le inspiraban a continuar el trabajo que había amado durante tanto tiempo.

Al final del aparcamiento del personal, se detuvieron en las puertas de la escuela. La casa de Annabelle era visible detrás de una hilera baja de setos.

—Te veré mañana —dijo Amelia.

—Sí, señorita. La quiero, señorita.

Amelia respondió que también la quería, y luego cruzó los brazos contra el frío mientras observaba a la pequeña cojear por la calle, esperar pacientemente en los semáforos, y luego cruzar. Vio a algunos de los padres que reconocía al otro lado de la calle esperando a sus hijos, vestidos con chalecos acolchados y pantalones de chándal, un cigarrillo en una mano, el teléfono en la otra.

Annabelle caminó tranquilamente hacia su casa, su mochila demasiado grande rebotando con cada paso, pesándole. Cuando se acercaba a la línea de setos, un coche se detuvo junto a ella y se detuvo. La figura que conducía el coche era invisible detrás del resplandor del oscureciente cielo de noviembre y los reflejos de las nubes ominosas por encima que amenazaban con una semana de lluvia. Amelia examinó el coche en un intento de aliviar sus temores. Era un Ford Fiesta. Negro, con llantas negras, un subwoofer que emitía música a todo volumen y ventanas tintadas. Lo reconoció

como el coche del tío de Annabelle. Siempre venía a recogerla al azar. Decía que era porque ella se quedaría con él esa noche.

Como no tenía motivos para sospechar lo contrario, a menudo había dejado que Annabelle quedara bajo la custodia de su tío. Y ahora no era diferente. Todo lo que era visible de la niña eran las coletas en su cabeza y la parte superior de su mochila.

Amelia observó cómo Annabelle abría la puerta del coche y subía.

Un momento después, el coche salió del cruce y se dirigió en dirección opuesta.

La dirección que se alejaba de su tío y su tía.

La dirección que se alejaba de toda su familia.

CAPÍTULO
DOS

Tomek no sentía aprecio por los cementerios. Pensándolo bien, no podía imaginar a nadie que lo sintiera. Excepto aquellos a quienes les pagaban por trabajar allí, o los que se ofrecían como voluntarios para mantener los terrenos lo más limpios y respetables posible. E incluso entonces no creía que *disfrutar* fuera la palabra adecuada.

Tolerar parecía más apropiado. Sí, lo toleraban. De la misma manera que Tomek estaba aprendiendo a tolerar cosas nuevas en su vida. La hija que no sabía que tenía y que había aparecido en su puerta una tarde, el absoluto aburrimiento que sentía cada día al no poder trabajar mientras estaba suspendido, pendiente de investigación. Incluso le resultaba difícil tolerar la televisión diurna. Y luego estaba esto. El Cementerio de Southend. Una de las mayores, si no la mayor, colección de huesos y cadáveres que había visitado. Y había estado en algunas escenas del crimen que habían intentado superarlo.

Bajó la mirada y sus ojos se posaron en la lápida.

Tony William Hunt. Le gustaba el café más frío que su clima.

La inscripción dibujó una sonrisa en el rostro de Tomek. Eso lo resumía a la perfección.

El hombre llevaba muerto cuatro semanas, y en el primer aniversario mensual de su fallecimiento, Tomek pensó que ya era hora de hacer acto de presencia. Si había sido la culpa o el dolor lo que le había impedido asistir antes, no lo sabía. Lo único que sabía era que acababa de empezar a aceptar lo sucedido, y que si iba a

continuar con su carrera, necesitaría dejarlo atrás. No podía seguir viviendo en el pasado, con miedo de lo que había hecho y de cómo había ocurrido.

Una hoja grande, marrón y sucia por la lluvia que la había incrustado más profundamente en el suelo, golpeaba contra la parte inferior de la lápida. Tomek se inclinó para retirarla, para limpiar. Al incorporarse del suelo empapado, oyó pasos y el sonido de un abrigo tipo parka crujiendo. Se detuvo a pocos metros de él. Y si era posible, sintió que la presión del aire y la temperatura bajaban unos grados.

Luego percibió una mirada gélida quemándole la espalda.

—No... —fue la única palabra que salió de sus labios. Seguida de —: No... No, usted NO tiene derecho a estar aquí. ¡No! ¡Aléjese de él!

Tomek no necesitó que se lo dijeran dos veces. Tampoco necesitó darse la vuelta para averiguar quién le estaba reprendiendo por estar cerca de la tumba de Tony. Desde aquel día, el día del que Tomek se negaba a hablar con nadie excepto con las voces de la razón dentro de su propia cabeza, Susan Hunt había dejado muy claros sus sentimientos hacia él. Lo había expuesto públicamente en varios grupos de Facebook, había arrastrado su nombre por el lodo con los medios de comunicación y había ayudado a añadir los explosivos a la bomba que actualmente estaba en proceso de destruir su carrera.

Apenas podía culparla. Él *había* sido responsable de la muerte de su marido. Difícilmente podía reprocharle que pasara por todas las etapas del duelo y las canalizara hacia él de manera destructiva y vengativa.

—Hola, Susan —dijo Tomek con suavidad. Mantuvo las manos en los bolsillos e intentó que el tono de su voz fuera lo más ligero posible. No estaba allí para discutir, no estaba allí para ofender, solo quería presentar sus respetos e irse.

—Váyase a la mierda —le dijo ella—. Y púdrase.

—Solo quería presentar mis...

—No me importa. Lárguese. No tiene ningún derecho a estar aquí.

Eso era cierto, en circunstancias normales. Pero estas no eran circunstancias normales. La culpa lo había traído hasta aquí. Culpa por permitir que su marido muriera cuando tuvo la oportunidad —por mínima que pudiera parecer en ese momento— de salvarlo.

Tomek sacó algo de su bolsillo. Un sobre de café instantáneo de la marca Sainsbury's. Los tiempos habían sido difíciles últimamente, y no estaba en condiciones de comprar marcas de renombre, las marcas que Tony merecía.

—Sé que es su favorito —dijo Tomek, sacando un termo del otro bolsillo de su abrigo—. Pero pensé que podríamos tomar un café juntos. Con este tiempo, supongo que no se mantendrá caliente por mucho tiempo.

—¡No! —gritó ella, su voz extendiéndose sobre las tumbas, perturbando a los muertos—. No se le ocurra acercarse a él. Se lo he dicho. Si le encuentro aquí de nuevo, solicitaré una orden de alejamiento contra usted.

¿Podría obtenerse una orden de alejamiento contra una persona muerta? Tomek no lo sabía. Pero ciertamente no quería quedarse el tiempo suficiente para averiguarlo.

Ser el único en el mundo al que legalmente no se le permitía acercarse a menos de cien metros de un cadáver. Eso habría hecho su trabajo aún más difícil.

Bajando la cabeza, se retiró de la tumba hacia el sendero que atravesaba el cementerio. Susan estaba allí de pie, firme, su cuerpo rígido, bloqueando la ruta de salida de Tomek. Obligándole a tomar el camino largo de regreso a su coche.

—Sé que quizás nunca pueda perdonarme, y sé que quizás nunca quiera hacerlo, pero si pudiera, significaría mucho para mí si pudiéramos sentarnos y hablar de lo que pasó.

—Significaría mucho para *usted*, quiere decir —afirmó ella, no como una pregunta—. Esto no se trata de usted, así que no intente convertirlo en eso. Usted es quien le dejó morir, y espero que viva con esa decisión por el resto de su vida.

Tomek lo hacía, y seguiría haciéndolo.

No había pasado un solo día en que no hubiera pensado en ello, en que no le hubiera carcomido por dentro.

Pero no podía ni empezar a imaginar cómo se sentía ella. Había perdido a un marido, a su alma gemela, a su compañero de vida. Eso era mucho más grave y devastador que la culpa a la que él se enfrentaba. ¿Quién era él para suplicar perdón cuando era lo último que merecía?

Al darse cuenta de que estaba luchando una batalla que ya había perdido y que había sido un error venir aquí, Tomek le dio la espalda a Susan y se dirigió de vuelta a su coche, donde iría a encontrarse con el otro error de su vida.

CAPÍTULO
TRES

—¿Estás lista? —le preguntó.

Pero la pregunta nunca llegó a su destino; los dos tapones blancos metidos hasta el fondo en sus oídos lo impidieron. Para llamar su atención, agitó frenéticamente la mano delante de su cara.

—*¿Qué?* —siseó ella mientras sostenía los auriculares entre sus dedos, lanzándole una mirada desdeñosa.

—De compras. Vamos a ir. ¿Estás lista? Ahora.

El aire de descontento que salió de su nariz fue lo suficientemente fuerte como para hacerlo retroceder unos pasos, pero en las últimas semanas había aprendido a tolerarlo. De hecho, era una de las pocas cosas con las que realmente contaba.

—No quiero ir a comprar comida —le dijo ella.

—¿Quieres comer?

—Sí... —comenzó, y luego se corrigió—. No.

—Me temo que solo puedo aceptar tu primera respuesta. Y si quieres seguir comiendo, te levantarás del sofá, te pondrás el abrigo y los zapatos, y vendrás conmigo a la tienda.

—No eres mi madre.

—No, tienes razón. Soy tu padre. Lo que viene a ser exactamente lo mismo, solo que con más pelo en el cuerpo. Y lo que yo digo, va a misa.

Kasia permaneció firmemente plantada en el sofá, mirándolo fijamente, enfrascada en una batalla de desafío hasta que surgiera

un ganador. A principios de año, nunca pensó que estaría entrando en una lucha diaria de miradas y discusiones con una niña de trece años. De hecho, nunca imaginó que sucederían muchas cosas. No pensó que encontraría el amor y que desearía no haberlo encontrado en el espacio de unas pocas semanas. No pensó que alguna vez sería suspendido de su puesto de sargento detective, pendiente de investigación. Y ciertamente no pensó que descubriría que era padre, con trece años de retraso.

Nada de eso estaba en su cartón de bingo para el año.

—Tres... —comenzó, ejerciendo la paternidad de la única manera que conocía: desde la estricta crianza polaca a la que había sido sometido antes de que sus padres lo desmembraran de la familia—. Dos...

Aún así, Kasia se mantuvo firme, con el desafío brillando en sus ojos.

—No me hagas llegar a uno...

Afortunadamente, esta noche ella no estaba dispuesta a poner a prueba su paciencia. Ni tampoco estaba dispuesta a desafiarlo. Y así, con otra ráfaga de viento saliendo de sus fosas nasales, se deslizó del sofá y se dirigió al zapatero junto a la puerta principal. Se puso los auriculares nuevamente, y permanecieron allí durante todo el trayecto hasta su Aldi local. Desde que había entrado en su vida, se había convertido en una cosa y solo una cosa: una carga para sus recursos. Financieros, de tiempo y todo lo demás. Había consumido cada minuto de su vigilia. Asegurándose de que estuviera despierta y lista para la escuela; que tuviera comida para desayunos, almuerzos y cenas; que tuviera suficiente crédito en su teléfono para durarle el resto del mes; que tuviera uniforme escolar de repuesto después de que él hubiera derramado salsa de pasta sobre el que tenía mientras le servía la comida. Era constante, un choque cultural de máximo nivel. Durante los últimos veintidós años, desde que se mudó de casa de sus padres y vivió en varios lugares (con ex parejas y compartiendo casa con amigos), nunca había tenido que preocuparse por nada más que por sí mismo.

Nadie había dependido de él para sobrevivir.

Pero ahora todo eso había cambiado.

Y nunca lo sintió más que cuando andaba por los pasillos de Aldi con ella.

—¿Qué quieres para el almuerzo?

Como de costumbre, estaba con su teléfono. Pegada al maldito aparato. Pasaba tanto tiempo en él que empezaba a pensar que de alguna manera se había suturado a su mano.

—No sé —vino la respuesta típica con un típico encogimiento de hombros.

—Genial. ¿Qué tal esto? —Tomek señaló un frasco de chucrut.

Ella apenas le prestó atención, el contenido en su teléfono era infinitamente más atractivo.

—¿Te gustaría tener cien libras? —dijo abruptamente.

Eso, bastante previsiblemente, pareció captar su atención. Su cara se volvió hacia él y sus ojos se abrieron. —*¿En serio?*

—No. No en serio. Ahora... el chucrut. ¿Quieres un poco?

Ella miró con desprecio el frasco. —Puaj... no. ¿Qué es *eso*?

—Una delicia —le dijo—. Eres un cuarto polaca, así que comes cosas polacas. Vives en una casa polaca, así que *disfrutas* de las cosas polacas.

La voz de su padre resonó en su cabeza. Su viejo Perry le había dicho algo similar hace muchos años, cuando Tomek protestó una vez por comer repollo rojo durante diez días seguidos.

Ejerciendo la paternidad de la única manera que conocía.

—Quiero sopa —dijo ella, tomándolo por sorpresa.

—¿Sopa?

—Sí. ¿Sabes lo que es? ¿La tenéis en Polonia?

Tomek sonrió con ironía. —Creo que te va a gustar Polonia —dijo —. Si alguna vez tenemos la oportunidad de ir. O incluso si te llevo a ver a mis padres, tus abuelos. Prácticamente viven a base de sopa.

Eso pareció hacerla callar, y captó su atención durante el resto de la compra. Incluso si seguía siendo solo al cincuenta por ciento, lo aceptaría. Mientras serpenteaban por los pasillos, eventualmente se volvió más colaboradora y señalaba las cosas que quería comer y beber, en lugar de convertir todo en una discusión. Así fue hasta que llegaron a la sección de artículos de aseo.

—¿Necesitas algo de aquí? —Tomek miró fijamente la pared de productos de baño y para el cabello—. ¿Gel para el pelo? ¿Gel de ducha?

Tanta elección. Tantos productos innecesarios. Cada uno repleto de tonterías de marketing que no tenían sentido. Cosas que nunca había oído, palabras que estaba seguro que se habían inventado. Lo peor había sido cuando la llevó a Boots para que pudiera rellenar su bolsa de maquillaje (algo con lo que no estaba totalmente de acuerdo para alguien de su edad, pero eso era culpa de la madre, y otra discusión para otro día). Había pasado quince minutos tratando de procesar la inmensa cantidad de porquerías entre las que Kasia tenía que elegir. Las diferentes marcas compitiendo por el espacio cuando todas hacían exactamente lo mismo. Y cuando llegaron a la sección de cuidado de la piel, casi tuvo un aneurisma cerebral. Ácido hialurónico. Tecnología de péptidos. Cada uno pretendiendo hacer algo más, algo innecesario. Destensionar, desendurecer. Todo era des-algo hoy en día, una completa pérdida de tiempo, y le dolía verla caer en eso a tan temprana edad.

Pero de nuevo, eso era culpa de la madre y una discusión para otro día. Otra discusión que sabía que perdería.

—¿Desde cuándo la gente necesita quince "beauty blenders"? —le había preguntado. Había puesto el nombre entre comillas en el aire porque no podía creer que hubiera un nombre elegante para lo que era esencialmente una esponja blanda.

—Todos hacen algo diferente —había respondido ella con dureza.

Ahí estaba. Ese *algo diferente* otra vez.

—¿Qué, exactamente? ¿Este significa que puedes difuminar tu fosa nasal izquierda mientras tienes que usar el otro para el lado derecho?

Kasia había suspirado y lo había apartado de un empujón, alejándose rápidamente de la exposición. —Eres un hombre, nunca lo entenderás.

—Estoy tratando de hacerlo, por eso estoy haciendo la pregunta.

—No, no es cierto. Estás siendo un gilipollas al respecto.

Esa había sido la primera vez que le había insultado, algo que no le importó reprenderle en medio de la tienda. Recibía muchos

abusos en su trabajo, no iba a aceptarlo también en casa. Desde entonces, no había pronunciado una palabra peor que "mierda", y había sido dirigida a sus deberes en lugar de a él.

Ahora, sin embargo, mientras estaban uno al lado del otro, mirando la pared de productos para el cuidado de la piel de Aldi, Tomek sintió otra discusión incipiente. Se retiró hacia la pared de papel higiénico y cerró la boca.

—¿Desodorante? —preguntó, incapaz de contenerse.

Ella le lanzó una mirada fulminante y luego se dirigió furiosa hacia el final del pasillo.

Tomek tomó eso como su señal para seguirla, sin lanzarle ninguno de los comentarios mordaces que tenía en la punta de la lengua.

Al final del pasillo se unieron a la cola y luego pagaron por la compra. En el viaje de regreso, los auriculares habían vuelto a sus oídos, y se vio obligado a desempacar la comida solo, mientras Kasia se acurrucaba en el sofá, desplazándose en su teléfono.

TikTok, probablemente. O Snapchat. Parecían ser la moda hoy en día, y no tenía idea de ninguno de ellos. No con ningún tipo de detalle intrincado, de todos modos. Todo lo que sabía era que definitivamente no era un lugar seguro para ella. Pero no estaba en posición de ofrecer una alternativa. A menos que ella quisiera empezar a mirar fotos de cadáveres y leer notas de casos sobre asesinos en serie.

Una vez que terminó de descargar la compra, asomó la cabeza por la puerta de la cocina y la encontró sentada en el escritorio junto al alféizar de la ventana. Estaba mirando un trozo de papel.

—¿Todo bien? —le preguntó, algo tentativamente.

—Yo... tengo cocina mañana.

—Vale. ¿Qué es eso?

—Donde cocinamos cosas en clase.

—¿Y le pagan a alguien para hacer eso?

Ella asintió.

—Bien. ¿Qué necesitas que haga al respecto?

—Bueno, necesito un montón de ingredientes. Repollo. Zanahorias. Cebolla. Mayonesa.

—Jesús. ¿Qué vas a hacer?

—Ensalada de col, creo.

Tomek pensó en el recipiente de ensalada de col que estaba en el refrigerador. Trató de no enojarse, aunque ya intuía lo que venía.

—Vale...

—Bueno, necesito los ingredientes.

—No los tenemos.

—Los necesito.

—Pues qué pena —dijo.

—Pero si olvidamos los ingredientes, la señora Shaw dijo que nos va a dar un castigo.

—Entonces tal vez deberías haber pensado en eso mientras estábamos en las tiendas. No vamos a volver. Tendrás que explicarle a la señora Shaw que no tienes los ingredientes y que los tendrás la próxima vez.

—Pero... —Intentó protestar, pero las palabras se le cayeron de la boca.

Tomek sabía que ella había hecho esto a propósito. Para vengarse por algo. Por despecho. Para tomar represalias por lo que él pudiera haber dicho o hecho en los últimos días. O tal vez era solo su manera de vengarse lentamente por los trece años de su vida que él se había perdido. Esos que ni siquiera había conocido. Ella quería hacerlo quedar como un mal padre, un padre de mierda que no estaba dispuesto a volver a las tiendas para la educación de su propia hija.

No es que aprender a cocinar constituyera realmente una educación.

Y ella tenía toda la razón. No estaba dispuesto a volver a las tiendas, no cuando ella lo había sabido durante toda una semana.

Además, esta era su versión de la paternidad. Improvisando a medida que avanzaba.

Ejerciendo la paternidad de la única manera que conocía.

CAPÍTULO
CUATRO

En las semanas desde que Tomek había visto por última vez al DCI Nick Cleaves, el hombre había perdido lo poco que le quedaba de pelo en la cabeza, y el sonido de su respiración pesada y exasperada se había hecho más profundo. Como si suspirara con cada exhalación.

La reunión para discutir su suspensión había estado en el calendario de Tomek desde hacía casi una semana, pero casi la había olvidado. Se le había ido completamente de la cabeza, gracias a los pensamientos de repollo, zanahoria, cebolla y mayonesa que nadaban en su mente la noche anterior. No fue hasta que Kasia le preguntó muy educadamente —y sorprendentemente— cuáles eran sus planes para el día, que lo recordó.

—Tarde otra vez —comentó Nick mientras abría la puerta de su despacho—. Habría pensado que durante estas vacaciones tuyas podrías haber aprendido a ser puntual.

Tomek cerró la puerta tras él, silenciando las voces de sus colegas al otro lado.

—No llamaría a esto vacaciones, señor —dijo—. Más bien una pesadilla viviente.

—¿Tan mal están las cosas?

Tomek se sentó frente al hombre y colocó sus manos sobre su estómago, entrelazando los dedos.

—Me estoy volviendo loco en casa —comenzó—. Solo hay un número limitado de veces que puedo quitar el polvo del alféizar y

limpiar el baño. Casi he ahogado mis bonsáis de tanto regarlos. Los malditos apenas sobrevivieron a lo que les pasó, y ahora casi los mato porque no sé qué más hacer con mi tiempo. He perdido mi sentido de propósito.

—¿Ese enfoque no se ha trasladado a Kasia? —Nick cruzó las manos sobre su estómago más grande y voluminoso, imitando a Tomek. El de Nick había sido el resultado de años de permanecer sedentario detrás de un escritorio y una adicción poco saludable a los rollos de salchicha, mientras que el de Tomek había sido resultado de las últimas semanas. A veces confundía el aburrimiento con el hambre, y se encontraba atiborrándose de aperitivos y una cerveza furtiva por la noche si estaba de humor, lo que generalmente era el caso.

—Kasia está bien —respondió.

—Eso no es lo que pregunté.

—Lo sé. Pero Kasia está bien.

Nick suspiró, provocando una sonrisa en el rostro de Tomek. Era una de las cosas que más había extrañado desde su expulsión de la oficina: el famoso Suspiro de Nick el Desagradable, lo suficientemente potente y audible como para que sus efectos se sintieran al otro lado del mundo. Capaz de causar ciclones en el oeste y mover placas tectónicas en el este.

—¿Cómo os habéis estado... *llevando* los dos? —La vacilación en la voz de Nick era evidente. Quizás la conversación le recordaba su relación conflictiva con su hijo y la posterior decisión de este de unirse a las fuerzas armadas.

—Nos llevamos tan bien como se puede esperar. No somos los mejores amigos, pero...

—No se supone que seáis amigos —respondió Nick—. Se supone que sois padre e hija. Un equipo.

No solo Nick tenía un hijo con el que ya no hablaba, también tenía dos hijas, ambas de edad similar a Kasia. Una parte de Tomek se sentía inclinada a sincerarse y confesar al hombre que tanto respetaba, para pedirle ayuda y orientación. Pero la otra parte no quería admitir que no tenía idea de lo que estaba haciendo. No quería admitir que comenzaba a resentir a Kasia y todo lo que ella

representaba: su desastrosa relación con su madre, el trastorno que había causado en su vida y el futuro incierto para ambos. No quería admitírselo a su jefe. A cualquiera menos a su jefe.

—Eventualmente lo conseguiremos —le dijo a Nick, aunque no creía en sus propias palabras.

—Hmm. Estoy seguro de que sí. Mientras tanto, puede que pueda llenar el agujero negro en tu vida que ha dejado la falta de trabajo...

El rostro de Tomek se iluminó, y de repente la habitación pareció volverse un tono más brillante.

—Hace dos días, una niña fue secuestrada fuera de una escuela en Canvey —comenzó Nick—. Una profesora la vio salir de la escuela y luego subir a la parte trasera de un Ford Fiesta, justo frente a su propia casa. Al principio no pensó nada extraño, pero cuando la madre de la niña llegó a la escuela preguntando dónde estaba, fue cuando lo denunciaron. Han pasado cuarenta y ocho horas y todavía no ha aparecido.

Tomek asintió, su atención absorbida por las palabras de Nick y la emoción burbujeando en su interior. La emoción de que algo terrible le había sucedido a alguien y él podría ponerse su leotardo de superhéroe y salvar el día.

—Desde entonces hemos logrado encontrar el coche en el que fue secuestrada —continuó Nick—. Lo abandonaron en una granja en la zona de Maldon, en Latchingdon, para ser precisos. El coche está registrado a nombre de Bradley Baxter, aunque parece que fue robado. El señor Baxter denunció la desaparición del coche el mismo día.

—¿Y supongo que no había rastro de la niña? —preguntó Tomek. Mientras escuchaba, su mente había evocado imágenes de la pequeña subiendo al coche y siendo llevada al medio de la nada. Luego siendo sacada y... bueno, no quería dejar volar su imaginación todavía.

—Sí y no —respondió Nick—. Encontramos el ADN del señor Baxter en el coche, como era de esperar. También encontramos el de la niña. También encontramos el ADN de la novia de Baxter... y luego había uno más, relacionado con una mujer joven. Resulta que el

señor Baxter estaba teniendo una aventura con la mujer joven y su lugar de elección era el asiento trasero de su coche.

Tomek soltó una risita.

—¿Quién dijo que el romanticismo había muerto?

—Creo que eso te dice más sobre la juventud de hoy —respondió Nick—. En mis tiempos, los coches no eran lo suficientemente cómodos para ese tipo de cosas.

—¿No pensé que hubiera coches en tu época?

Nick le lanzó una mirada de desprecio.

—¿Entonces no había rastro del secuestrador? —preguntó Tomek.

Nick negó con la cabeza.

—Era como si ella misma hubiera subido al coche y conducido todo ese camino sola.

—¿Cómo se llama?

—Annabelle Lake. —Nick se estiró hacia el otro lado de su escritorio y le entregó a Tomek un grueso expediente. Aunque el caso solo tenía un par de días, el equipo ya había reunido una gran cantidad de información—. Declaraciones de testigos de padres y transeúntes que estaban fuera de la escuela en el momento en que fue secuestrada. Sus padres, familia extendida. Los informes de ADN que ya tenemos hechos. Todo está ahí.

Tomek tomó el documento de Nick con cuidado, casi ceremoniosamente, como si hacerlo bruscamente pudiera provocar que la carpeta estallara en llamas en cualquier momento.

—¿Significa esto que vuelvo? —preguntó Tomek, incapaz de ocultar la emoción en su voz.

—Todavía no.

Y entonces todo volvió a derrumbarse.

—Oh.

—Solo te comparto esto porque realmente podríamos usar tu ayuda. Solo para que lo leas, te familiarices con las notas.

—¿Por qué yo?

—Porque eres bueno con este tipo de cosas, dado lo que pasó la última vez. Salvar niños es lo tuyo.

Tomek inclinó la cabeza hacia un lado y sonrió con sarcasmo.

—Me estás haciendo parecer una especie de encantador de niños...

—No, tienes razón —comenzó Nick—. Ni siquiera necesitaste decir nada y Kasia apareció en tu puerta.

El ambiente en la habitación se derrumbó instantáneamente. Tomek contuvo la respiración mientras suprimía la ira que acababa de dispararse en su sangre.

—Yo... lo siento, amigo. Eso estuvo fuera de lugar.

Tomek no dijo nada. Mejor dejarlo revolcarse en su propio arrepentimiento.

—¿Qué está pasando con mi suspensión? —preguntó Tomek rápidamente. No quería estar en la habitación mucho más tiempo.

—El IOPC todavía está deliberando. Lo único que importa es tu palabra contra la de Katie.

—Ya sé todo esto. Pensé que tendrías algo más útil para mí.

Nick se inclinó hacia adelante en su silla y apoyó los codos contra el escritorio, la luz reflejándose en su cabeza calva.

—Aunque creo que hay una forma *no oficial* en la que puedes acelerar el proceso e inclinarlo a tu favor... Y creo que sabes cuál es.

Eso iba a ser difícil. La Oficina Independiente para Quejas Policiales, el organismo independiente que investigaba las irregularidades de los oficiales de policía en servicio, estaba actualmente decidiendo entre dos cosas: la primera involucraba una cuenta falsa de Instagram que se había creado a su nombre y que se había utilizado para enviar imágenes sexualmente explícitas de sí mismo a una menor de edad, mientras que la segunda era si el Inspector Detective Tony Hunt ya estaba muerto cuando Tomek lo encontró, o si había dejado morir al hombre para perseguir al criminal. La criminal en cuestión era Charlotte Hanton, o Katie Norton-Downs como él la había conocido, la mujer que Tomek había dejado entrar en su vida y en su hogar.

La única que podía detener la investigación e inclinarla a su favor.

—Lo pensaré —le dijo a Nick.

—Buen hombre. Solo traga tu orgullo y haz lo que necesites. Entonces volverás en un abrir y cerrar de ojos.

CAPÍTULO
CINCO

Después de que le dijeran que tendría que enfrentarse a la mujer responsable de poner en peligro su carrera, Tomek sintió la necesidad de tomar una copa. Así que, al salir de la oficina de Nick, había reunido a las tropas y les había dicho que se encontraran en el pub a la vuelta de la esquina de la comisaría.

The Last Post había sido un lugar frecuente para Tomek durante los primeros años de su carrera, y había sido el último sitio que uno de sus amigos había visitado antes de ser asesinado. Pero a pesar de las emociones negativas asociadas, todavía se encontraba allí por las noches después de un turno largo y agotador. A veces lo encontraban completamente vacío, cuando todos los estudiantes y jóvenes se habían trasladado a las discotecas, o se encontraban inmersos en toda la excitación. Rodeados de cientos de adolescentes borrachos y ruidosos, gestionando mal el alcohol e intentando ligar con tantos miembros del sexo opuesto como fuera posible.

Sin embargo, esta noche era día laborable, y todos los chicos con carnés falsos estaban ya acostados en sus camas.

Tomek estaba saboreando su segunda pinta cuando se abrieron las puertas. Entraron el sargento detective Sean Campbell, el amigo más cercano de Tomek, la agente detective Rachel Hamilton, la última incorporación del equipo, y la agente detective Nadia Chakrabarti, la mujer que él consideraba su madre en la oficina, a pesar de que era unos años menor que él. Esta noche iban vestidos casi informalmente, con vaqueros y camisas, con la obvia excepción

de Nadia, embarazada de cinco meses, que llevaba un vestido que cubría su barriga de embarazada. Era bueno verlos de nuevo, fuera de la oficina. Aunque solo habían pasado unas semanas, se había sentido como varios años. Varios años lejos de su familia extendida.

Una vez que se acomodaron en un reservado, apartados del resto de los hombres de mediana edad en esa esquina del pub, Sean se ofreció a pedir la siguiente ronda.

—¿Quieres una tercera? —preguntó Sean a Tomek.

—Por favor.

Nadia señaló el vaso medio vacío que sostenía protectoramente en sus manos. —¿Ha sido un día duro, verdad?

Tomek puso los ojos en blanco. —No te lo puedes ni imaginar.

—¿Qué tenía que decir Nick el Desagradable?

—Ya conoces a Nick. Respira más de lo que habla. Pero en esta ocasión estuvo sorprendentemente comunicativo. Me habló de Annabelle Lake, compartió los archivos del caso conmigo...

—Pobre chica —dijo Rachel, mirando fijamente las manchas de cerveza en la mesa. Su pelo caía elegantemente sobre sus hombros y tenía una nueva adición a su rostro: un par de gafas con estampado de leopardo—. No puedo imaginar lo que está pasando.

—¿Habéis tenido alguna noticia de los secuestradores? —preguntó Tomek—. ¿Han hecho algún tipo de demanda de rescate?

Ambas mujeres negaron con la cabeza. Entonces Rachel se quitó las gafas y las guardó en un pequeño estuche. Era su propia versión de soltarse el pelo. Y justo a tiempo, porque un momento después Sean regresó con las bebidas. Otra pinta de Peroni para Tomek, una pinta de Guinness para Sean y Rachel, y una pinta de Coca-Cola para Nadia.

—¿Eres la conductora designada esta noche? —le preguntó Tomek.

—Durante el próximo año y un poco más, sí. Pero no pienses que eso significa que puedes invitarme cada vez solo para que te lleve a casa —respondió Nadia, y colocó una mano sobre su barriga.

—Lo tendré en cuenta. —Extendió la mano y la colocó sobre su estómago. Se sentía firme y extraño al tacto, como un forúnculo gigante creciendo dentro de ella—. ¿Cómo va todo?

—Bien —respondió—. Tuve una ecografía el otro día. Todo está perfecto, todo está saludable.

Justo cuando estaba a punto de responder, sintió algo que empujaba su mano. Al darse cuenta repentinamente de que era el bebé de Nadia pateándolo, retiró la mano y gritó: —¡Ha dado una patada!

—No, no, no, no *ha*. Ella... *ella* ha dado una patada.

—¿Vas a tener una niña?

Nadia asintió. —Ahora podré pedirte consejo cuando tenga la misma edad que Kasia.

Ahí estaba. Kasia. Se preguntó cuánto tardaría la conversación en pasar a ella. Tiempo récord. Era lo único de lo que parecían querer hablar con él ahora. Nada relacionado con Charlotte, nada relacionado con Tony, nada sobre las noches sin dormir, nada sobre las imágenes que veía en su cabeza cada vez que cerraba los ojos de su amigo colgando allí, desangrándose, medio desnudo, suspendido de una cuerda. Nada relacionado con el deterioro de su salud mental. Nada relacionado con su creciente dependencia del alcohol para ayudarlo a lidiar con todo.

Nada de eso.

Solo Kasia.

Todo sobre Kasia.

—Vamos entonces —comenzó, aceptando la derrota—. Acabemos con esto.

—¿Acabar con qué? —preguntó Rachel. La luz del techo captó sus ojos marrones e hizo brillar su largo cabello castaño rojizo. O era el alcohol hablando, o sus sentimientos genuinos, pero de repente pensó que era bastante atractiva.

—Yo y Kasia. Kasia y yo. Saquemos todas vuestras preguntas del camino.

Un silencio cayó sobre la mesa mientras consideraban lo apropiado para decir. De un trago limpio terminó su segunda pinta y dirigió su atención a la siguiente que Sean acababa de comprarle.

—Esta es vuestra única oportunidad —dijo, reprimiendo un eructo.

Eso fue suficiente para inspirarlos. Sean fue primero y formuló la pregunta obvia.

—¿Cómo ha sido vivir con ella?

—Una mierda —respondió Tomek—. El piso no es lo suficientemente grande para los dos. He tenido que pasar las últimas cuatro semanas durmiendo en el sofá mientras ella vive como una reina en mi cama. Sus cosas están *por todas partes*, y mi parte del armario se ha reducido a lo que puedo colgar en una sola percha. Sus libros escolares están por toda la mesa del comedor y mi escritorio. No puedo tirarme pedos cuando quiero, ni siquiera puedo comer mis cacahuetes porque es extremadamente alérgica y con solo verlos le da un ataque. No puedo ver lo que quiero en la tele porque ella siempre tiene algo que quiere ver, incluso si no lo está viendo y está pegada a su móvil. Y esa es otra cosa: no habla; se pasa la mayor parte del tiempo desplazándose por su móvil. No creo que pase mucho tiempo antes de que sus ojos empiecen a volverse cuadrados. No me cuenta cómo le ha ido el día en la escuela. No se comunica conmigo. Y discutimos mucho. Es como cuando te mudas por primera vez con tu novia. Es *realmente* revelador.

Tomek tomó otro sorbo de su bebida, más largo esta vez, para calmarse. Se alegraba de haberse quitado eso de encima, sentía como si se hubiera liberado de un peso. Todas eran cosas que había sentido desde el primer día que ella se mudó. Sin embargo, había sido incapaz de expresarlas a nadie. Y sentía que podía confiar en estos tres, más que en Nick, o en sus padres, o en cualquier otra persona que conociera.

Sean colocó la palma de su mano sobre la mesa, indicando que quería hablar primero. —Esto puede sonar como una pregunta estúpida, pero ella definitivamente es tuya, ¿verdad?

Como si fuera un objeto de su posesión.

—Sí —respondió secamente.

Poco después de que apareciera sin previo aviso en la puerta de su casa, Tomek se había sentido obligado a validar su paternidad con una prueba de ADN. Había encontrado una en línea, tomado las muestras en casa y luego las había enviado para su examen. En veinticuatro horas, se había quedado noventa libras más ligero y con

una hija desconocida más. No creía que las dos cosas se cancelaran mutuamente.

—¿Quién es la madre? —preguntó Rachel.

Tomek no había querido entrar en eso, pero luego recordó que había prometido que podían hacer todas las preguntas que quisieran.

—Anika Coleman. —Tomó otro trago de la bebida para ayudar a reunir el coraje para continuar—. Habíamos ido a la escuela juntos y las cosas simplemente siguieron su curso a partir de ahí. Ella era una de las chicas populares en ese entonces, tenía a los chicos arrojándose a sus pies, y eventualmente logré estar con ella. Pero fueron los peores seis meses de mi vida. Me trató como una mierda, me engañó con algún tipo al azar, y luego su tío acabó matando a dos de mis amigos.

—Vaya... —fue la respuesta apagada de Rachel.

—Oh, y luego también me dejó inconsciente y me colgó sobre un puente ferroviario —añadió como si fuera una ocurrencia tardía, un detalle menor para agregar al final—. Afortunadamente logré escapar de esa pequeña experiencia con nada más que un rasguño, pero no he oído ni visto nada sobre su tío desde entonces. Para cuando regresé al piso que compartíamos en ese momento, Anika no se veía por ningún lado, así que agarré mis cosas y me fui de allí. No había hablado con ella en trece años... hasta hace poco. Resulta que ahora está en prisión por cargos de drogas y no había nadie más con quien pudiera ir Kasia.

Un silencio atónito se instaló en la mesa. Tomek lo llenó con los sonidos de sorber de su bebida y depositar el vaso con un poco más de fuerza de la que le hubiera gustado.

—Yo... —comenzó Nadia—. No sé qué decir, Tomek.

—No hay mucho que puedas decir realmente.

—Estoy asombrada...

—¿Cómo crees que me siento *yo*?

—No, no por eso. Estoy asombrada por lo que dijiste antes. ¿Cómo puedes decir esas cosas sobre Kasia? Ella no pidió estar en esta situación. Y sí, sí, sé que tú tampoco. Pero ahora los dos estáis en ella, así que necesitas callarte y seguir adelante. Sabes que te

quiero y todo eso, pero por lo que acabas de decir me parece que necesitas madurar y necesitas hacerlo rápido. Esto es mucho peor para ella que para ti. Tú eres un adulto, puedes procesar las cosas, puedes lidiar con ellas mejor que ella. Ella es solo una niña.

Tomek no pudo mirala a los ojos. Como un niño mimado que recibía su primera regañina. No podía mirar a ninguno de ellos a los ojos, de hecho.

—Ahora mismo probablemente está asustada y temerosa. Ya no tiene a su madre, y ahora le han cargado contigo. Su padre. Te guste ese título o no. Y ahora tienes que dar un paso adelante y ordenar tus cosas. Nadie te está pidiendo que seas el mejor padre del mundo, y ella ni siquiera sabe lo que es eso, así que sus expectativas no van a ser demasiado altas. Todo lo que tienes que hacer es ser el padre que ella necesita, no el padre que quiere. Y entonces creo que os llevaréis bastante bien.

Tomek se encogió ligeramente en su asiento. Era solo un pequeño movimiento, pero todos los demás en la mesa lo notaron. Sabía, en el fondo, que lo que ella había dicho era correcto. Más que correcto, de hecho. Era lo que necesitaba oír. Ahora todo lo que tenía que hacer era prestar atención a su consejo y ponerlo en práctica.

Lo cual sería más fácil decirlo que hacerlo.

—Odio decirlo, Nads —dijo—. Pero si eres así de dura con tu hijo, entonces odio pensar lo exitoso que va a ser cuando crezca.

—¡*Ella*! —le gritó en la cara, golpeando la mesa con la mano—. ¡Cuando *ella* crezca!

CAPÍTULO
SEIS

A Tomek le había llevado poco más de un día tomar una decisión. Y luego, dos días más conseguir que le aprobaran su cita. Mientras tanto, Nick y el equipo no estaban más cerca de encontrar a la pequeña Annabelle Lake y comenzaban a sentir que habían agotado todas sus opciones. Opciones en las que Tomek no estaba inclinado a centrarse. Al menos, no en este momento.

No cuando tenía un nombre que limpiar.

La alarma zumbó dentro de su jaula en lo alto, alertándole de que era hora de entrar.

Horario de visitas en HMP Send, en Woking, la prisión de máxima seguridad en el corazón de Surrey.

La puerta del otro extremo de la sala de espera se abrió y Tomek, junto con el resto de los visitantes, atravesó la puerta tentativamente, con un dejo de inquietud y ansiedad impregnando el aire, como si fueran ellos los que estuvieran a punto de ser encarcelados.

Tomek agachó la cabeza al pasar por la puerta y luego escaneó la sala de visitas. Charlotte Hanton, o Katie Norton-Downs como la había conocido en su momento, había sido en algún momento el amor de su vida. Ella había tropezado con él por error, se había quedado allí, lo había hecho enamorarse de ella, y luego se había ido, arrancándole el corazón en el proceso. Excepto que no había sido un error en absoluto. Más bien, una artimaña inteligente y

manipuladora para mantenerse cerca de la investigación del triple asesinato en la que él estaba trabajando.

La localizó. Sentada de espaldas a él, con su pelo castaño cayendo hasta la mitad de su espalda, cubriendo el jersey gris del chándal que estaba obligada a llevar.

Se dirigió hacia ella.

Tan pronto como vio su rostro, trató de reprimir la sopa de emociones que sentía burbujear dentro de él. La ira, el resentimiento, la traición, la herida, el dolor. El amor residual y el afecto que aún permanecían en algún lugar en el fondo de su estómago, aunque sabía que no deberían estar allí. A pesar de todo lo que ella le había hecho, todavía sentía lástima por ella. El amor de su vida estaba sentado en prisión. Así no era como debía ser. Se suponía que debían haberse quedado juntos, tal vez incluso casarse.

Pero sus trayectorias habían ido en direcciones completamente diferentes.

—Tomek... —dijo ella, con voz de susurro tentador. Le sonrió, mostrando los dientes.

Esa sonrisa. No podía. Siempre había caído ante *esa* sonrisa...

—Hola, Charlotte —dijo él, tratando de sonar lo más frío posible —. Te ves bien.

—Gracias —respondió ella, examinando su chándal como para asegurarse de que estaba viendo el mismo atuendo que él—. Eso significa mucho para mí. Lo aprecio. Especialmente viniendo de ti. — Colocó una mano sobre la mesa que los separaba, con la palma hacia arriba.

Tomek no se atrevió a mirarla. Porque si lo hacía, sabía que el deseo de tocarla y envolver sus dedos con los de ella sería demasiado fuerte.

Después de un breve momento, ella captó la indirecta y retiró un poco la palma.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó ella.

Tomek hizo una pausa, sopesando la decisión de mencionar el tema de Kasia en la conversación.

—Aburrido —respondió.

—Me enteré de que te suspendieron.

Tomek asintió.

—Eso debe estar volviéndote loco. Siempre estuviste tan obsesionado con tu trabajo.

—Y por una buena razón.

—También escuché que te ha caído una pequeña sorpresa en tu puerta.

El corazón de Tomek vaciló un momento. Contuvo la respiración. Contempló...

¿Cómo lo sabía? ¿Cómo podía haberlo sabido?

—¿Cómo...?

—Espero que no te importe la intrusión —dijo ella, bajando la voz una fracción—. Pero algunas de las mujeres aquí me hicieron un favor. Quería ver si estabas bien. Afortunadamente, tienen gente fuera que les debe algunos favores, así que los cobraron. Todo es muy cíclico en este mundo.

Una docena de pensamientos corrieron por su mente. Intentó pensar en cualquier cosa sospechosa que hubiera visto fuera de la casa, en algún lugar de la calle. El mismo rostro dos veces. El mismo coche que había estado allí durante unos días. El mismo coche que no tenía ningún motivo para estar allí.

No recordó nada en absoluto.

—¿Me has estado siguiendo?

—¡Solo una o dos veces! —dijo ella, como si eso lo mejorara—. Solo necesitaba saber que estabas sobrellevándolo.

—No he tenido tiempo de procesarlo —mintió. Las noches que había pasado despierto podían dar testimonio de ello.

—No me sorprende. —La sonrisa volvió a su rostro, y se colocó un mechón de pelo grueso detrás de la oreja—. Tendrás que contármelo todo sobre ella. Quiero saber su nombre, qué le interesa. Nunca me dijiste que tenías una hija.

—*Tú* nunca me dijiste que tenías una hija —replicó Tomek, comenzando a dejar traslucir el veneno en su voz.

Mientras estaba sentado allí, se sentía cada vez más incómodo. Una de las mujeres en la sala con él había enviado a alguien a su casa. Lo habían visto, lo habían espiado, tal vez incluso habían escuchado sus conversaciones. Habían roto su burbuja de privacidad

y estallado su seguridad. No solo eso, habían estallado la seguridad de Kasia. No había forma de saber qué tipo de cosas perturbadas e insidiosas Charlotte podría haber planeado para ambos. Dios sabía que era capaz de ello.

—No quiero que tú ni nadie que conozcas esté cerca de mi piso, ni cerca de mi hija —siseó—. ¿Entiendes? Eso es un gran no-no. Y no lo toleraré.

Las pupilas de Charlotte se dilataron, y su cabeza se inclinó hacia un lado. En ese momento, parecía unos años más joven, y mucho más atractiva. —Tomek, cariño. Yo nunca lo haría. Te lo dije todo el tiempo, nunca quise hacerte daño. Solo enseñarte. Solo cambiarte... Y funcionó, ¿no?

Tomek bajó la mirada a su regazo. Esa era una pregunta con la que se había enfrentado varias veces, en la oscuridad de la noche, mirando hacia las cortinas que brillaban con un tono naranja profundo mientras la luz del exterior trataba de atravesarlas. Ella *lo había* cambiado, sí. Le había hecho ver cómo los pedófilos y los violadores eran personas enfermas, personas a las que no se podía ayudar, sin importar cuánta ayuda y consejo recibieran. Le había hecho ver que su colega, a quien ella creía parte del mismo grupo malvado, sufría de la misma enfermedad. Le había hecho cambiar sus creencias para que dejara al hombre allí para morir, para sufrir el castigo que pensaba que merecía.

Tomek cerró los ojos.

Pero no lo había merecido. Para nada. Tony no había sido un pedófilo ni un violador. Era todo lo contrario. Un inspector detective dedicado y trabajador que se había puesto en la difícil posición de fingir ser un monstruo. Se había usado a sí mismo como cebo para atraer al asesino. Y había sido él quien pagó el precio.

Y también Tomek.

Había dejado morir a alguien.

Su propio amigo, su propio colega. Y esa decisión lo acompañaría el resto de su vida.

Miró a Charlotte, encontrándose con su mirada.

—Me hiciste ver muchas cosas —respondió.

—Y eso era todo lo que quería. Solo quería que... *cambiaras*. No todo el mundo es capaz de hacerlo, pero tú sí. Sabía que lo tenías dentro.

—Sigo sin querer que estés cerca de mí o de mi hija.

Un destello brilló en los ojos de Charlotte. —Tendrás que contármelo todo sobre ella. Quiero saberlo todo.

—No hay nada que necesites saber —respondió él, poniéndose rápidamente furioso. El tema de conversación no avanzaba, y no le gustaba—. ¿Qué hay de *tu* hija, eh? ¿Qué hay de la pequeña *Caitlin*?

Al mencionar el nombre de su hija, Charlotte se tensó y su comportamiento cambió. Bajó los hombros y dirigió su atención al resto de la sala, incapaz de mirarlo a los ojos.

—No hemos hablado desde que estoy aquí. No me dejan.

—¿Sabes dónde está?

—Servicios sociales. En alguna casa de acogida.

Tomek asintió pensativo. Aunque no tenía sentimientos sentimentales hacia la niña, todavía no podía imaginar cómo habría sido para ella. Una vida sin padre. Una vida con dos madres que resultaron ser asesinas. Y ahora una vida de soledad y tristeza.

—¿Por qué has venido hoy, Tomek? —preguntó Charlotte, cruzando los brazos sobre su pecho. La pregunta lo tomó por sorpresa—. No has venido a verme, eso es seguro. No con la investigación aún en curso. Estoy segura de que has arriesgado mucho para estar aquí... así que, ¿por qué estás aquí?

—Para ver si puedo convencerte de que retractes tu evidencia y tu declaración. —Se puso su sombrero profesional y cerró toda emoción y sentimiento de su mente. Era hora de hablar de negocios —. Mi carrera está jodida, gracias a ti. Y necesito que lo arregles. Me lo debes.

Charlotte meditó esto un momento. Mantuvo su mirada fija en la de él, sus ojos encerrados en una batalla invisible y no expresada. Tomek no vaciló, no cedió.

—¿Qué necesitas de mí? —murmuró.

—Necesito que retractes todo lo que has dicho, todas las pruebas que has presentado contra mí. Necesito que les digas que nunca envié esos mensajes, que nunca le escribí a esa colegiala. Y necesito

que les digas que Tony ya estaba muerto cuando llegué allí. Es tu palabra contra la mía, y hasta ahora la tuya está ganando.

Charlotte continuó meditando esto, y esta vez él pudo ver los engranajes de su cerebro procesando la decisión, mientras su rostro se tornaba pensativo.

—¿Qué obtengo a cambio?

Tomek puso los ojos en blanco. —Por el amor de Dios, Charlotte. No hay nada que puedas ganar aquí, nada que puedas obtener. Estás atrapada aquí. Nunca saldrás de este lugar. Así que, ¿qué tienes que perder? Si todavía te importara... harías esto.

El intento casual de chantaje no pasó desapercibido.

—Quiero algo a cambio.

El suspiro salió de las fosas nasales de Tomek antes de que pudiera detenerlo. —¿Qué? ¿*Qué* es lo que quieres a cambio?

—Un mensaje. Quiero que transmitas un mensaje.

Tomek se quedó inmóvil mientras escuchaba, ya consciente de hacia dónde se dirigía esto.

—Caitlin —dijo ella—. Necesito que hables con mi niña. Ahora eres padre, puedes imaginar cómo debe ser para mí estar sin ella. Es mi bebé, es todo en lo que pienso. Necesito saber que está bien, y necesito que sepa que la amo. Que siempre la amaré.

—¿Eso es todo?

Ella asintió.

—¿Así que me estás diciendo que todo lo que tengo que hacer es encontrar a tu hija, decirle que la amas, y luego tú retractarás tus declaraciones?

—Sí.

Parecía demasiado bueno para ser verdad. Pero no estaba en posición de negociar con ella. Considerando que la tarea era tan menor, no podía ver ningún problema con ello.

Pero, ¿por qué una parte de él todavía sentía como si estuviera haciendo un pacto con el diablo?

—Si haces eso por mí, entonces les diré todo lo que me pides. Antes de que te des cuenta, estarás de vuelta en el trabajo, atrapando a los malos otra vez.

Sí, pensó Tomek, luchando contra la sonrisa que quería aparecer en su rostro. *Atrapando a gente como tú*.

CAPÍTULO
SIETE

El concepto del bien y el mal siempre había confundido a Tomek. La línea entre lo correcto y lo incorrecto se había desdibujado con frecuencia a lo largo de los años mientras su percepción cambiaba, sobre todo desde su decisión de dejar morir a Tony en medio de una pequeña caseta de botes.

¿Eso le convertía en un tipo malo? ¿O le convertía en el bueno porque era quien atrapaba a los malos? Como Charlotte Hanton y Sophia Wainwright, la cómplice de Charlotte. Ambas habían sido violadas por el mismo hombre y posteriormente lo habían matado. Habían llevado a cabo su venganza contra el hombre que había destruido sus vidas, y luego contra los hombres que habían arruinado varias más. Habían hecho cosas malas, pero solo a otras personas malas que lo merecían. ¿Eso las convertía en buenas? ¿Habían sido sus actos de venganza un servicio para el público en general? ¿Habían *hecho* el bien?

Y luego estaba el tema de Caitlin, la hija de Charlotte. Había sido utilizada como cebo para atraer a pederastas a la trampa de sus padres. ¿Eso la convertía en una de las buenas o en una de las malas? Para una niña de siete años, esa era una carga enorme que soportar.

Su vida nunca volvería a ser la misma. Ambas mujeres en su vida, ambas afirmando ser sus mamás, estaban en prisión, esperando sentencia al final de su juicio. Con toda probabilidad, nunca las volvería a ver.

¿Crecería para convertirse en una persona mala o buena?

Como producto de una violación violenta, y después del tipo de cosas que había visto y experimentado en su corta vida, era difícil imaginarla llevando algo que no fuera una vida de violencia, comportamiento antisocial, potencialmente resultando en una carrera delictiva. Siguiendo los pasos de sus padres.

Era el tipo de cosa que los perfiladores criminales y psicólogos forenses estudiaban durante años, sobre lo que escribían libros y de lo que se ganaban la vida.

Y sin embargo, mientras la miraba desde el otro lado de la habitación, jugando con un dinosaurio de juguete en la mesa, no podía percibir nada de eso en ella. Era sociable, permitía que los otros niños a su alrededor jugaran, y era comunicativa, amigable.

O bien crecería para ser una niña normal, o ya había dominado el arte del engaño y la manipulación mental de las mujeres que la habían criado.

—Ha tenido un par de semanas difíciles —dijo una voz a su lado. Era la propietaria del hogar de acogida. Madre Gallina, se había llamado a sí misma cuando le presentaron.

Tomek no planeaba llamarla así, y en su lugar había decidido usar su nombre real, Hannah.

Hannah estaba a finales de sus cuarenta y le había explicado que nunca había podido tener hijos propios, así que había decidido dedicar su vida a aquellos que no tenían padres. Sentía afinidad con ellos, había dicho. Como si fueran el yin de su yang. La llave para su cerradura.

—Ha tenido un par de años difíciles, de hecho —añadió Hannah como una idea adicional.

—¿Cómo se está adaptando? —preguntó Tomek. Se sentía obligado a mantener la conversación, cuando en realidad solo quería entrar y salir de nuevo. No quería abusar de su bienvenida; Caitlin servía como un recordatorio constante de Charlotte, de su relación, y cuanto menos tiempo pasara cerca de ella, mejor.

Pero primero venía la charla trivial.

—Difícil al principio —comenzó Hannah, cambiando su peso de un pie al otro—. Era muy tímida, temerosa. Le llevó tiempo salir de

su burbuja, pero es una pequeña muy fuerte, nuestra Caitlin.

—Hmm. Me alegra oír eso.

—¿Le gustaría hablar con ella?

No tenía elección. Si quería que su carrera, el único sentido de estabilidad que tenía en su vida, volviera a encarrilarse, iba a tener que hacerlo.

—¿Ha tenido alguna visita? —preguntó Tomek mientras se dirigían hacia ella.

—No desde que está aquí. Solo trabajadores sociales y personas como usted.

—¿Algún contacto con sus padres?

—Lo han intentado, pero hemos bloqueado toda comunicación. Cartas, correo, ese tipo de cosas. No creemos que sea apropiado que tenga ninguna interacción con ellos por el momento, no mientras se está adaptando.

Ups. Tomek estaba a punto de hacer estallar su pequeña burbuja de seguridad y privacidad. Y ni siquiera lo sabían. ¿Era egoísta? Posiblemente. ¿Lo detendría? Bueno, ya estaba aquí.

Ahí estaba de nuevo ese tema de los buenos y los malos.

Se detuvieron junto a Caitlin, colocándose a ambos lados de sus hombros. Si ella notó su presencia, no hizo ningún esfuerzo por demostrarlo y en su lugar continuó jugando con su dinosaurio.

—Caitlin, cariño —dijo Hannah mientras se agachaba al nivel de la niña—. Alguien ha venido a verte. Dice que podrías reconocerlo.

Caitlin mantuvo su atención enfocada en el juguete, perdida en su propia imaginación.

Tomek se agachó a su otro lado, ignorando los crujidos en sus rodillas y el dolor en sus caderas. Su falta de movilidad en las últimas semanas lo estaba envejeciendo más rápido que el trabajo. Y realmente necesitaba volver a salir y correr. La indecisión y un toque de depresión se habían colado y le habían impedido sentir la sensación del viento salado y la arena golpeando su cuerpo mientras trotaba por el paseo marítimo. Ya era hora.

—Hola, Caitlin —comenzó, con un nudo en la garganta—. Me llamo Tomek. ¿Me recuerdas?

Pasó un largo momento antes de que ella lo reconociera. Con cuidado, colocó el dinosaurio sobre la mesa de café y se volvió para mirarlo. La mirada de reconocimiento no fue lo único que notó en sus ojos. Era la oscuridad, el vacío, el agujero negro que parecía absorber y devorar toda emoción.

—Sí —dijo ella, con voz fría y despiadada—. Le recuerdo.

Malo. Definitivamente malo.

O en su caso, mala.

—Bien. Los dejaré entonces —dijo Hannah, y se alejó. Excepto que solo llegó hasta el marco de la puerta y desde allí monitoreó su conversación.

Tomek puso una mano en su rodilla para aliviar la carga de su peso en sus articulaciones.

—Caitlin —comenzó, sin saber cómo continuar—. Tengo algo que decirte. He hablado con tu mami. Y hay algo que ella quiere que sepas...

CAPÍTULO
OCHO

Por tercera vez en treinta segundos, Kasia comprobó la hora en su teléfono. Eran las 7:15 p.m., y la última de las reuniones estaba llevándose a cabo. Y seguía sin haber ni rastro de Tomek.

O padre, como él se hacía llamar.

Ella todavía no creía que estuvieran en la etapa de papá. No se sentía lo suficientemente cómoda. Hasta ahora, él había actuado como si no hubiera tenido más remedio que hacerse cargo de ella, como si fuera una carga que lamentaba todos los días. Hasta el momento, no había hecho nada ni le había dado señales que sugirieran que quería cuidarla, preocuparse por ella.

Y lo estaba demostrando ahora mismo.

Más de dos horas tarde a la reunión de padres. La noche en que se sentaría con su tutora y escucharía lo mal que habían ido las cosas. Porque estaban yendo mal, muy mal. ¿Cómo no iban a ir mal? No conocía a nadie en la escuela. No le gustaba estar allí. De hecho, lo odiaba.

Más de lo que odiaba a Tomek y a su madre.

Lo único positivo que había surgido de ir a la escuela —y la parte que la había mantenido en clase, en lugar de hacer novillos y escabullirse del edificio antes y después de las horas de almuerzo— había sido Sylvia, su única amiga. Estaban en el mismo grupo de tutoría, y Sylvia había sido una de las pocas personas que se había tomado el tiempo de hablar con ella. Desde entonces, se habían hecho amigas cercanas. Estaban en la mayoría de las clases juntas,

incluyendo ciencias, inglés, geografía, historia y educación física. La única clase que estaban obligadas a pasar separadas era matemáticas, su asignatura menos favorita. Sylvia hacía que sus clases fueran más agradables, mientras se sentaban en la parte de atrás del aula, garabateando en las páginas, haciendo preguntas estúpidas, fingiendo no saber las respuestas a las cosas, respondiendo con actitud a los profesores cuando ellos se la daban a ella.

Sentía como si todos estuvieran en su contra, todos queriendo hacer de su vida un infierno. Era igual con Tomek. ¿Por qué no podía haberla llevado de vuelta a las tiendas para comprar los ingredientes que necesitaba? ¿Por qué no podía haber llegado a tiempo? No es como si tuviera otro lugar donde estar, o algo más que hacer...

Un ruido vino de la puerta del aula. Janie Stephens, una de las chicas más populares de la escuela, salió furiosa de la habitación, seguida de cerca por su padre que la llamaba. No sabía cómo Janie lograba verse impecable todos los días, pero envidiaba la forma en que podía aplicarse el maquillaje. La manera en que era capaz de hacerse ver atractiva y tener a todos los chicos rendidos a sus pies. Ella gobernaba la escuela y lo sabía. Y todos los demás también lo sabían.

Kasia realmente la envidiaba.

Entonces la señorita Holloway salió de la habitación, con aspecto malhumorado como siempre. Esta noche llevaba puesto ese bonito vestido verde que le fluía alrededor de los tobillos. Kasia pensaba que la señorita Holloway era guapa, quizás incluso más guapa que Janie. Pero también era una bruja. Con las reprimendas, las quejas constantes. Al igual que Tomek, hacía que la vida en la escuela fuera difícil y miserable.

—¿Alguna señal de tu padre todavía, Kasia? —preguntó la señorita Holloway.

Kasia se quitó el auricular y miró con desprecio a su profesora—. No es mi padre.

—Lo siento —respondió a la defensiva—. Tomek, entonces. ¿Alguna señal de Tomek?

La manera en que lo dijo hizo que sonara como si fuera su hermano mayor, lo cual era mucho peor.

—No sé dónde está.

—Estoy segura de que llegará pronto.

La señorita Holloway miró su reloj, suspiró.

—Puede irse si quiere, profesora. Probablemente ni siquiera aparecerá.

La señorita Holloway cruzó los brazos sobre el pecho—. Normalmente no espero más allá de las siete y media, pero estoy dispuesta a hacer una excepción en este caso.

Oh, genial. Más espera. Lo último que quería.

Kasia gruñó y volvió a prestar atención a su teléfono. Había estado desplazándose por TikTok durante horas, perdiéndose en los videos de gatos, perros, programas de telerrealidad y videos de baile.

Había intentado hacer algunos ella misma, cuando Tomek no estaba en casa (cuando estaba haciendo lo que fuera que estuviera haciendo), pero no habían ganado tracción. El máximo número de visualizaciones que había tenido en un video había sido cincuenta. Y estaba segura de que eran algunas de las chicas de la escuela compartiéndolo, riéndose de ella, burlándose.

La canción en su Spotify cambió, y ahora estaba escuchando a Harry Styles. Lo adoraba, lo había escuchado durante años. En su antigua habitación había tenido pósters de él en la pared, pero ahora todos habían sido retirados y tirados a la basura. No le habían permitido traer muchas cosas con ella, y las cosas que sí tenía no podían colocarse en las paredes ni en ningún sitio porque no había espacio para ello. La habitación en la que se estaba quedando —la habitación de Tomek— no se sentía como una habitación en absoluto. Más bien, un hotel en el que estaba siendo obligada a quedarse.

El peor hotel del mundo.

Mientras escuchaba "Watermelon Sugar", cerró los ojos y deseó poder regresar en el tiempo. Volver a los buenos viejos tiempos. Con su madre, la escuela que le gustaba, sus amigos.

CAPÍTULO
NUEVE

Tomek entró derrapando con el coche en el aparcamiento del colegio y lo estacionó de lado en la plaza. Llegaba tarde. Muy tarde. Cuánto, no lo sabía. Pero seguramente Kasia insistiría en recordárselo después. El viaje de ida y vuelta a la casa de acogida en Kent había llevado poco más de dos horas, y el tráfico había sido una pesadilla en el trayecto de regreso por el Túnel de Dartford. La hora punta, el peor momento posible para hacer algo importante.

Subió corriendo los escalones del colegio, recorrió los pasillos y se dirigió hacia la clase de Kasia. Había estado allí una vez antes, después de que ella se incorporara al colegio, y afortunadamente no estaba demasiado lejos de la entrada; de lo contrario, su sentido de la orientación lo habría abandonado y habría pasado otros veinte minutos intentando encontrarla.

Finalmente encontró a Kasia repantigada en una silla, con auriculares en los oídos y el móvil en la mano. Parecía un desastre. Con el botón superior desabrochado, la corbata tan pequeña como sus expectativas hacia él, y la falda a medio muslo. Cada mañana se aseguraba de que saliera de casa con un aspecto presentable, respetable, pero estaba claro que eso cambiaba en cuanto pisaba la calle.

—Kasia —dijo, tratando de ocultar la falta de aliento en su voz—. Siento llegar tarde.

En ese momento, su profesora apareció desde el aula. La señorita Holloway. Tomek la recordaba de la inducción. Tenía entre

treinta y cinco y cuarenta años, siempre vestía de manera impecable, con el pelo recogido en un moño, una delicada capa de maquillaje en el rostro, y parecía que todavía disfrutaba de su trabajo, algo que no podía decirse de algunos de los otros profesores que había conocido en las últimas semanas. Tomek pensaba que era un buen modelo a seguir para su hija. Si tan solo ella se diera cuenta.

—Señor Bowen —dijo la señorita Holloway. Se acercó a él con la mano extendida. Tomek la tomó y la miró a los ojos—. Un placer volver a verle.

—Igualmente. Siento llegar tarde.

La señorita Holloway consultó su reloj.

—Justo a tiempo. Le daba hasta las siete y media, y le quedan unos minutos.

Las mejillas de Tomek se sonrojaron de vergüenza. No se había dado cuenta de que llegaba *tan* tarde.

—Siento haberla hecho esperar, señorita Holloway —dijo, aunque sabía que el daño ya estaba hecho.

—No pasa nada. Ya está aquí. Y por favor, llámeme Bridget.

Bridget. Le gustaba ese nombre.

Antes de entrar en el aula, Tomek llamó la atención de Kasia con un movimiento de brazo y le indicó que le siguiera. A regañadientes, y con la actitud normal de una adolescente, entró como una tromba en la sala, ignorándolo al entrar. Sin un cálido recibimiento, sin un saludo agradable. Solo la silenciosa mirada de decepción.

Tomek no sabía qué esperar de su primera reunión de padres. Era territorio inexplorado para ambos, y sin embargo, sintió un toque de emoción; quizás ahora finalmente podría descubrir cómo le había ido en el colegio.

—La forma en que esto funciona normalmente, señor Bowen...

—Tomek, por favor.

—La forma en que esto funciona, Tomek, es que le daré un breve resumen de cómo se ha estado adaptando Kasia, luego hablaremos de sus clases y cualquier comentario de sus profesores, y luego tendremos la oportunidad de escuchar a Kasia y a usted si tienen alguna pregunta. ¿Tiene sentido?

Tomek asintió, preparándose. Se volvió para mirar a Kasia, que estaba sentada allí todavía con un auricular puesto. Alargó la mano y se lo arrancó de la oreja.

—*Escucha*... —le dijo—. Esto es importante.

Bridget ofreció una sonrisa incómoda antes de continuar. Desde el principio Tomek intuyó que esto no iba a ser tan positivo como esperaba.

—Primero, me gustaría comenzar diciendo que Kasia es una chica considerada con un potencial considerable. Solo desearía que se aplicara mejor. Desafortunadamente, su asistencia ha sido motivo de preocupación; su informe dice que ha llegado tarde a diez clases y se ha perdido al menos cinco de ellas en las últimas cuatro semanas. Eso es considerablemente más alto que muchos otros estudiantes. La mayoría alcanza ese tipo de números en todo un año escolar, no en un mes.

—Lo hace sonar como algo bueno —comentó Tomek.

—Créame. No lo es. —Se volvió hacia Kasia, cuya atención se había desviado hacia algo en la pared—. Es un problema serio y uno que espero podamos trabajar juntos para mejorar.

Los nudillos de Tomek se pusieron blancos mientras apretaba los puños.

—Créame, lo arreglaremos. —Luego se volvió para mirarla, incapaz de contenerse—. Cinco clases. *Cinco*. Puedo ir a prisión por eso.

—No sería la única cosa entonces, ¿verdad? —dijo Kasia, todavía mirando la pared.

Tomek agradeció que Bridget estuviera en la habitación con ellos, y a juzgar por la expresión en su cara, Kasia también; él no podía gritarle si tenía un testigo.

—Es una cosa del trabajo —le explicó a Bridget, sintiendo la necesidad de justificarse—. Algo en curso. Nada de qué preocuparse. ¿Estaba diciendo...?

—Oh. Sí. Asistencia. No es el fin del mundo, y creo que es algo en lo que podemos trabajar. Si soy sincera, puedo entender por qué es así. Yo también vine a un nuevo colegio durante el período lectivo, y más o menos a tu edad, Kasia, así que sé lo que es. Es un

poco intimidante y hay un período de ajuste por el que debes pasar. Pero lo conseguirás pronto. —Dio vuelta al documento en su mano. En él había una tabla de asignaturas, puntuaciones sobre diez y comentarios escritos de sus diversos profesores—. Sus asignaturas más fuertes son inglés y ciencias, lo cual es extraño porque normalmente no vemos estudiantes que disfruten de estas dos juntas, pero no nos quejamos. El área en la que parece estar teniendo problemas, sin embargo, es matemáticas. En este momento está en camino de obtener un tres en el GCSE.

—Un tres... ¿Qué es eso?

—Nuestro nuevo sistema. Está numerado del uno al nueve, siendo el nueve el más alto, obviamente.

—¿Cuál es el equivalente a lo que solía ser en mis tiempos?

—El equivalente es una D en el GCSE.

—Entiendo. ¿Y por qué decidieron cambiarlo?

Bridget se encogió de hombros.

—Me lo está preguntando a la persona equivocada. Probablemente alguien fumó algo que no debía y pensó que era una idea brillante. De todos modos... Matemáticas. La puntuación es un poco desconcertante, ya que yo le doy matemáticas a Kasia, pero no es un gran motivo de preocupación; sin duda puedo ver mucho potencial ahí, y creo que con un poco de orientación podemos fácilmente subirlo por lo menos a un cinco o incluso a un seis.

Tomek tomó nota del uso del término "podemos" por parte de Bridget. Como si realmente le importara el progreso de Kasia. Como si *realmente* quisiera ayudar. Pero el cínico que había en él se preguntaba por qué le importaría Kasia en particular cuando tenía otros treinta niños de los que preocuparse y cientos más a los que enseñaba cada día. Era lo mismo con sus casos en el trabajo. Las víctimas de delitos probablemente sentían lo mismo cuando les decía que haría todo lo posible para ayudarlas. Pero la verdad es que estaba demasiado estirado, demasiado dividido. Y que era casi imposible prometer resultados rápidos. Entonces, ¿sería ella diferente? Tristemente, empezó a pensar que todo era demasiado bueno para ser verdad.

—¿Hay algo que te gustaría decir sobre eso? —le preguntó Bridget a Kasia—. ¿Hay alguna razón por la que no te gusten las matemáticas?

Kasia optó por no responder.

—¿Es porque Sylvia no está en la clase? He notado que estáis juntas a la hora de comer y en las aulas. Pero ella no está en nuestra clase de matemáticas, ¿verdad?

Sylvia. *Sylvia, Sylvia, Sylvia*. Tomek repitió el nombre varias veces en su cabeza, intentando recordar si lo había escuchado en alguna parte, si ella lo había mencionado alguna vez. La respuesta fue un rotundo no. No podía recordarlo en absoluto.

—¿Hay alguna forma de que podamos tenerlas en la misma clase? —preguntó Tomek, y la cabeza de Kasia se inclinó una fracción hacia la conversación.

Progreso. Moviéndose en la dirección correcta. Demostrándole que le importaba.

—Es algo que tendré que investigar, pero haré lo mejor que pueda.

Tomek le ofreció una cálida sonrisa a modo de agradecimiento.

—Aparte de esas tres, Kasia parece estar rindiendo muy bien en historia y tecnología alimentaria.

—Tecnología alimentaria —dijo Tomek—. ¿Con la señora Shaw?

—Esa misma.

—Interesante. Realmente interesante. —Tomek lanzó una rápida mirada de reojo hacia su hija. Sus mejillas se habían enrojecido y su mirada había caído sobre la mesa. Las palabras "por favor no me mires así" estaban escritas en su frente.

—¿Tienes alguna asignatura favorita, Kasia? —preguntó Bridget.

—Historia. Me gusta aprender sobre los romanos.

—Muy bien. Historia siempre fue mi asignatura favorita también. Esa y matemáticas. —El esfuerzo por obtener una respuesta de Kasia era encomiable, aunque un poco desacertado.

—¿Alguna asignatura en la que no le vaya bien? —preguntó Tomek.

Bridget consultó la hoja.

—Arte, Geografía y música.

—La mayoría de esas son solo colorear, ¿no?

—Eh...

—Por lo que recuerdo, la geografía era solo pintar por números. El arte es, bueno... arte. Y la música es la única excepción. —Le dio un codazo a Kasia en el brazo—. Al menos no tendré que contar con que te conviertas en una música que dibuja con los pies mientras toca el piano.

Para su sorpresa, ese pequeño comentario provocó una respuesta. Fue *pequeña* en su tipo, pero las ramificaciones que significaba para su relación eran enormes.

Más progreso. Más avance en la dirección correcta.

—No estoy demasiado preocupado por esas notas —dijo Tomek —. Sobre todo por las importantes.

Las mismas con las que sus padres habían sido duros con él para aprender. Y entonces se le ocurrió un pensamiento.

—¿Qué hay de los idiomas?

—Kasia está estudiando francés.

—¿Algún polaco?

—No está en el plan de estudios.

—*Kurwa mać* —respondió.

No les llevó mucho tiempo averiguar lo que había dicho.

—¿Por qué no está ahí? —preguntó.

—Tendrá que preguntárselo al gobierno.

Tomek chasqueó la lengua.

—Supongo que tendré que buscarte un tutor —le dijo a Kasia—. ¿Si es algo que te gustaría aprender?

Tenía que recordar que no se trataba de él. Se trataba de ella. Sus elecciones, sus decisiones. Él había tenido el lujo de nacer en Polonia, y había aprendido inglés a una edad tan temprana que lo había absorbido con facilidad, como una esponja. Kasia no tenía los mismos lujos, y aunque podría no estar dispuesta a aceptarlo como su padre, podría estar dispuesta a interesarse por una parte de su herencia.

—Lo pensaré —respondió ella.

No era un sí, pero lo más importante, no era un no.

—¿Hay algo más que le gustaría decirnos? —preguntó Tomek, mirando su reloj—. Soy consciente del tiempo y del hecho de que la he mantenido hasta tan tarde. Así que si quiere que nos vayamos, estaremos más que felices de hacerlo. Kasia y yo tenemos algo de colorear que hacer. Esta noche vamos a trabajar para asegurarnos de que podemos mantenernos entre las líneas.

Tomek no necesitaba ver a su hija para saber que estaba sonriendo para sí misma. Y tratando duramente de ocultarlo.

—Nada más de mi parte. ¿A menos que tengas algo que quieras añadir?

Ambos adultos dirigieron su atención a Kasia, que parecía sorprendida, como si acabara de ganar un millón de libras como concursante en uno de esos programas de televisión de mierda que se emiten durante el día y que tanto le enfurecían.

—No —dijo tentativamente—. No tengo nada más que añadir.

Tomek aplaudió y se puso de pie.

—Entonces está decidido. Muchas gracias, señorita Holloway. Muchos comentarios para reflexionar. Y gracias por su tiempo.

Se estrecharon las manos y juntos él y Kasia salieron de la habitación. Kasia ya estaba en la sala de espera cogiendo su bolsa de la silla en la que había estado sentada cuando él llegó a la puerta. Habían llegado a la mitad del pasillo cuando se le ocurrió un pensamiento.

—Ve al coche —le dijo, metiendo la mano en el bolsillo y lanzándole las llaves—. Bajaré en un segundo.

Kasia no protestó y continuó por el pasillo, ansiosa por salir de allí lo más rápido posible. Tomek regresó al aula y asomó la cabeza por la puerta. Encontró a Bridget ordenando sus notas.

—Soy yo.

Su repentina presencia la sobresaltó, y al girarse, su vestido fluyó alrededor de sus rodillas, mostrando más piel de la que él había esperado.

—¡Joder! —dijo ella, y luego se cubrió la boca inmediatamente después—. ¡Lo siento mucho!

—No pasa nada. Se ha ido. Y ha oído cosas mucho peores en casa.

—No puedo ni imaginar cómo es para ustedes dos. El colegio me ha informado de su situación.

La sonrisa en la cara de Tomek le indicó que no quería ir por ahí.

—Quería disculparme —dijo él—. Por el retraso.

—Oh, está bien. Te acostumbras con los años.

—Estoy seguro. Y quería agradecerle todo lo que está haciendo por Kasia. No hace falta ser un genio para darse cuenta de que este es un período de ajuste masivo para ella, y un genio no soy. Pero poco a poco voy entendiendo todo esto, ambos lo estamos haciendo. —Vaciló mientras permanecía allí torpemente, sintiéndose como un adolescente otra vez pidiendo salir a la chica guapa que vio en la noche social de menores de trece años—. Antes mencionó sobre ayudarla. *Nosotros*. Me preguntaba si estaría abierta a la idea de ayudar a Kasia con sus matemáticas. Una especie de... tutoría.

Una oportunidad para que él creyera que ella se tomaba en serio ayudar a su hija.

—Por supuesto.

—¿Está segura?

—Absolutamente. Lo he hecho antes. Muchas veces.

Tomek quedó atónito.

—Vaya. Ni siquiera tuve que ofrecerle dinero.

Ella abrió la boca para responder, pero él se le adelantó.

—Por supuesto que me aseguraría de que se le compense justamente por su tiempo y experiencia. Cristo sabe que ella ya me está costando bastante dinero, no puedo imaginar que pagar algunas tarifas de tutoría vaya a hacer mucha diferencia.

Antes de dejar a Bridget para que recogiera sus cosas y finalmente saliera de la escuela, después de lo que había sido un turno de trece horas, acordaron una fecha para la primera sesión de tutoría de Kasia y un precio.

Era una valoración justa, pensó Tomek. Y mientras se apresuraba por el pasillo, se preguntó si ella estaría dispuesta a aceptar el pago en forma de una cena alguna vez.

CAPÍTULO
DIEZ

Todo era muy emocionante. Y muy secreto. Muy, muy secreto, de hecho. No debía decir nada a nadie. No debía aventurarse fuera. Ni siquiera debía pensar en encontrar a otra persona. De lo contrario, el juego terminaría y ella perdería.

Y a Annabelle Lake no le gustaba perder. Era lo peor del mundo. Desde que tenía memoria, siempre había necesitado ganar. Incluso cuando jugaba contra sí misma.

Pero en este juego, estaba perdida. No sabía qué estaba ocurriendo. Lo único que sabía era que esperaba con ansias ver cómo se desarrollaba todo, si ganaría. Era importante ganar. Ganar era más importante que participar, papá había dicho eso. Él decía muchas cosas, pero esa era a la que más atención prestaba.

Amaba a su mami y a su papi. Y a veces los echaba de menos, pero estaba tan atrapada en la emoción de todo esto que no podía pensar demasiado en ellos. Esperaba que no les importara, que la perdonaran una vez que todo esto terminara. Especialmente mami, y especialmente el tío Vincent.

Su juego favorito, de todos los que le habían dado para mantenerla entretenida, era unir los puntos. Le encantaba contar los números en su cabeza mientras los buscaba con sus ojos, y luego trazar con su dedo la dirección en la que necesitaba mover su bolígrafo. Todo mientras sacaba la lengua, sumida en profundos pensamientos. Luego, como recompensa, le daban una caja llena de sus rotuladores favoritos para colorear.

Sí, bolígrafos. No lápices. Eso había sido una agradable sorpresa. En casa, mami y papi siempre le decían que usara lápices cuando quería dibujar o colorear (aunque el tío Vincent a menudo le dejaba usar bolígrafos, siempre que mantuvieran su pequeño secreto entre ellos). Eran más limpios, más seguros, y era menos probable que manchara los muebles, según sus padres. Ella no lo creía así, pero no le gustaba discutir y molestarlos. Ya hacían suficiente de eso de todas formas.

Pero aquí... aquí, nada de eso importaba. Podía hacer lo que quisiera. Pintar la mesa, el inodoro, las paredes, los techos. Incluso podía pintar las ventanas si realmente lo deseaba. Pero no lo hacía.

Principalmente porque podría ser una trampa, para comprobar si realmente *hacía* todas esas cosas que quería. Si coloreaba las paredes, podría significar que perdería el juego. Y no quería eso.

Sin mencionar que dibujar por todas partes en algo que no era suyo se consideraría mezquino.

Y no le gustaba ser maleducada.

Las palabras de la señorita Duggan resonaban en su cabeza.

Es de sabios ser educado, de tontos ser grosero.

Annabelle no quería ser tonta.

No, quería ganar, y no podía ganar si estaba siendo tonta. En cambio, tendría que ganar siendo sabia.

CAPÍTULO
ONCE

Hacía tiempo que Tomek no trasnochaba sin sentirse ligeramente culpable por ello. De hecho, no podía recordar ni una sola vez que lo hubiera hecho. Claro, Charlotte Hanton se había quejado de que trabajaba hasta tarde y tenía que viajar a otras partes del país como parte de su trabajo, pero eso había sido durante la investigación de un asesino en serie. ¿Cómo podía ella haber esperado menos?

Pero ahora era algo diferente. Kasia estaba en casa, y él debería estar pasando tiempo de calidad con ella, compensando los últimos trece años de no saber que existía. Excepto por el hecho de que ya era bastante después de su hora de acostarse. Aunque se había ido a la cama hace poco más de media hora, estaba casi seguro de que no estaba dormida. Probablemente seguía desplazándose sin fin en esa aplicación que atrofiaba el cerebro o viendo algo en Netflix. Si continuaba así, quizás tendría que confiscarle el dispositivo para que pudiera dormir a una hora normal.

Los tiempos habían cambiado desde que él era adolescente. No había tenido ninguna de estas distracciones. Todo lo que tenía eran sus cómics y el resplandor casi invisible de la farola de la calle que iluminaba las palabras e ilustraciones. Se escondía bajo las sábanas cada vez que su padre deambulaba cerca del dormitorio que compartía con sus hermanos. No existía nada de este streaming. Acceso instantáneo a Netflix, Prime Video, Disney+. Toda esa mierda que había hoy en YouTube: los llamados influencers reaccionando a

videos de otras personas reaccionando a algo. Pronto todos estaríamos atrapados en un ciclo perpetuo de actuar y reaccionar, creando personalidades falsas para beneficiarnos de los me gusta, las visualizaciones y un gran número de seguidores. Tomek lamentaba la idea, pero aún estaba considerando la posibilidad de crear varias cuentas de redes sociales para sí mismo y obligar a Kasia a agregarlo como amigo. De esa manera podría vigilar qué tipo de cosas estaba publicando y dando me gusta. La clase de personas con las que se comunicaba y a las que enviaba mensajes. Toda la realidad de la vida como adolescente hoy en día era un completo quebradero de cabeza para él, y no lograba entenderlo.

Afortunadamente, no estaba teniendo ese problema con los documentos justo frente a él.

El secuestro de Annabelle Lake.

Había mantenido los archivos que Nick le había dado cerca de su pecho, y escondidos en un cajón secreto de su escritorio. Lo último que quería era que Kasia los viera y se preocupara por el tipo de cosas en las que él se involucraba.

A estas alturas, la pequeña Annabelle Lake, la niña de nueve años de Canvey Island, llevaba más de cinco días desaparecida. En ese tiempo, el equipo había hablado varias veces con los miembros de su familia, con su profesora, que resultó ser la última persona que la vio, y con un puñado de testigos de la zona. Habían realizado las investigaciones casa por casa en el pintoresco callejón sin salida donde vivía. Habían buscado en los registros ANPR y en las cámaras de CCTV cualquier vehículo que se comportara de manera extraña en la carretera al mismo tiempo que la habían secuestrado y durante el tiempo en que sospechaban que habían abandonado el Ford Fiesta, y nada. No había exigencias de los secuestradores, nada. Era como si simplemente se hubiera desvanecido de la faz de la tierra. Y eso era exactamente lo que sus secuestradores habían pretendido.

En la parte superior de la carpeta que Nick le había dado había una foto ampliada de Annabelle. Un par de dientes torcidos y ligeramente manchados le sonreían. Sus ojos estaban agrandados detrás de un par de gafas gruesas que le daban un aspecto de sorpresa permanente. Su cabello castaño estaba atado en coletas

que colgaban a ambos lados de su cabeza. Y una docena o más de pecas cubrían sus mejillas y nariz. En la parte superior de su mejilla izquierda, justo debajo del marco de sus gafas, había una pequeña cicatriz. El fondo de la foto era de un azul cielo, y ella llevaba su uniforme escolar. La foto había sido fechada tres meses antes, tomada al comienzo del período escolar. Le recordó a Tomek la foto en la casa de sus padres. Aquella de su entrada a la escuela secundaria. Dos años después de que su hermano hubiera muerto. Esa no contenía la misma inocencia y dulzura infantil que poseía Annabelle. Estaba grabada en cada contorno de su rostro, mientras que la de Tomek se veía deprimida, triste, ambas emociones filtrándose a través de los poros de su piel y folículos capilares. Incluso la iluminación había sido mala, como si el fotógrafo hubiera sabido lo que había sucedido y hubiera intentado ponerse artístico con una foto escolar. Tomek no podía recordar la última vez que había visto la imagen; no le sorprendería si su madre y su padre se hubieran deshecho de ella hace mucho tiempo.

Empujando esos pensamientos particulares al fondo de su mente, Tomek dio vuelta a la imagen y la colocó boca abajo sobre el escritorio. Luego dirigió su atención a las declaraciones de los testigos. Pasó las siguientes horas examinando los detalles minuciosos de las pruebas que se habían reunido. Continuó leyendo hasta que sus ojos se sintieron pesados.

Dio la noche por terminada poco después de la 1 a.m. Pero el sueño lo evadía. Una de las barras del sofá cama que se había visto obligado a comprar poco después de la llegada de Kasia se había roto por un extremo, por lo que la mitad superior de su cuerpo se hundía unos centímetros cuando se acostaba de lado. Había intentado cambiar de extremo, pero era aún menos cómodo.

Mientras yacía allí, contemplaba la sala de estar que ahora estaba inclinada unos pocos grados. Un auténtico campo de batalla. La ropa en el suelo, las cajas que habían sido bajadas del desván para acomodar las pertenencias de Kasia. Las plantas que habían sido empujadas a la esquina lejos de la luz del sol. Los bonsáis que estaban siendo aplastados en el alféizar de la ventana. Los

documentos y carpetas escolares desbordando el escritorio y derramándose en el suelo.

El apartamento apenas había sido lo suficientemente grande para él cuando vivía solo. Y ahora ciertamente no lo era.

Quizás lo que necesitaban era un cambio de escenario. Un nuevo lugar. Un nuevo comienzo. Un reinicio. Tal vez eso era lo que Kasia estaba pidiendo a gritos a su manera. Esta era la casa de *él*, y a menudo se preguntaba si ella se sentía como una intrusa, alterando el statu quo (lo que, por supuesto, había hecho...). Pero si tuvieran un nuevo lugar para comenzar juntos sus aventuras de padre e hija, entonces quizás eso reiniciaría todo, la tranquilizaría.

Sí, haría eso. Mañana buscaría un nuevo lugar para vivir. Pero hasta entonces tendría que aguantar el sofá cama roto, a pesar del dolor con el que a menudo se despertaba en el cuello.

CAPÍTULO
DOCE

El piso de dos habitaciones estaba situado un poco más hacia el interior de lo que a Tomek le hubiera gustado. Durante los últimos trece años, desde que había roto con la madre de Kasia, había vivido en el mismo piso, a menos de cinco minutos a pie de Old Leigh y la playa. Era a lo que estaba acostumbrado, lo que conocía. Pero como había descubierto, después de una rápida búsqueda en Internet en Rightmove y en algunas de las diversas inmobiliarias locales, los precios de las viviendas en la zona se habían vuelto inasequibles, ridículamente caros. Así que se vio obligado a darle la espalda al mar y centrar su atención en la parte continental de Leigh. Y existía la posibilidad real de que incluso se viera obligado a buscar más lejos. Southend. Hadleigh. Quizás incluso Basildon.

La primera de varias visitas que tenía programadas para esa semana estaba en la zona norte de Leigh. El agente inmobiliario, un hombre que se había presentado como James-pero-puedes-llamarme-Jimmy por teléfono, lo estaba esperando fuera del piso, apoyado contra el capó de su coche, como si fuera un pésimo agente encubierto en una película de espías de los setenta. A pesar de los evidentes intentos de parecer más cool de lo que realmente era, el hombre vestía impecablemente. Su cabello estaba bien engrasado y peinado hacia atrás, haciendo que su frente pareciera unos centímetros más alta de lo que era, y su traje de tres piezas estaba bien planchado y ceñido a su delgada figura. Era evidente

que había invertido una cantidad considerable de tiempo, esfuerzo y dinero en ello, y Tomek dudaba si marcaba alguna diferencia o no en su capacidad para vender. Si le otorgaba a James-pero-puedes-llamarme-Jimmy algún superpoder: el poder de no ser un capullo petulante.

La experiencia, aunque *limitada*, de Tomek con agentes inmobiliarios era que todos eran tiburones, olfateadores de sangre hambrientos que cazaban a sus presas, desesperados por su comisión. Cada propiedad que pisaban era perfecta, tenía un carácter inigualable y, con un poco de cariño y una mano de pintura, podría convertirse en el hogar más hermoso para Tomek y su familia. En aquel entonces, era una familia de uno, y había visto a través de toda esa mierda y se había centrado en los aspectos de la casa que eran importantes para él: un dormitorio de tamaño decente, una cocina con todos los electrodomésticos adecuados y un alféizar lo suficientemente grande para sus árboles bonsái. Pero ahora no era solo él. Tenía una familia de dos a considerar, alguien más además de sí mismo. Así que se preguntaba si caería en esas trampas.

—¿Señor Bowen? —dijo Jimmy cuando Tomek se acercó. El hombre hablaba con tanta confianza que, incluso si no hubiera sido el señor Bowen, Tomek habría quedado convencido de que lo era.

—Un placer conocerle. —Jimmy se apartó del capó del coche y extendió su mano, sonriendo. El brillo de los dientes del hombre casi cegó a Tomek, y mientras se acercaba estaba tan concentrado en ellos que pasó completamente por alto la mano del hombre.

—Lo siento —dijo Tomek, ocultando su sonrojo, todavía incapaz de apartar la mirada de las deslumbrantes lápidas del hombre. Eran tan... perfectamente alineadas. Tomek señaló hacia ellas—. ¿Estás conectado a la red eléctrica o tienes un panel solar pegado en alguna parte?

Al principio, Jimmy no entendió a qué se refería Tomek. Luego señaló sus dientes y, en un acto de orgullo, abrió la boca más ampliamente, mostrándole a Tomek más de los de atrás. —Oh, ¿te refieres a *estos*? ¿Te gustan?

—Me gustarían un poco más si no necesitara gafas de sol para mirarte.

—¡Ja! Buena esa. Me los hice en Turquía hace unos meses. Dientes de Turquía, los llaman. Deberías haber visto cómo estaban antes. Tan amarillos como la punta de un cigarrillo, y eso que ni siquiera fumo.

—¿Entonces por qué te los hiciste? ¿Perdiste una apuesta?

Jimmy se encogió de hombros, como si nunca hubiera cuestionado su propia decisión. —Simplemente quería hacérmelos, ver de qué se trataba tanto alboroto. Primero te liman los dientes hasta que quedan como un lápiz afilado, y luego moldean el nuevo conjunto a tu boca y listo, todo arreglado. Todos contentos.

—Excepto tu cuenta bancaria, supongo.

—Por eso te los haces en Turquía, colega. Es más barato allí. Un colega mío se hizo un trasplante de pelo por casi nada hace un par de meses. Su pelo ya es más largo que el de su mujer.

A Tomek le costaba seguir el hilo. ¿Desde cuándo la gente estaba tan fascinada con tener los dientes más brillantes y la línea del cabello más espesa? Claro, sabía que la calvicie era una preocupación para muchos hombres (afortunadamente, él había sido bendecido con una buena línea de cabello y un espeso pelo negro), y por tanto podía entender el deseo de mejorarla, pero ¿los *dientes*? Eso era ir demasiado lejos. Le preocupaba la próxima generación. Si no tenían cuidado, ninguna de sus partes corporales sería natural, y todos andarían como versiones a tamaño real de Barbie y Ken.

—Espero que no hayas estado esperando mucho tiempo —dijo Tomek para llenar el silencio incómodo.

—Solo unos minutos. No importa. ¿Entramos?

Con eso, Tomek siguió a James-pero-puedes-llamarme-Jimmy por un costado de la conversión del piso y subió por el pequeño conjunto de escalones que llevaban a la puerta principal. Al entrar, Jimmy comenzó a soltar el guion que sin duda había memorizado. El mismo que probablemente soltaba en cada visita.

—Este precioso piso acaba de salir al mercado, apenas la semana pasada. El vendedor está buscando vender bastante rápido, y ya hemos tenido mucho interés.

Por supuesto que sí. Hay que plantar la semilla de la escasez desde el principio, hacerle pensar en ello durante el resto de la visita.

—El piso está valorado en trescientas treinta mil libras, y se encuentra a un tiro de piedra del centro de la ciudad, con buenas conexiones de transporte a Southend y Londres. Tienes dos dormitorios, ambos de aproximadamente cien pies cuadrados, con mucho espacio para armarios, camas, gabinetes, televisores, escritorios.

Jimmy abrió la puerta y entró. Tomek le siguió poco después.

—Este es el pasillo —continuó Jimmy—. Justo enfrente tienes un pequeño baño, completo con inodoro y lavabo...

Eso era un buen comienzo. Todos los elementos esenciales.

—La caldera está en este pequeño armario aquí, junto con un lugar para todos tus abrigos, zapatos y paraguas. La puerta a tu izquierda es la sala de estar...

Entraron en el amplio espacio. Era ligeramente más pequeño de lo que Tomek estaba acostumbrado, pero claro, todo en el piso parecía haber encogido de tamaño desde que había sido reemplazado con muchas de las cosas de Kasia. Miró el espacio abierto e imaginó una sección para su escritorio, el sofá, la mesa de café y el espacio para un televisor. Todos los elementos esenciales.

—Las ventanas del mirador son de doble acristalamiento y, como puedes ver, dejan entrar mucha luz. Esta parte de la casa está orientada al sur, así que tienes luz prácticamente durante todo el día.

—¿Tú vienes incluido con el piso? —preguntó Tomek.

La broma no cuajó. Tomek se preguntó si recibía el mismo tipo de bromas de sus amigos o colegas en el trabajo. Y luego se preguntó si todos eran iguales. En ese caso, Tomek necesitaría recordar llevar un par de gafas de sol si tuviera que aventurarse en sus oficinas para firmar algo.

Jimmy continuó: —Las ventanas se instalaron hace unos años, así que todavía están bajo garantía. Y lo que es genial de esto es que no hay cadena de compra, por lo que puedes mudarte bastante rápido...

Pero Tomek no estaba escuchando. Estaba buscando el espacio más importante. Un alféizar lo suficientemente grande para sus árboles bonsái.

—Si vienes por aquí... —Jimmy alejó a Tomek y lo llevó a la cocina—. Este es un lugar donde imagino que pasarás mucho tiempo, o quizás nada dependiendo de tus preferencias. Pero como puedes ver, esta área es lo suficientemente grande para que los dos cocinen al mismo tiempo.

—¿Los dos?

—¿Tú y tu esposa?

Tomek frunció los labios. —No exactamente. Yo y mi hija.

—Oh. Lo siento.

—Nunca asumas, colega.

—Lo sé, lo sé. Eso hace un burro de ti y de mí.

—No solo eso, te hace parecer un imbécil.

Pero no tanto como los dientes y la impresionante línea de cabello lo hacían.

Después de ver la cocina donde —y James había acertado en eso — pasaría mucho de su tiempo, se dirigieron a los dos dormitorios en la parte trasera de la casa. En la modesta y, francamente, inexperta opinión de Tomek, eran lo suficientemente grandes para sus necesidades y las de Kasia. Para ser justos, cualquier cosa era mejor que las condiciones estrechas en las que vivían actualmente. Cada habitación tenía un pequeño hueco para un armario y suficiente espacio para que cualquiera de ellos se moviera cómodamente alrededor de sus camas. Sin embargo, solo una de ellas contenía el Santo Grial. El precioso alféizar. Tomek se lo adueñó como suyo.

Lo último en la lista de compras de habitaciones para mirar, y asentir sin compromiso, era el baño. Tenía todo lo que había llegado a esperar de los baños: una ducha, un inodoro y un lavabo. Excepto que había una pequeña alteración con la que no estaba muy entusiasmado.

Tomek lo señaló. —¿Qué hace eso ahí?

James-pero-puedes-llamarme-Jimmy miró el bidé que había sido metido en la esquina del baño junto al inodoro. —No estoy muy

seguro de esa... Creo que los propietarios anteriores son de algún lugar del continente... No puedo decir que haya usado uno yo mismo antes. ¡Pero nunca digas nunca!

El primer pensamiento que se le ocurrió a Tomek no fue sobre lo que haría con él si decidiera dejar un depósito para el lugar. Más bien, fue si el color del bidé era en el que Jimmy había modelado sus dientes.

—Entonces —preguntó, cegando a Tomek con ellos de nuevo—. ¿Qué piensas?

—No creo que te vieras fuera de lugar —respondió Tomek, pero cambió de tema antes de ofender más a Jimmy—. ¿Cuáles son los siguientes pasos?

—Bueno, si estás interesado, házmelo saber y podemos asegurar el depósito primero. Después de eso, nos encargaremos de la venta de tu propiedad existente al mismo tiempo que manejamos todo el papeleo para la nueva.

Sonaba simple en teoría, pero Tomek adivinó que era así como Jimmy había querido que sonara.

—Suena demasiado bueno para ser verdad.

—Normalmente lo es, pero no con nosotros. Es por eso que estamos calificados como número uno en Trip Advisor.

Y ahí estaba. La escasez al principio respaldada por la prueba social al final. Habían cerrado el círculo.

—Quiero decir, me gusta. Es lo suficientemente grande para lo que necesitamos, pero aún no estoy decidido.

—¿Oh?

—Sí. Tengo que ir a casa y hablar con la jefa. Ver qué piensa ella primero.



De camino a casa, Tomek se detuvo en la calle principal de Leigh para coger algunas cosas del Co-op local. En el menú de esta noche había pizza, decidió. Con una botella de Coca-Cola para Kasia y una caja de cervezas para él. Algo para celebrar.

Mientras regresaba al coche, las botellas de cerveza tintineando contra su pierna, sus ojos se desviaron hacia el otro lado de la calle. Se detuvieron tan pronto como divisaron la tienda de uniformes escolares encajada entre una tienda de regalos y una cafetería. Tomek había intentado evitar "Too School For Cool" tanto tiempo como le fue posible. Sin embargo, seguía allí, intacta, cerrada. El aviso policial que notificaba a todos que formaba parte de una investigación en curso todavía colgaba de la puerta. Tomek no podía mirarla por mucho tiempo. Le traía imágenes y recuerdos que había intentado reprimir con todas sus fuerzas. Los de él y Charlotte juntos en la cama, haciendo kayak por las marismas de Tollesbury, en el estadio de fútbol de Roots Hall viendo a los Mighty Shrimpers. Y luego regresaban los más oscuros. Las imágenes de ella masacrando a tres hombres, cortándoles los genitales y metiéndolos en sus respectivas bocas. Rajándoles la garganta y desnudándolos.

Se dio la vuelta y continuó hacia el coche, aunque no pudo sacudirse las imágenes que se reproducían en su mente como en un cine.

El viaje a casa fue breve. Un par de giros a la izquierda, unos cuantos más a la derecha, y ya estaba allí. Como la calle estaba llena de casas adosadas estrechas, había poco o ningún espacio para aparcar. Lo que significaba que encontrar un espacio era como intentar encontrar una semilla de fresa en el desierto. Casi imposible. A veces tenía que aparcar en la siguiente calle y caminar. Otras veces se veía obligado a esperar a que sus vecinos se espabilaran y se apartaran del camino. En la rara ocasión en que podía encontrar un espacio con facilidad, normalmente lo hacía más difícil por los capullos que aparcaban en ángulos terribles y no dejaban espacio para su coche.

A menudo era peor cuando llegaba a casa tarde después de un largo día tratando de librar las calles de criminales. No es que sintiera que merecía un espacio permanente por el trabajo que hacía, pero... En realidad, sí quería un espacio permanente. Un espacio grande y jugoso con suficiente espacio a ambos lados para hacer saltos de estrella. De esa manera no le tomaría diez minutos extra tratar de encontrar un lugar.

Como acababa de hacer ahora.

Aparcado en la calle a la vuelta de la esquina en el único espacio disponible, a varios cientos de metros de su casa.

Caminó lentamente por la calle mientras una ligera lluvia comenzaba a hacerle cosquillas en la cara. Metiendo la cerveza y las latas de Coca-Cola bajo un brazo, se puso la capucha y aumentó su paso.

Pero se detuvo abruptamente cuando la figura apareció en su campo de visión. Un hombre, grueso, fornido, desafiando los elementos. De pie fuera de su piso, mirando los árboles bonsái en el alféizar de la ventana.

Inmediatamente Tomek sintió que su cuerpo cambiaba al modo de lucha. Sus hombros y núcleo se tensaron, preparándose para un enfrentamiento, aunque fuera verbal.

Mientras se acercaba, su llegada fue percibida por el hombre y este se dio la vuelta. La mandíbula recta y el mentón cincelado desmentían la animosidad en su expresión. El hombre era tanto un modelo atractivo como un tipo con aspecto de loco enrollados en uno solo. Eran los ojos, principalmente. Azul cielo. Deslumbrantes y abrumadores. Aún más combustible para el fuego de confusión que ardía en Tomek. Parecía como si tuviera una sesión de fotos durante los días de semana y una pelea de hooligans de fútbol a la que asistir los fines de semana.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Tomek tan firmemente como pudo.

—Tomek, ¿verdad?

El hombre mantuvo sus manos en los bolsillos, lo que inquietó a Tomek. Habría preferido ver qué sostenían, si es que sostenían algo.

—¿Quién quiere saberlo?

—Un amigo de un amigo. Solo querían asegurarse de que has cumplido tu parte del trato.

Charlotte. El mensaje. Caitlin.

La sorpresa se registró en el rostro de Tomek.

—¿Cómo encontraste esta dirección?

—Un amigo de un amigo de un amigo.

Tomek se preguntó hasta dónde llegaba realmente la lista de amigos del tipo y si conocía a alguien de la Familia Real.

—He hecho lo que tenía que hacer —respondió.

—Bien. Entonces yo también. Que tenga una buena noche, Sr. Bowen. Espero no tener que volver a verle.

Antes de que se diera cuenta, el hombre había salido del porche y se dirigía calle abajo en dirección contraria, caminando de frente hacia la lluvia que arreciaba. Sin perder tiempo, Tomek corrió hacia la puerta principal, luchó frustrantemente con la cerradura que todavía necesitaba ser arreglada, y se zambulló en la sala de estar. No se había dado cuenta, pero su pulso estaba por las nubes, y se dobló mientras luchaba por recuperarlo.

Charlotte había cumplido su palabra, sin duda. Pero eso planteaba un nuevo tipo de problema. Ella y sus amigos criminales, junto con todos *sus* amigos criminales, conocían su dirección. Y si conocían su dirección, significaba que eran susceptibles, vulnerables. Más importante aún, *Kasia* era susceptible y vulnerable.

Dejó la compra en la encimera de la cocina y metió la mano en su bolsillo. Luego llamó a James-pero-puedes-llamarme-Jimmy.

—¿Hola? —llegó la voz presuntuosa al otro lado. Solo con esa palabra, Tomek podía sentir que el hombre estaba sonriendo; casi podía oír el sonido de sus dientes irradiando material radiactivo.

—¿James? Quiero decir, Jimmy. Soy el Sr. Bowen, del piso de antes.

Un momento para procesar el nombre.

—Ah, Sr. Bowen. Me alegra saber de usted. ¿En qué puedo ayudarle?

—Lo tomaremos.

—¿Ya? ¿Ha tenido oportunidad de hablar con su hija?

—No. Simplemente... no quiero perder la oportunidad.

—Excelente. Me encargaré de arreglar todo eso. —Si era posible, los modales telefónicos de Jimmy eran más convincentes que sus modales en persona.

—Gracias.

—¿Todavía quería visitar la propiedad esta noche?

—Por favor. Ella necesitará mucho tiempo para averiguar dónde va a caber todas sus cosas.

Una ligera risa. —Por supuesto. Bueno, gracias por hacérmelo saber. Déjelo conmigo, y me encargaré de todo por usted. Ha sido un placer hacer negocios con usted.

Por supuesto que lo era. Cualquier cosa valía la pena por el uno por ciento.

Tomek tiró el teléfono en la encimera y comenzó a descargar la compra. Estaba a mitad de abrir su botella de cerveza —el líquido acababa de hacer *psssss* mientras arrancaba la tapa— cuando sonó su teléfono. El dispositivo vibró furiosamente sobre la superficie. Contestó sin comprobar el identificador de llamadas.

—¿Diga?

—¿Estás ocupado?

Nick. El bueno y viejo Nick el Malvado para calmar los nervios.

—Puedo hablar.

—Me preocupaba encontrarte con las manos metidas en los pantalones. Con todo ese tiempo libre que te has encontrado, y todo eso.

—No —respondió Tomek.

—Bien. Entonces tengo algunas noticias para ti.

—¿Te jubilas?

Nick se rió falsamente. —Qué gracioso.

—Tendré que tener cuidado con cuándo te llame *a ti*.

Un suspiro característico resonó a través del teléfono. —¿Quieres las buenas noticias o no?

—No veo qué daño puede hacer. Venga, suéltalo.

—Vas a volver.

—¿Qué?

—Milagrosamente, las declaraciones de Charlotte —sobre Tony y la cuenta de Instagram— han sido retiradas y no hay caso contra ti. La IOPC ha abandonado el caso y tu suspensión ha terminado. Te veremos mañana.

—¿*Mañana*?

—A menos que tengas planes.

—No que se me ocurran. Solo significa que ahora voy a tener que afeitarme y hacer que parezca presentable.

—No quería decir nada el otro día...

—No he querido decir nada durante los últimos años, pero no me oyes quejarme.

Nick no respondió.

—Eso, señor, es lo que creo que los jóvenes hoy en día llaman un *contraataque*. —Para resaltar el significado de la palabra, Tomek sujetó el teléfono entre la oreja y el hombro, y golpeó su palma con el dorso de la mano.

—Continúa, colega —comenzó Nick—, y te sentaré con Chey durante los próximos seis meses. A ver qué gracia te hace entonces.

Chey, aunque no había nada malo en él —sin defectos de personalidad extraños, sin comportamiento incómodo— era famoso en la oficina por tirarse pedos y emitir un constante aroma a mierda. Era una de las razones por las que era el blanco de las bromas. Eso, y porque era el más joven.

—No es necesario, señor —dijo Tomek, sonriendo para sí mismo —. Olvida lo que dije. Te veré mañana a primera hora.

CAPÍTULO
TRECE

Al terminar su turno, James-pero-puedes-llamarme-Jimmy les había dejado las llaves de su nuevo piso. Confiaba lo suficiente en Tomek —después de todo, eres *policía*— para hacer lo correcto y devolverle las llaves sin problemas en los próximos días. Durante aquel breve intercambio, Tomek había percibido una extraña tensión sexual en la habitación. La mayor parte provenía, con toda razón, del lado Coleman de la familia. Tan pronto como había puesto sus ojos en Jimmy, Kasia se había vuelto cortante y tímida, casi temerosa. Ocultándose tras su teléfono mientras hacía extremadamente obvio que observaba cada uno de sus movimientos.

Estaba en esa edad en la que las hormonas comenzaban a activarse y el mundo empezaba a cambiar de color. Tomek no podía culparla por interesarse en Jimmy. Podía ver el atractivo. Él también había sido adolescente una vez, sabía de qué iba todo aquello. Excepto por los dientes. Eso no había sido una *moda* cuando él tenía esa edad. Si lo hubiera sido, temía que habría parecido un reflector cada vez que abría la boca a los dieciocho años.

Una vez que Jimmy se marchó, terminaron su cena, agarraron lo esencial y se fueron. La lluvia había disminuido ligeramente, aunque el tráfico en la ciudad no había recibido el mismo mensaje. Les tomó veinte minutos, lo mismo que si hubieran ido a pie. Aparcaron frente al piso y Tomek apagó el motor. Las luces estaban encendidas en la

sala de estar y la cocina, presumiblemente Jimmy las había dejado así en preparación para su visita.

—¿Qué te parece? —preguntó Tomek.

—Se ve exactamente igual que el nuestro actual.

—Brillante —dijo Tomek con sarcasmo, aunque su mente se centró en las dos palabras que habían salido de su boca.

El nuestro.

Nuestro. Nuestro piso. Nuestro espacio. Nuestro hogar. Durante los primeros días de su relación padre-hija siempre había sido *su* piso, *su* casa.

Era solo un pequeño paso, pero era un paso en la dirección correcta, al menos.

Tomek fue el primero en salir del coche y se dirigió a la puerta principal. El altercado de ayer con el modelo convertido en hooligán futbolístico había estado presente en la mente de Tomek desde entonces. Si alguna vez había un incentivo para mudarse de casa (si dormir en el sofá para que tu hija tuviera un lugar cómodo para dormir no era ya suficiente incentivo), la perspectiva de ser vigilado y hacerte sentir en peligro ciertamente lo sería. No había duda en su mente de que Charlotte no tenía intención de dejarlo en paz. Ella misma no iba a ir a ninguna parte, y necesitaba mantenerse entretenida, ocupada. Quería tener sus propios episodios de *Keeping Up With The Bowens*. Charlotte no los dejaría en paz mientras tuviera el poder, los contactos y el acceso para hacerlo. Si mudarse, aunque solo fuera a unos cientos de metros de distancia, era una medida preventiva que necesitaba tomar para proteger a su familia, entonces estaba dispuesto a hacerlo.

Metió la llave en la cerradura y, con un simple giro, entró.

—Este lugar vale la pena solo por la puerta principal —comentó Kasia—. Odio la que tenemos ahora.

Tomek se detuvo en seco, mirándola con severidad. —¿Qué te he dicho sobre ese tipo de lenguaje?

Su cara se transformó y bajó la mirada. —Tú lo haces todo el tiempo.

—Y cuando cumplas dieciocho años también podrás hacerlo. Si llegas tan lejos... Pero mientras estés bajo este techo...

—Vale.

La primera habitación que Tomek le mostró fue el armario de zapatos. Cuando le dijo que ahí es donde dormiría, ella lo miró con enojo, entrecerrando los ojos. La siguiente habitación fue la sala de estar. Todos los planes preconcebidos e ideas que había tenido para el espacio se desmoronaron inmediatamente cuando ella lo cambió todo. La disposición, la organización, la cantidad de muebles nuevos que necesitarían. Rápidamente se dio cuenta de que esta era la casa de ella, y él solo viviría en ella.

La discusión sobre los dormitorios no fue diferente. Por suerte, ella había optado por el espacio más pequeño, sin su insistencia, y ya había calculado cómo acomodar una cama, un armario, una mesa de maquillaje, un escritorio y una cómoda en el pequeño espacio. Para Tomek, era como pedirle que completara el cubo de Rubik mientras le decían qué hacer con las instrucciones justo frente a él. Todavía no tenía sentido para él, pero lo tenía para ella. Y eso era lo importante. Darle la libertad de elegir qué hacer con su propio espacio.

—¿Quieres ver la mejor parte de la casa? —preguntó Tomek emocionado.

—No va a ser nada emocionante, ¿verdad?

—*Yo* creo que sí lo es.

Tomek la agarró del brazo y le mostró su nuevo dormitorio. El alféizar de la ventana. Su enorme tamaño.

—Hermoso, ¿no crees?

—Esa no es la palabra que yo usaría para describirlo.

—¿Qué palabra usarías?

Ella lo miró. —Tendrás que esperar hasta que cumpla dieciocho para saberlo.

Eso dibujó una sonrisa en su rostro. Caminó hasta el alféizar de la ventana y se apoyó en él, mirando la calle de abajo.

—Recibí una llamada hoy —comenzó.

—Vale... —La cautela en su voz era evidente.

—Vuelvo al trabajo mañana.

—Ah. Vale.

—Lo que significa que tendrás que cuidar mis bonsáis —dijo, su sonrisa convirtiéndose en una amplia mueca—. Necesitan agua una vez cada dos días, preferiblemente por la noche. Cuando llegue el verano, tendrás que hacerlo mucho más. —La mirada de Kasia giró hacia fuera de la ventana, observando su reflejo—. En un tono más serio —continuó—, también significa que no voy a estar en casa tanto como lo estoy ahora. Seguiré preparándote el desayuno y los almuerzos para la escuela tan a menudo como pueda. Te seguiré dejando en la escuela cuando pueda. Pero las mañanas que no pueda, este lugar está más o menos a la misma distancia de donde estamos ahora, así que deberías estar bien. El único problema serán tus cenas. A veces tendré que trabajar hasta tarde. Si ese es el caso, te dejaré instrucciones sobre cómo hacer la cena.

—Ya sé cocinar —dijo ella, su voz desprovista de emoción, como si el anuncio de Tomek la hubiera dejado sin aliento.

—Si tu boletín de calificaciones de la Sra. Shaw es indicativo...

—No por eso —dijo ella—. Aprendí a cocinar por mi cuenta cuando mamá no estaba. A veces se iba durante días. No me dejaba nada para comer, así que tenía que buscar comida por mi cuenta.

Era la primera vez que Kasia mencionaba la vida con su madre. Él había decidido no presionarla demasiado con el tema, esperando a que ella explicara las cosas a su propio ritmo. Ahora que lo había hecho, se sentía privilegiado de que confiara en él para contárselo.

—Intentaré estar en casa tanto como pueda —le dijo.

—¿Puedo invitar a Sylvia después de la escuela?

Tomek dudó. Consideró la decisión. —Sí, no veo problema con eso. Solo dime los días y recordaré esconder mi ropa interior sucia y recoger mis calcetines.

Kasia se rió para sí misma. Por un breve momento, Tomek pensó que estaba a punto de empujarlo cariñosamente, poner una mano en su brazo con afecto, pero no lo hizo. En su lugar, sacó su teléfono y leyó un mensaje.

—Me ha preguntado si quiero ir a dormir a su casa este fin de semana —dijo Kasia.

—¿Sylvia?

—Sí.

—Hmm.

Ahora, *eso*, a Tomek no le entusiasmaba tanto. No le importaba la idea de que una amiga viniera a su casa. Era un territorio familiar. Un espacio seguro. Pero que Kasia fuera a casa de Sylvia... Era una decisión sobre la que tendría que reflexionar.

—No estoy tan seguro de eso —le dijo—. Si todo va tan rápido como dice James —quiero decir *Jimmy*—, entonces deberíamos poder mudarnos la próxima semana. Necesitaré toda la ayuda posible con el embalaje. —Hizo una pausa—. ¿Qué tal si... solo puedes quedarte a dormir con ella cuando mejores tu nota de matemáticas?

Eso servirá. Soborno. Darle una recompensa al final.

Ser padre de la única manera que conocía.

—¿Qué? —preguntó ella, con un incipiente enfado en su voz.

—Lo que me recuerda —comenzó, dirigiéndose hacia la salida—. He hablado con la Srta. Holloway y ha accedido a venir por las noches para darte clases particulares.

—¿Qué? ¿Me estás tomando el pelo?

Tomek giró en el sitio. —¡El lenguaje! Originalmente había planeado que dejara de venir una vez que tus notas mejoraran, pero puedo hacer que venga todo el año si prefieres.

Kasia puso los ojos en blanco y soltó una gran bocanada de aire por la boca. —*No*.

—Bien. Entonces deja de decir palabrotas.

CAPÍTULO
CATORCE

Los juegos ya no eran divertidos. Habían dejado de ser agradables después de que él la golpeara. Fuerte. Muy, muy fuerte. Annabelle no sabía por qué lo había hecho, pero las cosas se habían vuelto tensas desde entonces. Discutían mucho más, se gritaban el uno al otro, se acercaban de manera confrontacional. Mientras tanto, Annabelle simplemente permanecía en su silla como le habían dicho. No quería que la golpearan de nuevo. No, señor. Esa no era una parte del juego que le gustara.

Le dolió tanto que no pudo mover la boca durante lo que parecieron días, pero solo habían sido unas pocas horas. Y todavía le dolía ahora, le palpitaba como aquella vez que Will Robbie le había dado un puñetazo en el brazo en la escuela para ver si dolía. Ella le había dicho que no podía sentir dolor, que era superhumana, que era diferente a cualquiera de los otros niños de la escuela. Pero le había dolido. Muchísimo, de hecho. Y su brazo palpitaba con un dolor fantasma mientras pensaba en ello ahora.

El tiempo se había convertido en algo difícil de manejar. Normalmente era tan buena observando los números dando vueltas y vueltas en círculos. No siempre sabía lo que significaban, pero su número favorito era el doce, y cada vez que la manecilla grande alcanzaba su número favorito, sabía que había pasado toda una hora. La señorita Duggan se lo había dicho. La señorita Duggan le contaba muchas cosas. A Annabelle le caía bien la señorita Duggan,

y pensaba en ella ahora mientras estaba sentada en la silla, mirando fijamente el televisor que tenía enfrente.

Seguían discutiendo, pero ella lo bloqueaba. Annabelle estaba viendo un episodio de *Bob Esponja* en DVD. Como no era uno de sus episodios favoritos —era muy exigente con Bob Esponja— se distrajo y continuó pensando en la señorita Duggan. La mujer más bonita que jamás había visto.

Era una pena que no tuviera novio.

Aunque no era por falta de intentarlo, le había dicho Amelia. Fuera lo que fuese que eso significara. Annabelle asumía que era algo malo, pero aun así no lograba entender por qué estaba soltera y sola.

—Debe sentirse muy sola, ¿verdad, señorita? —le había preguntado un día durante el almuerzo. Mientras el resto de su clase jugaba afuera, ella estaba ocupada jugando a los Top Trumps de Princesas Disney.

Su juego de cartas favorito con su profesora favorita.

—No me siento sola —respondió Amelia—. Tengo a mi gato y tengo muchos amigos con los que salgo los fines de semana. ¿Tú te sientes sola, Annabelle, siendo hija única?

Ante eso, Annabelle había negado con la cabeza. Ella no se sentía sola, *nunca* podría. No cuando tenía a sus amigos a su lado: Bob Esponja, Arenita, Patricio, Don Cangrejo. Incluso Plankton era uno de los buenos si llegabas a conocerlo. Le gustaban porque todos le hablaban cuando estaba triste y la ayudaban a levantarse de nuevo. Sin importar su estado de ánimo, siempre estaba feliz de ver a sus personas favoritas.

Su atención volvió al presente por un ruido fuerte. Se giró para mirarlos. Seguían discutiendo, excepto que ahora habían empezado a susurrarse, a hablar en voz baja. Annabelle había visto eso suficientes veces como para saber que estaban hablando de cosas de adultos, cosas que no querían que ella escuchara.

Luego se detuvieron y se dirigieron hacia ella. Se agacharon a ambos lados de la silla y la miraron a los ojos.

—¿Estás bien, Annabelle? —preguntó *Ella*.

Annabelle asintió.

—No estás en ningún problema.

Eso era bueno. A Annabelle no le gustaba meterse en problemas.

—Sentimos lo de antes —comenzó *Él*—. Fue un accidente. ¿Te duele?

Annabelle negó con la cabeza. Ahora era el momento de ser valiente, como aquella vez que no le había contado a nadie cuando Will Robbie también había intentado meter la mano debajo de su falda.

—Vamos a salir a dar un paseo ahora. ¿Te gustaría venir?

Annabelle dudó un momento antes de asentir. Tenía las piernas muy cansadas. No las había estirado en lo que parecían semanas. El espacio era tan estrecho y confinado. Al principio pensaba que era emocionante estar allí, acurrucada como un bichito en su manta, pero ahora no estaba tan segura.

—Coge tu abrigo y luego nos iremos.

Annabelle no necesitó que se lo dijeran dos veces. Saltó de la silla, agarró su abrigo favorito del respaldo y ya estaba esperando junto a la puerta antes de que ellos estuvieran listos.

Lo primero que notó fue el frío. El invierno no era su estación favorita —excepto por la Navidad, *adoraba* la Navidad— y nunca esperaba con ganas las temperaturas gélidas y la oscuridad.

La oscuridad era la parte más aterradora.

Y esta noche no era diferente. Estaba completamente negro ahí fuera. Ni siquiera las farolas eran lo suficientemente fuertes para luchar contra el envolvente manto de desesperación.

Mientras caminaba por la calle, con ambas manos siendo sujetadas, imaginó la oscuridad en una batalla con la farola. Dos figuras largas con grandes brazos metálicos golpeándose, pateándose y mordiéndose entre sí.

Luego giraron a través de una puerta y las luces desaparecieron. El campo en el que acababan de entrar tenía un nivel diferente de oscuridad. Más oscuro que la oscuridad más oscura que jamás había visto.

Le asustaba, y se aferró fuertemente a las manos que envolvían las suyas.

—No te preocupes —vino una voz desde arriba, pero estaba tan asustada que no pudo distinguir quién lo había dicho—. Mira hacia el cielo. ¿Puedes ver todas esas estrellas bonitas?

Annabelle levantó la cabeza hacia el cielo y asintió. Docenas de agujeros aparecieron en la manta que cubría el cielo, como si Dios hubiera agarrado un alfiler y lo hubiera clavado por diversión. Tal vez él también estaba jugando, se preguntó.

Dios debía de jugar muchos juegos. Especialmente con la gente. Como cuando Mason Jones se tropezó con el aire en el patio de la escuela y todos se rieron de él.

Dios debía tener los mejores juegos. Y mientras atravesaban el campo, ella se preguntó si tendría alguno de sus favoritos.

Apostaba a que sí.

Después de lo que pareció horas, finalmente se detuvieron frente a un parque infantil. Annabelle había estado en muchos antes, pero nunca en este. Tenía de todo. Un columpio, un tobogán, caballitos, balancín, un tiovivo. Todos sus favoritos.

Pero el favorito que más amaba era el columpio. La forma en que podía ir arriba y abajo, arriba y abajo... arriba y abajo. La manera en que podía acercarse a las estrellas y acercarse a Dios y sus juegos.

—Entra —le indicó *Él*.

Como un galgo al que acaban de soltar la correa, Annabelle corrió hacia el columpio, saltó sobre él y comenzó a impulsarse hacia atrás y hacia adelante, aumentando su impulso cada vez.

Más y más alto...

Arriba y abajo...

Mirando las estrellas. Conectando los puntos y fingiendo que los estaba coloreando. Esta vez no tuvo problemas para mantenerse dentro de las líneas.

Y entonces se detuvo. En el camino de regreso a la tierra, chocó contra algo sólido y casi se cayó. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, la cadena que su mano había estado sujetando comenzó a envolverse alrededor de su garganta, como una pitón atrapando a su presa. Las gruesas cadenas metálicas se clavaron en su piel y comenzaron a restringir su respiración.

El agarre de la pitón se volvió más fuerte, más fuerte...

El agarre de la muerte...

Más fuerte, más fuerte, todavía...

Annabelle trató de meter los dedos entre la cadena y su garganta, para abrir un espacio entre la vida y la muerte, pero fue inútil. Estaba demasiado apretado.

Y pronto el mundo comenzó a oscurecerse. Los puntos de luz comenzaron a desvanecerse. El sonido del viento comenzó a amortiguarse.

Y en lo que pareció minutos, el mundo de Annabelle Lake se volvió completamente negro. Y mientras sus ojos se cerraban, el último pensamiento que ocupó su mente fue de emoción. Porque al menos ahora podría jugar a los mismos juegos que Dios.

CAPÍTULO
QUINCE

Aquella mañana, cuando Amelia Duggan salió de casa, no tenía ni idea de que su vida daría un vuelco. Como todas las mañanas, había sido despertada bruscamente por Mister Whiskers, que había insistido en maullar a gritos a las 4 de la madrugada; treparse al cabecero y arañar el lateral de la cama a las cinco; y luego asfixiarla a las 6 sentándose sobre su cara. Su despertador felino. El egoísta bastardo peludo solo la despertaba de esa manera porque tenía hambre y suplicaba comida. Y Amelia no estaba en posición de negársela: difícilmente podía permitir que siguiera asfixiándola. En el pasado había intentado tirarlo al suelo y enterrar la cara en la almohada, hundiéndose en el cojín para dejarlo fuera de su alcance. Pero eso solo parecía haber antagonizado a Mister Whiskers, que procedía a arañar y morder cada trozo de piel expuesta que quedaba al descubierto bajo el edredón.

El egoísta bastardo peludo.

Cuando ella salía de casa, él se sentaba frente a la puerta y le suplicaba con la mirada que se quedara. Que continuara con el suministro interminable de comida húmeda y seca que su abultado estómago no necesitaba.

—Volveré tan pronto como pueda —le dijo—. Sé un buen chico. Te quiero.

La misma rutina cada mañana, sin falta. Era un milagro que pudiera dormir algo. Y al salir, se dio una última mirada en el espejo. Las oscuras ojeras bajo sus ojos eran suficientes para hacerla

arrepentirse de la decisión de comprarlo. La falta de sueño, la constante necesidad de atención. El egoísta bastardo peludo la estaba desgastando gradualmente y, combinado con su creciente carga de trabajo, no estaba segura de poder soportarlo más. Pero entonces comprobó la hora en su teléfono y vio la imagen de Mister Whiskers en su primer cumpleaños aparecer en su fondo de pantalla, y todo volvió a estar bien.

¿Cómo podría deshacerse jamás de él?

A menudo se preguntaba si les ocurría lo mismo a los padres. Si encontraban a sus hijos tan exasperantes, tan frustrantes, que se sentían impulsados a darles una patada voladora en la cara de vez en cuando. Pero luego bastaba un momento tierno —una sonrisa, una risita, coger una cera y luego dejarla en lugar de dibujar en las paredes o metérsela por la nariz— y volvían a enamorarse de ellos al instante.

Durante el horario escolar, ella solo estaba con los niños unas pocas horas al día, cuando normalmente se comportaban lo mejor posible, inmersos en la mentalidad del aprendizaje, donde las distracciones y los dispositivos tecnológicos se mantenían fuera del aula. En su mayoría, los niños que encontraba en sus clases eran de oro. Claro, a veces se resistían y discutían, pero estaban en un entorno diferente. Las reglas tácitas que gobernaban a cada niño desde el momento en que entraban por las puertas del colegio estaban en pleno efecto. Tenían un nivel de respeto, un nivel de profesionalidad. Incluso los pequeños racistas de sexto que llegaban con sus zapatillas deportivas y cigarrillos electrónicos y buscaban pelea con los europeos del este.

Habría sido un dilema agradable, tener hijos. No creía que pudiera odiar nunca a su propio hijo, despreciarlo o querer hacerle daño. De hecho, anhelaba tenerlos. Lo había deseado desde que se convirtió en maestra. Todos eran únicos, especiales a su manera. Y le encantaba, y le encantaría tener uno.

El único problema era encontrar a alguien lo suficientemente valiente (¿o era estúpido?) para tenerlo con ella. Esa sí que era una guerra en la que se había adentrado muchas veces y había perdido. Citas online, citas rápidas, conocer gente en salidas nocturnas...

había probado todo. Pero sin éxito. Ningún hombre estaba dispuesto a comprometerse. En cambio, todos iban tras una cosa, y solo una. Algo que ella no estaba dispuesta a darles. Ya había cometido ese error demasiadas veces en el pasado y había salido escaldada. No, necesitaba al hombre adecuado, al hombre perfecto.

Como Mister Whiskers... cuando no estaba siendo un completo imbécil.

Amelia cerró la puerta con llave y comenzó el paseo de cuarenta minutos hasta la escuela. Todavía estaba oscuro afuera y, con suerte, para cuando finalmente llegara a las puertas del colegio, el cielo se habría aclarado un poco. Para llegar allí, su trayecto consistía en un paseo de veinte minutos a través de un campo cerca del campo de golf, diez minutos caminando por una zona residencial de la ciudad, seguido del tramo final por la calle concurrida. Disfrutaba del paseo, y por muy mal que estuviera el tiempo, siempre lo hacía. Era bueno para el alma, bueno para el cuerpo y bueno para la mente. El ritmo constante de sus pies sobre las diferentes superficies le permitía descomprimirse, procesar los eventos del día anterior y planificar el día que tenía por delante.

Primero venía la parte más aterradora del paseo. La temía tanto por la mañana como por la tarde, especialmente en los meses oscuros. El parque. Había escuchado historias de terror sobre mujeres jóvenes que habían sido atacadas y violadas allí, y como resultado, había firmado la petición para asegurar que se instalaran más farolas (o cualquier tipo de iluminación) a lo largo del camino que atravesaba el campo. Eso había sido diez meses atrás, y todavía no se había hecho nada al respecto.

Esta mañana, el suelo estaba húmedo, empapado por una lluvia que había caído durante la noche. En la oscuridad, solo podía ver unos quince metros por delante de ella. Para esta parte del trayecto, se quitó los auriculares y aceleró el paso, casi hasta un trote: un ritmo que daría a los caminantes rápidos una lección.

En el punto medio, llegó al parque infantil que había sido instalado unos años atrás. Como de costumbre a esta hora de la mañana, estaba desierto. Pero Amelia incluso había pasado por allí a mediodía, o poco después de la escuela, y seguía vacío. Como si

hubiera un aura alrededor del lugar que prohibía a la gente entrar. Una advertencia invisible que los ahuyentaba.

Sus ojos se dirigieron hacia el tobogán. Esa imponente estructura, vagamente perfilada en la oscuridad, era el lugar donde, unos meses antes, una joven de veinticuatro años había sido atacada. Afortunadamente, la mujer había sido salvada por un transeúnte, y el atacante había sido capturado.

Pero eso no hizo que redujera el paso.

En cambio, hizo lo contrario.

Hasta que algo llamó su atención.

Algo extraño, algo que no debería estar allí.

Una figura, sentada en los columpios...

No, no estaba sentada. Estaba... ¿colgando?

Sí, colgando. Pero ¿quién? Una figura pequeña. Quizás un niño.

Inmediatamente, Amelia pasó a la acción y corrió hacia el parque infantil. Su abrigo se enganchó en el picaporte de la puerta y la hizo retroceder, retrasándola una fracción. Maldijo en voz alta, luego lo liberó de un tirón y se apresuró hacia la figura.

Incluso con la escasa luz, no necesitaba ver quién era para saberlo.

Reconocería esas coletas en cualquier parte. Y el abrigo. Y los pequeños zapatos Converse para los que el colegio había hecho una excepción.

El corazón de Amelia se le subió a la garganta cuando la realidad le dio una bofetada en la cara.

Antes de que cualquier otra cosa pudiera registrarse en su cerebro, su grito llenó el aire y rodó por el campo donde fue ahogado por el tráfico al otro lado de la valla.

CAPÍTULO
DIECISÉIS

Tomek intentaba evitar Canvey Island tanto como podía. Era gris, deprimente, llena de adolescentes con zapatillas Nike e idiotas haciendo carreras con Vauxhall Corsas y Ford Focus, y generalmente considerada como el culo de Essex. A lo largo de los años, los negocios locales y el ayuntamiento habían intentado atraer a más gente a la isla con la adición de un cine, una bolera, un pequeño parque de atracciones junto a la costa y un parque comercial que presumía de tiendas como B&M, M&S y un Costa Coffee —el sello distintivo de las compras dominicales. Pero a pesar de todo esto, no había sido suficiente para tentarlo.

La isla estaba bajo un riesgo constante y creciente de inundaciones, y era tristemente célebre por estar por debajo del nivel del mar. En el siglo XVII, el gobierno había atraído a un ingeniero holandés llamado Cornelius Vermuyden (a quien más tarde honrarían dando su nombre a una escuela) y le encargaron desarrollar los muros marítimos alrededor de la isla para protegerla de la subida del nivel del mar. Hasta ahora, las defensas habían sobrevivido y resistido el embate de la marea durante cuatrocientos años, pero si había que creer a los científicos y expertos, solo era cuestión de tiempo hasta que los muros cedieran y el mar reclamara la tierra como suya.

El campo en el que Tomek se encontraba actualmente, sin embargo, era una de las zonas verdes más agradables en las que había puesto un pie en la isla.

Lo malo, sin embargo, era la niña de nueve años muerta que colgaba del columpio.

No había duda en la mente de Tomek de que la niña era Annabelle Lake. Reconoció las coletas y la cicatriz en su mejilla por las fotos que había estudiado la noche anterior.

—Vaya manera de empezar tu primer día de vuelta.

Tomek sintió una palmada en la espalda de Sean mientras el adorable gigante se colocaba a su lado.

—Es casi tan malo como tener que estar en Canvey —comentó Tomek.

—Aun así, podría ser peor.

—¿Ah, sí?

—Podríamos estar haciendo esto en Tilbury.

Tomek se estremeció ante la idea.

—¡He oído eso! —El agudo chillido vino de Lorna Dean, la patóloga forense del Ministerio del Interior que había sido asignada al caso. Tomek había trabajado con ella en varias ocasiones y disfrutaba cada vez. Era una de las personas más sensatas, humildes e inteligentes que conocía. Y para alguien que trataba con cadáveres a diario, lo que la convertía en una persona extraña por defecto, tenía una perspectiva relativamente buena de la vida.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Tomek juguetonamente.

—Cuidado con lo que dices sobre Tilbury —gritó ella desde el otro lado del cordón—. De ahí soy yo.

Tomek y Sean compartieron una mirada que decía "eso lo explica todo".

—Quizás no deberías ir por ahí difundiendo noticias como esa —le dijo Tomek—. La gente podría empezar a pensar que no estás cualificada para el trabajo.

Lorna le mostró el dedo medio. —¿Quieres saber algo sobre la niña muerta o no?

Tomek no podía discutir con eso, así que le hizo un gesto para que se acercara. Unos momentos después, ella se agachó bajo el cordón y se arrastró hacia ellos.

—Me alegro de verte de nuevo, Tomek —dijo Lorna, bajando la mascarilla bajo su barbilla—. ¿Al final te soltaron, eh?

—Finalmente.

—Espero que hicieran bien. Tengo una hija adolescente que vio esas imágenes tuyas.

Cristo bendito. No se le había ocurrido que las fotos de desnudos no solicitadas que Charlotte le había tomado mientras dormía estaban ahora en internet, ahí fuera para que todo el mundo las viera. Incluida la hija de Lorna.

—¿Dónde? ¿Cómo?

—Instagram.

—Joder... —dijo—. Recuérdame que nunca entre en contacto con tu hija. Jamás. Por favor.

—Será un puto placer. —Lorna se bajó la capucha, revelando una melena de pelo rojo fuego. En un día brillante, era lo suficientemente potente como para quemar a través de la tela de su traje, pero en la poca luz, Tomek casi había olvidado el color. Había pasado un tiempo desde la última vez que había tratado con ella.

—Así que... —dijo él, ansioso por hacer avanzar las cosas.

—Así que, tu niña. —Lorna apartó un mechón de pelo—. ¿Tienes alguna idea de quién podría ser?

Tomek asintió. —Annabelle Lake. Nueve años. Secuestrada hace casi una semana de su escuela.

—Excelente. Bueno, no *excelente*. Pero es bueno que tengas una idea de quién es. Eso me ahorrará algo de tiempo.

—¿Cómo murió?

Lorna giró en el sitio y señaló el pequeño cuerpo de Annabelle. —Creo que podría haber estado intentando practicar el arte de la levitación... Por lo que puedo ver, la cadena envuelta alrededor de su cuello fue suficiente para hacer el truco. No parece haber otros signos de estrangulamiento, aunque no sabré más hasta que esté en la mesa. E incluso entonces podría ser demasiado difícil de decir; las marcas en su cuello por la cadena han dejado profundas hendiduras en su garganta, así que podría no ser posible ver nada más.

—¿Cuánto tiempo ha estado ahí?

Mientras lo decía, las ominosas nubes grises de arriba se abrieron y una fuerte lluvia comenzó a caer. Perfecto. Justo lo que necesitaba para estropear aún más su impresión de Canvey.

—Durante la noche —respondió Lorna—. Yo diría que en las primeras horas de la mañana. Bajo la protección de la oscuridad.

—Oscurece alrededor de las cinco de la tarde... —señaló Tomek.

—Pero este lugar suele estar vacío —añadió Sean.

Tomek se volvió hacia él. —¿Cómo lo sabes?

—Tengo amigos que viven aquí.

—¿Amigos? ¿Aparte de... mí?

Una sonrisa se dibujó en la cara de Sean y le dio una palmada a Tomek en la espalda de manera condescendiente.

—¿Necesitáis un momento? —preguntó Lorna.

—No. Estamos bien. Continúa... —dijo Tomek, sacudiéndose a Sean de encima.

—Como estaba diciendo, probablemente fue asesinada en las primeras horas de la mañana. Cuando llegué, su cuerpo estaba mojado, y según los informes meteorológicos que leí, supuestamente llovió durante la noche. Paró alrededor de las cuatro. —Miró el campo a su alrededor, entrecerrando los ojos contra el viento y la lluvia que la golpeaban de frente—. Nada desde entonces... Excepto ahora, por supuesto.

—Por supuesto —dijo él.

Consciente de la lluvia y queriendo salir de ella lo más rápido posible, Tomek le preguntó si tenía algo más que ofrecerles en este momento.

Lorna negó con la cabeza. —Tristemente no por ahora, chicos. Esa diversión vendrá más tarde cuando la tenga en la mesa.

Tomek no podía esperar. Antes de irse, hizo una pausa para observar a los oficiales de la Escena del Crimen corriendo frenéticamente dentro y fuera del campo para preservar la mayor cantidad posible de evidencia.

Después de agradecer a Lorna por su tiempo, Tomek y Sean se dirigieron de vuelta al coche. Mientras cruzaban el camino cubierto de barro que atravesaba el campo, el pie de Tomek resbaló y cayó de cara en un charco. Agua sucia y embarrada salpicó su pelo y su ropa. A su alrededor, escuchó el sonido de risas.

Luego llegó Lorna: —Te lo mereces —dijo, su voz llevada rápidamente por el viento—. Eso es lo que obtienes por hablar mal

de Tilbury.

CAPÍTULO
DIECISIETE

El sonido de Tomek llamando a la puerta resonó por todo el pequeño callejón sin salida donde vivían Steven y Elizabeth Lake. Desde el umbral, podía ver uno de los edificios de la Escuela Primaria Canvey Beck y la valla metálica roja que lo rodeaba detrás del seto.

Era la hora de llevar a los niños al colegio, y hordas de pequeños humanos con mochilas desproporcionadas que parecían arrastrarse por el hormigón se dirigían hacia la puerta, siendo tirados por sus padres.

Un momento después, la puerta principal se abrió y Tomek giró sobre sí mismo para encontrarse con una mujer de unos treinta años mirándolo fijamente. Vestía una sudadera fina que le colgaba de un hombro, con los cordones torcidos y la cremallera abierta hasta el pecho, revelando más piel de la que Tomek había previsto a las 9 de la mañana.

—¿Señora Lake? —preguntó Sean.

—¿Sí...? —Su voz era áspera, profunda, como si ya se hubiera fumado treinta cigarrillos para cuando ellos llegaron. Y entonces la comprensión se asentó en los poros de su piel y acampó. Su boca se ensanchó, revelando un conjunto de dientes del mismo color que el barro, y retrocedió hacia el interior de la casa. Balbuceando, inconsolable, las vocales y consonantes que salían de su boca eran incomprensibles.

—Señora Lake —comenzó Tomek—, ¿le parece bien si entramos?

Pero cuando ella no respondió, demasiado ocupada hiperventilando como una niña de cuatro años, Tomek miró a Sean. Se encogieron de hombros el uno al otro y luego hicieron su movimiento. Tomek dio el primer paso y entró primero. Había esperado un asalto verbal, un torrente de improperios llenos de saliva diciéndole que se marchara y no volviera nunca. Como si estuvieran en un caso de violencia doméstica. Pero no llegó. En cambio, Elizabeth tropezó hacia atrás hasta el pie de las escaleras, arañando salvajemente el aire en busca de apoyo como si estuviera buscando en la oscuridad. Cuando finalmente encontró las escaleras, acercó las rodillas al pecho y se hizo un ovillo.

Tomek hizo un movimiento para acercarse, pero Sean lo detuvo. —Prepara el té —dijo—. Yo me ocuparé de esto. La tetera está por allí.

Sin discutir, Tomek se dirigió hacia la cocina y la examinó brevemente antes de encender la tetera. No había nada destacable a primera vista. Ni bridas ni cuerdas ni una silla en medio del suelo con sangre. Ni posibles armas de asesinato ni dispositivos de tortura. Solo un surtido de horribles dibujos que parecían haber sido hechos por un niño de dos años, y una colección de cartas del gobierno. Cuando terminó los tés, salió de la cocina y se agachó frente a Elizabeth Lake en el pasillo.

—Aquí tienes, cariño —dijo, entregándole la taza de Minnie Mouse. Luego le pasó la taza de Mickey Mouse a Sean. Tomek había visto la colección en el armario —un amplio surtido de recipientes para beber con temática Disney— y optó por su favorito para él mismo. Pluto.

—¿Me equivoco al pensar que todos estos son de Annabelle? —preguntó Tomek, moviendo su dedo entre sus tazas.

—Sí... —dijo Elizabeth, con un nudo del tamaño de una pelota de béisbol atrapado en la garganta—. Le encanta Disney. Lo adora.

¿Qué niña de nueve años no? De hecho, ¿qué *persona* no? La franquicia llevaba funcionando más de cien años por alguna razón.

Tomek sugirió que trasladaran la conversación a la sala de estar. Con un asentimiento reacio, Elizabeth estuvo de acuerdo y los condujo al pequeño espacio. La mayor parte de la habitación estaba

ocupada por dos grandes sofás que habían sido metidos a la fuerza, y el primer obstáculo al que Tomek se enfrentó fue apretar su grueso muslo a través del delgado hueco. El siguiente obstáculo fue asegurarse de no derramar su bebida en la alfombra. Pero al menos no fue tan malo como el intento de Sean: después de tratar de encajar su pierna sin éxito, finalmente levantó la otra pierna por encima del sofá y saltó al espacio. Una vez que ambos estaban tras las líneas enemigas, se posaron en el extremo del sofá más cercano a la ventana. Elizabeth, con la destreza y gracia de una gimnasta, estiró las piernas por el lado de la silla y se colocó en el sofá con facilidad.

—Señora Lake —comenzó Tomek.

—Beff. Puede llamarme Beff.

Beth con F. Como si los pocos dientes que le faltaban en la boca le impidieran hablar correctamente.

Entonces Tomek le explicó que habían encontrado el cuerpo de su hija. No tardaron nada en volver a comenzar las lágrimas, y después de unos minutos, Elizabeth sacó su teléfono del bolsillo y comenzó a escribir. Como si se hubiera desahogado y hubiera pasado al siguiente hilo de pensamiento.

—¿Hay alguien más a quien debamos informar? —preguntó Tomek—. ¿Qué hay de Steven?

—Está en el trabajo.

—¿Quiere que enviemos a alguien para decírselo?

Ella levantó un dedo hacia él, indicándole que esperara. —Estoy enviando un mensaje a mi hermano. Necesita saberlo.

Tomek recordó las notas de los archivos que Nick le había dado. Vincent Gregory. El hermano de Beth con F. Se había comentado que, durante los primeros días de la investigación, había sido insoportable. Una mala pieza que había acosado y gritado a miembros del equipo, llamándolos incompetentes y amenazando con acciones legales si no encontraban a Annabelle. Especialmente a Sean.

—¿Le estás avisando a él antes que a tu marido?

—Tiene derecho a saberlo. Tanto como cualquier otra persona.

Tomek no creía que eso fuera estrictamente cierto. Anunciarlo a los cuatro vientos no lograría nada.

Cuando terminó, finalmente dirigió su atención a Steven y le hizo la llamada que duró menos de treinta segundos.

—Ya viene —dijo—. Solo está terminando un trabajo.

Mientras escuchaba, Tomek no pudo evitar pensar que había hecho parecer a Steven Lake una especie de sicario.



El sicario llegó diez minutos después, irrumpiendo por la puerta. No se parecía en nada a un asesino a sueldo, sino que vestía un pantalón de electricista, llevaba un polo azul marino sucio, y sus brazos y dedos estaban cubiertos de tierra y suciedad. Si las palabras "Servicios Eléctricos Lake" no hubieran estado grabadas en el pecho de su camisa, Tomek habría supuesto que era algún tipo de albañil.

Steven Lake ignoró a Sean y a Tomek mientras se dirigía directamente hacia su esposa. Se dieron un breve abrazo y luego él se sentó a su lado. Colocó ambas manos sobre sus rodillas y se inclinó hacia adelante, como si estuviera viendo el clímax de un thriller de acción en la gran pantalla.

—Por favor, no me digas que es verdad —dijo—. He venido tan rápido como he podido, por favor, no me digas que es verdad.

Sean tragó saliva antes de responder. Antes de sentarse con la familia, habían acordado que la noticia sería mejor viniendo de alguien a quien ya habían conocido, alguien con quien se habían familiarizado, en lugar del extraño que había aparecido en su puerta con él. Mientras escuchaba, Tomek estudió a los padres de Annabelle Lake. Sus movimientos, sus reacciones. En teoría, habrían estado más relajados, más abiertos, más *confiados* con la noticia ya que provenía de Sean, y como resultado, más propensos a revelar algo si había algo que revelar.

Pero ese no fue el caso. Ambos se deshicieron en un mar de lágrimas, llorando primero en sus propias manos, luego encontrando

algo de consuelo el uno en el otro. Steven se había inclinado y estaba sollozando en el regazo de Beth, envuelto por sus brazos.

—Vamos a hacer todo lo posible para encontrar a quien hizo esto —dijo Tomek—. Sé que nunca nos hemos conocido, así que supongo que este es el mejor momento para presentarme. —Tomek esperó un momento; ambos lo miraron, horrorizados por la horrible falta de oportunidad—. Soy el sargento detective Tomek Bowen —dijo—. Trabajo con Sean y el resto del equipo y me han asignado para...

—*¿Tomek?* —preguntó Beth.

—Sí. Ese es mi nombre. —Se volvió hacia Sean y preguntó—: ¿Eso es lo que dije, verdad?

—Sí —confirmó Sean con una inclinación de cabeza.

—Ese no es un nombre inglés, ¿verdad? —dijo Beth.

—No. Qué perspicaz por su parte. —Podía sentir que se le crispaban los nervios—. Soy medio polaco.

Una mirada de sorpresa, seguida de angustia, se asentó en los ojos grises de Beth. —No puedes estar aquí...

—¿Perdón?

—Ya es bastante malo que también estés aquí... —continuó Beth, mirando directamente a los ojos de Sean.

—¿Qué? —preguntó Tomek, con la espalda poniéndose cada vez más rígida.

—Es su hermano —añadió Steven.

—¿Qué pasa con él?

—Él... ¿Cómo podemos expresarlo? Él...

—Tiene ciertas opiniones sobre ciertas cosas...

—Oh, ¿quieren decir que es racista?

Esa palabra tomó a Beth por sorpresa, como si nadie la hubiera usado antes para referirse a su hermano. O quizás sí lo habían hecho, y ella simplemente lo ignoraba. Si había algo que sabía sobre imbéciles beligerantes como su hermano, era que esa palabra en particular no existía para ellos.

—Mi hermano no es racista...

Tomek podía ver que el agujero se hacía más profundo cuanto más tardaba ella en completar su frase.

—Es solo que tiene opiniones sobre estas cosas.

—¿Sobre *qué* cosas?

—Personas que no son... ya sabes, inglesas.

—¿Y cuál es *tu* opinión?

—Yo... No tengo ninguna.

—Bueno, soy medio inglés, ¿eso no cuenta para nada?

Beth apretó los labios y negó con la cabeza de manera imperceptible.

La vara en la espalda de Tomek estaba bien y verdaderamente en su máximo apogeo. Ni siquiera un terremoto podría derribarlo.

—¿Tu hermano tiene esvásticas en su casa? ¿Quieres saber también si soy judío?

Beth balbuceó, con el labio superior temblando.

Vamos, la incitó Tomek mentalmente. *Hazlo.*

Dilo.

Te reto.

—¿E-Eres... Eres judío?

Una sonrisa saltó al rostro de Tomek. —No. No lo soy.

No era judío. No practicaba ninguna religión —para desesperación de su madre— pero eso no iba a impedir que la hiciera creer que sí lo hacía.

Tomek echó un vistazo rápido a Steven, que ya no estaba sentado con la cabeza en el regazo de Beth. A estas alturas descansaba en sus manos, avergonzado, con su cuerpo alejado de ella. Su lenguaje corporal parecía como si estuvieran sentados en el consultorio de un terapeuta de parejas, inmersos en una conversación sobre por qué cada uno odiaba al otro.

¿En qué se había metido Steven? se preguntó Tomek.

Y por la expresión de su cara, el electricista se había preguntado lo mismo.

—Chicos... —Sean, el gigante amable, medió—. No es para esto que estamos aquí. Estamos aquí para hablar de Annabelle.

—Tienes razón —dijo Tomek—. Y mientras esperamos a que llegue tu hermano, tenemos algunas preguntas que hacerles.

—¿Como cuáles? —preguntó Beth.

—¿Dónde estaban anoche?

—Aquí. Los dos. Nos dormimos como a las diez. Steve tenía que trabajar temprano.

—¿De verdad? ¿Dónde?

—Empiezo la mayoría de las mañanas sobre las siete u ocho. Soy autónomo, así que el tiempo que no estoy trabajando es tiempo perdido.

—¿Y en qué trabajas tú, Elizabeth?

—Soy dependienta a tiempo parcial en Dorothy Perkins en el centro. Paso el resto del tiempo cuidando de Annabelle.

Tomek sabía todo esto, por supuesto, sabía casi todo sobre ellos, pero quería escucharlo directamente. Quería escucharlo de la boca del caballo.

Luego movió la conversación hacia los eventos que llevaron a la muerte de Annabelle. Sus movimientos, su comportamiento, si habían notado algo extraño fuera de la casa.

No lo habían hecho. No habían visto nada.

Y durante el tiempo del secuestro de Annabelle, Steven había estado trabajando en Southend, mientras Elizabeth había estado en la tienda.

—Steve ha estado consiguiendo un montón de trabajo en Southend últimamente. El negocio ha ido bien. Estoy muy orgullosa de él.

A juzgar por la expresión de su rostro, Steven estaba más orgulloso de sí mismo que ella. De hecho, parecía que habría estado más feliz de escuchar a Tomek decir que estaba orgulloso de él.

—Felicidades —respondió Tomek.

La sonrisa en el rostro de Steven demostró su punto. —Gracias. Me ha llevado un par de años y mucho trabajo duro, pero finalmente lo estoy consiguiendo. Ahorrando un poco más aquí y allá...

El hombre sonrió, pero rápidamente se desvaneció y reveló su verdadero sentimiento. Que estaba roto y herido, ya sea por la muerte de su hija o por la constante presión de proporcionar económicamente para su familia, o más probablemente, ambas cosas. Tomek no lo sabía. Aunque podía sentir que esos sentimientos no iban a desaparecer pronto. Lo había visto suceder antes. El padre de la víctima internalizando el sufrimiento y el dolor

de la muerte. Absorbiéndolo como una esponja malévola que se le había pegado y la única manera de sacarlo era abriéndolo.

Y esa era la forma en que algunos hombres lo enfrentaban. Abriéndose a sí mismos de la única manera que conocían: exterminando el problema para que ya no fuera una preocupación para sus familias.

Poco después, apareció el hermano de Elizabeth. Vincent Gregory era exactamente como Tomek había esperado que fuera. Basándose en la única (y francamente vital) información que sabía sobre el hombre, sospechaba que su pelo estaría cortado muy corto para que quedara muy poco en su cabeza, su cara sería tan redonda como su estómago, y tendría al menos uno, si no dos, tatuajes en el cuello. Tomek había acertado en los dos primeros. En cuanto al tercero, había errado la cuenta por uno. Vincent Gregory tenía tres tatuajes en el cuello. El primero era de una serpiente envolviéndose alrededor de su garganta. Entre las cintas de piel y escamas había un pequeño barco que parecía haber sido estencilado de la película *Piratas del Caribe*. La pieza que faltaba en el collage era el nombre "Annabelle", con sus líneas irregulares y un pobre intento de letras de burbuja. No había identidad detrás, ni un estilo claro, y parecía como si la propia Annabelle lo hubiera dibujado. En ese caso, bien. Pero si no, entonces Tomek pensó que ya era hora de que Vincent buscara un nuevo tatuador.

—Vinnie —dijo Elizabeth tan pronto como entró en la sala de estar.

—Oh, Beth, cariño, lo siento tanto.

Los dos se abrazaron, sus cuerpos colisionando en un sordo *golpe*, y permanecieron allí por un momento más de lo que era socialmente aceptable. Mientras el resto de ellos se quedaban al borde de la habitación, mirando incómodamente mientras observaban cómo las manos de Elizabeth y Vincent masajeaban los pliegues de la piel del otro.

—Lo siento tanto... —dijo Vincent mientras se alejaba de ella y miraba su rostro, ajeno al resto de la habitación.

—Lo sé —respondió Elizabeth, luego se volvió hacia Sean y Tomek—. Estos son los detectives que van a ayudar a encontrar a su

asesino.

Tomó menos de una fracción de segundo para que el disgusto se registrara en la cara de Vincent Gregory. No por Tomek —que no se veía diferente a Steven Lake— sino por Sean. El único hombre negro en la habitación. Su rostro se contorsionó y su boca se abrió, pero se contuvo en el último momento. Dio un paso adelante e infló su pecho, como si se enfrentara a Sean.

—¿Vosotros *dos* sois los encargados de averiguar quién mató a mi sobrina? ¿Qué pasó, no había nadie más disponible? No sé qué haces aquí... —le dijo a Sean—. Pensé que te había dicho que no volvieras...

Sean se erizó mientras luchaba contra el impulso de agarrar al hombre por la garganta y embutir su cabeza gorda entre el hueco de los sofás.

—Señor Gregory —dijo Tomek, saltando a la conversación antes de que pudiera surgir cualquier tipo de conflicto—. Vincent... Vinnie... Hay algo que deberías saber sobre nosotros.

—Oh, sí, ¿qué es?

Tomek colocó la palma de su mano en su pecho. —Me llamo Tomek. Y no importa lo que digas o hagas, no pararemos hasta descubrir qué le pasó a Annabelle.

Cuando el nombre de Tomek se registró en la diminuta cabeza de Vincent, sus pupilas se dilataron y su boca se abrió aún más.

—Así es —continuó Tomek—. Tienes a un polaco y a un negro en el caso. Los mejores de los mejores, si soy sincero. No sé tú, Sean, pero no puedo pensar en nadie más con quien preferiría ayudar a la pequeña Annabelle.

—Absolutamente —coincidió Sean.

Ambos mantuvieron su mirada firmemente plantada en Vincent Gregory quien, de pie frente a ellos, parecía haberse encogido considerablemente de tamaño.

—Somos la mejor oportunidad que tienes —añadió Sean.

—¿Qué pasa con la... qué pasa con la mujer que estuvo aquí el otro día? Anna, ¿no era?

¿Triple Word Score? ¿La agente Anna Kaczmarek? ¿La oficial con el nombre más polaco posible?

—Es nuestra oficial de enlace familiar. Seguirá viniendo a actualizarlos cuando sea necesario.

—¿No puede hacer... más? Me caía bien. Pensé que era... útil.

Por supuesto que sí, maldito racista fascista, porque ella no te dijo su nombre completo.

O tal vez no eres un maldito racista fascista cuando se trata de mujeres, maldito racista fascista.

En lugar de expresar los pensamientos dentro de su cabeza, le ofreció al hombre una cálida sonrisa y volvió a su posición en la silla. —Si no te importa, tenemos algunas preguntas que hacerte, Vincent.

—Es Vinnie.

—Está bien —comenzó Tomek—. Bueno, Vincent, en primer lugar, me gustaría...

—¿Estás sordo?

—¿Perdón?

—Dije que era *Vinnie*.

—Y yo dije *está bien*. Solo porque entendí lo que dijiste no significa que tenga que estar de acuerdo con ello.

Muy parecido a tus opiniones...

—Ahora, si no te importa —continuó Tomek antes de que Vincent pudiera protestar—, tenemos mucho que hacer.

—¿Como quitarnos nuestros trabajos?

Y ahí estaba. Tomek sintió el impulso de mirar su reloj. Para ver cuánto tiempo había tardado el hombre en revelarse en todo su esplendor desnudo. Supuso que fue menos de unos minutos, un nuevo récord.

—¿Qué trabajos serían esos, Vincent?

Vincent meneó el dedo hacia ellos. —Los tuyos... —dijo al final—. Quitándonos nuestros trabajos.

—¿Qué trabajos hemos quitado, señor Gregory?

Este era un tema sobre el que Tomek no dudaba que el hombre podría extenderse. La mayoría de los racistas podían hacerlo. Podían discutir y discutir, pero todo era palabrería vaga y superflua que nunca presentaba hechos o ejemplos. Era todo un odio malicioso alimentado por una creciente división en las circunstancias sociales y económicas.

—Eh... Bueno, trabajo en el Hospital de Southend, ¿verdad? Limpiando los pisos y fregando la orina de la gente, y eso. Y todas las personas con las que trabajo son extranjeras, ¿vale? Han venido y empezado a trabajar aquí...

—Sí. Vale. ¿Pero te han quitado tu trabajo?

—Eh... No, pero ya no puedo conseguir otros trabajos porque el resto de ellos los han tomado.

Y, naturalmente, no tenía absolutamente nada que ver con sus habilidades, sus destrezas. Siempre era culpa de otra persona.

Tomek decidió que no quería entretener más la conversación. La mejor manera de vencer a un acosador era alejarse y dejar que se quedara sin energía. De esa manera no habría confrontación ni riesgo de perder su trabajo. No solo habría hecho muy feliz a Vincent Gregory, sino que era solo su primer día de regreso y no podía arriesgarse a volver a estar sentado en casa sin hacer nada otra vez. Al menos no por mucho tiempo.

—Creo que eso es todo por ahora —les dijo, pero habló directamente a Steven Lake—. Nos pondremos en contacto si necesitamos algo en el futuro inmediato.

Al salir, Tomek rozó a Vincent Gregory y recibió una sonrisa de disculpa de Beth con F. Mientras se dirigían de vuelta al coche, Tomek sintió que Vincent abría las cortinas y los miraba fijamente a través de la ventana. Tenía la tentación de volverse y saludar, solo como un pequeño recordatorio de que no iba a ninguna parte, pero luego lo pensó mejor.

No era tan infantil.

Tal vez...

—¿Qué te pareció todo eso? —preguntó Sean mientras subían al coche—. Es un tipo desagradable, ¿verdad?

—No —respondió Tomek, abrochándose el cinturón de seguridad —. No hay nada desagradable en él. Es solo un cabrón.

CAPÍTULO
DIECIOCHO

Tomek cerró suavemente la puerta del despacho del DCI Cleaves, dejando fuera el suave zumbido de la sala de incidentes. Nick lo había llamado en cuanto lo vio llegar al aparcamiento. Esta mañana, el inspector jefe llevaba una expresión de consternación en el rostro, una expresión que Tomek nunca había visto antes y, aunque había pasado menos de una semana, Tomek estaba seguro de que el hombre había engordado desde la última vez que lo vio.

—¿Pasa algo, jefe? Tienes cara de haber recibido malas noticias.

—Esa es una forma de decirlo, Tomek.

A Tomek no le gustó cómo sonaba eso. Ni un poco. Algo se avecinaba, y la suma de su experiencia le decía que no iba a ser una oferta de ascenso.

—Supongo que, primero, debería darte la bienvenida. Nada como lanzarte directamente a lo más profundo, ¿verdad?

—Me lanzaste justo en medio de Canvey, señor. Eso es mucho peor.

—Me enteré de tu pequeña caída... —Las comisuras de la boca de Nick temblaron en una sonrisa socarrona, aunque intentó reprimirla con todas sus fuerzas—. Que te caíste como un saco de mierda.

—Le pasa a los mejores. —Tomek bajó la mirada hacia su brazo y se quitó un trozo de barro seco de la chaqueta.

—Pobre pequeña Annabelle... —continuó Nick, bajando la mirada hacia la mesa—. Devastador...

Era la primera vez en mucho tiempo que Tomek veía a Nick mostrar algún indicio de emoción por un caso. Normalmente era rígido, ambivalente, un maestro ocultando sus verdaderos sentimientos. Pero esto era diferente. Y Tomek no estaba seguro de cómo reaccionar.

—¿Estás bien, señor? —dijo—. ¿Necesitas que te traiga un pañuelo?

La mirada que había llegado a esperar de Nick —esa mirada siniestra, las fosas nasales dilatadas, el ceño fruncido— volvió con aplomo.

—Vete a la mierda. Estoy bien. Solo es triste de ver. Debes entenderlo, ahora que tienes a Kasia en tu vida, ¿no?

Tomek no lo había pensado así. De hecho, había intentado no hacerlo. La diferencia de edad entre Annabelle y Kasia le ayudaba a concluir que *no* era lo mismo y que *no* era posible que algo similar le sucediera a su hija.

—Supongo —respondió encogiéndose de hombros—. Pero intento no pensar en ello.

—Probablemente sea lo mejor.

Un largo momento de silencio entró por la ventana y se sentó entre ellos. Tomek se movió incómodo en su asiento y examinó la habitación para llenar el tiempo —la habitación que había visto innumerables veces y que había empezado a sentir que conocía cada centímetro cuadrado. Contenía los accesorios y muebles habituales de una oficina: una silla, un escritorio, estanterías, una pizarra, incluso una cómoda reservada para las partes ultrasecretas del trabajo que Nick no compartiría con él, por mucho que rogara. Pero no había efectos personales, nada que lo hiciera sentir como un lugar cálido y acogedor. Aunque Tomek no creía que pudiera haberlo hecho mejor si hubiera tenido una oficina propia. Excepto quizás por una planta. Definitivamente una planta. Tal vez incluso un bonsái...

Ahí había una idea. El cumpleaños de Nick se acercaba en un par de meses.

Finalmente, después de lo que pareció un minuto, Nick continuó:

—Como parte de tu reincorporación al trabajo, tienes que hacer algunas tonterías aburridas de bienestar. Los chicos de Recursos

Humanos te ayudarán con todo eso, pero no creo que te lleve mucho tiempo. Ya has empezado con buen pie y solo han pasado dos minutos.

—Quizás tendrás que empezar a llamarme Usain Bowen —dijo—. El hombre más rápido del equipo.

—Solo tu culo debe pesar unos cincuenta kilos. Piensa en la resistencia que genera.

Tomek nunca había sido de los que lo admiten, pero en el equipo había una broma recurrente de que, entre todos los hombres, él tenía el trasero más grande. Lo atribuía a sus carreras matutinas, pero en realidad, siempre había sido grande, y a menudo luchaba por encontrar un par de vaqueros o pantalones lo suficientemente cómodos para que cupieran tanto su trasero como sus muslos, aún más gruesos.

—Incluso con la resistencia, sigo siendo más rápido que tú y ese estómago tuyo —respondió Tomek.

—¿De qué estás hablando? —Nick miró hacia su barriga con un destello de triunfo en sus ojos—. Tengo el cuerpo de un Dios.

—Lástima que sea el de Buda.

—Buena esa, pero Buda no es un Dios... *en realidad*.

Tomek levantó las manos en señal de rendición.

—No sabía que teníamos dos Capitanes En Realidad en el equipo...

Otro momento de silencio, esta vez más breve.

Había algo en la mente de Nick, pero tenía demasiado miedo para decirlo. Llenando los vacíos de indecisión con un silencio incómodo. Y Tomek quería saber qué era. Abrió la boca para averiguarlo, pero Nick se le adelantó.

—¿Cómo encuentras la investigación hasta ahora? ¿Alguna idea? Confío en que tuviste oportunidad de revisar todas las notas antes de volver.

Tomek asintió.

—No tenía nada mejor que hacer con mi tiempo, señor. Solo puedo ver tanta televisión durante el día antes de empezar a pensar en querer colgarme. —Tomek se metió un dedo en la oreja y lo movió, luego lo sacó y se limpió el contenido en los pantalones sin

mirar—. Aunque quería preguntar: ¿quién ha estado dirigiendo la investigación hasta ahora?

—La inspectora Orange.

—¿Orange...?

—Sí. ¿Tienes algún problema con eso?

—¿Ese es su apellido real?

—Sé que te resulta difícil de creer, pero sí.

Tomek se mordió el labio inferior.

—Al menos no creo que tengamos problemas para encontrarle un apodo. Aunque podríamos tener dificultades si queremos encontrar algo que rime con él.

—No harás nada por el estilo. Acaba de empezar, y no permitiré que la molestes burlándote de ella.

—Nos reiremos *con* ella, señor. No *de* ella.

—Me importa una mierda. Todo viene a ser lo mismo.

Tomek no podía discutir con eso. Como instigador de muchos de los apodos en la oficina —Capitán En Realidad, Tony el Tibio, Pimienta Cheyenne, por nombrar algunos— a veces se preguntaba si se pasaba de la raya, si cruzaba algún límite. Pero como nadie lo había reprendido ni se había quejado de ellos, nunca los había considerado un problema.

—Te la presentaré después de esto —dijo Nick, sacando a Tomek de sus pensamientos—. Es encantadora y sabe lo que hace.

—¿Estás seguro?

La ceja de Nick se elevó y se inclinó hacia adelante en su silla.

—¿Sargento? ¿Quieres pensar cuidadosamente tus próximas palabras?

Tomek no quería ponerse en contra de otra inspectora dentro del equipo. Especialmente una a la que aún no había conocido. Pero había algunas cosas que necesitaba decir.

—Nada, señor. Bueno, nada terrible. Solo que... creo que las cosas podrían haberse hecho un poco mejor, eso es todo.

—¿Mejor?

—Más rápido. Más eficiente. Annabelle Lake llevaba dos días desaparecida cuando me diste el expediente del caso, y según la

información que contenía, diría que se hizo la mitad del trabajo que podría haberse hecho para encontrarla.

—¿Y tú eres el experto en encontrar niños pequeños?

Una sonrisa irónica se dibujó en sus labios.

—Como tú mismo dijiste, señor, tienen la costumbre de aparecer en mi puerta.

Inmediatamente deseó no haber dicho eso. No porque fuera egocéntrico o presuntuoso, sino porque lo hacía parecer algo que no era. Y no estaba dispuesto a seguir ese camino otra vez.

—¿Qué habrías hecho diferente?

—Yo... no lo sé. Solo habría sido más... proactivo. Ni siquiera vi que compartieran su cara en nuestros canales sociales...

—Eso es porque tú no los tienes.

Tomek ignoró el comentario y continuó.

—Me atrevo a decir que siento que podría haber hecho un mejor trabajo.

—¿En serio?

—No hace falta que suenes tan sorprendido, señor.

—No lo estoy. Es solo que nunca te había oído decir algo así antes. ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas que programe la entrevista de reincorporación con RRHH para dentro de cinco minutos?

—No.

—Venga, crack. Suéltalo.

Tomek se masajeó la palma de la mano con el pulgar opuesto, frotando el estrés.

—Las últimas semanas me han dado mucho tiempo para pensar, para reflexionar. Sé que es algo que has intentado sugerirme en el pasado, y siempre he sido reacio por alguna razón. Algunos podrían decir que es miedo, nervios. Yo diría que es comodidad. Estoy acostumbrado a seguir el liderazgo de otra persona, en lugar de tomar mi propia iniciativa. Por eso he estado pensando en el examen de inspector.

—Ah, ¿sí?

—Y para eso, pensé que podría ayudar a dirigir esta investigación de asesinato de alguna manera. Tomar las riendas.

Una mirada de sorpresa, como si algo que Nick nunca hubiera visto antes se hubiera deslizado por su escritorio.

—Por primera vez desde que te conozco, me has dejado sin palabras. Estás madurando —dijo—. Kasia debe haberte cambiado de más maneras de las que puedes imaginar.

—Sobre todo mi cuenta bancaria, Nick. Tengo que financiar los próximos cinco años de maquillaje, facturas de teléfono, ropa y salidas sociales de alguna manera. Y sin mencionar el agujero negro donde se hundirá mi dinero si ella piensa en ir a la universidad.

—Solo se vuelven más caros a medida que envejecen —dijo Nick, hablando como un hombre con experiencia.

—¿No te gustaría darme algo de tu dinero en su lugar?

Nick no lo creía. Pero sí pensó que lo consideraría. El único problema era que había un inconveniente.

—Por eso te hice venir aquí...

Oh, estupendo. Allá vamos.

—¿Qué he hecho ahora?

—Después de que salieras de la casa de la familia Lake, recibí una llamada telefónica de Vincent Gregory...

Nick no necesitaba decir nada más; Tomek ya podía ver adónde iba esto.

—Por razones que dejó muy claras por teléfono, no quiere que sigas en la investigación.

—¿Qué razones son esas?

—No estoy dispuesto a decirlo, pero dejó muy claros sus pensamientos sobre el asunto.

—¿Y ahora qué?

—No creo que pueda dejarte dirigir esta investigación. Si la familia no te quiere cerca, entonces no hay nada que pueda hacer.

—¿Qué razones dio?

La mente de Tomek se hinchó con una niebla roja que rápidamente comenzó a empañar y difuminar su rabia.

—Tu actitud —respondió Nick—. Y lo dejaremos así.

—Gilipolleces. Conozco la *verdadera* razón. Y tú también. ¿Ha pedido que Sean también salga del equipo?

Nick no logró encontrarse con la mirada de Tomek.

—Brillante —escupió—. ¿Y ahora qué?

—Tendrás un papel limitado. Más de oficina, en lugar de cara al público.

—¿Así que me mantienen encerrado como un puto perro?

—No es diferente a lo que has estado acostumbrado durante las últimas cuatro semanas.

Tomek respiró profundamente por la nariz, dejando que toda la frustración se disipara de su cuerpo. Aunque no todo salió de su cuerpo. No completamente. No mientras seguía pensando en ese pequeño, pomposo y cabrón hijo de puta.

—El tipo es un racista —dijo, censurando su elección de palabras.

—No sabemos eso.

Tomek jadeó sorprendido.

—Lo sabemos, y tú lo sabes. —Sacudió la cabeza y desvió la atención de Nick—. No puedo creer que estemos haciendo lo que él quiere. ¡Que le den, al canalla!

Nick levantó la palma de su mano para apaciguar a Tomek.

—Sigue hablando así y definitivamente no se te permitirá acercarte a él.

—Acabo de regresar, y ahora esto... ¡Ahora *esto*!

—No es como si te quedaras sin trabajo. Simplemente no tratarás con la familia a nivel personal.

Tomek cruzó los brazos sobre el pecho y resopló. Había dicho todo lo que necesitaba decir —sin correr más el riesgo de perder su trabajo— y decidió quedarse callado. No había nada más que pudiera hacer o decir que convenciera a Nick de cambiar de opinión. El hombre era terco a veces, y tenía todo el derecho a serlo.

—¿Y ahora qué? —preguntó como un niño.

—Creo que es hora de que conozcas a tus nuevos colegas.

Tomek estaba de un humor de lo menos agradable, abierto y amistoso cuando le presentaron a la inspectora Victoria Orange y al agente Martin Brown. Tanto es así que ni siquiera se había

molestado en hacer referencia al hecho de que sus apellidos eran ambos colores, y que la oficina estaba a un color del arcoíris de completar la composición de una galleta Jaffa.

Victoria Orange era más joven que Tomek y había acelerado su camino hasta inspectora. Su objetivo había sido alcanzar el rango antes de cumplir los cuarenta. Después de solo diez años en el trabajo, lo había logrado. Tomek esperaba que el cargo no se le hubiera subido a la cabeza. Había conocido a personas así antes: el rango no siempre equivale a la experiencia, y a veces había brechas entre los dos. Brechas que ya había comenzado a notar.

El agente Martin Brown, mientras tanto, era un hombre discreto de unos treinta años. Estatura media, complexión media, con una barba que Tomek solo podía soñar con dejarse crecer. Como resultado, se sintió ligeramente envidioso, y pensó que Martin Brown parecía el tipo de hombre que pediría su bistec bien hecho. Vestía una camisa de franela azul y blanca y un par de pantalones chinos. No era exactamente el uniforme estándar, pero si a Nick no le importaba, entonces Tomek no tenía nada que objetar. Martin se había trasladado desde Colchester, gracias a las mejores conexiones de transporte y también al nuevo desafío, y llevaba con ellos poco más de dos semanas.

—Bienvenido al equipo —dijo Tomek brevemente.

—Gracias.

—¿Cómo te estás adaptando?

—Bien. Aunque sabía que debería haber comprado el teclado más bonito. No me malinterpretes, este es bueno, pero me está causando bastante tensión en las muñecas.

No fue hasta que Tomek miró hacia el escritorio del hombre que se dio cuenta de que estaba usando su propio teclado de ordenador. Uno inalámbrico con teclas pequeñas.

Por un momento se preguntó si realmente estaba a punto de entrar en una conversación con un hombre adulto sobre teclados, pero luego se dio cuenta de que tenía sentido —que Martin parecía el tipo neurótico de tener uno de reserva en su mochila, uno portátil listo para cualquier ocasión.

Podía sentir que se avecinaba un apodo...

Después de terminar con el Sr. Teclas, Tomek dirigió su atención a la agente Anna Kaczmarek —o Triple Puntuación como era conocida gracias a su largo apellido, impronunciable para algunas personas. La oficial de enlace familiar estaba ocupada en su ordenador cuando la encontró, bebiendo una lata de Coca-Cola con una pajita para proteger su bálsamo labial.

Sacó la silla de debajo del escritorio junto a ella y se dejó caer en ella.

—Espero no haberte distraído de nada —dijo.

—Eso nunca te ha detenido antes —respondió ella.

Como las únicas dos personas polacas en el equipo, tenían una conexión particular, un vínculo, que él no compartía con nadie más. A menudo pensaba en ella como una hermana mayor, y ella encajaba bien en el estereotipo de una persona polaca: directa, seria y, en su mayor parte, prefería mantenerse reservada. Rara vez se unía a ellos en el pub, y tan pronto como terminaba su turno, se iba a casa con su marido e hijo. Pero cuando hablaba con Tomek, era como si cobrara vida, saliera de su caparazón y le mostrara a Tomek su verdadero yo. Cuando hablaban, generalmente lo hacían en polaco, el idioma con el que ella se sentía más cómoda. Y el otro beneficio añadido era que podían chismorrear y criticar a otros miembros del equipo.

—Tengo una palabra para ti... —comenzó.

—¿Sí?

—Vincent.

Anna puso los ojos en blanco detrás de su maquillaje muy aplicado.

—Es un poco canalla, ¿no?

—¿Quieres que escriba eso en su perfil? —preguntó ella.

—Si pudieras... Solo asegúrate de no atribuírmelo. ¿No puedo ser el único que parece tener esa impresión?

—No, estás en todo tu derecho de pensar eso.

—Parece que le caes bien —dijo Tomek, recordando la conversación que había tenido en la sala de estar—. Lo cual no me cabe en la cabeza, para un hombre al que no le gusta *nuestra gente*.

—Le dije que estaba casada con un hombre polaco. No le gusta, pero es... *mejor*.

—¿Mejor que un polaco nativo y un hombre negro?

Anna asintió solemnemente.

—Deberías haber visto cómo se me acercó cuando fui allí la primera vez. Era como si fuera a estrangularme.

Tomek reflexionó un momento sobre la interesante elección de palabras.

—¿Fue agresivo?

Ella asintió de nuevo.

—¿De qué manera?

—De la manera que sugería que iba a ser violento. ¿Qué otra manera habría?

Buen punto.

—¿Y esta fue la primera vez que lo viste?

Otro asentimiento.

—¿Y te hizo sentir que tenías que mentirle para protegerte? ¿Decirle lo que quería oír?

Y otro más. Si alguien lo hubiera advertido, podría haber hecho lo mismo. Decirles que su nombre era Tom en lugar de Tomek.

—Y cuando lo viste por primera vez, ¿ya estaba en la casa?

Se encogió de hombros.

—Sí y no. Estaba de camino cuando llegué. Beth había llamado a Vincent y le había pedido que volviera a casa del trabajo.

—¿Y su marido?

—No estoy segura. Creo que intentó llamar a Steven después.

—¿Así que llamó a su hermano por su hija desaparecida antes que a su marido?

—Sí, supongo.

Tomek se tomó un momento para considerar esto. Imágenes del abrazo que los dos hermanos habían compartido, dejando a Steven Lake sentado en el sofá como un niño perdido, aparecieron en su mente. Las manos perdiéndose en los pliegues de la espalda del otro. La forma en que parecían *disfrutarlo*.

—Supongo que son una familia unida, ¿no?

—Unida es quedarse corto. Vincent y Elizabeth eran niños de acogida. Crecieron en varios hogares. Eran inseparables el uno del otro —sus palabras, no las mías.

—Gran palabra para ella —observó Tomek—. No me parece el tipo de persona que sepa lo que significa.

—Claramente lo sabe. Y siguen siendo inseparables hasta el día de hoy. Vincent siempre está por allí, viene a charlar, a almorzar, a cenar. Es extraño. Y estoy bastante segura de que incluso tiene una llave.

—¿Así que va y viene a su antojo?

—Viene más de lo que va.

Otra interesante elección de terminología.

—¿Y la esposa de Vincent? —preguntó.

—Un matrimonio infeliz, por lo que puedo decir.

—¿Cómo es eso?

—¿Por qué otra razón estaría allí todo el tiempo?

¿Por qué, en efecto?

Tomek asomó la cabeza por encima de la pantalla del ordenador y asintió en la dirección general de la inspectora Orange, que estaba sentada en su oficina, mirando fijamente la pared.

—¿Qué está diciendo ella sobre él?

—Nada. No creo que lo haya considerado sospechoso.

—Hmm. Bueno, tal vez ya es hora de que lo haga.

CAPÍTULO
DIECINUEVE

Eran casi las seis de la tarde cuando Tomek abandonó la sala de incidentes. Hora punta. Lo que convirtió un trayecto de veinte minutos en casi una hora. Mientras avanzaba gradualmente entre paradas y arranques por los semáforos de Southend, haciendo una mueca cada vez que la suspensión de su coche rebotaba en un bache, comprobaba su teléfono repetidamente. No había tenido noticias de Kasia en todo el día. Le había enviado un mensaje por la mañana para ver si había llegado bien al colegio; lo mismo a la hora de comer (y para saber si se había acordado de llevar la comida que él le había preparado); y otra vez a las cuatro, cuando debía estar llegando a casa. Y aun así no había recibido ni una palabra, ni una respuesta, ni contestación a sus numerosas llamadas telefónicas. Decir que estaba empezando a preocuparse era quedarse corto.

Ella vivía pegada a ese maldito aparato, así que era imposible que no hubiera visto los mensajes o las llamadas perdidas. O le había ocurrido algo grave, o los había visto y decidido ignorarlos.

Si se trataba de lo segundo, no podía imaginar por qué querría ignorarlo. ¿Había hecho algo mal? ¿Dicho algo inapropiado que pudiera haberla molestado? Era posible, pero no se le ocurría nada. ¿O quizás estaba más disgustada de lo que había demostrado por su regreso al trabajo?

Y aun así, a las siete y media, después de haber estado en casa poco menos de una hora, dando vueltas por la casa, llamándola varias veces, seguía sin tener noticias suyas.

Hasta que sonó el timbre unos minutos antes de las 8 de la noche.

Al oírlo, Tomek bajó las escaleras de un salto, saltándose dos escalones a la vez. Al llegar abajo, abrió la puerta de golpe, casi perdiendo el control y estrellándola contra la pared. La luz del rellano bañaba a las tres mujeres que estaban frente a él con un blanco casi puro. A una la reconocía. A las otras dos no las conocía. La chica a la izquierda de Kasia era de edad similar y parecía casi idéntica, con su pelo castaño, su rostro juvenil y su uniforme escolar. Mientras que la mujer que estaba detrás de ellas era mayor, más madura, y parecía más feliz de verlo que la propia Kasia.

—¿Dónde has estado? —le preguntó, ignorando a las otras dos.

—Ha sido culpa mía —dijo la mujer. Se colocó entre las dos chicas y le tendió la mano—. Perdón por eso. Me llamo Louise... soy la madre de Sylvia.

Sylvia. La chica de la que tanto había oído hablar. La que tenía el gato que era la cosa más adorable del mundo. La que hablaba con cuatro chicos diferentes a la vez y los tenía a todos pendientes de un hilo. La que era mucho mejor en deportes que Kasia. La que era muy divertida y la única que había sido lo suficientemente amable como para presentarse a Kasia en su primer día.

Tomek sabía lo que era eso. Estar solo, aislado y sin amigos en una nueva escuela. A los cinco años, le habían obligado a ir a una escuela británica sin hablar el idioma, sin conocer a nadie en el patio de recreo, y sentándose solo en un rincón de la clase. No fue hasta que la pequeña Saskia Albright se acercó a él y le preguntó si quería ser su amigo. Solo hizo falta un acto de amabilidad casual para cambiar la trayectoria de la vida de alguien.

—Encantado de conocerte. Soy Tomek, el padre de Kasia.

Las palabras aún sonaban extrañas al decirlas —aún más extrañas al oírlas— y no sabía si alguna vez se acostumbraría a ellas.

—Sé quién eres —dijo ella, sonriéndole cálidamente con los ojos —. Me preguntaba si podríamos entrar.

Tomek se apartó y dejó pasar a las chicas primero, luego a Louise. Tomek las siguió y cerró la puerta tras ellos. Cuando llegaron

al final de las escaleras, Louise sugirió que las chicas fueran al dormitorio, mientras los adultos se quedaban a charlar.

—¿Una taza de té? —preguntó Tomek, más por cortesía que por otra cosa.

—Por favor —dijo—. Con leche, sin azúcar.

Tan pronto como terminó de preparar el té, Tomek le entregó la taza y ambos se apoyaron en la encimera de la cocina, en el punto más alejado del dormitorio.

También el más limpio.

—Perdona el desorden —dijo él—. No esperaba visitas.

—No pasa nada. Kasia mencionó que tenéis un arreglo inusual para dormir.

Eso era quedarse corto.

—Le he dado algo de comer a Kasia —comenzó Louise—. Solo una pizza. Era lo único que teníamos en el congelador. Así que no tienes que preocuparte por eso.

—Gracias. Te lo agradezco.

Aunque te agradecería que me dijeras por qué no he sabido nada de ella en todo el día, pensó, pero no podía hablarle así.

Louise sorbió delicadamente su té y miró por la ventana de la cocina.

—Perdona que no la haya traído antes —dijo.

—He intentado llamarla unas cincuenta veces.

—¿No sabías dónde estaba?

Tomek negó con la cabeza.

—Ni idea. Pensaba que le había pasado algo.

—Oh. Bueno, me dijo que tú sabías dónde estaba y que estabas de acuerdo.

Tomek le ofreció una sonrisa que decía claramente que definitivamente no estaba de acuerdo.

—Bueno, lo siento por eso.

—No pasa nada. No es culpa tuya.

—Aunque habríamos llegado antes, eso sí. Nos llevó veinte minutos solo encontrar un sitio para aparcar.

—Ni me digas. Tienes más posibilidades de aparcar en Londres y volver caminando que de encontrar un sitio aquí abajo. Es una

pesadilla.

—Supongo que te alegrarás de mudarte...

Vaya. Así que ella también sabía eso.

O sea que Kasia no solo había mentido sobre su paradero, sino que también había dejado escapar que se mudaban de casa. Tomek se preguntó cuánto más le habría contado Kasia.

—Será agradable. Un nuevo comienzo para los dos —respondió, consciente de que parecía receloso—. Más que nada, estoy deseando tener mi propio espacio.

—Una habitación propia...

Tomek no captó la referencia, pero no quería parecer estúpido, así que asintió y mostró su acuerdo, ocultando su breve vergüenza detrás de la taza.

—Supongo que te preguntas por qué Kasia vino a nuestra casa esta noche —dijo Louise, con voz suave.

—Se me había pasado por la cabeza, sí...

Ella dejó su taza en la encimera. Tomek se preparó. Su mente iba a toda velocidad. Pensando en los peores escenarios posibles. Que había estado haciendo novillos, que se había metido en una pelea, que de alguna manera la habían expulsado.

—Ha tenido un día difícil —continuó Louise—. Nada grave. Sylvia pasó por lo mismo hace apenas unas semanas, así que estábamos preparadas para ayudar.

—¿Pasar por qué?

—A Kasia le ha venido la regla hoy. Su primera vez.

Tomek sintió como si le hubieran quitado el aire. Esto no era lo que esperaba en absoluto. Por supuesto, sabía que aún no le había venido, que era probable que llegara en los próximos meses más o menos, pero aun así no estaba preparado para ello. Saltarse clases, meterse en peleas, meterse en problemas... con esas cosas podía lidiar, se sentía cualificado para ellas. Pero esto... no tenía ni idea de por dónde empezar.

—Sylvia me llamó durante la comida y me preguntó si Kasia podía venir a casa con ella. Le dije que por supuesto que podía, que siempre sería bienvenida. Cuando llegaron, senté a Kasia y le expliqué cómo funciona todo. Sé que ahora tienen este tipo de

clases en la escuela, pero no es lo mismo hasta que lo has experimentado. Afortunadamente teníamos todas las cosas necesarias en casa, así que estábamos equipadas para ayudarla. ¿Tienes... tienes compresas o tampones aquí?

La expresión en blanco de Tomek respondió a su pregunta.

Sonriendo, ella metió la mano en su bolso y sacó un paquete de tampones.

—Sé que es incómodo, especialmente dado... bueno, todo, pero estos son los que ella dice que le resultan más cómodos de usar.

Tomek tomó la caja y la sostuvo con el brazo extendido, como si le acabaran de dar una bomba para sostener.

—¿Cómo...? ¿Cómo...? Gracias.

—De nada —dijo Louise con otra cálida sonrisa—. Me pidió que viniera para que pudiéramos hablarlo juntas. Creo que por el momento le resulta un poco incómodo, lo cual es totalmente natural.

No era la única.

—Va a ser una época extraña para ella. Con todo lo demás que está pasando. Ahora todas sus hormonas van a estar descontroladas. En este momento se siente un poco frágil.

—¿Qué puedo...? ¿Cómo debo...?

Las palabras simplemente no le salían.

—¿Cómo puedes ayudarla?

Tomek asintió. Podía notar que iba a necesitar toda la ayuda posible.

—Yo encuentro que el chocolate me ayuda a sobrellevarlo —dijo Louise—. Mucho, mucho chocolate. Lo mismo para Sylvia. Cuanto más barato, mejor.

—Eso explica por qué compró tanto cuando fuimos a hacer la compra el otro día.

—Y ahí tienes tu primera lección.

—¿Cuántas más hay? —preguntó, esperanzado.

—Si supiera la respuesta a eso, podría ayudarte. —Dio un paso más cerca de él, puso una mano en su antebrazo. Tomek la miró, buscando un anillo de boda. No había ninguno. Louise continuó—: No creas que debes culparte por nada de esto. Es nuevo para todos

nosotros en algún momento u otro. Lo conseguirás, eventualmente. Y ella también. Solo dale tiempo.

CAPÍTULO
VEINTE

Tras lo que había sido una noche de sueño tumultuosa en el sofá-cama dado la vuelta, Tomek se encontraba en la sala de incidentes graves a las 8 de la mañana siguiente. Cuando llegó, se sorprendió al ver que era uno de los primeros allí. Con él en la sala estaban sus dos nuevos colegas, la inspectora Orange y el agente Brown, hablando con alguien a quien Tomek no reconoció. Los nombres y caras nuevas eran demasiado comunes en los equipos más amplios de la comisaría, pero no para su equipo en la División de Investigación Criminal. Eran un grupo unido, y por eso resultaba extraño ver a alguien potencialmente abriéndose paso a codazos. Dicho esto, no sabía quién era esa mujer no identificada, y tampoco le importaba demasiado averiguarlo. Mejor dejar eso para la galleta Jaffa a dos tercios y enterarse después.

Mientras los observaba reírse y susurrar entre ellos, el cínico que llevaba dentro le dijo que debería haber prestado atención, pero estaba demasiado cansado para pensar en ello. Había pasado una noche terrible, una de las peores en mucho tiempo. Había tenido otra pesadilla. Esta vez nueva, diferente. La oscuridad tomando formas distintas. Hasta la muerte de Tony, Tomek había sido atormentado por pesadillas sobre la muerte de su hermano —el parque, la oscuridad, el área de juegos, la sangre—, pero ahora habían sido reemplazadas con imágenes de agua, de marismas, de Tomek remando en un kayak, buscando la cabaña abandonada en la distancia, de Tony colgando allí...

Cada pesadilla era una versión diferente. Un nuevo narrador. Un nuevo giro argumental.

La de anoche había sido particularmente espantosa. En lugar de colgar de una cuerda, Tony había estado suspendido por una gruesa cadena. Y la sangre. Había habido más sangre —muchísima más—. Había adornado las paredes de la cabaña, filtrándose a través de la madera y hacia la marisma exterior. Salpicando sus piernas y sus zapatos con cada paso. Y entonces la cabeza de Tony se había levantado, una mirada demoníaca extendida por su rostro ensangrentado y golpeado. Sus labios moviéndose, aire sibilante cayendo sobre sus dientes. Y entonces se volvió legible, audible.

¿Por qué no me salvaste?

Podrías haberme salvado.

Podrías haber impedido esto.

Y luego, durante la pesadilla, el rostro de Tony había cambiado en una especie de metamorfosis entre Kasia y Annabelle Lake. El mismo pelo castaño, ojos del mismo color. Pero las facciones eran diferentes, fusionadas. La nariz más grande y prominente de Kasia, con los pequeños labios de Annabelle.

Tomek no era un experto en sueños —solo había buscado en Google sus sueños en contadas ocasiones para asegurarse de que no se estaba volviendo completamente loco—, pero estaba seguro de que los acontecimientos del día anterior le estaban afectando, causando estragos en su subconsciente.

El sonido de la puerta abriéndose detrás de él lo devolvió al presente. La agente Rachel Hamilton y el agente Chey Carter entraron, le dieron los buenos días y se dirigieron directamente a la máquina de café —con el pedido de Tomek—. Regresaron unos momentos después, encontrándolo con los ojos medio cerrados.

—Tranquilo, tigre —dijo Chey, entregándole la bebida—. Cálmate, ¿vale? No podemos tenerte tan emocionado a primera hora de la mañana. Nos haces quedar mal a los demás.

—Eso lo dice el que su madre todavía lo despierta cada mañana.

Chey guardó silencio y bebió de su taza. Sabía cuándo había sido derrotado. Lo que ocurría la mayor parte del tiempo.

Tomek se volvió hacia Rachel. Su maquillaje había sido aplicado apresuradamente esa mañana, y sus ojos estaban inyectados en sangre e hinchados.

—¿Te sientes tan mal como te ves? —preguntó.

—Qué encanto —bufó ella y dio un gran sorbo a su bebida, más para cubrirse la cara que por verdadera sed.

—¿Fue una noche larga?

—Solo unas pocas copas.

—Eso lo he oído antes. ¿Dónde fuisteis?

—Solo al Last Post.

—¿Con quién saliste? —preguntó con curiosidad.

Rachel dudó antes de responder. —Sean... Chey... aunque su madre lo quería de vuelta a las ocho...

—¡Cállate!

—...Nadia vino a por una Coca-Cola, y también Martin.

—Así que estaba toda la pandilla...

—Sí. Queríamos invitarte, pero dijiste que tenías que irte. Supusimos que necesitabas volver por Kasia.

Tomek no podía discutir con esa lógica. De hecho, no podía discutir en absoluto. Habían tenido toda la razón en no invitarlo. Sus prioridades habían cambiado. Si esta discusión hubiera tenido lugar seis meses antes, podría haber sentido un fuerte caso de FOMO, el miedo a perderse algo. Pero ahora... ahora no le importaba tanto. Claro, habría sido agradable recibir una invitación (solo para tener el privilegio de rechazarla y salvar su orgullo para una fecha posterior), pero no se sentía tan molesto como normalmente podría haberse sentido. Había cosas más importantes de las que preocuparse que emborracharse con sus amigos ahora.

Como preocuparse por Kasia en la escuela. Asegurarse de que tuviera todo lo que necesitaba para estar lo más cómoda posible durante sus clases.

Unos minutos más tarde, y todos los miembros del equipo habían llegado. Sean y Nadia habían aparecido tarde y se habían deslizado por la puerta sin mayor reprimenda. Era interesante ver que la Inspectora Orange no estaba dispuesta a imponer su ley todavía. Aunque si quería establecerse como una dura que no aceptaba prisioneros, Tomek pensó que ya había perdido un poco de credibilidad. Si hubiera entrado con las armas en ristre, entonces el equipo podría haber seguido más la línea, siguiendo el precedente. Pero ahora no estaba tan seguro. En su lugar, les dio a ambos su última advertencia antes de continuar la reunión.

—Muy bien, todos —comenzó, recuperando rápidamente el control de la sala—. Quiero comenzar hoy discutiendo los eventos de ayer e intercambiando ideas entre nosotros. Luego podemos reorientar mejor nuestras prioridades para hoy.

Mientras comenzaba la discusión, Tomek se removió en su asiento y empezó a prestar más atención. Chey fue el primero. Se quitó unas cuantas migas de un pastel anterior y se aclaró la garganta.

—No son buenas noticias, me temo —dijo—. Las dos carreteras que rodean la escena del crimen no tienen CCTV. Bueno, sí tienen, pero no en las dos entradas. Están cerca de la rotonda en su lugar. De manera similar, no tenemos ninguna grabación de vigilancia doméstica porque la casa más cercana está a unos diez minutos a pie.

—Así que tuviste una tarde bastante tranquila, ¿eh? —comentó Tomek.

Chey optó por no responder, aunque su expresión avergonzada confirmó la verdad.

—¿Conocemos los últimos movimientos de Annabelle? —preguntó Victoria—. ¿Tenemos alguna teoría de trabajo?

Mientras hablaba, su rostro adquirió un tono más rojizo que, combinado con su maquillaje, hizo pensar a Tomek que era Orange de apellido, naranja por naturaleza.

Chey sacó su portátil de su bolsa. Luego proyectó la pantalla en el monitor al otro lado de la habitación, una hazaña tecnológica que Tomek solo había dominado unos meses antes. En el monitor de

televisión había un mapa del parque en el que se había encontrado a Annabelle y del área circundante. En la parte superior estaba el río que separaba la isla de Benfleet, indicado por una línea azul que serpenteaba a través de las marismas. Debajo había una marina y un astillero en gris. Debajo estaba un parque, una gran extensión de color verde claro. Y recorriendo el resto de la imagen había líneas gris oscuro que indicaban carreteras. Chey movió el cursor hacia un pequeño grupo de líneas estrechas, luego hacia otro grupo más pequeño.

—Estos son los dos lugares residenciales más cercanos de los que creo que podría haber venido. Ambos están a unos diez minutos a pie del campo. Mi suposición sería que la mantuvieron en una de las casas de estas áreas y luego la llevaron a su muerte.

—¿No creemos que la llevaron en coche o la dejaron allí?

Chey negó con la cabeza. Movió un pin rojo al medio de una línea gris oscuro, y replicó el movimiento más abajo en el mapa.

—Esta es la carretera principal que rodea el parque, y allí está la rotonda. Estos puntos son donde están las cámaras de CCTV. Las he revisado y no hay coches entrando o saliendo a la hora de la muerte.

—¿Así que simplemente apareció de la nada? —preguntó Sean.

—Quizás. O como dije, alguien en una de estas casas la llevó caminando hasta allí...

Victoria consideró un momento. Se volvió para mirar la pantalla y pasó su dedo por las líneas blancas.

—¿Dónde vive la profesora, Amelia Duggan?

Chey señaló su casa con otro marcador rojo. Lo colocó en la calle residencial a la izquierda del parque.

—Interesante... —dijo Victoria—. Buen trabajo, Chey. Estoy impresionada.

La cara de Chey brilló con la inocencia de un niño, luego se sentó.

—¿Qué está pensando, señora? —preguntó Tomek—. ¿Que Amelia Duggan tiene algo que ver con esto?

—Posiblemente. Tal vez. Es solo que ella está allí cuando la pequeña Annabelle desaparece —ve el coche pero no a la persona—.

Y luego es ella quien la encuentra en el área de juegos. ¿Cuáles son las probabilidades de que ocurran ambas cosas?

—En Canvey... probablemente no muy altas —señaló Sean—. Pero entiendo su punto.

Era un buen punto, pero uno con el que Tomek no estaba seguro de estar de acuerdo. Sí, las posibilidades de que ella estuviera involucrada tanto en la desaparición como en la repentina reaparición de Annabelle Lake eran astronómicas, pero Canvey era un lugar pequeño, con una población de más de treinta mil personas, y lo más probable era que el asesino conociera la estrecha relación de Amelia con Annabelle y podría haber utilizado esa información para tenderle una trampa, para hacer parecer que había tenido un papel que desempeñar. Muy a menudo estos secuestros y asesinatos estaban relacionados —la víctima conocía al asesino y viceversa— y aunque podría no haber sido Amelia Duggan, podría haber sido alguien que las conociera a ambas.

Tomek expuso la idea.

—¿Se te viene algún nombre a la mente? —preguntó el agente Martin Brown mientras se acomodaba un mechón de pelo detrás de las orejas.

Tomek se encogió de hombros. —Tú sabes más sobre esta investigación que yo —dudó—. ¿Hay alguna conexión entre Amelia Duggan y Vincent Gregory?

Tomek había estado esperando para mencionar ese nombre desde el comienzo de la conversación. Más por despecho que por cualquier otra cosa. Ese pequeño bastardo racista fascista...

—No que hayamos podido detectar —murmuró Rachel, girándose para dirigirse a él mientras hablaba—. Pero ciertamente podemos profundizar más en ello si cree que vale la pena el tiempo, señora.

Victoria se pellizcaba las uñas mientras escuchaba. Los nervios de hablar ante una nueva audiencia todavía le afectaban claramente. Entonces se dio cuenta de que ella había estado trabajando con el equipo durante las últimas dos semanas, y que la única anomalía en ese grupo era él mismo. Tal vez era él quien la estaba poniendo nerviosa...

—Creo que no... no por ahora. Definitivamente está en el radar, al igual que el resto de la familia, así que los vigilaremos de cerca hasta que crea que es pertinente hacer lo contrario.

Un golpe llegó desde la puerta al otro lado de la sala de incidentes. Todas las cabezas en la habitación giraron hacia ella. Gradualmente, se abrió y Lorna Dean, la patóloga forense, asomó la cabeza, con su cabello rojo fuego colgando sobre los hombros.

—No interrumpo, ¿verdad?

—Sí —dijo Tomek—. Qué descortés. ¿Crees que podrías volver en unos treinta segundos?

Al darse cuenta de que el comentario había venido de él y que bajo ninguna circunstancia debía tomárselo en serio, Lorna entró en la habitación y cerró la puerta detrás de ella.

—Tengo mi informe si os apetece escucharlo —dijo.

—Absolutamente. No podría haber llegado en mejor momento — Victoria se apartó para dejar pasar a Lorna. La mirada emocionada en su rostro sugería que estaba feliz por la interrupción. Ya fuera porque era una parte importante del proceso de investigación o porque permitía que alguien más hablara por un cambio y alejaba algo de la atención de ella.

O quizás ambas cosas.

A la cabeza de la sala, Lorna escaneó cada uno de sus rostros antes de hablar.

—Annabelle Lake —comenzó—. Nueve años, cuatro meses y cincuenta y cinco días de edad. Abatida en la flor de la vida. ¿Cómo? Bueno, fue estrangulada. Estrangulada por las mismas cadenas con las que alguna vez pudo haber jugado. Fue ahorcada, dejada colgando a unos pocos pies en el aire. ¿Cuánto tiempo le tomó morir? Me alegra que lo pregunten: no mucho. No le tomó mucho tiempo a las cadenas privar de oxígeno a su pequeño cerebro. Menos de un minuto, de hecho. En ese tiempo, nuestro asesino tuvo mucho tiempo para huir de la escena y dejar a la pobre Annabelle Lake a merced de la gravedad. ¿Alguna pregunta hasta ahora?

Tomek no sabía por qué les estaba hablando de esa manera, como si estuviera presenciando una producción teatral, pero le encantaba, y se sintió obligado a levantar la mano.

—¿Has confirmado la hora de la muerte?

—¡Buena pregunta! Aunque responderé con otra pregunta: ¿cuándo crees que murió? Y no Tomek o Sean —ellos ya han escuchado todo esto.

—En algún momento a mitad de la noche —dijo Chey, con un tono de excitación fuerte en su voz—. Es cuando suelen ocurrir estas cosas. Me sorprende que no haya sido un paseador de perros quien la encontrara...

—Como seguramente también le sorprendería al paseador de perros. Lamentablemente, estarías equivocado. Estimo que su hora de muerte fue aproximadamente entre las cinco y las seis de la mañana.

Un jadeo colectivo y algunos "Ooos" recorrieron la habitación. Al menos todos se estaban sumando a la actuación de Lorna. Algo para alegrar la morbosidad de la muerte.

—Interesante, ¿no? Lo que significa que todavía estaba relativamente caliente cuando llegamos allí. Aunque el clima ya había comenzado a hacer de las suyas...

Percibiendo el anzuelo colgando frente a él, Tomek fue el siguiente en hablar.

—Hablando de eso —dijo—, ¿hubo algún signo de agresión sexual o abuso?

Las palabras, que una vez habrían salido de su lengua sin ningún pensamiento o consideración adicional, ahora salían como sopa de verduras. Torpes y un verdadero bocado.

—Me alegro de que hayas sacado ese tema, Tomek —comenzó Lorna, y luego preguntó—: ¿Qué tal el viaje de ayer? ¿No te ensuciaste demasiado, verdad?

Tomek le dirigió una sonrisa burlona y esperó a que continuara.

—No encontré evidencia que sugiera que Annabelle Lake haya sido abusada o penetrada, no.

La sala consideró esto por un momento. Si no había sido herida o dañada en el proceso de su secuestro, y si no había sido agredida o violada sexualmente, y si no se había hecho ninguna demanda de rescate a la familia, entonces ¿qué demonios estaba pasando? ¿Cuál era el motivo? ¿Cuál era la razón detrás de su secuestro? ¿Podría

haber sido tan simple como alguien llevándosela y matándola? ¿Podría ser tan blanco y negro? En la experiencia de Tomek, había llegado a aprender que nunca era tan claro.

—¿Hay algo más que necesitemos saber? —preguntó Victoria desde atrás.

—Un par de cosas. La primera es que encontré algo de arena y tierra en sus zapatos y en sus pies, que han sido enviados para análisis. Y, no estoy segura de si os será de alguna utilidad, pero el contenido del estómago de Annabelle contenía muchos productos de pescado. Comida de pescado. Como salmón... atún. Apestaba horriblemente, os lo puedo asegurar, pero...

El sonido de papeles crujiendo frenéticamente hizo que Victoria se detuviera. Ella, junto con todos los demás en la habitación, volvió su atención a la fuente del ruido.

Anna, que había sido la última en entrar antes de Sean y Nadia, agarró una hoja de su montón y la agitó en el aire triunfante.

—¡Pescado!

—Dijo el cavernícola —señaló Chey. Y añadió—: O caverní*cola*.

Anna le lanzó una mirada polaca de desprecio, mucho más feroz e intimidante que cualquier otra que alguien más en la sala fuera capaz de hacer. —Sí, gracias por eso, Chey. Pero lo que quiero decir es, pescado. A Annabelle le *encanta* el pescado.

—No puedo decir que alguna vez me gustara —continuó Chey, sin leer el ambiente. Luego se dio cuenta rápidamente de que todos estaban ansiosamente sentados al borde de sus sillas, esperando escuchar lo que Anna tenía que decir.

—Elizabeth Lake me dijo que a Annabelle le encanta el pescado. Pero no se le permite cuando está en casa... A Steven no le gusta y piensa que la industria pesquera está corrupta y manchando el planeta.

Un electricista con conciencia social, eso era algo nuevo para Tomek.

—Pero cuando Annabelle va a casa de su tío, el tío Vincent, dice que puede tener todo el pescado que quiera. Incluso compra paquetes de salmón y atún especialmente para ella.

Anna dejó que eso se asentara por un tiempo mientras procesaban la gravedad de ello.

—Creo que eso significa que quizás deberíamos traer al Sr. Gregory para una charla —dijo Victoria mientras volvía a la cabeza de la sala—. ¿No creen?

CAPÍTULO
VEINTIUNO

Gracias a la queja que habían presentado contra él, a Tomek no se le permitía acercarse a Vincent Gregory. Ni a Sean tampoco. Algo con lo que ambos hombres estaban profundamente descontentos.

Tomek no deseaba otra cosa que sentarse al otro lado de la mesa frente a ese pequeño bastardo regordete y ayudarlo a cavar su propia tumba. Quería ver cómo el rostro del hombre se desmoronaba y se marchitaba al darse cuenta de que su tiempo había terminado.

En su lugar, tendría que conformarse con verlo en la sala de incidentes a través de una transmisión en directo. Pero el único problema era que, sin embargo, el equipo no podía encontrarlo. No podían encontrarlo en su lugar de trabajo en el Hospital de Southend, ni en su casa, ni en la de su hermana. El hombre o bien se había escondido, o simplemente estaba ignorando sus múltiples intentos de contactarlo. De cualquier manera, un equipo de oficiales uniformados, con la ayuda de Martin, había sido enviado a buscarlo.

Mientras esperaba, Tomek había decidido llenar el tiempo aventurándose de nuevo a Canvey para hablar con la señorita Amelia Duggan.

Esperaba que esta fuera la última vez que se viera obligado a visitar la isla, pero algo en el fondo de su mente le decía que no sería así. Que estaría viniendo aquí mucho más en los próximos días, semanas. Quizás no era la isla en sí lo que odiaba, sino la gente que vivía en ella. Y si el resto de ellos eran como Vincent Gregory,

entonces tenía todo el derecho a querer evitarla tanto como fuera posible.

A Amelia Duggan le habían dado el día libre en el trabajo, y el resto de la semana quedaba a su discreción. Había pasado por mucho, y era justo que tuviera tiempo para recuperarse.

—Eso es generoso por parte del colegio —observó Tomek.

—Lo sé —dijo ella mientras le colocaba una taza de té sobre la rodilla—. Era lo último que esperaba. Estamos muy faltos de personal. Realmente no pueden permitirse que me tome el resto de la semana libre, pero supongo que no tuvieron otra opción.

Tomek levantó la taza hacia su boca y dio un sorbo. Ya podía saborear la cucharada extra de azúcar que no había pedido cosquilleando en sus papilas gustativas. Y odiaba admitir que posiblemente era una de las mejores tazas de té que había tomado. Había conocido a muchos profesores en su época, también a directores, y había una cosa que había aprendido sobre ellos, una cosa que Amelia Duggan acababa de demostrar, y era que preparaban un té extraordinario. De los mejores que había probado. Como si intentaran extraer tanto la cafeína y el sabor de la misma manera que presionaban a sus estudiantes para que se aplicaran y trabajaran duro.

—¿Cree que volverá esta semana? —preguntó, volviendo a colocar la taza sobre su rodilla.

—Probablemente. Me vendría bien la distracción, si soy sincera. No he hecho más que sentarme aquí mirando la pared durante las últimas veinticuatro horas.

—Sé lo que es eso —comentó Tomek—. Solo vale la pena hacerlo si tienes algo divertido que mirar. Es mejor salir tanto como sea posible. Incluso hablar con amigos, vecinos o familiares puede ayudar.

—Todos están ocupados. Especialmente mis amigos profesores.

—Y supongo que salir a caminar está descartado...

El comentario no tuvo el efecto que esperaba, y era evidente por su expresión poco impresionada que ella todavía estaba lejos de asimilar lo que había sucedido.

—Creo que tomaré un taxi, o pediré que me lleven, la próxima vez que vaya.

—Probablemente sea lo mejor.

Tomek hizo una pausa mientras pensaba en una manera de dirigir la conversación hacia el tema de Annabelle Lake y su familia sin que resultara demasiado abrupto y discordante.

—Entiendo que usted era cercana... a Annabelle —comenzó, esperando estar pisando con suficiente ligereza para ella.

Amelia asintió lentamente y dirigió su mirada hacia la ventana que daba a la concurrida calle residencial. Pasó un rato antes de que abriera la boca para hablar.

—Era la mejor. Ella... era diferente. Era especial. La adoraba como si fuera mía. La cosita más dulce.

—¿Y era usted cercana a la familia? ¿O no tenía realmente ninguna interacción con ellos?

—Sí y no —dijo, volviendo gradualmente su atención hacia él, como un faro de movimiento lento—. Como vivía tan cerca del colegio, casi nunca los veía. Siempre llegaba a casa sana y salva, así que no había razón para que vinieran a recogerla.

—Y en las ocasiones en que alguien necesitaba hacerlo, ¿quién era típicamente?

Ella se volvió para mirarlo directamente ahora.

—Su tío. Tío Vinnie, lo llamaba ella. Siempre estaba allí, esperando fuera de las puertas de la escuela, o esperando al otro lado de la calle a que ella regresara. Estoy segura de que también la dejó en la escuela por las mañanas un par de veces.

Antes y después de empezar a trabajar en el hospital, quizás.

Tomek tragó saliva.

—¿Y cómo describiría usted su relación?

—Extraña.

Eso era todo lo que necesitaba. Extraña. La misma palabra que él había pensado en el momento en que vio al hombre entrar en la sala de estar de Steven y Elizabeth.

—¿Extraña como en cercana? ¿O extraña como en incorrecta?

—Una combinación de las dos. No conozco los detalles, pero no creo que Vincent y su esposa pudieran tener hijos —Annabelle

siempre hablaba de Vincent llamándola "niña especial"—, así que creo que siempre la trató como si fuera su propia hija. Pero, aun así... era un poco... *extraño*.

Esa palabra de nuevo.

—¿Hubo alguna vez motivo de preocupación? ¿Alguna razón para que su relación fuera señalada a servicios sociales que usted sepa?

Amelia negó con la cabeza.

—No puedo decir que notara algo malo en ese sentido. No sé... era simplemente... —Hizo una pausa para beber su té—. Ya sabe, cuando miras algo y piensas que no se ve del todo bien.

—¿Como un cincuentón saliendo con una veinteañera?

Amelia sonrió y soltó una risita. Probablemente por primera vez desde el día anterior.

—Sí. Supongo. Como eso. Quiero decir, él era su tío, así que no habría hecho nada... no habría hecho *eso*, ¿verdad?

—No había evidencia que sugiriera que hubiera sido agredida sexualmente, pero eso no significa que no ocurriera de otras maneras.

Y por eso Vincent Gregory estaba en lo más alto de la lista de Tomek.

—En este momento no tenemos muchas pruebas en las que basarnos —continuó—. Por eso su ayuda es muy apreciada.

El rostro de Amelia pareció iluminarse, como si la idea de ayudar fuera el primer paso en su camino hacia una recuperación mental completa.

—¿Hay algo más que le gustaría saber? —preguntó, esta vez con más vigor y entusiasmo en su voz.

—Solo si ha recordado algo más sobre el día de la desaparición de Annabelle. A veces estas cosas tardan un tiempo en aflorar, una vez que todo el desorden se ha asentado.

No estaba seguro de creer completamente en eso. Habían pasado treinta años desde la muerte de su hermano y, aunque el polvo se había asentado sobre ese evento en su vida hace mucho tiempo, aún no estaba más cerca de *ver* quién era el responsable.

Sin embargo, Amelia no necesitaba saber eso. Tendría que descubrirlo por sí misma.

Como era de esperar, ella negó con la cabeza.

—Lo siento... Nada. Ya le he contado a su equipo todo lo que puedo recordar.

—¿Qué hay de algo antes de su desaparición? —preguntó Tomek.

La confusión envolvió su rostro.

—¿A qué se refiere exactamente?

—Si se trató de un secuestro dirigido, buscando específicamente a Annabelle, entonces habría requerido algo de planificación, mucha. Lo que significa que podría haber habido algunas caras inusuales y desconocidas alrededor de la escuela, ya sea al principio, a la hora del almuerzo o a la hora de salida. Personas merodeando, observando los movimientos de Annabelle. Más que probablemente habrían estado en un coche o bien ocultos. Solo me preguntaba si había visto algo así.

Amelia volvió su atención a la ventana nuevamente, como si la respuesta estuviera parada afuera.

—Lo siento —dijo con un movimiento de cabeza—. Nada me viene a la mente inmediatamente, pero si se me ocurre algo le llamaré. ¿Tiene una tarjeta?

Tomek la tenía, y se la entregó. Mientras se dirigía a la puerta de la sala de estar, dijo:

—Gracias por el té, por cierto. El mejor que he tomado en mucho tiempo.

—De nada. Secreto del oficio. Simplemente le ponemos un montón de cocaína. Nos ayuda a sobrellevar el día.

Una sonrisa había regresado al rostro de Amelia. Una sonrisa genuina. De antes. De antes de la desaparición, antes de la muerte. Antes... cuando todo estaba bien en el mundo.

—Gracias por el consejo. Creo que podría estar en lo cierto...

Mientras subía a su coche y se despedía con un gesto, sabía que ella estaría bien. Siempre lo estarían eventualmente. Lo superarían en unos pocos meses. Tal vez incluso un año.

Pero no todos tenían tanta suerte.

Especialmente la niña pequeña que yacía boca arriba sobre una mesa metálica en la morgue.

CAPÍTULO
VEINTIDÓS

Tomek llegó a la comisaría justo a tiempo para el evento principal.

La ejecución de Vincent Gregory.

O algo tan bueno como eso.

Acompañando a Vincent durante la prueba estaban Chey y Rachel. Mientras tanto, Tomek y el resto del equipo estaban sentados en la sala de incidentes, mirando boquiabiertos al televisor. Las sillas habían sido dispuestas en semicírculo, todas orientadas hacia la pantalla, y Tomek se había abierto paso hasta el frente para conseguir los mejores asientos de la casa. Incluso había tenido tiempo de prepararse otra taza de té (aunque no tan bueno como el de Amelia).

—Creo que estamos a una bolsa de palomitas de microondas de que esto sea el mejor cine en el que he estado —dijo.

—¿Quieres que apague las luces y conecte todos los altavoces de los ordenadores para la experiencia completa? —preguntó Victoria Orange con un toque de picardía en su voz.

Tomek giró en su silla para verla sonriéndole. Eso era bueno. Un paso en la dirección correcta. Ella se estaba poniendo a su nivel, sintiéndose más cómoda con él y el resto del equipo. Y si el humor tonto era la manera de lograrlo, entonces él estaba más que feliz de complacerla.

Cinco minutos después, comenzó el evento principal. Fue Chey quien dio inicio al procedimiento.

—Señor Gregory —comenzó, su voz metálica a través de los altavoces del televisor—, gracias por venir esta mañana. Hemos hablado con su empleador y le han dado el resto del día libre.

—Yo no he hecho ná —respondió, sonando repentinamente más de Essex en su forma de hablar.

—Puede que sea el caso, pero la razón por la que le hemos pedido acudir a esta entrevista voluntaria es porque nos gustaría hacerle algunas preguntas sobre los acontecimientos previos a la muerte de Annabelle.

—Yo no he hecho ná —continuó Vincent—. No pueden arrestarme así cuando yo no he hecho ná.

Tomek puso los ojos en blanco y apretó el puño hasta que sus nudillos adquirieron el color de la tiza. Era doloroso escuchar esto; quería atravesar la pantalla y agarrar al pequeño y rechoncho bastardo fascista racista por el cuello. Solo podía imaginar lo que sentían Rachel y Chey, que tenían el lujo de estar sentados a pocos metros del hombre. Podrían fácilmente estirarse y estampar su molesta cara contra la mesa repetidamente hasta...

—No está arrestado —continuó Chey, distrayendo a Tomek de sus pensamientos—. Como *acabo* de mencionar, esta entrevista es voluntaria, lo que significa que está aquí por voluntad propia y es libre de irse en cualquier momento, pero probablemente sea de su interés quedarse. ¿Entiende?

Desde el ángulo de la cámara, Tomek apenas podía distinguir la mirada de desesperada confusión en el rostro de Vincent.

—¿Entiende lo que acabo de decir, señor Gregory?

O no lo entendía, o su mente estaba intentando rápidamente inventar una historia, una versión de los hechos que le favoreciera y que llevara a Tomek y al equipo por el camino equivocado.

—Entiendo —dijo cuidadosamente—. Pero ¿de qué va todo esto? ¿Han encontrado a la persona que le hizo esto a mi sobrina?

—No —fue la respuesta tajante de Rachel—. La investigación sigue en curso. Por eso está usted aquí... —Inhaló profundamente, el sonido llegando a través del altavoz del televisor mientras soltaba el aire—. Solo queríamos hacerle algunas preguntas, eso es todo.

—Sigo sin haber hecho ná.

Tomek agradeció no estar allí con él, de lo contrario su cara podría haber sido apaleada hace mucho tiempo.

—¿Está drogado o algo? —preguntó a la sala.

—O eso, o le faltan algunas neuronas... —respondió Sean con vehemencia en su voz.

—¿Siempre hablas durante las películas, joder? —preguntó Nadia, sentada directamente a su lado—. No quiero ni imaginar cómo eres en un cine *de verdad*.

—Me porto lo mejor posible —dijo—. Siempre. —Luego levantó tres dedos en el aire y se puso una mano en el pecho—. Palabra de scout.

Mientras volvía a prestar atención a la entrevista, captó el final de una pregunta de Rachel.

—Salgo para el trabajo a eso de las seis a veces, a veces más tarde —fue la respuesta.

—¿Y conduce hasta el trabajo?

—No puedo exactamente ir caminando, ¿verdad? Podría intentar tomar alguno de esos atajos por el paseo marítimo, pero aún no he dominado la habilidad de caminar sobre el agua, ¿sabes?

Chey sacó un par de hojas de una carpeta y las colocó delante de Vincent. —Estas son imágenes fijas tomadas de las cámaras de CCTV a lo largo de la carretera que rodea el parque donde se encontró a Annabelle...

Tomek miró el mapa que había sido impreso y colocado en un tablero de corcho al otro lado de la habitación. Los dos puntos rojos que señalaban las cámaras de CCTV seguían allí.

—Estas imágenes fueron tomadas exactamente a las 6:13 de la mañana.

—¿Y? Iba conduciendo al trabajo.

—Creemos que fue el mismo momento en que Annabelle fue asesinada. Y sin embargo, ¿tenemos imágenes suyas pasando por el lugar del crimen?

—¿Quiere decir que pasé conduciendo junto a Annabelle mientras la estaban *matando*?

El rostro de Vincent se contrajo en un desastre. Hundió la cabeza entre las manos y comenzó a sollozar quedamente en la silla. El

silencio cayó sobre la sala mientras esperaban a que se detuviera.

—No puedo creerlo... —susurró, con un nudo en la garganta todavía—. Podría haberla salvado... Podría haberla ayudado...

—¿Así que niega haber tenido algo que ver con esto?

Vincent golpeó la palma de la mano sobre la mesa. El dolor en su voz estaba tan alejado como la posibilidad de que pudiera caminar sobre el agua. —¡Claro que no lo hice, joder! Soy su tío, ¿no? ¿Por qué haría algo así? La quería...

—¿Está seguro de que no llevó ese amor demasiado lejos?

Tomó un momento para que la insinuación se asentara en la mente de Vincent. Finalmente, dijo: —¿De qué coño estás hablando? ¿De qué coño me estás acusando?

—De nada, señor —dijo Rachel, cerrando esa vía antes de que se descontrolara demasiado—. ¿Puede explicar a qué se refería cuando dijo que la quería?

La cabeza de Vincent pivotó entre Chey y Rachel. —¿Son ustedes tontos? ¿Nunca han querido a nadie? Ya les he dicho, era mi sobrina. Pero la quería como si fuera mi hija. Pobrecita... Mi mujer y yo no podemos tener hijos, así que yo... siempre la traté como si fuera mía.

Tomek hizo una mueca ante el uso del tiempo pasado por parte del hombre.

—¿Y qué hay de su relación con su hermana? ¿Se llevan bien los dos?

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¿Saben por cuánto hemos pasado los dos? Nos llevamos mejor de lo que podrían llegar a imaginar.

La entonación en la voz de Vincent sugería que eso era todo lo que estaba dispuesto a decir sobre ese asunto en particular. Tomek deseó que ambos investigaran más, pero al final no lo hicieron.

—Háblenos de su relación con Steven... —Chey abordó ese camino con cautela. Hasta ahora había impresionado a Tomek; había hablado lenta, confiada y elocuentemente. No se había sentido intimidado ni presionado por los arrebatos de Vincent. Sería un buen detective algún día.

Y algún día Tomek podría decírselo.

—Ni me hagan empezar con ese inútil. Es un jodido vago, un holgazán que no es bueno ni para mi hermana ni para mi sobrina.

—Es muy protector con ellas, ¿verdad? —preguntó Chey, sondeando suavemente.

—Claro que lo soy... son de mi sangre. No voy a abandonarlas, ¿verdad? Tengo que cuidar de ellas.

—¿Por qué la desaprobación hacia Steven? Por lo que hemos podido averiguar, él las mantiene a las dos y las cuida... ¿Qué nos estamos perdiendo?

—El hecho de que casi nunca está. Siempre está trabajando, ¿no?

—Así es típicamente como funciona el mantener a la familia, señor Gregory.

—Sí, pero es justo la forma en que lo hace, ¿sabes? No me gusta su línea de trabajo. Es un estafador. El muy descarado quería cobrarme el precio completo de una caldera que ni siquiera tenía que pagar yo —el ayuntamiento iba a arreglarla. El muy descarado.

—¿Desde cuándo conoce al señor Lake? —preguntó Rachel esta vez.

—Desde que empezó a salir con mi hermana.

—¿No lo conocía de antes?

Vincent negó con la cabeza. —Nunca conocí al cabrón.

—¿Cuándo diría que su relación comenzó a deteriorarse?

—Nunca nos hemos caído bien. Simplemente no congeniamos. Así de simple. A él no le gusto yo y a mí no me gusta él. Siempre dice que estoy demasiado unido a mi hermana, que siempre ando por allí. Pero déjenme decirles, si supieran por lo que hemos pasado en nuestra vida entenderían exactamente por qué es así. ¿Pueden creer que el pequeño cabrón intentó impedir que viera a mi hermana y a mi sobrina?

Y ahí estaba. Por fin. La raíz de su mal. La verdadera razón por la que Steven y Vincent no se llevaban bien. Un padre asustado e inseguro haciendo todo lo posible por proteger a su hija y a su esposa del extraño y dominante cuñado.

Tomek sintió el paralelismo.

Menos lo del tío extraño.

Rachel se aclaró la garganta en el micrófono. —Si no le importa, señor Gregory —comenzó—, nos gustaría desviar nuestra atención hacia el pescado por un momento.

—¿Pescado?

—Sí.

—¿Qué pasa con él?

—Durante el informe de la autopsia, se descubrió que el estómago de Annabelle contenía mucho pescado, lo que implica que sus últimas comidas, mientras estuvo retenida en cautiverio, fueron de pescado. Principalmente salmón y atún.

—Tienen que estar de coña.

—Según tenemos entendido, usted es el único en la familia que le permite comer pescado.

Vincent lanzó las manos al aire y las bajó sobre la mesa con un fuerte golpe. —Yo no he hecho ná. No he secuestrado a mi sobrina de la escuela, no la he mantenido en ningún sitio, no la he alimentado con pescado, no la he matado. Yo... no... he... hecho... ná.

CAPÍTULO
VEINTITRÉS

De camino a casa aquella tarde, Tomek hizo una parada rápida en el Co-op local para comprar algunos artículos esenciales. Todos los esenciales que la madre de Sylvia le había mencionado. Es decir, chocolate, chocolate y más chocolate. Aunque mientras miraba fijamente la estantería, contemplando la abrumadora cantidad de diferentes marcas, Tomek se sintió abrumado por tantas opciones. Eso y porque no tenía ni idea de qué comprarle. Se le había olvidado por completo preguntar qué chocolate le había dado Louise, y nunca se le ocurrió preguntarle directamente a Kasia. Claro, ella lanzaba las marcas al carrito de la compra cuando iba con él a Aldi, pero él nunca prestaba atención a lo que compraba; esa era una batalla que había librado y perdido muy rápidamente. Además, esto se suponía que era una sorpresa... Menuda sorpresa sería si la llamaba para preguntarle qué prefería.

—Hola, soy tu padre. Como sabes, soy inútil para todas estas cosas y he olvidado completamente qué chocolate te gusta. ¿No podrías decírmelo y luego fingir sorpresa cuando te lo dé? Estoy intentando hacer algo bonito, pero me temo que podría salir mal...

Al final, se decidió por un surtido de *sus* marcas favoritas. Galaxy, Kit Kat, Aero y un Freddo (bueno, seis de ellos). Con la esperanza de que, por ser de la misma sangre, seguramente compartirían algunos de los mismos gustos, que habría alguna coincidencia en la preferencia del paladar chocolatero.

Mientras subía a su coche, se comió un Freddo a escondidas. Estaba horrorizado de que el precio de dos de ellos hubiera costado lo mismo que la barra de Galaxy. Por despecho, había comprado los otros cuatro y asumido el gasto extra. El pequeño bastardo con forma de rana se había disparado en precio desde la última vez que Tomek había comido uno. Recordaba cuando costaban un par de peniques, y él y sus hermanos eran enviados a la tienda de la esquina con su asignación para arrasar con el mostrador de dulces, regresando a casa como reyes, con los bolsillos rebosantes.

Ahora Freddo había crecido, tenía una familia de cinco, un coche caro y una hipoteca, y estaba trasladando la deuda al cliente.

Y estaba seguro de que el pequeño bastardo también había encogido de tamaño.

Para cuando llegó a casa, el Freddo había desaparecido. Al entrar en la sala de estar, llamó a Kasia. Un gruñido provino del dormitorio al otro lado de la habitación. Se acercó tranquilamente y golpeó suavemente. El suave sonido de música procedente de su portátil resonaba detrás de la puerta.

—Puedes pasar —dijo ella.

Tomek envolvió su mano alrededor del picaporte y asomó la cabeza por el hueco. Kasia estaba sentada en su cama, vestida con pantalones de chándal y una gruesa sudadera con capucha que la hacía parecer diminuta. Tenía la capucha puesta y debajo su cara apenas era visible. Había recogido las rodillas contra el pecho, con el portátil apoyado encima. Las luces de hadas por las que habían discutido en Primark (Kasia las quería mientras que Tomek se había negado rotundamente, considerándolas un completo desperdicio de dinero) colgaban de varios puntos a lo largo de la pared trasera. A su derecha, el escritorio que una vez fue suyo y que ahora se había convertido en un tocador de maquillaje brillaba intensamente, y captó su reflejo en el espejo, dándole un susto de muerte. Su dormitorio —*el* dormitorio de ella— era irreconocible. Lo que una vez fue un apartamento de soltero lleno solo de lo esencial ahora había sido reemplazado con cosas que le habían obligado a entrar en tiendas en las que nunca antes había puesto un pie.

Todo un mundo nuevo para él.

—¿Cómo ha ido tu día? —preguntó, quedándose torpemente en el marco de la puerta, tratando de mantener la bolsa del Co-op fuera de la vista tanto como fuera posible.

—Bien... —dijo ella.

—¿Aprendiste algo divertido?

—No...

—¿Adelantaste mucha tarea?

—Un poco...

—¿Cómo fue tu tutoría con la señorita Holloway?

—Bien...

—¿Te sirvió de ayuda?

—Sí...

Vale, así que eso era. Respuestas monosilábicas. Podía manejarlo. Siempre y cuando no estuviera enfadada con él por alguna razón...

—¿Cómo te... cómo te sientes?

Ella se encogió de hombros. —Bien.

—¿Quieres... quieres hablar de ello?

—No realmente.

—De acuerdo, perfecto. —Tomek respiró profundamente con alivio—. ¿Te gustó la pizza que te dejé?

—Estaba bien, gracias. —Extendió la mano hacia la mesita de noche y agarró una taza de té. Recién hecho, con los jirones de vapor aún elevándose por la parte superior—. Acabo de hacer una, así que el hervidor todavía está caliente si quieres hacerte el tuyo.

Tomek sonrió. —Gracias. —Entonces levantó la bolsa del Co-op en el aire, sintiéndose como un borracho caminando por la calle principal con todas sus posesiones dentro, y se dirigió hacia el final de la cama—. Te he traído algo. No es mucho pero... la madre de Sylvia dijo que el chocolate era la mejor cura para tu... ya sabes.

—Lo sé. —Su sonrisa abierta y su expresión le indicaron que continuara.

—Y olvidé cuáles te gustan, así que cogí un surtido... —Tomek colocó la bolsa delante de ella y le permitió abrirla.

Con cautela, dobló las piernas sobre la cama y la abrió cuidadosamente. Luego asomó la cabeza dentro. Lo miró.

Sonriendo.

Tomek fue incapaz de discernir si era una sonrisa genuina de "muchas gracias, estos son los mejores chocolates del mundo y eres el mejor padre del mundo", o si era una sonrisa más forzada de "no me gusta ninguno de estos, pero voy a sonreír y fingir que me gustan". Como un niño que abre un regalo de Navidad que no quería ni había pedido.

Pequeños desagradecidos.

—Gracias —dijo, metiendo la mano en la bolsa y sacando un Freddo.

—Ve con calma con esos —le advirtió—. Hacienda vendrá a por mí si desaparecen demasiado rápido.

Ella examinó la pequeña rana como si fuera el Cráneo de Cristal que Indiana Jones encontró en su cuarta aventura en la franquicia. Una reliquia preciosa y valiosa que debía tratarse con el máximo cuidado y respeto.

—¿Qué... qué es esto?

La mandíbula de Tomek nunca se había caído tanto como en ese momento.

—¿Nunca... *nunca has oído hablar ni probado un Freddo*?

Kasia negó con la cabeza sin disculparse.

—Son solo el mejor chocolate del mundo. Como pequeñas pepitas de placer. Saben tan... —Se detuvo, la saliva en su boca creciendo a un nivel anormalmente alto—. Simplemente tienes que probar uno.

Desde que Kasia se había mudado, él se había visto obligado a eliminar por completo cualquier producto con frutos secos y sus derivados de su dieta: cacahuetes, anacardos, pistachos e incluso los frutos secos recubiertos de chile tailandés dulce que había descubierto una tarde mientras recorría los pasillos de Lidl (sin decírselo a Aldi). Ella era extremadamente alérgica y no podía estar a menos de tres metros. Ni siquiera podía disfrutarlos en el trabajo y volver a casa varias horas después, porque el olor todavía estaría en su aliento y el veneno continuaría secretándose por sus poros. Desde entonces, Tomek había experimentado varios síntomas de abstinencia y luchado por encontrar un reemplazo, una bolsa de

snacks que pudiera tener en su escritorio en el trabajo o dejar en el armario para cuando le entrara hambre.

Hasta ahora.

Mientras la observaba rasgar delicadamente la parte superior del paquete y mordisquear el extremo de la línea del cabello de Freddo como un hámster, consideró seriamente la posibilidad de comprar al pequeño empresario y padre de familia al por mayor.

No podía, ¿verdad? Seguramente eso no era posible. Y si lo era, entonces ciertamente tendría que empezar a encontrar tiempo para volver a sus carreras. O simplemente podría atiborrarse con la bondad chocolateada.

A la mierda. *Solo se vive una vez*, pensó. YOLO. Eso era lo que decían los jóvenes hoy en día, ¿no?

—¿Qué te parece? —preguntó, sin poder contener la emoción en su voz.

Ella asintió mientras se metía las patas de la rana en la boca. —No está mal —murmuró—. *Realmente* bueno, de hecho.

Estaba decidido. Ahora no tenía más remedio que comprarlos al por mayor. Si no para él mismo, al menos para ella.

—Gracias —dijo ella mientras arrancaba el envoltorio de otro.

—¡Tranquila, tigre! —gritó él—. ¡Ojalá hubiera comprado más de uno ahora!

Kasia se rio para sí misma. Luego arrancó la mitad superior del torso de la rana de su cuerpo y le entregó la mitad inferior.

—Eres una salvaje —dijo él.

—No estoy acostumbrada a compartir —respondió ella—. Pero toma.

Tomek se sintió privilegiado.

—Está bien —dijo, luego la alejó—. Quédatelo tú. Estaba bromeando. Tengo que cuidar mi peso. Empiezas a notar estas cosas cuando llegas a los cuarenta.

—No quería decir nada...

Tomek fingió sentirse ofendido y le arrebató el resto de los chocolates. —No tendrás estos hasta mañana. ¡Felicidades! ¡Espero que estés contenta! —Miró dentro de la bolsa—. ¿Te gusta alguno de estos?

Ella negó con la cabeza. —Solo el Galaxy. *Me encanta* el Galaxy.

—Lo siento.

—Está bien. Fue agradable. Un detalle por tu parte. Gracias.

Tomek se tomó un momento para absorber esas palabras. Su cuerpo se calentó y una combinación de orgullo y ego recorrió sus venas. Ella había reconocido su gesto, lo había apreciado. Había hecho algo que sus padres nunca le habían hecho a él, no desde la muerte de Michał.

Había demostrado que le importaba.

Tal vez ese era el camino a seguir. Romper con lo que conocía y salirse del guion, ir por libre.

Criar como *no* sabía hacerlo.

—¿Estás bien?

Ella agitó una mano frente a él.

—Sí. ¿Por qué?

—Parecía que estabas teniendo un derrame cerebral.

—Casi.

—¿Por qué sonríes?

—Por nada —dijo, encogiéndose de hombros. Luego hizo un movimiento para irse, pero se detuvo en la puerta cuando Kasia lo llamó.

—Tomek... —comenzó mientras jugueteaba nerviosamente con el envoltorio en sus manos—. Sé que dijiste lo de ir a casa de Sylvia una noche cuando termine mis exámenes y todo eso. Pero estaba pensando... —Hizo una larga pausa. Tomek se preparó para lo que vendría—. Me preguntaba si podría... si podría tal vez ir a ver a mamá. A la cárcel. Una vez durante el fin de semana o quizás durante un día escolar. La echo de menos y me gustaría verla...

La reacción inicial de Tomek fue decir que no. Sin embargo, nada más que aire salió de su boca y se quedó congelado en el marco de la puerta, clavado en el sitio. Como si algo lo estuviera deteniendo allí. Ya sabía la respuesta a la pregunta, pero no quería tomar una decisión precipitada e injusta.

Era una lástima que su cerebro no pudiera comunicarse con el resto de su cuerpo.

—Estás teniendo otro derrame cerebral —dijo ella.

Eso lo hizo reaccionar. Sacudió la cabeza suavemente y silbó entre sus labios.

—Es... Esa es complicada —dijo—. Tendré... tendré que pensarlo, ¿vale? Dame algo de tiempo para pensarlo y te lo haré saber.

Mientras cerraba la puerta tras de sí, recordó las innumerables llamadas perdidas que había recibido de Anika Coleman desde la prisión en las últimas semanas. Las mismas llamadas que habían aumentado en frecuencia.

Las mismas llamadas que había ignorado con igual religiosidad.

CAPÍTULO
VEINTICUATRO

El motor del coche permanecía al ralentí, haciendo un suave tictac, ronroneando bajo sus pies. El aire caliente que salía de las rejillas de ventilación le acariciaba suavemente el rostro, haciéndole arrepentirse de haber decidido llevar un jersey. Una camiseta era más que suficiente, pero seguía usándolo porque necesitaba algo para ocultar las manchas de sudor.

Las manchas de sudor de miedo y arrepentimiento.

Esta no había sido su decisión. No completamente. Pero ya no tenía elección. Había llegado demasiado lejos para dar marcha atrás.

Además, una parte de él lo había disfrutado la última vez. La parte "no completamente". Quitar una vida había sido fácil, una repentina inyección de energía y poder. Poder sobre una niña que se lo merecía.

Y eso era lo mismo que ocurría esta noche.

Ella se lo *merecía*.

A través del parabrisas la vio allí de pie, medio desnuda, literalmente *rogando* por ello en la esquina de la calle. Llevaba una minifalda que cubría menos de su trasero que lo que hubiera cubierto un par de sus calzoncillos, y un pequeño top a juego. Más piel visible que en un espectáculo sexual holandés. Tenía el pelo recogido en un moño, y varias capas de maquillaje estaban empastadas en su cara.

Diecisiete años tenía. Diecisiete y había recurrido a esto. Vendiéndose por el placer de hombres, escoria como él mismo.

Pero ahora no era el momento para tener una crisis de identidad.

Ahora era el momento de actuar.

Puso el coche en marcha y se acercó a la carretera junto a ella. Estaba escondida detrás de un local de fish and chips cerrado, justo al lado de la calle principal. Difícil de encontrar. Pero no si sabías dónde buscar...

A medida que se acercaba, bajó la ventanilla y apoyó el brazo en el marco.

—¿Todo bien, cariño? —preguntó ella, caminando hacia él con esas botas de tacón alto que eran demasiado altas para cualquiera, y más para una chica de diecisiete años—. ¿Estás perdido o algo?

Él negó con la cabeza.

—Estoy buscando un buen lugar para dormir esta noche.

La palabra clave se la había dado un amigo de un amigo de un amigo, varios niveles profundos en el círculo social. Irrastreable, hasta donde él sabía. Y esperaba.

—¿Qué tipo de lugar estás buscando? —preguntó ella—. ¿Todo incluido o solo cama y desayuno?

—Todo incluido, si no te importa.

Se reprendió a sí mismo. *Si no te importa*. ¡Si no te importa! ¿Quién en la historia de la prostitución había hecho jamás esa pregunta? Era parte del trato. Era todo un acuerdo tácito. Todo lo que ocurriera entre ellos estaba *bien*, siempre y cuando él siguiera pagando por ello.

—Muy bien, cariño —dijo ella con suavidad—. Puedo arreglarlo para ti.

Sin decir nada más, rodeó el capó, arrastrando sus uñas acrílicas rojas por la carrocería, y se sentó en el asiento del pasajero junto a él.

—¿Sabes cuánto costará?

No lo había notado, pero estaba masticando chicle. Ruidosamente. El ruido insoportable amplificado por el espacio reducido. Podía oler cómo emanaba de su aliento. Eso y todas las pollas que ya había tenido allí. Ni siquiera quería pensar en eso.

—Sí, sé cuánto costará.

Tristemente, *ella* no conocía el verdadero costo.

Su vida.

Metió la marcha atrás, salió del callejón y regresó a la calle principal, volviendo por donde había venido. Mientras conducía por la calle en plena noche, con la luz anaranjada de las farolas rebotando intermitentemente en sus rostros, frotaba sus manos repetidamente contra el volante. Demasiado asustado para quitarlas, por miedo a que mostraran las marcas de sudor debajo.

—¿Has tenido una buena noche hasta ahora, cariño?

Se estremeció al sonido de su voz. Tan joven, y sin embargo había un matiz, un nivel que denotaba la experiencia que había tenido. Él conocía todo lo que le había ocurrido a ella en su vida, y no le sorprendía escuchar que sonara mayor. Mucho mayor.

—Ha estado bien —dijo, sin querer entablar demasiada conversación.

—Está a punto de mejorar —dijo ella—. ¿Habías hecho algo así antes?

—No puedo decir que lo haya hecho.

—No te preocupes. —Colocó una mano en su muslo y lo apretó suavemente—. Puedo ser delicada cuando es necesario.

Él hizo un pequeño ruido y volvió a prestar atención a la carretera. Para entonces ya estaban en la parte sur de la isla, dirigiéndose gradualmente en sentido horario de vuelta al refugio. Las carreteras seguían vacías, salvo por algún que otro coche aquí y allá, pero lo principal era que no había habido señal de la policía. Le había preocupado que pudieran estar patrullando la zona, buscando chicas como ella para protegerlas y mantenerlas fuera de las calles.

Pero por supuesto eso no ocurría. La policía ya había demostrado que les importaban las chicas como ella tanto como les importaba Annabelle Lake. Nada en absoluto.

Finalmente, se detuvo en Northwick Road. El lugar donde una vez había aprendido a conducir. Un tramo largo y recto de carretera que llevaba a un centro de reciclaje y a una cantera a varios cientos de metros de distancia. La carretera estaba completamente a oscuras, salvo por los faros que iluminaban todos los baches y pequeños montones de grava y polvo que se habían acumulado con

los años. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvo allí, y era el lugar perfecto para lo que tenía que hacer.

Apagó el motor y las luces, dejándolos suspendidos en la oscuridad.

—No hay nada de qué avergonzarse, cariño —dijo ella—. Lo he visto todo antes.

—Estoy seguro de que sí.

Sin necesidad de que se lo dijeran, movió su mano desde el muslo hasta su entrepierna, y comenzó a desabrochar los botones. Uno por uno. Hasta que liberó sus vaqueros, y luego sus calzoncillos. Dejándolos por sus rodillas. Entonces tomó su pene en sus manos y comenzó a masajear hasta que lo puso en posición de firmes.

Al principio lo había odiado, se odiaba a sí mismo por permitir que esto sucediera, por dejar que llegara tan lejos. Pero ahora que estaba aquí, ahora que esto estaba sucediendo, empezaba a disfrutarlo.

Porque esto no era nada comparado con lo que tenían planeado para ella más tarde.

CAPÍTULO
VEINTICINCO

El primer día libre de Tomek desde su regreso al trabajo.

La investigación sobre la desaparición y asesinato de Annabelle Lake se había estancado. Sin evidencia forense real ni pistas que pudieran perseguir con algún tipo de convicción, el equipo tenía poco que hacer excepto concentrarse en ponerse al día con el papeleo y esperar que surgiera algo.

Y con la semi-exclusión de Tomek de la investigación, eso significaba que había aún menos para que él hiciera.

Como resultado, la inspectora jefe Cleaves, con la ayuda de Victoria y un suave empujón del encantador grupo de Recursos Humanos, le había dado a Tomek un día libre. Para recuperarse, le habían dicho. Al parecer, había saltado de vuelta al trabajo después de semanas fuera durante el transcurso de una investigación. Un shock para el sistema, habían dicho. La decisión lo desconcertaba. No era como si estuviera regresando del borde de la muerte y necesitara seis meses para reintegrarse al equipo. Solo había estado sentado sobre su gordo trasero durante unas semanas. El único "descanso y recuperación" que necesitaba era de estar holgazaneando sin hacer nada todo el día.

Afortunadamente para él, tenía una hija adolescente que lo mantendría ocupado el fin de semana. Más tarde en la tarde, la llevaría a una clase de kárate en Hadleigh. El dojo local tenía una oferta introductoria donde la primera lección era gratis y abierta a todos: hombres, mujeres, niños de todas las edades. Aparentemente

era algo que ella siempre había querido hacer y que había estado considerando durante un tiempo, pero había olvidado mencionárselo hasta el último minuto, específicamente, durante las últimas horas de la noche anterior. Cuando le preguntó por qué no lo había mencionado antes, ella dijo que era porque no se había sentido cómoda y que no estaba segura de querer hacerlo en primer lugar. Así que en lugar de eso, había elegido mantener la decisión para sí misma durante algunas semanas, interiorizándola, como esperar para llamar al médico por ese dolor que sabes que no es normal.

Tomek se alegraba de verla más abierta con él (aunque fuera con unas pocas horas de antelación). Significaba que estaban progresando y que sus esfuerzos con ella estaban teniendo un impacto positivo en su vida. También le complacía oírla decir que quería probar algo nuevo, algo diferente. Algo que él esperaba que nadie más en su escuela hiciera. Que se estaba exponiendo y conociendo gente nueva, en lugar de quedarse en casa todo el día perdiendo neuronas mientras continuaba desplazándose, desplazándose, desplazándose...

Pero eso sería más tarde.

Ahora mismo tenía que pensar en qué decir.

Frente a él estaba la lápida de su hermano.

Su segunda visita en dos meses. Durante su suspensión, Tomek había planeado venir con más frecuencia, sentarse allí, usar a su hermano como caja de resonancia para sus pensamientos y preocupaciones sobre Kasia, su carrera... todo. Pero no había venido.

Miedo. Culpa. Vergüenza.

Todos lo habían engañado para quedarse en casa y usar a su hija como excusa. Parecía que solo podía ser malo en una cosa a la vez: mal hermano mientras intentaba ser un buen padre; o mal padre mientras intentaba ser un buen hermano. Todo mientras tenía que manejar su carrera de la mejor manera posible. No era fácil, pero ¿quién dijo que la vida lo sería?

Tomek se posó en el banco cercano y observó cómo una bandada de gaviotas volaba desde la orilla, graznando mientras lo hacían. Probablemente lo estaban regañando en su propio idioma

por descuidar a su hermano durante tanto tiempo. O por ser un padre de mierda.

O por ser una persona de mierda en general.

—Ha pasado un tiempo, ¿eh, colega? —dijo, incapaz de levantar la mirada al nivel de la piedra—. Han cambiado muchas cosas desde la última vez que te vi. No lo creerías si te lo dijera, pero descubrí que tengo una hija. Una locura, lo sé. Bueno, *ella* no lo está... pero la situación sí. Diría que es gracioso, pero realmente no lo es. Todo está bastante jodido, para serte sincero.

—No estoy hecho para esto, todo este asunto de la paternidad. Nada de esto tiene ni pizca de sentido, pero aquí estamos, y estas son las cartas que me han tocado. O tengo que jugarlas o retirarme, y no quiero ver el tipo de daño que *esa* decisión puede causar.

Un petirrojo, con el pecho hinchado y lleno de canturreo, aterrizó en el brazo del banco junto a él. Tomek nunca fue de los que creían en fantasmas, espíritus o señales de lo sobrenatural, pero algo en ese pájaro le decía que era su hermano, que venía a verlo.

—Te agradezco que saques tiempo de tu apretada agenda para hablar conmigo —dijo con sarcasmo—. Debe haber un millón de cosas que hacer allá arriba en cualquier momento. Y has elegido pasarlo conmigo.

El pájaro trino, mirándolo expectante.

—Gracias, colega. Lo aprecio. Si ves a Tony por ahí arriba, o en tus viajes, ¿no crees que podrías pasarle un mensaje de mi parte?

El pájaro dudó antes de responder. Esta vez el mensaje fue breve y conciso, y Tomek supo que era la forma en que su hermano decía: "Díselo tú mismo, vago de mierda". Clásico Michał que, incluso con once años, había aprendido bastante lenguaje soez. Todo lo cual naturalmente había rodado cuesta abajo y metido a Tomek en muchos problemas. Michał y Dawid, su hermano mayor, a menudo eran los que le enseñaban las malas palabras y lo desafiaban a usarlas frente a su madre. En las dos ocasiones en que lo había hecho (aprendió rápidamente la lección después de eso), se había encontrado castigado durante dos semanas cada vez. Un total de cuatro semanas que nunca iba a recuperar. Solo para que sus hermanos lo trataran como uno de ellos.

Tristemente, no era nada comparado con la vida entera que Michał nunca tendría. La que le fue arrebatada demasiado pronto.

El pensamiento lo hizo reflexionar. Que la vida era demasiado corta. Que Kasia podía hacer lo que quisiera. Que quizás no debería impedirle ver a su madre, por mucho que estuviera en desacuerdo con la idea. Porque no quería que ella tuviera ningún arrepentimiento. Si iba allí y odiaba cada minuto, al menos podría decir que lo había intentado y se había esforzado. Pero, por otro lado, si visitaba y reavivaba la relación conflictiva con su madre, ¿quién era él para intervenir? Era un ganar-ganar para todos.

El pensamiento lo hizo reflexionar. Sobre arrepentimientos. Sobre cómo necesitaba asegurarse de no tener ninguno él tampoco...

Cuando estaba a punto de meter la mano en su bolsillo para sacar su teléfono, se dio cuenta de que el petirrojo se había ido volando. El trabajo de su hermano terminado por hoy.

—¿Hola, mamá?

—Sí —llegó la respuesta ligeramente cálida—. ¿Está todo bien?

—Sí. Todo está bien. Solo quería comprobar, ¿sigue en pie la invitación para esta noche?

—Por supuesto que sí. Sabes que sí.

—Genial. Entonces haz espacio para una persona más. Hay alguien que me gustaría que conozcas.

CAPÍTULO
VEINTISÉIS

La cita había estado en su agenda durante meses, años si contabas el hecho de que había sido un evento anual en el calendario familiar durante más de treinta años. El aniversario del cumpleaños de Michał. Un evento que a menudo había descuidado y evitado a toda costa. Pero esta noche estaba dispuesto a intentarlo. Especialmente después de la última vez que habían estado juntos como familia para celebrar el aniversario de la muerte de Michał. Había llevado a Charlotte con él, y la noche había terminado en una discusión que dejó un sabor amargo en la boca de todos. Desde entonces había tenido muy poco contacto con su hermano, pero las relaciones con sus padres habían mejorado.

Con suerte seguiría siendo así.

Con él, sentada en el asiento del copiloto, estaba Kasia, que se veía tan nerviosa como él se sentía. Y probablemente ella lo estaba más que él.

Le había soltado la noticia de que asistirían después de que ella hubiera terminado su clase de kárate. Acababa de salir del entrenamiento con una sonrisa radiante en la cara, que había desaparecido en el momento que se lo dijo.

—¿Estás bien? —preguntó Tomek.

—Estoy bien —respondió ella.

Lo que significaba que definitivamente no estaba bien.

—No hay necesidad de preocuparse —dijo él—. Son tu familia. Tus abuelos. Y si en algún momento te sientes incómoda o asustada,

o quizás simplemente has tenido suficiente, me lo dices y nos iremos directamente a casa, ¿de acuerdo? Y si todo empieza a complicarse y te sientes valiente, siempre puedes mostrar esos movimientos de kárate que acabas de aprender.

Ella se volvió para mirarlo. —Qué gracioso.

—Esto va a ser tan incómodo para mí como para ti, ¿sabes?

—¿Por qué?

Y entonces Tomek se lo contó. Primero sobre cómo sus padres no sabían de su existencia. Y luego pasó a la muerte de su hermano. Sobre el segundo sospechoso desaparecido. Sobre cómo él había sido quien le dio a su madre la esperanza de que el asesino todavía estuviera por ahí, mientras tanto la identidad del asesino seguía encerrada en su cerebro, perpetuamente fuera de su alcance. Sobre cómo eso había causado una ruptura entre ellos. Sobre cómo no había hablado mucho con ellos ni había estado de acuerdo con ellos desde entonces. Sobre cómo no habían sido una familia propiamente dicha.

—Lo... lo siento por tu hermano —dijo ella al final, y se volvió para mirar los árboles que pasaban por la ventana.

—Ocurrió hace mucho tiempo, y es solo una de esas cosas que nunca superas del todo, creo. Tu abuela, especialmente. Así que si actúa un poco extraña o un poco distante, intenta no tomártelo como algo personal. Solo *yo* tengo permitido hacer eso.

Una sonrisa. Breve, apenas un destello. Pero un comienzo.

—Y si quieres algo para entretenerte mientras estamos allí... —se inclinó sobre la consola entre ellos—, cuenta cuántas veces tu tío dilata las fosas nasales...

—¿Qué?

—Tiene un tic nervioso. Empezó cuando tenía unos quince años, creo. Se puso muy cohibido cuando comenzó. Obviamente no ayudó que yo siguiera burlándome de él por eso. Recibió mucha ayuda de médicos y psicólogos, pero nunca se detuvo. Solíamos llamarlo *świnia*, que significa cerdo en polaco.

Otra sonrisa. Más grande esta vez.

—Y si quieres embarcarte en una misión ultrasecreta, cuenta cuántas veces los tres chicos —tus primos— se agarran los

pantalones y saltan antes de ir al baño. Solo son unos años menores que tú, pero no pueden evitarlo, y creo que lo seguirán haciendo hasta que tengan mi edad. Y estoy bastante seguro de que todavía mojan la cama.

—¡Puaj!

—¿Demasiado? Vale, entonces solo acosa a tu tío. Deja a los tres chicos para mí...



Llegaron un poco menos de cuarenta minutos después. El viaje les había dado la oportunidad de ponerse al día con las cosas importantes. Como qué le había parecido a Kasia su primera clase de kárate, si quería hacerlo de nuevo: lo había disfrutado, y sí quería. Semanalmente, todos los fines de semana, a las 2 de la tarde. Entre ellos tendrían que resolver la logística, pero él estaba dispuesto a hacer que funcionara.

—¿Quién era esa mujer con la que te vi hablar cuando me dejaste? —había preguntado Kasia después de que él terminara de recordar aquella vez que había golpeado a Frankie Hargreaves en el undécimo curso fuera del patio de la escuela por ser racista con él, una historia que a ella no parecía interesarle demasiado.

—Me preguntaba si habías visto eso —había respondido él, suspirando—. Amber Wilson. Era una vieja amiga de la escuela. Como, de hace mucho tiempo. Tanto que intento olvidar la fecha. Estuvimos en un par de clases juntos, creo. Matemáticas y ciencias.

—¿Alguna vez pasó algo entre ustedes?

Antes de responder a eso, Tomek le había dado una mirada de preocupación con una ceja levantada. —No. Nunca pasó nada entre nosotros.

—Quizás deberías ponerte en contacto con ella.

Tomek había resoplado. —No necesito consejos sentimentales de una niña de trece años, muchas gracias.

—Por lo que parece, sí los necesitas.

—¿Disculpa?

—La señorita Holloway... ¿no viste cómo te miraba el otro día durante la reunión de padres? No podía quitarte los ojos de encima.

Tomek no lo había notado. Había estado tan preocupado por llegar a tiempo —por *presentarse* realmente— que había ignorado por completo cualquier señal que Bridget Holloway le hubiera enviado.

—Tal vez deberías... —había comenzado Kasia, pero luego se detuvo—. En realidad, no. Retiro lo dicho. Bajo ninguna circunstancia debes empezar a salir con mi profesora. *Por favor*.

Tomek le sonrió, con aire de suficiencia.

—No. Por favor. No puedes. No creo que pudiera soportarlo en la escuela. Tú saliendo con una de mis profesoras... —Visiblemente tembló de miedo. ¿O era asco?

—Lo tendré en cuenta —dijo Tomek justo cuando estacionaba frente a la casa de sus padres.

Involucrarse en una relación no era algo que estuviera buscando en este momento. No cuando seguía pensando en Charlotte y lo que había sucedido entre ellos. No cuando seguía jugando a "¿y si?" y preguntándose qué podría haber sido. Su corazón seguía mirando hacia el pasado, y no estaba seguro de cuándo comenzaría a mirar hacia adelante.

Kasia se mantuvo a distancia detrás de él mientras se acercaba a la puerta principal y llamaba. Cuando finalmente se abrió la puerta, ella se escondía en su sombra, manteniendo la cabeza baja.

—Hola, mamá —comenzó.

La mujer frente a él había cambiado drásticamente desde la última vez que la había visto. Se había teñido el pelo de un tono rosa claro —para que hiciera juego con el color de sus uñas— y se lo había rapado corto. Para una mujer bien entrada en los sesenta, era lo último que esperaba ver. Pero le gustaba.

—Te ves bien —le dijo—. Moderna. No estoy seguro de que me quedaría bien a mí, pero me gusta.

—Gracias. —Bajó el escalón y lo abrazó durante más tiempo del que lo había hecho en mucho tiempo.

Mientras se apartaba, dijo: —¿Dónde está tu cita?

Sonriendo, Tomek se hizo a un lado y rodeó los hombros de Kasia con su brazo. Podía sentir su pequeño cuerpo temblando bajo su agarre.

—Oh, Tomek... No. No, no puedes estar... —Puso una mano sobre la de Kasia—. ¿Cuántos años tienes, cariño?

—Cállate, mamá. No es nada de eso. ¡Kasia no es mi novia, por el amor de Dios!

—*Kurwa mać*. ¡Casi me das un infarto! Si no es tu cita entonces... ¿quién es?

Tomek le dio un suave empujón en la espalda a Kasia y le indicó que entrara en la casa.

—Creo que deberíamos entrar todos —dijo—. Hay algo que necesito contarles.

La sonrisa no había abandonado su rostro desde el momento en que había puesto sus ojos en Izabela y su nuevo pelo. Tampoco había disminuido después de haberle contado a su familia sobre su hija y recibido sus miradas apagadas y preocupadas. Al principio no habían sabido cómo tomar la información, cómo procesarla. Pero después de lanzar una avalancha de preguntas al estilo policial —cuándo sucedió, con quién fue, dónde estabas en ese momento— gradualmente lo asimilaron y comenzaron a entenderlo. Sabía que pasaría mucho tiempo antes de que pudieran aceptarlo como un hecho.

—Me ha llevado tiempo hacerme a la idea —les dijo—. Pero poco a poco nos estamos acostumbrando el uno al otro. Incluso nos estamos mudando a un piso más grande con más espacio.

—Por fin tendremos una habitación cada uno —dijo Kasia. Cuanto más tiempo pasaba allí, más confiada se sentía. Y, de vez en cuando, Tomek la había visto mirando a su hermano Dawid, esperando a que apareciera su tic.

—¿Te ha hecho dormir en el sofá, el egoísta? —preguntó Dawid.

—Cállate —dijo Tomek, saltando en su propia defensa—. No soy un monstruo. Yo he estado durmiendo en el sofá mientras ella ha tenido mi bonita cama doble.

Dawid puso la mano a un lado de su boca, como si hablara discretamente con ella para que nadie más pudiera oír. —Pero seguro que sigue oliendo, ¿verdad?

Kasia se rió con eso. Tomek puso los ojos en blanco.

Esta era la primera vez en más de una década que todos se llevaban así. La última vez con Charlotte había sido diferente, con el hielo completamente congelado. Pero ahora... ahora comenzaba a derretirse y las cualidades amorosas de estar en familia comenzaban a brillar. Tomek incluso se encontró tolerando a los trillizos, Kristian, Patryk y Jakub, por una vez. Aunque todavía no había visto a ninguno de ellos necesitar ir al baño.

Eran las 9 de la noche cuando la cena estuvo lista y todos estaban sentados alrededor de la mesa. En el menú de esta noche estaba uno de los favoritos de Tomek: *pierogi*.

—Los conoces como empanadillas —le dijo Tomek a Kasia mientras le servía una generosa cantidad de salsa en su plato.

—Ya es suficiente —le dijo ella, apartando la cuchara.

Él la ignoró y vertió media cucharada más en su plato. —En esta familia, tienes que ser rápida y conseguir lo que quieres por cualquier medio necesario. Cuando crecíamos nunca compartíamos —especialmente cuando se trataba de comida— y siempre peleábamos por las sobras al final.

—¿Es por eso que siempre te comes mis sobras?

—En parte. En parte eso, y en parte porque no me gusta que la buena comida se desperdicie.

—Eso es porque él siempre perdía —dijo Dawid, entrometiéndose, con su pequeña nariz moviéndose—. Tu padre era el último en todo, así que siempre tenía menos comida para comer.

En ese momento, Kasia bajó la mirada a la mesa y comenzó a jugar con su cena. Tomek le lanzó una mirada de enojo a su hermano y luego negó con la cabeza.

La palabra "papá" no había sido pronunciada entre ellos todavía. La conversación había sido difícil de abordar para él. Nunca se había

llamado a sí mismo su papá y ella tampoco lo había hecho. Siempre "padre".

Soy su padre. Ella es mi hija.

Pero nunca *papá*. Papá era informal. Papá lo hacía real, algo sólido y tangible que no se podía revertir, como un jarrón roto que nunca podría repararse.

Percibiendo el ambiente incómodo que había descendido sobre la mesa, la esposa de Dawid, Kristina, dijo: —¿Cómo te va en tu nueva escuela, Kasia? Los chicos están a punto de empezar la secundaria pronto. ¿Tienes algún consejo o sugerencia para ellos?

—No vayan —dijo ella sin rodeos—. Las clases son aburridas, son mucho más difíciles y los profesores son mucho más estrictos. Pero a veces puede ser divertido.

—Oh... Entonces parece que lo estás disfrutando, ¿no?

"Por supuesto que no lo está disfrutando, joder" es el mensaje que Tomek esperaba que se entendiera por la expresión de su cara. Kristina pareció notarlo y volvió su atención a su comida.

A medida que avanzaba la noche, los temas de conversación fluían, pasando de la vida escolar de Kasia al trabajo de Tomek y la revitalización de su carrera; de lo último que su padre estaba construyendo en el garaje (una estratagema común que Tomek sospechaba que usaba para alejarse de su madre el mayor tiempo posible) a la carrera de Kristina en derecho. Todo era muy interesante y civilizado. No hubo discusiones, ni desacuerdos, ni necesidad de que nadie se marchara enfadado, y no hubo ninguna indicación por parte de Kasia de que se sintiera incómoda y quisiera irse temprano. De hecho, después de que la comida hubiera terminado, ella se fue a la sala de estar con sus primos mientras Tomek se quedaba en el comedor para charlar con los adultos.

—Vamos, entonces —dijo, rellenando su vaso de Coca-Cola—. ¡Que comience el interrogatorio!

La expresión en los rostros avergonzados sugería que no sabían por dónde empezar, ni quién sería lo suficientemente valiente como para ir primero.

Al final, fue su padre. Perry Bowen siempre había sido la completa antítesis de su madre. Mientras Izabela era brusca y

despreocupada en sus palabras y actitud hacia ciertas cosas, Perry era más sensible, más comprensivo. Toda relación necesitaba luz para equilibrar la oscuridad, y ese era su padre.

Pero esta noche era como si los roles se hubieran invertido.

—No vas a seguir cuidando de esa chica en serio, ¿verdad? —preguntó Perry.

—Sí, lo haré.

—¿Por qué? No es tu problema.

—Por supuesto que lo es. Es mi hija. Hicimos una prueba de ADN y todo. Tengo el correo electrónico en mi teléfono si quieres leerlo.

—Pero, ¿qué pasa con tu trabajo, tu vida personal?

—¿Qué pasa con eso? Hemos sobrevivido bastante bien las últimas semanas, creo que ya pasamos lo peor. —Tomek tomó un sorbo de su bebida para calmarse—. La traje aquí de buena fe, pensando que sería aceptada en la familia. No es como la última vez donde resultó ser una asesina en serie. Esto es diferente. Esta es mi *hija*.

Perry abrió la boca pero fue detenido por una mano en su antebrazo.

—Supongo que lo que tu padre está tratando de decir —*horriblemente*, debo añadir —comenzó su madre, lanzando una rápida mirada maliciosa en dirección a Perry—, es que todos estamos un poco sorprendidos. Y, en nombre de toda la familia, todos estamos un poco decepcionados y heridos de que no nos lo hayas dicho antes. Te ha llevado más de un mes decirnos que existe.

—Porque me preocupaba que esta fuera la reacción.

—Bueno, tienes mi voto —añadió Kristina con una débil sonrisa.

Tomek le ofreció un leve asentimiento para mostrar su agradecimiento, pero no era su apoyo el que estaba buscando. Se volvió hacia sus padres.

—Solo necesito saber que tengo *vuestro* apoyo en esto. Sé que nunca lo he pedido antes, pero en el último mes he tenido que madurar mucho. Y quiero que seáis parte de su vida, y quiero que ella sea parte de la vuestra...

No les llevó mucho tiempo responder.

—Por supuesto que nos encantaría —dijo Izabela, poniendo una mano sobre la suya—. Estaríamos encantados de darle la bienvenida a la familia. Es una Bowen. Nos aseguramos de que nadie se quede atrás.

Si eso fuera cierto, entonces toda esta conversación no estaría sucediendo en primer lugar.

CAPÍTULO
VEINTISIETE

Tomek salió de la casa de sus padres con sentimientos encontrados. Aunque habían dicho que estarían encantados de recibir a Kasia en la familia, percibió cierta reticencia detrás de ello. Como si fuera forzado. Como si se sintieran obligados a decir lo que pensaban que él quería oír. Pero por otro lado, conocía a sus padres mejor que la mayoría y eso era algo que nunca habían hecho antes. Siempre habían sido directos, brutalmente honestos (ese era el lado polaco de la familia) y nunca habían sido falsos. Así que no sabía qué pensar.

Quizás sus corazones estaban en el lugar correcto, pero no sus cabezas.

Al menos, no todavía.

Sí, eso parecía correcto. Solo necesitarían tiempo para asimilar la noticia.

Dios sabía que a él le había llevado bastante tiempo. Y no estaba seguro de haber llegado completamente a ese punto todavía.

—¿Te has divertido esta noche? —le preguntó a Kasia mientras salía de la entrada y giraba hacia la oscuridad de los caminos rurales.

—Sí, ha sido agradable, gracias.

No levantó la mirada de la pantalla al responder, y había estado pegada a ella desde que salieron de la casa. Intentó no tomárselo como algo personal.

—¿Conseguiste contar cuántas veces gruñó el Cerdito?

—Demasiadas. Creo que perdí la cuenta después de un rato. Aunque creo que deberías saber que los niños también te llaman Cerdito.

Tomek apretó el volante con más fuerza. —¿En serio? ¿De quién lo oíste?

—De los niños. Me lo dijeron cuando estábamos en la sala. Dijeron que Dawid siempre te llama así delante de su madre.

Intentó contener la risa pero no pudo.

Ese pequeño canalla. Dawid el héroe, desprestigiando el nombre de su propio hermano de esa manera. Y delante de sus propios hijos, nada menos. Se preguntó qué otras cosas les diría a su familia, pero luego decidió no indagar más. Si era algo parecido al comentario que Kasia acababa de hacer, podía imaginarse el resto. Nada que no hubiera oído antes.

Mientras se incorporaban a la A12, una carretera traicionera conocida por estar congestionada y ser responsable de varios accidentes mortales, Tomek apagó la radio y dejó que sus pensamientos divagaran hacia Annabelle Lake y su asesino. Por lo que sabía —había revisado su correo electrónico varias veces mientras fingía ir al baño— el equipo no estaba más cerca de encontrar al asesino. Habían agotado todas las pistas, y seguía sin haber razón para que él regresara. Así que Nick le había autorizado a tomarse otro día de "descanso".

Sé que ahora es un momento personal para ti, así que tómate mañana libre. Te veremos a primera hora el lunes.

Y entonces sus pensamientos se dirigieron a Kasia.

—¿Te gustaría ir de compras mañana? —preguntó—. Necesitamos conseguir un montón de cajas y suministros para la mudanza.

Kasia apartó un mechón de pelo de su cara y asintió. —Sí, eso sería divertido.

—¿Está bien ir a Lakeside?

—Eso es para niños de diez años.

—Solo tienes trece...

—¿Tenemos que ir?

—Tienen un IKEA allí...

—No me importa IKEA.

—¿Qué? Pensaba que a los chicos de tu edad les *encantaba* IKEA. A los de diez años no les gusta IKEA. Pero a los de tu edad les *encanta* IKEA. ¡IKEA es lo más!

Kasia negó con la cabeza con desdén. —Por favor, no vuelvas a decir eso nunca. De hecho, ¡ni siquiera pienses en decir algo así nunca más!

—¿Soy demasiado guay para ti?

Ella puso los ojos en blanco. —Ya te gustaría. He visto palomas en la calle que son más guays.

—Auch. Qué golpe. Me has herido profundamente, tía. Me has herido profundamente.

Ella se cubrió la cara con las manos. —¡Dios mío! ¡Para!

La risa se disipó unos momentos después de que el teléfono de Kasia sonara. El fuerte *ping* resonó en la cabina del coche tan fuerte que hizo que Tomek diera un respingo y casi se desviara al otro carril.

—¿Quién es? —preguntó Tomek. A esta hora de la noche —las 11 p.m.— Tomek solo podía pensar en una cosa. Chicos. El sexo opuesto. La temida palabra con "C". Aún no había abordado ese campo minado de conversación, y esperaba no tener que hacerlo hasta dentro de mucho, mucho tiempo. Incluso la idea de tener que dar la charla sobre "las flores y las abejas" le revolvía el estómago. Nadie se la había dado a él, y mira cómo había resultado: el producto de su ingenuidad, inexperiencia e idiotez estaba sentado justo a su lado.

Pasaron unos momentos antes de que Kasia finalmente respondiera. En ese tiempo, Tomek la miró varias veces y vio cómo su expresión gradualmente decaía, hasta que apagó el teléfono y lo colocó boca abajo en su regazo.

—Nadie —dijo.

Aunque no parecía ser nadie.

—Era solo una de esas notificaciones que recibes cuando alguien a quien sigues acaba de publicar algo en Instagram.

Tomek la miró con leve incredulidad. —¿Puedes recibir notificaciones por eso? Es decir, ya sé que el término es "seguir",

pero parece que como sociedad estamos a un paso de presentarnos en la puerta de alguien y mirar por encima de su hombro mientras publican algo, y luego darles un choca esos cinco en lugar de dar me gusta a su foto. —Tomek volvió a prestar atención a la carretera—. No creo que pudiera repartir tantos choca esos cinco...

Kasia bien podría haberle hablado en otro idioma. Era un mundo con el que no estaba familiarizado en absoluto. Conocía los fundamentos de cada plataforma, cómo funcionaban, cómo podían ser mal utilizadas y empleadas en procedimientos criminales, pero más allá de eso estaba tan perdido como un bebé al volante. Solo había creado perfiles para poder seguir a Kasia en todas ellas y garantizar su seguridad. Y ahora que lo mencionaba, se hizo una nota mental para configurar las notificaciones de sus publicaciones. De esa manera sería más fácil que revisar esporádicamente y cuando se acordara.

—Hablando de eso... —dijo, y entonces se dio cuenta de que no había expresado en voz alta los pensamientos de su cabeza—. ¿Has pensado más sobre aprender polaco? Para ser sincero, me sorprende que tu abuela no lo mencionara.

—Lo hizo.

—Oh. ¿Cuándo?

—Cuando estábamos solo nosotras dos. Fui a buscar un vaso de agua a la cocina y ella me siguió.

—Ya. Vale. ¿Y qué le dijiste?

—Le dije que todavía lo estaba pensando.

CAPÍTULO
VEINTIOCHO

Tomek se despertó sobresaltado. Jadeando, sudando.

Las pesadillas, aquellas que una vez lo acosaban casi cada noche, habían cesado por completo desde que Kasia se había mudado con él.

Excepto anoche.

Las sangrientas y brutales imágenes de su hermano muerto tendido en el campo habían sido reemplazadas por cajas de cartón anodinas llenas hasta el borde con el contenido de su armario. Por el desorden por todas partes. Por la vida que había vivido durante los últimos trece años desmoronándose frente a él. La realidad de la mudanza se volvía cada vez más prominente en su cabeza. Una de las cosas más estresantes de la vida, le habían dicho. Bueno, quien hubiera decidido eso claramente nunca había dirigido una investigación de asesinato, sido padre soltero y tenido la brillante idea de mudarse en medio de un mercado inmobiliario aterrador.

Eso sí que era estresante.

Sin mencionar que encontrar tiempo para todo era parte del problema. Y por eso estaba extremadamente agradecido con Nick y los inútiles de Recursos Humanos por permitirle tener otro día libre.

El Centro Comercial Lakeside era uno de los lugares más famosos y populares de Essex. Lo que no tenía ningún sentido para Tomek. Era un centro comercial, por el amor de Dios. Había docenas de ellos por todo el país, cada uno con el mismo surtido de tiendas que los

demás. Sin embargo, millones de personas acudían a él cada año en busca de algo nuevo en lo que gastar su dinero duramente ganado.

Como resultado, era uno de los únicos lugares en Essex que intentaba evitar más que el resto. Odiaba todo sobre él. Estaba lleno de chavales y niños de diez años que se creían los reyes del mambo, paseándose por las tiendas con sus colegas, armando follón, haciéndose los pesados bajo la idea equivocada de que estaban siendo graciosos.

Sin embargo, era un rito de iniciación para cualquier adolescente que creciera en Essex haber pasado al menos un turno completo de ocho horas allí con sus amigos. Y Tomek no podía decir *demasiado*. Él había sido uno de esos niños de diez años en su momento. Intentando permitirse la última moda en ropa y zapatos mientras trataba de comer cantidades copiosas de comida rápida, todo con el pequeño presupuesto que sus padres le habían dado.

Era un rito de iniciación, sin duda.

Y ahora Kasia tenía el privilegio de completar el suyo con un hombre de cuarenta años sin sentido de la moda.

—Eres tan vergonzoso —dijo ella, caminando con la cabeza baja y los hombros hundidos. Lo último que quería era encontrarse con alguien del colegio y sufrir la humillación de estar en público con él. No había nada más humillante para alguien de su edad. Pero desafortunadamente para ella, no tenía elección.

—No he hecho nada —respondió él a la defensiva.

—Solo... tú. No puedo creer que hayas elegido ponerte eso.

Tomek miró su camisa Polo verde claro que se había encogido un par de tallas en la lavadora.

—Es mi favorita.

—Tiene que desaparecer.

—Está bien —dijo él—. ¿Qué tal si ambos purgamos nuestros armarios para la mudanza?

—¿Y compramos cosas nuevas?

—No.

La esperanza en la cara de Kasia desapareció. —Oh...

Tomek puso los ojos en blanco. Se estaba volviendo un blando rápidamente. —Bien. Puedes conseguir *dos* conjuntos nuevos hoy.

Dos.

Para enfatizar su punto, le puso la señal de victoria en la cara.

Si tenía suficiente dinero en la cuenta bancaria para pagarlos era harina de otro costal. Financiar la mudanza y pagar todas las malditas tarifas de abogados y agencias —que parecían tener un extra tras otro— lo estaba dejando seco, y no creía que pasara mucho tiempo hasta que tuviera que enviar a Kasia al gran mundo laboral para que se pagara sus propios gastos. Lugares como Lakeside, o cualquier otro centro comercial, eran perfectos para alguien de su edad. Un lugar para curtirse mientras recibía abusos verbales de compradores deprimidos y miserables por algo que no era su culpa. Aprendiendo la importancia de la puntualidad y el trabajo duro.

Una de las grandes lecciones de la vida. Una lástima que aún le quedaran algunos años más antes de poder hacerlo legalmente...

Hasta entonces, tendría que gastar el resto de sus ahorros para mantenerla feliz.

La primera tienda a la que entraron fue Zara. La marca global española de moda estaba llena de una abrumadora variedad de ropa. Demasiadas opciones. Y en cuanto Kasia puso un pie allí, sus ojos se iluminaron antes de que saliera corriendo hacia una de las secciones en la esquina más lejana. Tomek, cegado por todas las luces y los espejismos de clientes que pasaban apresuradamente junto a él, rápidamente perdió el rastro de ella y quedó desorientado. Abrumado, mareado por tener que girar sobre sus talones cada medio segundo, dio un paso afuera para reconsiderar su vida.

Aquí estaba un hombre que había visto cadáveres, perseguido y capturado criminales, y casi muerto en varias ocasiones. Y sin embargo, no podía manejar una simple tienda de moda.

¿En qué se estaba convirtiendo?

Afuera, encontró un precioso espacio libre en un banco con el resto de los hombres que se habían perdido, desorientado o aburrido, y sacó su teléfono. Luego le envió un mensaje a Kasia para decirle dónde estaba.

Justo cuando estaba a punto de echar un vistazo rápido a sus correos electrónicos, la pantalla se volvió negra y apareció el nombre "HMP East Sutton Park" en la parte superior. Debajo había dos botones gigantes. Uno rojo, uno verde.

Su pulgar flotó sobre el botón rojo por un momento, luego se movió tentativamente hacia el verde.

—¿Hola? —dijo lentamente, tapándose el otro oído con el dedo para ahogar el sonido de los niños gritando y los desempleados arrastrando los pies.

—Tomek, ¿eres tú?

—Hola, Anika.

—¿Por qué no has contestado mis llamadas? He intentado comunicarme contigo muchas veces.

—He estado ocupado. Cuidando de nuestra hija. ¿O te olvidaste de eso cuando me la enviaste?

—Por eso estoy llamando. Quiero verla. La echo de menos.

—Estoy seguro de que sí.

—Por favor, Tomek. Te lo ruego. Necesito ver a mi niña. —Una pausa—. Y creo que también deberíamos hablar.

Tomek no quería contemplar la idea de reunirse con ella en este momento. De hecho, ni siquiera quería pensar en dejar que Kasia hablara con ella tampoco. Hasta ese momento, había estado dispuesto y abierto a permitir que Kasia se reuniera con su madre. Pero después de escuchar su voz... después de oírla hablar, trajo muchas emociones y le recordó las razones detrás de sus reservas iniciales sobre la idea. El dolor y daño que le había causado. Cómo había enviado a su tío asesino contra él y había sido cómplice de dejarlo colgando sobre las vías del tren.

No eran el tipo de cosas que se perdonaban u olvidaban fácilmente.

—Tendré que pensarlo —le dijo—. Por favor, no sigas llamándome. Me pondré en contacto contigo cuando sea el momento adecuado.

Y entonces colgó.

Después se sintió con sentimientos encontrados. Pero antes de que pudiera reflexionar demasiado sobre ello, Kasia apareció frente a

él, mirándolo con sus ojos de cachorro.

—¿Quién era? —preguntó ella.

Tomek miró su teléfono como si fuera a responder la pregunta por él. Su mente quedó en blanco. —Era una notificación de Instagram —comenzó—. Diciéndome que alguien acababa de publicar...

—¿Qué?

—No importa... ¿Encontraste algo que te gustara?

La momentánea mirada de confusión desapareció de su rostro y fue reemplazada por emoción. —¡Dios mío, hay *tantísimas* cosas!

—¿Para dos conjuntos?

—¿Tres...? —La súplica en su voz no pasó desapercibida para él.

Tomek suspiró y se rascó una picazón en la espalda. La disyuntiva entre comprarle tres conjuntos o dejarla ver a su madre pesaba mucho en una dirección. Si elegía lo primero, quizás ella lo perdonaría por lo segundo.

—Bien —dijo, esperando que la resignación en su voz no pasara desapercibida para ella esta vez—. Pero el extra cuenta como un regalo anticipado de Navidad...

—Vale. Por supuesto. Lo entiendo.

Entonces ella agarró su mano y lo arrastró de vuelta a la pesadilla.

CAPÍTULO
VEINTINUEVE

La noticia de la desaparición de Jenny Ingles llegó al escritorio de Tomek a primera hora de la mañana siguiente.

—Chica de diecisiete años en acogida de Canvey —comenzó Victoria—. Desapareció hace cuarenta y ocho horas. La última vez que alguien la vio fue el viernes por la noche. Salió... y no volvió a casa.

—¿Y esperaron hasta ahora para denunciarlo?

—La impresión que me dio la madre de acogida es que solo lo denunció porque sabía que era lo correcto.

Tomek inspeccionó el documento frente a él.

—¿Canvey? ¿Otra vez?

—Eh, eh, eh —dijo Victoria—. Vas a tener que controlar tu entusiasmo por mí, Sargento.

Tomek resopló. —¿Creemos que está relacionado con Annabelle Lake de alguna manera?

—No estoy segura. —Victoria se encogió de hombros—. Eso es para que tú lo averigües.

—De acuerdo... Pero ¿por qué? Es decir, ¿por qué se me asigna *a mí*?

El DCI Cleaves, que había estado revoloteando detrás de Victoria durante toda la conversación, dio un paso adelante. —Porque Vincent Gregory ha dejado muy claras sus opiniones sobre el asunto. Tú y Sean trabajaréis en esto, mientras el resto del equipo

continuará su trabajo en el asesinato de Annabelle Lake. Tu objetivo es encontrar a Jenny Ingles mientras siga con vida.

Suponiendo que todavía lo estuviera.

Tomek negó con la cabeza. —No puedo creer que le sigas permitiendo salirse con la suya, señor.

—Yo tampoco. Quizás deberías escribir un libro al respecto. Y luego encontrar a alguien a quien le importe y hacer que lo lea. Porque ahora mismo no quiero oír más quejas. —Nick desestimó el comentario con un gesto desdeñoso de la mano y se apresuró a volver a su oficina. Y ahí quedó el asunto. Nada más que decir, nadie que quedara para escucharlo.

Era bueno ver que el Desagradable Nick había vuelto a sus viejas y malvadas costumbres. Agradable y encantador por correo electrónico, un auténtico terco y miserable capullo en persona. Pero así era Nick, así estaba hecho. Algo en algún momento de su vida lo había hecho así, y no había forma de cambiarlo. Y una parte de Tomek no creía que la estructura del equipo fuera la misma si lo hiciera.

Victoria le ofreció a Tomek una sonrisa de disculpa y un encogimiento de hombros.

—Te acostumbras a él eventualmente —dijo Tomek, aunque no estaba seguro de por qué la estaba consolando cuando debería haber sido al revés—. A veces piensas que es un auténtico pedazo de mierda, pero otras...

—¿Perdón?

—¿Qué parte no entiendes?

—La parte del pedazo de mierda. ¿Qué significa eso?

—Ya sabes... —Tomek hizo una pausa. Pensó de dónde había escuchado la frase antes. Se quedó en blanco—. Ya sabes, cuando alguien es un pedazo de mierda...

—No, lamentablemente. No lo sé. Por eso pregunté.

—Bueno, ya sabes, un pedazo...

—¿Un trozo de pollo? ¿Un pedazo de caca?

El cuerpo de Tomek se tensó. —Siento que el momento ya pasó. ¿Podemos olvidar que usé esa palabra y simplemente llamarle capullo?

Los ojos de Victoria se abrieron de par en par. —*Ahora* entiendo a qué te refieres. Deberías haberlo dicho así desde el principio. Pero entiendo perfectamente lo que quieres decir. —Se giró sobre su hombro para comprobar que Nick había abandonado la sala—. Realmente puede ser un auténtico pedazo de mierda a veces.

Tomek chasqueó los dedos y le apuntó con el dedo imitando una pistola. Ahora estaban unidos en su esporádico desagrado hacia el Desagradable Nick. —Ahora estamos en la misma onda, Vicky.

Luego dio vueltas al documento entre sus dedos, leyendo la información que se había garrapateado en él: el nombre, la dirección y el número de móvil de la cuidadora de acogida de Jenny Ingles. Levantándose de la silla, estiró su cabeza por encima de su escritorio y buscó al DS Campbell.

Cuando lo localizó, silbó con los labios, interrumpiendo a toda la sala de su estudioso trabajo.

—¿Vienes, grandullón?

—¿Adónde? —Sean era tan grande que no necesitaba asomar la cabeza por encima del monitor; su cabeza sobresalía del horizonte de ordenadores como un rascacielos a lo lejos.

—A Canvey.

—¿Otra vez? —dijo Chey Carter, metiéndose en su conversación —. ¿Está seguro de que no está buscando propiedades allí y usando el trabajo como excusa, señor?

Tomek le lanzó al joven una mirada maliciosa. —Al menos yo puedo comprar una casa allí, señor Pepper. Pasarán otros veinte años hasta que tu madre finalmente te deje salir de casa.

La amplia sonrisa en los labios de Chey se desplomó.

Tomek se dirigió al escritorio de Sean.

—¿Vienes, o voy a tener que arrastrarte?

—Me temo que no tienes los medios para eso, pequeñín. Has estado tan acostumbrado a ser un padre que se queda en casa durante las últimas cuatro semanas que no creo que esa barriguita tuya te lo permita...

Tomek se quedó sin palabras mientras su amigo sacaba su corpulento cuerpo de la silla.

—Adopto una mentalidad de las SAS a diario, muchas gracias.

—¿En qué sentido?

—Come todo lo que puedas porque nunca sabes cuándo puede ser tu próxima comida.

—Eso solo se aplica en la naturaleza, o si te están disparando en el desierto. No cuando has estado todo el día sentado todos los días con un McDonald's a veinte metros de distancia.

CAPÍTULO
TREINTA

Alison Jones era el tipo de mujer que no querrías cerca de ningún adulto, y mucho menos de un adolescente. Tenía un aspecto ligeramente perturbado, como si hubiera fumado demasiadas pipas de crack en su vida y hubiera hablado con suficientes cuerpos celestiales como para replantearse toda su existencia. Las paredes de su casa estaban cubiertas con sábanas de satén estampadas, y el olor de una ecléctica variedad de velas de incienso impregnaba toda la propiedad; había al menos tres solo en la sala de estar. Mientras tanto, las alfombras de la sala estaban llenas de periódicos viejos y revistas *¡Hola!* que no parecía que hubieran sido leídas. En su mano, Alison sostenía un cigarrillo sin señal de cenicero en las inmediaciones. Tomek miró hacia sus pies y distinguió las manchas negras de carbón en su alfombra donde la ceniza había caído y quemado un agujero.

Estaba a un cigarrillo de incendiar todo el lugar. Y estaba seguro de que, si ellos no estuvieran allí, ella casi con toda certeza estaría fumando algo más fuerte. Quizás para eso eran las velas de incienso: un esfuerzo insuficiente para enmascarar el olor a marihuana ante visitas imprevistas de la policía o los servicios sociales.

Cómo le habían permitido acoger a una niña era algo que escapaba a su comprensión. Aunque esperaba descubrir un poco más sobre la dinámica entre ella y Jenny.

—¿Queréis un té? —preguntó Alison después de que ya se hubieran sentado.

—No. Gracias —respondió Tomek por los dos. Temía lo que pudieran encontrar en el fondo de las tazas. O con qué estarían adulteradas las bolsitas de té.

—Como queráis. ¿Estáis aquí por Jenny?

—En el clavo —dijo Tomek, resistiendo el impulso de dispararle con su dedo. Quizás lo guardaría para más tarde—. Solo queríamos hacer algunas preguntas sobre la última vez que la vio y dónde cree que podría estar.

—Bueno, si lo supiera no habría llamado a los vuestros, ¿verdad?

Los vuestros...

Las palabras inmediatamente pusieron a Tomek a la defensiva. Esperaba que no tuvieran entre manos a otra pequeña bastarda racista fascista.

—Por supuesto que no. No nos gustan los que nos hacen perder el tiempo más que al siguiente policía —dijo Sean, con su voz profunda rebotando en los muebles—. ¿Verdad, Tomek?

—No, Sean. Ciertamente no. No nos estará haciendo perder el tiempo, ¿verdad, Alison?

Ella dio una calada a su cigarrillo y la mantuvo por un momento, antes de liberar la nube gris de humo en el aire, sin hacer ningún esfuerzo por alejarla de sus caras. —¿Qué os da esa idea? Jenny salió el viernes por la noche pero no ha vuelto. No ha vuelto desde entonces.

—¿Por qué esperó tanto para llamarnos? —preguntó Tomek.

—Porque no es la primera vez que lo hace, ¿sabes a lo que me refiero?

Otra calada, otra columna de humo rancio y viciado.

—¿Cuántas veces ha hecho esto en el pasado?

—Cuatro o cinco, más o menos.

Más o menos... como si estuviera refiriéndose a su edad.

Diecisiete años y cinco meses, más o menos.

Solo se ha escapado cuatro veces y cuarto, más o menos, porque esa vez no contó realmente.

—¿Y siempre ha regresado cada vez que ha intentado esto en el pasado? —preguntó Tomek mientras sacaba su libreta y comenzaba a tomar notas.

—Pues claro que sí, de lo contrario no habría desaparecido esta vez, ¿no?

Le había pillado ahí, y para salvarle de la vergüenza, Sean saltó en su defensa.

—Lo que mi colega quiere decir es si alguna vez estuvo preocupada por ella. ¿Siempre se podía contactar con ella? ¿Siempre sabía dónde estaba?

Alison se encogió de hombros, indiferente. —La mayoría de las veces estaba en el pub, se emborrachaba y luego se iba a casa de alguna amiga. Siempre estaba con alguna amiga.

—¿Conoce a algunas de estas amigas?

Otro encogimiento de hombros. —No puedo decir que reconozca a ninguna, pero no me importaría probar un poco de algunas de ellas...

La edad de Jenny Ingles destelló en su mente. Diecisiete años. Lo que significaba que estaba por encima de la edad legal para el consentimiento, y esperaba que también lo estuvieran sus amigos...

—¿Normalmente llevaba su teléfono? —preguntó, queriendo avanzar en la conversación.

—Joder, claro que sí. Has visto a los adolescentes ahora, ¿no? Esos malditos no pueden vivir sin los jodidos aparatos.

Hasta ese momento, había intentado separar a la Jenny Ingles que había desaparecido de la Kasia Coleman que estaba en la escuela. Pero ella acababa de cambiar eso. Ahora se habían vuelto intercambiables, y las imágenes en su cabeza de Jenny atrapada en algún lugar —posiblemente tirada boca abajo en alguna zanja cerca o dentro del estuario del Támesis— habían sido reemplazadas por Kasia. Solo cuatro años las separaban, y estaba más cerca de la edad de Jenny que de la de Annabelle. Lo que significaba que los Pensamientos de Preocupación lo estaban llevando a toda velocidad hacia la Central de la Paranoia.

No le gustaba pensar en estas cosas horribles sucediéndole a ella. Ni ahora, ni nunca.

—¿Tenéis más preguntas? —preguntó ella.

—Sí —dijo él, recuperando repentinamente la compostura. Fingió consultar sus notas, como si su siguiente pregunta estuviera escrita frente a él cuando ya estaba en su cabeza—. ¿Cuál es el pub al que solía ir? Supongo que ya ha comprobado allí.

—Pasé por allí pero no pude verla. Conozco al dueño, por eso siempre le deja quedarse a tomar un par de copas. Le gusta vigilarla.

—¿Cómo se llama el pub?

—Windjammer.

Tomek tomó nota, aunque sabía que Sean estaba registrando la misma información en su cabeza a su lado. El silencioso, sentado allí, juzgando.

Entonces decidió cambiar de dirección.

—¿Cuánto tiempo lleva Jenny bajo su cuidado?

—Siete años —respondió Alison. Contestó tan rápido que sonaba como si se hubiera inventado el número. Eso hizo que Tomek dudara.

—¿Y cómo se ha desarrollado su relación en estos últimos siete años?

—Ya sabes... —Hizo una pausa aún más larga para dar una calada a su cigarrillo. Probablemente estaba inventando más de lo que creía que ellos querían oír—. Ha tenido sus altibajos. A veces puede ser una verdadera mocosa. Niña consentida, desagradecida...

Tomek tenía razón. Esto era exactamente lo que quería oír. Si ella sabía que debería estar diciéndolo o no era otra cuestión. Sus palabras eran suficientes para que Tomek hiciera una llamada a los servicios sociales y la hicieran llevarse a la niña. Eso, y la marihuana y otros artículos para drogas que probablemente estaban tirados por la casa en algún lugar. El único problema era que Jenny ya había tenido la misma idea; se había alejado antes de que alguien más pudiera.

—Según su conocimiento, ¿ha estado Jenny en contacto con sus padres biológicos recientemente?

Alison se burló. —*¿Según mi conocimiento?* ¿Esto es algún tipo de drama legal o algo así?

Para entonces ya había terminado el cigarrillo, pero continuaba chupándolo, sacándole el máximo valor posible.

—Responda a la pregunta, por favor —dijo Tomek con firmeza.

—No que yo sepa. Pero ella no me cuenta mucho hoy en día. Todo lo que sé es que viene, sale, vuelve a entrar y luego sale de nuevo.

—¿Qué hay de la escuela... amigos?

—¿Qué pasa con ellos?

Esto era doloroso, pero Tomek estaba agradecido de que pronto terminaría.

—¿Va a la escuela y tiene amigos?

Sintió la necesidad de explicárselo dolorosamente.

Alison finalmente apagó el cigarrillo en la rodilla de su pantalón de chándal y se sacudió los restos con un movimiento de la mano. Ahora tenía sentido por qué había chupado el palo hasta dejarlo seco, aunque Tomek no podía evitar pensar que sería menos peligroso para la salud y menos riesgo de incendio si hubiera invertido el esfuerzo en usar una taza o incluso un vaso para recoger sus cenizas.

En fin, era su funeral.

Quizás por eso Jenny se había alejado antes de que alguien más pudiera hacerlo. Para evitar el dolor insoportable de morir quemada. O para dejar que la mujer se matara de la misma manera por accidente.

—Jenny no ha ido a la escuela desde hace un tiempo —dijo Alison, devolviéndolo a la habitación y alejándolo de pensamientos de un infierno ardiendo en la oscuridad.

Tomek clavó el bolígrafo profundamente en el papel de su libreta mientras añadía un punto final a su frase.

—¿Y qué hay de usted, señorita Jones...? ¿Dónde estaba el viernes por la noche?

Si captó la insinuación detrás de la pregunta, no lo demostró. Aunque Tomek no creía que pudiera hacerlo aunque quisiera; cualquier cóctel de drogas que hubiera tomado antes de su llegada estaba comenzando a hacer efecto.

—¿Qué estás diciendo? —dijo ella, sus palabras volviéndose más lentas, su voz más espesa, como melaza—. ¿Estás diciendo que yo tuve algo que ver?

—No. Solo hago una pregunta, señorita Jones. Todo es parte del proceso.

Ella negó con la cabeza, pero sus movimientos eran tan lentos y trabajosos que parecía que estuviera siendo arrojada en gravedad cero. —Estaba fuera con algunos de mis amigos... —dijo—. Estábamos en el pub... Noche de trivial en el centro...

—¿Distinto al pub al que suele ir Jenny?

Un asentimiento. Uno que tardó al menos treinta segundos en completarse. Tomek entonces tomó nota del pub antes de hacer algunas preguntas más. Quería salir de allí lo antes posible. El hedor, y el olor residual a marihuana, le estaba dando náuseas. Y cuanto menos tiempo pasara en presencia de Alison Jones, mejor.

—Creo que una buena llamada telefónica está en orden, ¿no crees? —dijo Tomek mientras se dirigía de vuelta al coche.

—¿A dónde? —preguntó Sean.

—A los SS.

—No creo que quieras estar llamando a los años 40, colega. Ese es un territorio peligroso.

Tomek se rio. —Apuesto a que a Vincent Gregory le encantaría que volvieran, ¿no? —La idea del hombre hizo que sus niveles de cortisol se dispararan instantáneamente—. No *esos* SS —continuó—. Servicios Sociales. No creo que pueda cuidar de sí misma, y mucho menos de otra persona. No es apta para el cuidado y deben eliminarla del registro.

—Quizás puedan ir a vivir contigo... —dijo Sean con una amplia sonrisa en su cara.

Tomek agarró la manija de la puerta del coche. —Alguien se despertó por el lado gracioso de la cama hoy, ¿eh?

—Alguien tenía que mantener las bromas mientras estabas fuera. Y simplemente no ha sido lo mismo desde que regresaste.

Antes de que Tomek pudiera abrir la boca para responder, una furgoneta blanca pasó rápidamente junto a él y atravesó un charco.

Una ola gigante de agua estalló en el aire y salpicó las piernas y el trasero de Tomek, empapándolo.

Su reacción natural fue maldecir, pero cuando vio a un niño pequeño siendo arrastrado por la calle por su madre, se contuvo y en su lugar miró el desastre que la furgoneta había causado. Y el incómodo día que tenía por delante.

Cristo, cómo odiaba Canvey.

CAPÍTULO
TREINTA Y UNO

El Windjammer estaba situado al sur de la isla, escondido tras el muro marítimo que se extendía a lo largo de la costa y hacía lo posible por proteger a sus habitantes de los vientos azotadores y del creciente nivel del mar. Sean desvió el coche hacia el aparcamiento sin asfaltar y lo maniobró hasta un improvisado sitio, quedando junto a un Audi Q7. Para ser las 11 de la mañana, el pub estaba sorprendentemente concurrido, con media docena de coches aparcados lo más cerca posible de la entrada. Era la primera vez que Tomek visitaba el Windjammer, y no estaba muy impresionado. A lo largo de los años había estado en varios bares y pubs (y tenía sus favoritos), así que le gustaba pensar que sabía una cosa o dos. El edificio era una casa de ladrillo de dos plantas que parecía más un salón de eventos que un pub. La planta baja estaba construida de ladrillo mientras que la parte superior estaba hecha de paneles negros que se extendían de un lado a otro. Una sala de reuniones arriba, pub abajo.

Arriba para pensar, abajo para bailar, como solía decir su padre. Repetidamente.

Incluso cuando Tomek le había pedido que parara.

Lo primero que notó al entrar fue el olor. Ese olor quintaesencial de pub inglés. De sueños rotos, esperanzas perdidas y un salpicón de éxtasis combinado con la embriagadora mezcla de alcohol y cerveza derramada. Luego se fijó en el suelo. La alfombra de estampado chillón que no había sido reemplazada desde su

instalación original en los setenta, y que había visto más derrames que clientes. Después estaban las vigas de madera que cruzaban el techo, con las que Sean casi chocó al cerrar la puerta.

La barra propiamente dicha estaba situada en el centro del edificio, encerrada por cuatro vigas que existían más por integridad estructural que por cualquier tipo de característica de diseño interesante. Mesas y sillas estaban distribuidas alrededor como una herradura, algunas situadas más arriba en una plataforma elevada. Sobre la barra había un cartel, dibujado con diferentes tonos de tiza, que ofrecía a los clientes una variedad de chupitos dobles por tan solo 2 libras. Vodka, ginebra, ron, tequila.

Todos ellos habían sido la elección preferida de Tomek cuando era más joven. Incluso ya entrados sus treinta y tantos. Salir, beber con sus viejos amigos del colegio, sentirse como un muerto a la mañana siguiente. Prometerse a sí mismo que nunca volvería a beber, pero luego encontrarse al fondo de varios vodkas con Red Bull al día siguiente. Y entonces algo había cambiado. Maduró un poco y, de repente, comenzó a desarrollar gusto por la cerveza. Sofisticado, entrando en la edad adulta. Desde entonces nunca miró atrás.

Pero veía el atractivo: dos libras era increíblemente barato para un doble, y era un milagro que el pub hubiera logrado mantenerse a flote durante tanto tiempo. Pero ahora comenzaba a entender por qué Jenny se encontraba por aquí con frecuencia.

Eso, y la clientela. Hombres que habían estado trabajando en alguna obra, constructores todavía vestidos con sus chalecos reflectantes y botas, dando a las mujeres jóvenes atención que nunca habrían recibido en ningún otro lugar.

Sean se dirigió primero a la barra. Colocó ambas manos en el mostrador y se inclinó hacia delante, llamando la atención del camarero con su presencia más que con cualquier llamada audible.

—¿Qué os pongo, chicos?

Sean mostró su placa y dijo:

—Dos pintas de Coca-Cola y un momento de su tiempo, si no le importa.

Al ver la placa, los ojos del camarero se ensancharon y sus movimientos se volvieron laboriosos. Abrió la boca, pero durante

unos segundos no salió nada.

—¿Hay... hay algún problema? —Sus ojos se desviaron hacia un grupo de hombres apoyados en la barra, enfrascados en una ruidosa discusión entre ellos.

—¿Le dice algo el nombre de Jenny Ingles? —preguntó Sean.

Tomek ayudó a estimular la memoria del hombre sosteniendo una fotografía de Jenny frente a su rostro.

—Sí, la conozco. Es la chica de Alison. Bueno... no *chica*. Supongo que ustedes...

Sean asintió.

—Sabemos lo de su adopción, sí.

—Oh. Vale. Bien. Entonces... —Giró la cabeza hacia el otro lado de la barra y señaló un nido de asientos vacíos escondidos en la esquina—. ¿Quieren sentarse allí y me acercaré en un momento?

Tomek y Sean se dirigieron a los asientos mientras esperaban sus bebidas. Cuando el camarero llegó con ellas, no mostraba nada de esa exuberancia en su expresión con la que originalmente les había saludado. En su lugar, su rostro se había vuelto inexpresivo y las patas de gallo alrededor de sus ojos se habían profundizado.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Tomek.

—Terry Simpson.

Aunque por la forma en que lo dijo, parecía inseguro de su propio nombre.

—¿Esto... esto va a llevar mucho tiempo? Como... soy el único que está atendiendo la barra. ¿Necesito cerrar un rato?

—No debería llevar mucho —respondió Tomek con una sonrisa destinada a tranquilizar a Terry.

—Vale. Bien. Han dicho que esto es sobre Jenny. ¿Está bien? ¿Le ha pasado algo?

—Creemos que ha desaparecido —dijo Sean, tomando el control de la situación—. La última vez que la vio Alison Jones fue el viernes por la noche. No ha vuelto a casa desde entonces. Nos informaron que suele venir aquí y queríamos saber si la ha visto en algún momento desde el viernes.

Terry buscó en su memoria, mirando hacia la mesa mientras lo hacía. Luego negó con la cabeza.

—Suele venir por aquí un par de veces a la semana. Nada exagerado. A veces viene sola, a veces con amigos.

—¿Sabe usted que es menor de edad?

—Sí. Pero la dejo entrar como un favor. Alison es una vieja amiga. Y al menos de esta manera puedo vigilarla, evitar que se involucre en todos esos asuntos de tráfico de drogas que han aumentado últimamente.

—¿Alguna vez la ha visto vendiendo drogas?

Terry negó con la cabeza.

—*Vendiendo* no. Pero pillé a un par de sus amigos consumiendo rayas en los baños una vez. Creo que también tenían algo de heroína. Te juro que nunca había golpeado a alguien tan fuerte en mi vida. Casi lo mandé de vuelta a su puta infancia. Me sorprende no haberles llamado a ustedes, estaba tan... —Apretó el puño y visiblemente tembló mientras revivía los acontecimientos en su cabeza—. La mayoría de los tipos que vienen aquí tienen cincuenta años, ¿vale? Quizás cuarenta y tantos. Todo lo que quieren es venir aquí después de un largo día de trabajo, alejarse de casa un rato y tomarse una copa. Pero lo que no quieren, y lo que yo no quiero, es que esa gente entre y cause problemas.

—¿Estaba Jenny con ellos cuando los pescó en los baños?

—Sí.

—¿Y cuánto tiempo hace de esto?

—Hace como dos fines de semana.

—¿Y esa fue también la última vez que vio a Jenny?

—Más o menos...

Tomek se estremeció al escuchar esas palabras y fue transportado de vuelta a la sala de estar de Alison.

Más o menos.

Solo se ha escapado cuatro veces y cuarto, más o menos, porque aquella vez no contaba realmente.

La conversación entonces se dirigió hacia qué tipo de chica era Jenny Ingles. Por alguna razón, Tomek pensó que obtendrían una mejor imagen de la chica por parte del hombre que la veía en su estado más auténtico, con amigos y con algo de alcohol en el cuerpo. Según Terry, Jenny era una chica promiscua, coqueta.

Siempre acercándose a los hombres en la barra y flirteando con ellos, viendo hasta dónde podía llegar para conseguir una copa. Aunque, en algunas ocasiones había ido demasiado lejos y Terry había oído historias de que se iba a casa con hombres que le doblaban la edad. Posteriormente, les había prohibido la entrada y se había asegurado de vigilarla más de cerca desde entonces. Cuando no estaba coqueteando con hombres mayores, siempre estaba riendo y bebiendo con sus amigos, o a veces sentada sola. Siempre iba muy arreglada y aparentaba al menos el doble de su edad (que era la típica defensa de algunos hombres que le habían devuelto el coqueteo y le habían invitado a una copa).

La última declaración de Terry fue:

—Por mucho que intenté mantenerla en el buen camino —incluso le ofrecí mudarse al piso de arriba, pero no quiso ni oírlo—, creo que puede haberse metido en algo malo. Muy malo.

Tomek intuyó hacia dónde iba esto pero esperó a que Terry elaborara.

—Alguien entró el otro día... debió ser el jueves, porque estaba puesta la Europa League... y dijo que creía haber visto a Jenny en una esquina. Que ella... que se estaba acercando a hombres en coches y haciéndoles señas para que pararan.

El rostro de Terry decayó mientras su mirada caía sobre la mesa, el dolor y la angustia visibles en su cara para que todos lo vieran.

—Ha sido de gran ayuda —le dijo Sean con una cálida sonrisa—. Enorme, de hecho. Gracias por su tiempo.

Cuando Tomek salió del pub, se sentía un poco mejor respecto al lugar, y un poco más confiado sobre sus posibilidades de encontrar a Jenny Ingles. El sitio había pasado de un cuatro a un siete en su valoración, ayudado enormemente por el mismo Terry y su cálida recepción.

CAPÍTULO
TREINTA Y DOS

El último lugar donde Tomek esperaba encontrarse esa tarde —así como el último lugar donde quería estar— era frente a la casa de Vincent Gregory. Pero el mundo funciona de maneras misteriosas, al igual que las investigaciones de asesinatos. Tenían esa curiosa forma, casi por casualidad, de hacer que todo volviera a su punto de partida en algún momento.

Y ahí estaban ahora, los dos hombres que habían sido desterrados por el simpatizante, parados en el umbral de Vincent Gregory, esperando ansiosamente la vehemencia y el veneno que sin duda brotaría de su boca tan pronto como los viera.

La puerta se abrió y, para su sorpresa, no fue Vincent Gregory quien atendió. Más bien fue la señora Gregory, la esposa aún sin título de Vincent. Lucía encantadora, con una cara llena de plástico cubierta de maquillaje y un conjunto de cejas tatuadas en una posición que le daba una expresión de perpetua sorpresa. Tomek no podía tomarla en serio con una cara así y se preguntó si compartía las mismas creencias que su marido.

—¿Quiénes son ustedes? No pueden estar aquí.

Se equivocaba. Ella era igual de mala, si no peor.

—¿Está Vincent en casa? —preguntó Tomek. No estaba de humor para cortesías. Esas habían volado por la ventana hace mucho tiempo con este lado de la familia de Annabelle Lake.

—Él no quiere que estén aquí...

—Qué pena. De todos modos estamos aquí. ¿Está en casa? Solo queremos hablar.

Y entonces apareció el mesías. Detrás de su esposa, saliendo gradualmente a la luz mientras se acercaba a la puerta principal.

—¿Quién es, cariño? Oh. *Ustedes*. ¿Qué están haciendo aquí? No pueden estar aquí.

—Lo sé. Su esposa ya nos lo ha informado. Dos veces.

—¿Entonces qué hacen todavía aquí?

—Estamos aquí para divertirnos, hasta que uno de nosotros se divierta demasiado... ¿Para qué cree que estamos aquí? Queremos hablar.

Vincent cruzó los brazos sobre el pecho como un niño petulante. —Pues yo no quiero hablar con vosotros. No tengo ná que decir. Quizá si traéis a otros agentes de vuestro equipo, entonces sí.

Una sonrisa irónica creció en el rostro de Tomek. Había estado esperando esta parte. El momento de derribar las defensas racistas que Vincent había construido alrededor de él y su familia.

—No estamos aquí por su sobrina, señor Gregory —dijo, conteniendo la satisfacción en su voz—. Estamos aquí para hacerle algunas preguntas sobre la desaparición de una chica de diecisiete años, vista por última vez subiendo a *su* coche el viernes por la noche.

¡Boom! Y ahí estaba.

La bofetada en la cara. La bomba de verdad que le había dejado sin aliento.

Y el más potente de los laxantes que sin duda le había hecho cagarse encima.

Durante un largo rato, Vincent no dijo nada. El color había desaparecido de sus mejillas, que parecían volverse huecas, como si la vida se les escapara ante sus propios ojos.

—¿Hablamos dentro, o prefiere discutir esto aquí fuera?

El rostro de Vincent no se movió, como si lo hubieran rellenado de plástico, similar al de su esposa.

—No... creo que... Por favor, pasen.

Por favor.

Tomek se preguntó si esa era la primera vez que el hombre había usado esa palabra. Ahora que se había calmado visiblemente, Tomek y Sean entraron en la casa y se dirigieron a la sala de estar, donde esperaron pacientemente a que Vincent preparara las bebidas, mientras soportaban las miradas malévolas —y sorprendidas— de su esposa. Después de que Tomek preguntara educadamente, ella espetó que su nombre era Georgia.

Georgia Gregory.

Objetivamente hablando, era mucho más atractiva que Vincent —un par de categorías por delante, al menos, gracias a las múltiples cirugías que se había hecho— y parecía como si llevara esa carga todos los días. La carga de arrastrarlo, de llevar a ese desperdicio de espacio consigo a dondequiera que fuera. Los dos formaban una pareja despareja que no podía entender de inmediato. Pero, al igual que el mundo y las investigaciones de asesinatos, el amor también funcionaba de maneras misteriosas.

Vincent regresó unos momentos después con una bandeja de té.

—Detectives... —comenzó Vincent—. Solo quiero decir que no sé nada sobre una chica de diecisiete años... Honestamente. No tengo ni idea de qué están hablando.

—¿Así que no salió a dar una vuelta el viernes por la noche? —preguntó Tomek. Ahora las tornas habían cambiado y colocó la vehemencia y el veneno en su voz. Ahora solo tenía que encontrar un trozo de piel lo suficientemente jugoso para inyectarlo.

—No. Estaba en casa. Toda la noche.

—Los dos estábamos. —Georgia estiró el brazo a través del sofá y envolvió su mano con la de Vincent, los dos juntos, unidos.

Tomek metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó su teléfono. Después de desbloquear el dispositivo y desplazarse hasta encontrar la imagen que buscaba, se lo extendió a Vincent para que lo tomara. El hombre examinó la fotografía durante un rato.

—¿Reconoce esa zona? —preguntó Tomek.

—Es la freiduría... en la calle principal.

Bingo.

—¿Y reconoce el coche?

—Parece el mío, pero... —Cambió el ángulo de la cámara para obtener una mejor vista—. Pero no es. Mire... mire las llantas. Las mías no son oscurecidas como esas. Esas lo son. Es el coche de otra persona. Otra persona conduciendo. No tiene nada que ver conmigo.

Mierda. Su única esperanza de una victoria fácil acababa de volar por la puerta. Y Tomek sabía que a partir de ahora, Vincent sería un santurrón de mierda e insistiría en hacer sus vidas aún más horribles de lo que ya había hecho.

Tomek hizo todo lo posible por ignorar el hecho de que ya no tenían derecho a estar allí, y decidió continuar con la conversación.

—¿El nombre de Jenny Ingles le dice algo?

—¿Debería? Ya les demostré que no era yo.

—No importa. Es parte de nuestras investigaciones rutinarias.

Vincent se movió incómodamente en su asiento. Atrapado en el equilibrio entre admitir la verdad frente a su esposa o mentir a la policía.

Aunque a estas alturas, Tomek no tenía forma de saber cuál era la verdad.

—No. Lo siento. No reconozco el nombre.

Por cómo sonaba, sí conocía el nombre y lo conocía bien. Por la forma en que Terry en el Windjammer había hablado de ella, muchos hombres en la isla la conocían. Y, si era honesto, una pequeña alarma en la cabeza de Tomek le indicaba que Terry también la conocía mejor de lo que dejaba entrever.

—¿Nunca la ha visto antes? —insistió Tomek.

—No. Nunca.

Tomek se volvió hacia Georgia Gregory. —¿Y usted?

La mujer, que claramente pasaba más tiempo con su maquillaje y apariencia que con su marido en general, miró brevemente la foto antes de volverse hacia Tomek.

—No.

—¿Y está segura?

—Sí.

—En una escala del uno al diez?

—Mil.

—No es posible, pero gracias por participar...

Antes de que pudiera continuar, un sonido proveniente de la puerta principal rompió el silencio como un latigazo. Los cuatro saltaron, esperando a que los pasos y ruidos se acercaran.

Una fracción de segundo después, vieron quién era.

Elizabeth Lake.

Beth con F.

Entró en la sala de estar con tanta fuerza y familiaridad como si fuera su propia sala de estar, y se detuvo en seco tan pronto como vio a Tomek y Sean.

—Oh... *ustedes* están aquí.

Señoras y señores, la racista número tres acaba de entrar al edificio.

—¿Por qué están aquí? —preguntó, mirando directamente a los ojos de Tomek.

—Me están acusando de secuestrar a otra chica —siseó Vincent.

—Nadie le ha acusado de nada relacionado con la desaparición de Annabelle, señor Gregory —dijo Tomek con firmeza, intentando desarmar el incipiente argumento tanto como fuera posible.

—¡No, solo intentasteis hacer que pareciera que la había matado!

—*¿Secuestro?* —preguntó Elizabeth, uniéndose a la conversación con veinte segundos de retraso.

—No —dijo Tomek con un suspiro—. No es secuestro, señora Lake.

—Sí, secuestro. Secuestro de una chica de diecisiete años.

—¿Quién?

—Jenny Ingles —respondió Georgia Gregory.

Lo último que necesitaba esta conversación antes del inevitable declive era otro miembro de la familia Lake-Gregory involucrado.

—No la conozco —dijo Elizabeth—. ¿Quién es?

Tomek suspiró. Lo que una vez fue una visita esperanzadora ahora comenzaba a descender al caos. Levantó las manos en señal de rendición burlona.

—Bien. Aclaremos algunas cosas. Nadie está acusando a nadie de nada —comenzó, aunque lo estaban haciendo—. La descripción de un coche que coincide con el Ford Fiesta de Vincent fue captada en las cámaras de seguridad recogiendo a una joven adulta.

Sospechamos que el conductor es la última persona que la vio antes de que desapareciera. Todo lo que queríamos hacer era hacerle algunas preguntas a tu hermano para eliminarlo de nuestras investigaciones.

—¡No es cierto! —gritó Vincent—. ¡Cabrones, estabais intentando cargármelo a mí! ¡Otra vez!

—¿No habéis hecho ya suficiente daño a esta familia? —preguntó Elizabeth.

La declaración dejó perplejo a Tomek. Y no estaba seguro de si estaba en medio de un episodio de *EastEnders*.

—¿De qué está hablando? —preguntó sin rodeos. Su paciencia se estaba agotando rápidamente. Les quedaban otros treinta segundos antes de que la perdiera por completo.

—Steven... —dijo ella, como si eso lo explicara todo.

—¿Qué pasa con él?

Elizabeth metió la mano en su bolsillo y sacó una nota que había sido arrugada y garabateada.

—Se ha ido... —susurró, como si una emoción que había olvidado que debía mostrar acabara de aflorar. Para reforzar el mensaje, arrugó su rostro en un sollozo—. Creo que ha... Creo que ha hecho algo muy estúpido. Creo que se ha suicidado.

Al escuchar esas palabras, Tomek saltó de la silla, le arrebató la nota y leyó.

No puedo seguir con esto. Lo siento, pero sin Annabelle... no puedo. Por favor, no te culpes. Lo siento.

S x

Tomek leyó y releyó las palabras varias veces, dándoles vueltas en su mente.

—¿Cuándo encontró esto?

—Ahora mismo.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

Ella buscó en su memoria. —Esta mañana. Salió temprano para el trabajo mientras yo seguía en la cama.

—¿Y cómo parecía?

Se encogió de hombros, como si no hubiera sentido de urgencia. Como si su marido no estuviera a punto de suicidarse.

—No lo sé. No lo oí. Tengo el sueño pesado.

—¿Y anoche?

—Parecía bien... normal.

—¿Y antes? ¿Durante el fin de semana?

Hizo una pausa, pasando el dedo por sus labios aumentados. —No ha sido el mismo durante los últimos días. Ninguno de los dos lo ha sido. Pero él... lo encontré llorando el otro día.

—¿Llorando? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—En casa. En el baño.

—¿Dijo qué le pasaba?

Ella negó con la cabeza, aunque no hacía falta ser un genio para entenderlo. La muerte de su hija habría sido más que suficiente para empujarlo al borde de cualquier precipicio por el que estuviera caminando.

—¿Sabe dónde está? ¿Sabe dónde podría estar?

Más negación. Esta vez la urgencia de la situación pareció atraparla y sacudirla hasta someterla.

—¿Ha intentado llamarle? —preguntó Sean desde atrás.

—Vine aquí primero. Me preguntaba si Vincent o Georgia sabían algo... —Se volvió hacia su hermano y su cuñada, ambos negando lentamente con la cabeza.

—Probablemente se ha escondido —dijo Vincent.

—¿De qué? —preguntó Tomek antes que nadie más pudiera hacerlo. Quería controlar la conversación y asegurarse de que era el único que hablaba.

Entonces Vincent de repente se volvió tímido, asustado, rascándose la nuca. Miró a su hermana varias veces, saltando sus ojos entre ella y la mesa de café en medio de la sala de estar.

—Yo... yo... realmente no quiero decirlo delante de Beth... Yo...

—Lo siento, pero su cuñado está desaparecido. Tiene que decirnos. No puede decir algo así y esperar que lo ignoremos. ¿De qué está huyendo Steven?

Más rascado, esta vez más fuerte. El sonido audible sobre el silencio de la habitación. Vincent no era tan grande cuando se le ponía en aprietos, después de todo.

—Tenía una aventura. Me enteré el otro día.

Las palabras se manifestaron en el rostro de Elizabeth y la empujaron hacia la puerta. Su cuerpo se tambaleó, como sin vida. Le habían quitado el aliento.

Y a Tomek.

No era lo que esperaba oír. Una parte de él había estado esperando descubrir que Steven Lake había sido responsable de la desaparición y muerte de su hija, no que le hubieran pillado teniendo una maldita aventura.

—Ese jodido cabrón... —susurró Elizabeth, mirando vacíamente al centro del sofá frente a ella—. Cómo ha podido hacer esto... A mí, a *nosotros*...

Tomek no tenía tiempo para esto. Desde estar alrededor de la familia Lake (aunque solo fuera brevemente), su radar para "inminente discusión doméstica" se había afinado, y percibió hacia dónde se dirigía esto. Era hora de salir de allí antes de que construyeran una efigie de Steven y la quemaran en el jardín trasero. Porque ahora lo más importante era encontrar a Steven Lake y Jenny Ingles, dos individuos que merecían estar más vivos que los tres frente a él.

CAPÍTULO
TREINTA Y TRES

Varias horas después, seguía sin haber señales de Steven Lake.

Sin embargo, se había encontrado un pequeño velero en el río Támesis, flotando perezosamente sobre el agua, alejándose cada vez más hacia el estuario mientras la marea lo arrastraba lejos de la orilla. Según su esposa, Steven había heredado el *Annabelle* tras la muerte de su padre hace poco más de diez años y frecuentemente pasaba su tiempo libre en las vías fluviales de Essex, serpenteando por ríos y canales, a veces llevando a Annabelle con él. Steven había crecido en el agua y quería que Annabelle experimentara la misma sensación. En ese momento, un equipo de expertos, con la ayuda de guardacostas, estaba buscando a Steven Lake en el agua, en la oscuridad y en plena noche.

Las probabilidades de encontrarlo con vida parecían cada vez más escasas.

Sin nada más que ofrecer, Tomek abandonó la comisaría sintiéndose abatido. Un niño muerto, otra desaparecida y un padre posiblemente suicida que se había esfumado. No era el comienzo perfecto para su regreso al trabajo, definitivamente. De hecho, pensaba que era una de las semanas más duras que había tenido.

Y como estaba a punto de descubrir, iba a empeorar mucho más.

Afortunadamente, esa noche Tomek había logrado encontrar un lugar para estacionar a pocos pasos del apartamento, algo que nunca daba por sentado. Y mientras caminaba tranquilamente hacia el piso, haciendo sonar las llaves en su mano, tratando de encontrar

la correcta entre la docena aproximada que tenía, una figura llamó su atención más abajo en la calle. Al principio la ignoró y continuó hacia la puerta principal; cuanto más rápido entrara, más rápido estaría a salvo.

Desde su altercado con el desconocido frente a su casa, Tomek no había visto a nadie más merodeando subrepticiamente por la calle —crucemos los dedos—, pero eso no significaba que no hubieran estado allí. Observando entre las sombras, informando de sus hallazgos.

¿Habían vuelto para la segunda ronda? No quería quedarse el tiempo suficiente para averiguarlo.

Mientras forcejeaba con la llave de la puerta, luchando por meterla en la cerradura —¡maldita cerradura!—, escuchó el sonido de pasos acercándose. Excepto que esta vez eran más ligeros, más delicados.

—¿Señor Bowen? —dijo una voz. Ligera, delicada, igual que los pasos.

Aunque no podía ubicarla.

Con cuidado, tentativamente, giró en el sitio para ver a Bridget Holloway parada frente a él. Vestida con la misma ropa que Tomek suponía había llevado a la escuela: un conjunto de jeans, una blusa azul oscura y una chaqueta vaquera. Al principio había una clara expresión de preocupación en su rostro, como si su presencia la hubiera asustado más de lo que la de ella lo había asustado a él. Como si hubiera cometido un error y se hubiera topado con un delincuente intentando entrar a la fuerza. Pero luego, cuando la comprensión se asentó, su cara se iluminó y se transformó en una sonrisa.

—Por todos los santos, me has dado un susto de muerte —dijo él.

—Lo siento. No suelo acercarme a personas en la oscuridad.

—Probablemente sea lo mejor...

Tomek la miró con leve confusión. Como si la razón de su presencia allí debería haber sido obvia para él, cuando era un completo misterio.

—Lo siento —comenzó—. Lo olvidé completamente. Kasia... matemáticas. Perdona, pasa.

Tomek cruzó la puerta, pero el brazo de Bridget lo detuvo.

—Por eso sigo aquí. Son las nueve...

Los engranajes del cerebro frito y deshinchado de Tomek se habían detenido.

—Se suponía que debía terminar hace una hora, pero no la he visto. He intentado tocar el timbre, pero no he oído nada.

—Probablemente tenga los auriculares puestos o algo así. Gracias por quedarte tanto tiempo.

Finalmente, después de un momento de mirar al vacío, Tomek empujó la puerta completamente y subió las escaleras. Cuando llegó arriba, llamó a Kasia por su nombre. No hubo respuesta. Entonces se dirigió directamente a su dormitorio —el dormitorio de *ella*— y abrió la puerta sin llamar, una acción que en circunstancias normales sería sacrílega. Pero algo nuevo, algo que nunca había sentido antes —algo *innato*— le dijo que esta no era una circunstancia normal.

El interior de la habitación estaba vacío. La cama estaba hecha, pero no había sido tocada desde la mañana. La tapa de su portátil estaba cerrada sobre el tocador y sus auriculares, los que le había prohibido llevar a la escuela porque costaban demasiado dinero y le preocupaba que estuviera escuchando música en clase, colgaban de la pared (aparentemente había visto ese detalle de diseño en TikTok en alguna parte y estaba decidida a hacer un agujero en la pared para que su habitación —la habitación de *ella*— pareciera más *estéticamente agradable*).

—Estéticamente agradable, mis narices —había dicho él—. Todo es diversión hasta que lo golpeas y ese agujero se convierte en un problema de doscientas libras para arreglar.

Y no había nada estéticamente agradable ahora. No cuando no sabía dónde estaba Kasia.

—¿Cuándo fue la última vez que intentaste llamarla? —le preguntó a Bridget, que estaba de pie en la sala de estar, haciendo todo lo posible por no fisgonear entre los muebles y la montaña de cajas por todas partes.

—Hace unos veinte minutos —respondió.

—¿Y nada?

—No. Quizás esté escondida detrás de una de esas cajas...

Tomek gruñó. —Más le vale estarlo después de que la encuentre.

Sacó el teléfono de su bolsillo y probó con su móvil. Tres veces. Cada intento fue fallido, pasando directamente al buzón de voz. O su teléfono estaba apagado o no tenía señal.

—¿Sonó cuando intentaste llamarla? —preguntó.

Bridget confirmó que sí. Así que eso significaba que o estaba apagado, no tenía señal, o había bloqueado su número.

Otra vez.

Caminando de un lado a otro por toda la sala de estar, Tomek llamó a la madre de Sylvia, Louise. Ella contestó al primer tono.

—Louise, soy Tomek, el padre de Kasia. ¿No estará con usted, por casualidad?

—No. No la he visto —respondió—. Déjeme ver si Sylvia sabe algo.

Tomek esperó unos momentos que parecieron estirarse como la resistencia de una goma elástica.

—Sylvia tampoco sabe nada. Acaba de enviarle un mensaje a Kasia, así que le avisaré si dice algo.

—Gracias. Lo aprecio.

Tomek colgó y luego lanzó su teléfono sobre la encimera de la cocina. El dispositivo resbaló por la superficie y, justo cuando estaba a punto de deslizarse hacia el abismo del suelo de piedra sólida, Bridget saltó hacia adelante y lo atrapó. Después, sostuvo el teléfono en alto como si acabara de ganar una medalla de oro olímpica.

—Gracias —dijo él—. Se te da bien eso.

—Práctica —respondió—. Los niños siempre están lanzando sus teléfonos en clase. Además, siempre se me cae el mío.

—Al menos tienes la capacidad de atraparlo, mientras que toda mi función neuromotora desaparece y mis dedos se convierten en aceite vegetal.

Bridget dio un pequeño paso más cerca de él. Luego otro, hasta que estuvo a su lado, con solo unos milímetros separándolos. Definitivamente demasiado cerca para sentirse cómodo.

—¿Ha hecho algo así antes? —preguntó, dejando caer sus manos a los costados.

—No. Solo llevamos lidiando con... *esto*, por cinco semanas. Es una proporción terrible. Si sigue así, puedo esperar que escape al menos diez veces al año. Quizás incluso once después de un tiempo... Vendrá como un año bisiesto.

Bridget levantó su mano y la acercó a la de él, luego la movió gradualmente hacia el norte, centímetro a centímetro tentativo, hasta que llegó a su hombro. —No seas tan duro contigo mismo. Estas cosas pasan. Estoy segura de que está bien. Seguro que volverá en cualquier momento...

Milagrosamente, el sonido de la puerta de entrada abriéndose se deslizó escaleras arriba, seguido de un fuerte golpe y pesados pisotones sobre la alfombra.

Kasia apareció un momento después. Todavía con su uniforme escolar. Corbata a medio pecho, botones superiores desabrochados, falda demasiado alta, camisa por fuera. De la misma manera que siempre lucía. Excepto por las manchas negras que recorrían toda la longitud de su cara y el nido de serpientes que había invadido sus ojos.

El primer pensamiento de Tomek fue que algo le había sucedido. Que la habían atacado. Que la habían violado de camino a casa.

Pero luego vio su teléfono. Encendido y funcionando.

Lo que significaba que había optado por la opción tres.

Lo que significaba que lo había bloqueado.

Lo que significaba que él había hecho algo para merecerlo.

—Kasia... —comenzó—. ¿Dónde has estado?

Antes de responder, los ojos de Kasia se posaron en el brazo de Tomek. —¿Ustedes dos... ustedes dos están fo...?

—¡Ese lenguaje! —Rápidamente consciente del toque persistente de Bridget en su brazo, se apartó de la encimera de la cocina y se movió hacia el otro lado—. ¿Eso? No. Eso era... Nosotros... Nada. No estaba pasando nada. —Entonces se dio cuenta de que él debería haber sido quien estuviera enojado con ella, no al revés—. Estábamos preocupados por *ti*. ¿Dónde has estado? ¿Qué has estado haciendo?

Los ojos de Kasia se entrecerraron y su ceño se arrugó. No estaba seguro, pero creyó ver una vena empezando a palpitar en su frente.

—¿Qué mierda es esto? —gritó, agitando su teléfono frente a él.

—¡Ese lenguaje! —le dijo—. ¡Deja de decir palabrotas!

—¡Me importa una mierda!

Se abalanzó hacia él, desbloqueó el teléfono y le puso la pantalla en la cara. Ahí, mirándolo fijamente, había una foto que reconoció demasiado bien. Una que le habían tomado sin su consentimiento. Una que había sido compartida con una menor de edad. Y una que esperaba que su hija nunca *jamás* viera.

CAPÍTULO
TREINTA Y CUATRO

—¿Qué demonios estás haciendo con eso? —preguntó Tomek, esforzándose por mantener la voz firme.

—¡Ese lenguaje! —dijo Kasia en tono burlón.

Tomek levantó un dedo para reprenderla, pero enseguida se dio cuenta de que no tenía argumentos para hacerlo.

—¿De dónde has sacado eso?

La imagen de su pene había sido tomada por Charlotte Hanson mientras él dormía una mañana. Ella había capturado la imagen en su teléfono y la había enviado a una chica de dieciséis años a través de una cuenta falsa de Instagram que había creado usando su nombre sin su conocimiento. Todo comenzó como un intento de meter a la chica en problemas con sus padres, pero rápidamente terminó con una denuncia formal contra él. Sin mencionar que la imagen ahora existía en Internet, algo que —gracias a su trabajo— sabía que era prácticamente imposible de eliminar. La imagen de su pene flácido existiría para siempre, y mientras la gente todavía la tuviera y supiera de ella, también existiría el dolor de Tomek al verla.

Y ahora el de Kasia.

—Alguien en el colegio me la envió —dijo ella sin rodeos—. Dijeron que era tu pene. ¿Qué demonios?

Tomek balbuceó un momento. Intentando pensar qué decir. Nunca esperó que Kasia la viera, que llegara a su teléfono. Lo que significaba que no tenía una explicación lógica y completa, una que

no lo hiciera sonar como un depredador sexual. No había manera de salir bien librado de esto.

—Sí —dijo—. Es lo que piensas. Pero no es como suena. Alguien que conozco la tomó y la envió a alguien en un colegio diferente. Todavía no me has explicado cómo la conseguiste.

—Ya te lo dije. Alguien me la envió.

—¿Quién?

—No lo sé. Me la enviaron por *AirDrop*.

Tomek sabía lo suficiente sobre la tecnología de su iPhone para entender que hablaba de la funcionalidad similar a Bluetooth, que permitía a los usuarios enviar cualquier cosa a cualquiera dispuesto a recibirla sin necesidad de introducir números de móvil o copiar enlaces en una aplicación.

—¿Y no sabes de quién es?

—No. Así funciona AirDrop. Cambiaron el nombre de su teléfono para que no viera de quién era.

Evidentemente, no sabía todo sobre ello, después de todo.

—Dámelo —dijo, extendiendo la mano hacia su móvil—. Lo llevaré al trabajo mañana. Podrán rastrear su origen.

Kasia apartó el dispositivo antes de que él pudiera alcanzarlo. Luego lo apretó contra su pecho.

—¡No vas a quedarte con mi teléfono! No te lo permitiré.

—Sí lo harás. Quiero saber quién te lo envió y por qué.

Ella guardó su teléfono en el bolsillo del pecho de su blazer.

—¡No-puedes-tener-mi-teléfono!

Tomek se dio cuenta rápidamente de que esta era una batalla que iba a perder. A menos que le cortara la mano y lo recuperara de esa manera. En cambio, tendría que pensar en otras formas más creativas de encontrar el origen de la imagen. Y entonces, de repente, recordó que Bridget había estado de pie detrás de él, escuchando silenciosamente su conversación. Lentamente se volvió para mirarla.

Su rostro estaba sonrojado, nublado por la vergüenza ajena. Había presenciado una de las discusiones más extrañas e incómodas de la historia por estar en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—Siento que hayas tenido que escuchar todo esto —comenzó torpemente—. Esto es algo increíblemente embarazoso que me ha ocurrido en las últimas semanas, y es algo que te explicaré más tarde...

—¿Es esto lo que iba a pasar después de que la señorita terminara de darme clases? ¿Ibas a mostrárselo en persona?

—*¡Kasia! ¡Basta!* —el ladrido de Tomek resonó por toda la sala de estar hasta la cocina. Finalmente había estallado. Era la primera vez que le gritaba así. La culpa lo atacó inmediatamente y se convenció de que era un mal padre—. Por favor —añadió, aunque el daño ya estaba hecho—. No ha pasado nada entre nosotros, y no iba a pasar. Tienes que parar.

—¿O qué?

El veneno en su voz lo asustó. Este era un lado completamente diferente de ella, uno que no había experimentado antes. Rápidamente se estaba convirtiendo en una noche de primeras veces.

Para desactivar la situación, Bridget se interpuso en su línea de visión, avanzando de puntillas con vacilación.

—Creo que me voy a ir... —comenzó—. Te veré en el colegio por la mañana, Kasia. Si pudieras venir a mi despacho después de la primera clase, podemos hablar sobre quién te envió esto. Y, Sr. Bowen, estoy segura de que llegaremos al fondo de esto, no se preocupe. Sé que es su trabajo y sé que le gustaría hacerlo usted mismo, pero déjenoslo a nosotros primero. —Miró suavemente entre ellos, sus ojos brillantes disipando la tensión y tranquilizando a Kasia —. Sé que esto es un poco impactante para ambos —como lo es para mí—, pero creo que si ambos se toman un momento para respirar y calmarse, entonces pueden sentarse y hablar sobre lo que está pasando. No necesito saber nada más de lo que estén dispuestos a compartir. ¿De acuerdo? Disfruten... disfruten el resto de su noche.

Tomek le dio las gracias y luego la acompañó a la salida. Al pie de las escaleras, puso una mano en su brazo —similar a como ella lo había hecho sólo minutos antes— y le agradeció de nuevo. Mientras se despedía, pensó en los siguientes pasos. En la mejor manera de

proceder. En la mejor manera de calmar las aguas turbulentas entre ellos.

Miró los escalones y se imaginó que cada uno era una frase u oración que podría usar para explicarse. Y entonces se dio cuenta de que era inútil. Ninguna cantidad de preparación o planificación podría prepararlo para *esta* conversación.

Cuando finalmente trepó hasta el último escalón, listo para afrontar las consecuencias, entró en una habitación vacía. Kasia no estaba; todo lo que quedaba era su bolso, apoyado de lado en la superficie sólida del suelo, con el contenido derramado, y su abrigo que había sido arrojado sobre el respaldo del sofá sin que él se diera cuenta. Tomek ignoró el desorden y se dirigió a su dormitorio —el dormitorio de *ella*.

Presionó el picaporte y empujó sin llamar. No había tiempo para llamar. No había tiempo para los modales. No ahora.

Cuando la puerta se abrió completamente, no vio nada. La habitación estaba exactamente como había estado cuando él y Bridget la habían registrado antes. La cama intacta, el tocador de maquillaje, los auriculares...

Todo estaba exactamente igual. Excepto por la ventana. La ventana de su dormitorio —la ventana del dormitorio de *ella*— había quedado completamente abierta, y una ráfaga de viento frío entraba, haciendo ondear las cortinas como bailarinas en la noche. Corrió hacia ella y asomó la cabeza, girando el cuello a izquierda y derecha mientras buscaba arriba y abajo de la calle. En la oscuridad absoluta, no vio nada. Ni siquiera el naranja oscuro de las farolas era suficiente para iluminar los árboles o los vehículos circundantes. O la silueta de una niña de trece años.

—¡Kasia! —la llamó, pero no hubo respuesta.

Se había ido.

CAPÍTULO
TREINTA Y CINCO

Cuando Tomek agarró las llaves del coche se dio cuenta de que no las necesitaría. Ella no podía haber ido muy lejos. No lo suficientemente lejos como para justificar su uso, en cualquier caso. Lo más probable es que estuviera a unos pocos cientos de metros como mínimo, medio kilómetro si realmente se lo hubiera propuesto. Él había sido testigo de su falta de atletismo cada vez que subía la compra por las escaleras, y había escuchado constantemente historias sobre cuánto odiaba ella la educación física y cualquier forma de ejercicio, así que sabía que no tendría que extender demasiado la red de búsqueda.

La primera decisión que enfrentó al salir de su casa, sin embargo, fue hacia dónde girar. Izquierda o derecha.

¿Hacia dónde había ido Bridget? ¿Había prestado atención? ¿Había visto realmente, o solo *creía* que había ido a la izquierda, hacia el paseo marítimo?

Se giró en la otra dirección, hacia el centro del pueblo. Luego levantó la mirada hacia la ventana del dormitorio. Estaba orientada al norte, hacia el pueblo. Si ella se había escabullido mientras él se estaba despidiendo —lo cual debía haber ocurrido porque solo había estado abajo unos segundos— entonces habría ido en esa dirección, hacia la luz y la civilización.

Cincuenta/cincuenta.

Izquierda o derecha.

Entonces tomó su decisión.

Derecha. Hacia Leigh Broadway.

A esta hora de la noche, el pequeño centro del pueblo comenzaba a desacelerarse. Las parejas y familias que habían salido a cenar ya habían terminado y regresaban lentamente a casa, del brazo, dirigiéndose hacia la parada de taxis. Las compras de última hora se habían realizado en el Co-op y se apresuraban calle abajo. Incluso los clientes de los pubs comenzaban a dar por terminada la noche.

Mientras atravesaba la calle a grandes zancadas, intentó llamar al móvil de Kasia.

Nada.

Su número seguía bloqueado. Y si no lo había estado antes, ciertamente lo estaría ahora.

No importaba. Tomek tenía una solución al problema. No, dos soluciones.

La primera era típica, no intrusiva. La segunda era más cuestionable.

Primero, desbloqueó su teléfono y abrió la aplicación Buscar a mis Amigos. Tan pronto como el software cargó, apareció un pequeño mapa de Leigh-on-Sea, seguido de una pequeña burbuja sobre su ubicación exacta. Pellizcó la pantalla para alejarse, y a medida que aparecía más de Essex, también aparecieron más burbujas. Su hermano en Chelmsford. Sus padres justo uno encima del otro en su casa. Lo mismo para Sean y Chey, que todavía estaban en la sala de incidentes. Incluso Bridget regresando a casa.

Pero ningún rastro de Kasia.

Consideró las posibilidades. O bien había desactivado la aplicación, apagado la configuración de ubicación, o había apagado completamente su teléfono.

Prefería las dos primeras posibilidades. Detestaba la última.

Pero había una manera de averiguarlo.

Después de cerrar la aplicación, se desplazó hasta su agenda y encontró el número de Sean.

El teléfono sonó y sonó. Hasta que finalmente su amigo respondió.

—Lo siento, tío —comenzó Sean—. No podemos salir a jugar todavía. La madre de Chey dice que es tarde para él y tiene que irse a dormir tan pronto como llegue a casa.

El sonido de Chey gritándole a Sean que se fuera a la mierda resonó a través del altavoz en el oído de Tomek.

—¿Puedes ayudarme? —preguntó Tomek—. Necesito ayuda.

Sean percibió la urgencia en la voz de Tomek y bajó la suya.

—Claro, tío. ¿Qué ha pasado?

—Kasia ha desaparecido. Acaba de salir de casa y se ha fugado. ¿Puedes rastrear su teléfono para ver dónde podría estar?

—Emmm...

—Vamos, colega. Ayúdame. No tengo ni puta idea de dónde está y con lo que le ha pasado a Annabelle Lake y Jenny Ingles, no quiero que esté fuera demasiado tiempo.

Tomek sabía que tocar la fibra sensible de Sean funcionaría. Pero era un momento desesperado. La necesidad obliga, y todo eso. Y lo más preocupante era que ni siquiera se sentía culpable por ello.

Un momento después, Sean confirmó que haría lo que pudiera, y después de pasarle el número de móvil de Kasia por teléfono, Tomek continuó recorriendo el centro del pueblo a grandes zancadas, buscando a su hija. Nunca había conocido tal angustia y agonía antes, tal desesperación. Aunque no lo demostrara en su forma de hablar o de moverse, lo sentía en lo más profundo. El ardiente deseo de devolver a un ser querido a casa, como el dolor y la conmoción que sientes cuando pierdes tu teléfono.

Ahora Tomek empezaba a entender cómo se habían sentido Steven y Elizabeth Lake.

Sean lo llamó de vuelta unos minutos después.

—La he encontrado —dijo—. Está en el paseo marítimo. En Old Leigh. En algún lugar entre la playa y el Ye Olde Smack.

Tomek sabía exactamente dónde estaba. Agradeció a su amigo, colgó y luego se apresuró hacia el paseo marítimo.

Old Leigh, llamado así porque había sido la bulliciosa calle principal del pueblo hace varios siglos antes de que se trasladara más hacia el interior, estaba a diez minutos a pie —y una pendiente muy pronunciada— de distancia. Esta parte del pueblo era famosa

por sus hermosos paseos a lo largo del estuario; sus varios muelles llenos de barcos que parecían deshabitados durante varios cientos de años; sus pubs que habían estado allí tanto tiempo como los barcos; una pequeña franja de arena a la que los lugareños acudían en masa tan pronto como aparecía el sol y la temperatura alcanzaba los quince grados; y lo más importante, sus tiendas de fish and chips, con comida hecha de pescado fresco del mercado local de pescado a lo largo del paseo marítimo. Tomek había pasado muchas tardes allí cuando era niño, y muchas noches allí cuando era adolescente. Había sido uno de sus lugares favoritos para escapar después de una discusión con sus padres. A veces se quedaba allí toda la noche y volvía a casa en las primeras horas de la mañana, con sus padres completamente ajenos a su ausencia.

Era un milagro entonces que no hubiera pensado en ello primero. Que Kasia podría haber terminado allí. Quizás era porque los dos nunca habían caminado por el sendero. Nunca habían hecho el recorrido desde Old Leigh hasta Chalkwell y todo el camino hasta el paseo marítimo de Southend.

Mientras cruzaba el puente peatonal que conducía a la playa de Bell Wharf, el teléfono de Tomek sonó. Sean le había enviado una fotografía de la última ubicación de Kasia. A poco más de cien metros de distancia, posada en el borde de la arena.

Al pie de las escaleras giró a la izquierda y se apresuró hacia el agua. Allí la encontró, una figura en la arena, acurrucada en una bola. Su cuerpo resplandecía con un tono angelical de blanco mientras la luz de la luna se reflejaba en su camisa escolar. El suave sonido de las olas batiendo contra la orilla resonaba e inmediatamente lo tranquilizó. Todo el estrés y la angustia se disiparon cuando exhaló profundamente.

Con cautela, se quitó los zapatos y los calcetines y pisó la playa. Hacía mucho tiempo que no sentía la sensación de la arena en sus pies, entre los dedos, ese hormigueo y ardor. Inmediatamente lo transportó veinte años atrás. Sentado allí, con sus amigos, coqueteando, riendo, bebiendo, gritando, cantando. Era sorprendente que nadie hubiera llamado a la policía o se hubiera quejado.

Ahora era diferente. El lugar estaba desolado. Quizás era el frío, demasiado húmedo, demasiado miserable. O quizás era demasiado temprano para que los jóvenes y los juerguistas hicieran su aparición. Tal vez todavía estaban disfrutando de la cena con sus padres antes de escabullirse y violar las leyes de consumo de alcohol por menores de edad. O quizás era simplemente algo que ya no hacían. Ahora estaban demasiado ocupados con sus videojuegos, programas de televisión de realidad, y sus dedos conectados al siglo XXI digital, no necesitaban hacer nada tan imprudente y ligeramente antisocial como pasar la noche lejos de sus padres. No cuando podían hacerlo desde la comodidad de su propio hogar.

—Hola... —dijo suavemente y desde la distancia, para no molestarla.

Kasia, sentada sobre su chaqueta escolar para evitar que la arena se metiera en sus medias, encogida en una bola con las piernas presionadas contra su pecho, permaneció perfectamente quieta.

—¿Puedo sentarme?

No dijo nada, pero Tomek se encontró un espacio a unos metros de ella de todos modos y se sentó con las piernas en una posición similar. Durante un largo rato no dijo nada. Sólo escuchó el sonido del agua, del viento, de los pájaros en la distancia, del tren que venía de Benfleet hacia Shoeburyness.

De esto se trataba. Pausar, detener todo el caos y la locura para tomar un descanso, un respiro. No lo había apreciado cuando tenía veinte años. Todo lo que le importaba era ser genial, encajar y conseguir chicas. Pero ahora, ahora eran momentos como este los que le permitían reflexionar.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó mientras observaba un pequeño contenedor de envío flotando lentamente a lo largo del río Támesis hacia el Canal y más allá.

—No...

—Vale —respondió—. ¿Quieres saber la historia detrás de esto?

Ella dudó. Consideró.

—No.

—Me parece justo.

Tomek cambió el agarre en sus rodillas mientras comenzaban a hundirse en la arena. A estas alturas, el contenedor de envío se había movido apenas unos centímetros, avanzando lentamente. Más allá estaban las luces nocturnas de Kent hacia el sur, brillando entre los humos que salían del barco. En lo alto, la ligera cobertura de nubes había comenzado a desaparecer y revelar el tapiz de la noche.

—En una noche clara, y con una cámara muy buena, puedes ver la Vía Láctea —le dijo.

—No, no puedes —dijo ella con incredulidad.

—Sí se puede —continuó—. Solo necesitas una cámara *muy* buena y mucha paciencia.

Picada su curiosidad, Kasia inclinó la cabeza hacia el cielo.

—No te creo.

—Bueno, quizás algún día tendré que comprarte una cámara y podrás comprobarlo tú misma. —Ella inclinó la cabeza hacia él, con una leve y suave sonrisa en su rostro—. Ya tomas suficientes fotos con tu teléfono. ¿Cómo es que viniste aquí? —preguntó—. De todos los lugares. Me sorprende que incluso supieras dónde encontrarlo.

Kasia inhaló profundamente antes de responder.

—Vine aquí con mamá una vez... —comenzó, luego se detuvo—. Cuando tenía diez años. Solo por la tarde. Era mi primera vez junto al mar. Dijo que era para que pudiera experimentar el mar y la arena. Pero luego desapareció durante una hora, me dejó en este mismo lugar. No me moví durante todo el tiempo que estuvo fuera, simplemente me quedé aquí, esperando. No lloré, no grité pidiendo ayuda. Porque sabía que volvería.

—¿Y lo hizo?

Kasia bajó la cabeza.

—Sí... pero solo después de conseguir lo que quería...

Drogas.

No estaba seguro exactamente de cuándo había comenzado el hábito de Anika —en algún momento después de su ruptura, había supuesto— pero había sido un shock para él cuando lo descubrió inicialmente. Su tío, un prestamista, había sido responsable de matar a dos de sus mejores amigos, y Anika había evitado por poco una condena de prisión o cualquier tipo de cargo. Su tío, por otro lado,

había sido acusado de asesinato y condenado a cadena perpetua. Pero eso no le había impedido mantenerse en contacto con él y hacer uso de sus contactos en el submundo criminal. Como resultado, había desarrollado una dependencia de la cocaína y la heroína, y haría cualquier cosa para conseguirla. Como prostituirse, golpear a la gente, allanar viviendas e incluso cometer lesiones corporales graves, todo lo cual había llevado a su inevitable encarcelamiento en uno de los mejores establecimientos de Su Majestad, y a que Kasia quedara bajo su cuidado.

—¿Sabías en ese momento lo que estaba haciendo? —preguntó Tomek con cuidado.

—Supongo que una parte de mí lo sabía. Probablemente por eso me quedé, porque sabía que eventualmente volvería.

Hasta el día en que no lo hizo. Hasta el día en que las drogas la consumieron y se apoderaron de su vida.

—¿Pero por qué aquí? —continuó—. ¿Es porque crees que va a volver...?

Ella bajó las piernas, estirándolas sobre la arena, creando pequeños surcos con sus pies.

—No —respondió—. Sé que eso nunca va a suceder. Supongo que es solo... cuando estaba parada aquí, quería huir. Quería llorar, correr y gritar pidiendo ayuda. Pero me dije a mí misma que fuera valiente. Me dije que todo saldría bien al final. Y en cierto modo así fue. Vine aquí para recordarme eso.

CAPÍTULO
TREINTA Y SEIS

Cuando Tomek salió de casa la mañana siguiente, estaba completamente oscuro. Lo había estado desde que se acostó. No había podido dormir, a menos que contaran las dos horas que lo habían tentado entre las doce y las dos. Desde entonces había estado dando vueltas, inquieto. Los pensamientos en su cabeza zumbando. Escenas de la noche anterior reproduciéndose en su mente.

Solo podía imaginar cuánto más gráficas y perturbadoras eran para Kasia. No le sorprendería que necesitara terapia o algún tipo de tratamiento hipnótico para hacerle olvidar todo lo que había visto. Pero sabía que eso sería imposible. La imagen de su pene estaba firmemente grabada en su mente.

Un pensamiento que jamás imaginó que cruzaría por su cabeza.

También había permanecido despierto durante horas intentando sin éxito averiguar quién lo había enviado. Al principio, había intentado colarse en la habitación de ella para robar el teléfono de su mesita de noche y mirarlo así (la había visto introducir su código de desbloqueo varias veces y, para su pesar, era el número menos inspirador posible: su fecha de nacimiento). Pero cuando se deslizó por el marco de la puerta y caminó de puntillas hacia la mesa, notó que el teléfono estaba metido entre ella y el edredón, con un delgado cable blanco sobresaliendo de los pliegues. Al darse cuenta de que debía haberse quedado dormida con él en las manos, descartó esa idea y volvió al punto de partida.

Un punto de partida que resultaba inútil.

Solo podía imaginar qué brillante idea tendría para el segundo intento.

Y entonces se le ocurrió. Las redes sociales. Hurgar en la lista de seguidos de Kasia y descender por el agujero de conejo de la gente de su colegio. Pero ese era un mundo turbio en el que no quería meterse. La mayoría de los niños de su edad con los que se había encontrado en el trabajo tenían poca o ninguna configuración de privacidad o seguridad, por lo que se habría sentido raro estar desplazándose por imágenes de adolescentes y menores de edad. Y con su ineptitud para navegar por las complejidades de las interfaces de las redes sociales, sabía que sería propenso a dar "me gusta" o seguir a alguien por error. O enviarles inadvertidamente una imagen gigante de un pulgar. Y meterse en un tremendo lío.

En su lugar, se había quedado despierto, dejando que los pensamientos e ideas se fermentaran en su cabeza. Hasta que la presión se volvió tan pesada, tan implacable que no pudo soportarlo más y se levantó de la cama. Para cuando salió hacia el trabajo, ya le había preparado el desayuno y el almuerzo a Kasia, e incluso le había escrito una pequeña nota diciendo que había salido temprano y llegaría tarde a casa. Era chapado a la antigua en ese sentido.

Al llegar al final de la calle, en lugar de girar a la derecha hacia la estación donde debía asistir a una reunión al mediodía, Tomek giró a la izquierda, en dirección a su nuevo lugar favorito en el mundo.

Vincent Gregory estaba apoplético al ver a Tomek a primera hora de la mañana. El hombre apenas se había despertado, y su pelo era un desastre, al igual que sus ojos, que aún se aferraban a los restos del sueño. Vestía unos pantalones cortos de dormir, dejando su pecho y una mata de pelo rizado expuestos al frío. No pasó mucho tiempo antes de que sus pezones se pusieran erectos, como dos torretas sobresaliendo de una nave espacial.

—¿Qué coño estás haciendo aquí... *otra vez*? ¿Cuántas veces tengo que decirte que no te quiero aquí? Ya hablé con tu jefe y dijo que se ocuparía de esto... ¡claramente no está haciendo una mierda si tu estúpido culo sigue apareciendo sin avisar!

La voz de Vincent había resonado por todo el callejón vacío y silencioso, y al final le regaló a Tomek una vista de sus dientes manchados de suciedad con un largo bostezo.

—¿Noche larga, eh? —preguntó Tomek, esforzándose por contener un bostezo propio.

—¿Tú qué *crees*? Eres policía. ¿No se supone que ustedes son todos perceptivos y eso? Beff ha estado fuera de sí, preocupada por Steven toda la noche.

Por lo que sabía, según las notas y archivos del caso, su reacción a la desaparición de su marido era más visceral que la que había tenido cuando descubrió que su hija había sido secuestrada y asesinada. Extraño... Pero, por otro lado, el duelo funcionaba de maneras misteriosas.

—¿Cree que podría pasar? —preguntó Tomek.

—No. Absolutamente no. ¡Lárgate! No tienes ningún derecho a estar aquí.

Tomek cruzó los brazos sobre el pecho y esperó unos momentos antes de continuar.

—Es sobre su coche...

Eso pareció disipar la agresión de su rostro, y retrocedió un paso más hacia el interior de su propia casa.

A pesar de que Vincent había logrado demostrar que no era su coche el que se había utilizado para recoger a Jenny Ingles, Tomek y Sean habían solicitado a un dúo de oficiales de la Policía Científica que vinieran a tomar muestras del vehículo para huellas y ADN. Por si acaso, le habían dicho. Todo parte de sus investigaciones rutinarias. Para ayudarles a descartarlo. Pero todos sabían que era por despecho. Una oportunidad de vengarse del pequeño bastardo fascista racista. ¿Y quiénes eran ellos para discutir si Victoria había aprobado la solicitud sin objeción?

Lamentablemente, pasaría un tiempo antes de que los examinadores forenses no encontraran nada durante sus

investigaciones, así que no tendría el lujo de arrestar a Vincent en esta fría y húmeda mañana de noviembre. En cambio, la verdadera razón de su visita era mucho más inocua, mucho más benigna. Pero siempre que sirviera para seguir aplicando presión en la dirección correcta, a Tomek no le importaba. Era lo mínimo que el pequeño hijo de puta fascista racista merecía.

—¿Qué pasa con mi coche? —preguntó Vincent con cautela, como si al decirlo más fuerte pudiera admitir culpabilidad.

—Es mejor si discutimos esto dentro...

Y así sin más, ya estaba dentro. La casa dormía, y el sonido de los ronquidos de Georgia Gregory retumbaba por todo el edificio. Tomek se dirigió directamente a la sala de estar y se dejó caer en el sofá.

—Bueno... —comenzó Vincent con urgencia, manteniendo la voz baja. Aunque Tomek no creía que fuera necesario—. ¿Qué pasa?

—Encontramos algunas anomalías... —empezó Tomek—. Con el papeleo... Parece que se ha saltado un par de pagos a la DVLA por el impuesto de circulación.

—¿Qué? —el rostro de Vincent se puso rojo.

—Ha estado conduciendo ilegalmente en la carretera durante los últimos cuatro meses.

—¿Qué coño te pasa? ¿Eres algún tipo de polaco cabronazo? Has venido hasta aquí para decirme que he olvidado pagar algo. No... sal de mi puta casa, tío. Me estás volviendo loco.

Tomek optó por ignorar la instrucción. En su lugar, permaneció donde estaba y simplemente sonrió con suficiencia a Vincent. La respuesta aumentó la agresión del hombre, y en un instante se abalanzó sobre Tomek y lo alcanzó. Pero entonces, en el último momento, se contuvo y se dio cuenta de que estaba a punto de poner sus manos sobre un policía.

—¿No estará pensando en hacer ninguna tontería, verdad? —preguntó Tomek—. Puede que no quiera que investigue la muerte de su sobrina, pero sigo siendo un oficial de policía en servicio, y aún puedo tirarlo de culo y aplastar su jodida carita contra la alfombra y arrestarlo si quiero. Así que piense muy bien cómo quiere hacer esto...

La indecisión se reflejó en el rostro de Vincent. Y después de un rato, retiró gradualmente las manos y las bajó a los costados.

Como señal de dominio, Tomek se sacudió la ropa (aunque nadie lo hubiera tocado) y permaneció en su lugar. Este era su asiento ahora. Esta era su casa. Y Vincent era el intruso.

—Ya que estoy aquí —comenzó Tomek—, tenía algunas preguntas que quería hacerle sobre su cuñado, Steven...

CAPÍTULO
TREINTA Y SIETE

Tara Moore vivía sola en una casa de tres dormitorios en South Benfleet, a la vuelta de la esquina de la estación de tren. En la entrada había dos coches aparcados: un BMW Serie 4 y un Vauxhall Corsa. Uno para el trabajo, otro para el ocio. Antes de llamar a la puerta, Tomek miró su reloj. 8:50 a.m. Una hora más sociable para presentarse. A estas alturas, la mayoría de los niños estaban en el colegio y todos los trabajadores habían hecho el arduo viaje a la ciudad para afrontar el día. Excepto Tara Moore, una de las médicas del Hospital de Southend.

En un intento por librarse de Tomek lo más rápido posible, Vincent Gregory había respondido a todas sus preguntas en tiempo récord. Que él no tenía nada que ver con la desaparición de su cuñado. Que había estado trabajando la mañana en que Steven desapareció. Que solo se había enterado del romance en los últimos días y que iba a darle la noticia a Beth con F más pronto, pero debido a la situación actual con su hija muerta, había decidido que probablemente no era el mejor momento. El mundo de Elizabeth Lake se acababa de desmoronar.

Su hija había desaparecido.

Su hija había sido asesinada.

Y luego se había enterado de que el hombre que amaba —o más bien, el hombre que se suponía debía amar— había estado teniendo una aventura.

Durante cuánto tiempo, Tomek no lo sabía y Vincent tampoco. Pero tenía intención de averiguarlo.

Un momento después, la puerta principal se abrió. Por su aspecto adormilado, Tara Moore se había despertado apenas unos minutos antes, y se frotaba apresuradamente el sueño de los ojos. Vestía un cárdigan ligero y un pantalón de chándal. Tenía una melena de pelo castaño espeso que caía perfectamente sobre sus hombros, y cejas gruesas que se inclinaban bruscamente hacia abajo en los extremos de su rostro. Tomek nunca había visto el programa adecuadamente, pero pensó que se parecía a un personaje de *Grey's Anatomy* —demasiado atractiva y pulida para ser médica. Demasiado Hollywood.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó ella, con una voz tan débil y cansada como su aspecto.

Tomek buscó en su bolsillo y le mostró su identificación policial. —¿Tara Moore?

Estaba demasiado ocupada frotándose los ojos para fijarse en los detalles de su placa. —Soy yo.

—¿Puedo pasar, por favor? Es sobre Steven Lake...

Con eso, ella dejó de frotarse. —¿Está... está todo bien? ¿Él está bien?

Tomek la puso al día una vez que encontraron un asiento cómodo en la sala de estar.

—Me han informado de que encontraron su barco anoche... —continuó mientras mantenía su mirada y la dejaba vagar por la habitación de vez en cuando cuando ella no miraba—. Pero lamentablemente no había señales de Steven. La embarcación ha sido requisada y actualmente está siendo investigada.

Lo cual le recordó que tenía bastante tiempo hasta la reunión del mediodía.

—¿Está usted...? Y usted... —Las lágrimas comenzaron a formarse en sus ojos. Luchó contra ellas todo lo posible. Hasta que pronunció las palabras que las habían estado conteniendo—: Cree que está muerto, ¿verdad?

A partir de ahí, fue imparable. Sin parar durante unos minutos. Durante ese tiempo, Tomek aprovechó para dar una vuelta por la

planta baja de la casa mientras buscaba pañuelos. Al final usó papel higiénico del baño.

—Aquí tiene —dijo, mientras se lo entregaba.

Sorbiendo, ella respondió: —Gracias. —Luego comenzó a secarse los ojos con el papel de tres capas.

Tomek le concedió un momento para asimilar la noticia. Dejó que su mirada vagara de nuevo por la habitación, esta vez estudiando los accesorios y el mobiliario con más detalle. La casa era considerablemente más grande y lujosa de lo que había esperado, especialmente para alguien que vivía sola. Gracias a su reciente mudanza, ahora se consideraba un experto en el mercado inmobiliario del sur de Essex, y calculó que su casa estaría valorada entre las seiscientas y setecientas mil libras. Una cantidad exorbitante de dinero para un hogar con dos ingresos, y no digamos con uno solo. Pero lo que más le preocupaba era la alarmante cantidad de objetos relacionados con delfines por todas partes. Cuadros colgados en las paredes y marcos de fotos en un mueble de la sala de estar; adornos de cristal y mosaicos en el alféizar de la ventana; gráficos e ilustraciones en las tazas de la cocina. Incluso tenía una pintura ampliada de un delfín saltando del agua, silueteado contra el fondo de un arcoíris y un cielo sin nubes, impresa en un paño de cocina.

Tomek no sabía de dónde venía esa fascinación particular, pero antes de que pudiera adentrarse en las profundas dificultades psicológicas que debía haber atravesado para desarrollarla, la Señora Delfín terminó de llorar y lo miró.

—Cuando... cuando encuentren su cuerpo... ¿me lo dirá?

—Por supuesto.

Tomek metió la mano en su bolsillo y sacó su libreta. Aunque no tenía intención de escribir nada, era una manera magistral de insinuar que lo haría y que tenía algunas preguntas complicadas que necesitaba hacer. Esto típicamente ayudaba al testigo a prepararse para lo que estaba por venir.

—Entiendo que ustedes dos estaban teniendo una aventura... —comenzó Tomek.

Ella asintió suavemente, apartándose el pelo de los ojos.

—¿Puede decirme cuánto tiempo llevan viéndose?

—Unos cuatro meses. Yo... soy pediatra. Cuido de niños enfermos. Annabelle ha venido un par de veces durante el último año más o menos, y he estado cuidando de ella. —Hizo una pausa, su rostro se iluminó mientras reproducía recuerdos agradables en su cabeza—. Entonces un día Steven y yo simplemente empezamos a hablar. Nada demasiado indecente, nada demasiado picante. Solo conversando. De forma amistosa. Me pareció un tipo sensible y genuino, y no hay muchos de esos hoy en día, créame, lo he comprobado. Luego me preguntó si quería tomar un café o almorzar alguna vez.

—¿Y usted dijo que sí?

—Mhmm.

—¿Sabiendo que era un hombre casado?

Ella se detuvo antes de responder. —Yo... Por lo que escuché, y por lo que él me contó, no era una relación feliz en absoluto. De lo contrario, ¿por qué me habría invitado a salir? No creo que se llevasen bien. Siempre estaban discutiendo por Annabelle, y Steven quería salir de la familia. No soportaba a su cuñado. Vic... Vin...

—Vincent...

—Ese mismo. No lo soportaba. Siempre estaban discutiendo. Más de lo que discutía con Elizabeth. Siempre era por la pequeña Annabelle. La pobre niña estaba atrapada en medio de todo. Creo que realmente le afectaba. —Se frotó el pulgar arriba y abajo por sus dedos, masajeando el cartílago y el hueso—. Se le notaba en la cara. Simplemente... abatido la mayor parte del tiempo. Apenas presente. Le hablaba y tenía que repetirlo varias veces para que realmente me escuchara, ¿sabe?

Tomek lo sabía. Lo conocía demasiado bien: Kasia había sido igual cuando se mudó con él por primera vez. Sentada allí en silencio, mirando al vacío, sin decir nada, tardando una eternidad en responderle cuando le hacía una pregunta inocua como si quería un té o no. Y luego por las noches se iba directamente a la cama sin decir palabra, y cada vez que intentaba entablar un diálogo con ella, lo miraba con indiferencia y se giraba hacia el otro lado. Las primeras dos semanas habían sido así, hasta que finalmente algo

hizo clic. Quizás había llegado a la devastadora conclusión de que esta era su nueva realidad y que estaba atrapada en ella.

—¿Pasó alguna vez tiempo con Annabelle?

—No mucho. No más de lo necesario en el hospital. La mayoría de las veces Steven venía aquí, con el pretexto de estar trabajando. O a veces venía a verme en mi hora de almuerzo si estaba en la zona.

Ahora tenía sentido por qué Steven había estado recibiendo una carga adicional de trabajo en Southend.

—Es terrible... —dijo ella, como si fuera una idea tardía.

—¿El qué?

—Lo que le pasó a esa niña. Fue repugnante. Debería haberlo visto. Estaba destrozado cada vez que venía. Intenté consolarlo pero no había nada que pudiera hacer. Simplemente se sentaba en el sofá mirando la televisión o se acostaba en la cama fingiendo estar dormido. Pensó en mantenerse ocupado con el trabajo, pero dijo que quería estar cerca de mí, hablar conmigo.

—¿Usted no tenía trabajo?

Ella negó con la cabeza. —He estado de permiso durante las últimas dos semanas. Vuelvo mañana, sin embargo. Es la primera vez que me he tomado vacaciones este año y me obligaron a hacerlo. Al menos volveré a tiempo para todos los niños borrachos en urgencias durante el período navideño.

Tomek intentó recordar si él había sido uno de esos niños borrachos. Tan ebrio que apenas podía caminar y le tuvieron que hacer un lavado de estómago los generosos profesionales del centro de emergencias. No podía recordar ninguna noche en particular.

—¿Ya sabe quién lo hizo? —preguntó ella.

Tomek negó con la cabeza y se disculpó. —Estamos investigando todas las líneas de investigación posibles —dijo, repitiendo la respuesta programada—. ¿Por qué tipo de cosas solía venir Annabelle al hospital?

No había habido mención de visitas al hospital en el informe post-mortem de Lorna. Ni en el informe de nadie más, lo que hizo que Tomek se preguntara si se habían registrado oficialmente.

—Ella... —Entonces dudó—. Al principio fue porque le estaban haciendo pruebas por dificultades de aprendizaje. Pero luego, con el tiempo, creo que Steven encontraba razones para venir y hablar conmigo. Muchas veces se quejaba de que ella tenía dolor de cabeza o algo igualmente benigno, así que no vi motivo para registrarlo en ningún sitio.

Tomek tomó nota de eso, luego le agradeció su tiempo y se disculpó por arruinarle el día. Mientras ella lo acompañaba a la puerta principal, él se dio la vuelta y se dirigió a ella. —Por último... —comenzó—. Y no tiene por qué contestar si no quiere, pero ¿qué pasa con todos los delfines?

Tara se rió. —Esta casa era de mi abuela. La heredé cuando murió. Muchos de ellos eran suyos, pero he ido ampliando la colección a lo largo de los años. Ella trabajaba con ellos como ambientalista, viajando por el mundo y monitorizándolos. Cuando era más joven quería que me convirtiera en veterinaria, pero no soportaba trabajar con animales moribundos o heridos. Así que elegí ayudar a niños enfermos en su lugar —lo siguiente mejor.

CAPÍTULO
TREINTA Y OCHO

—Ha tenido una mañana muy ocupada.

—¿Desde cuándo es eso un delito, señor?

Nick entrelazó los dedos y se aclaró la garganta. —Lamentablemente para usted, lo es cuando aparece la palabra "acoso".

—Tonterías.

—Vincent Gregory parece pensar lo contrario. Ha estado en su casa al menos cuatro veces en los últimos días.

Tomek se encogió de hombros. —Me cae realmente bien. Tiene una personalidad estupenda. Creo que podríamos ser amigos fuera del ámbito profesional.

Nick hizo una mueca de disgusto. —No te hagas el listo conmigo, Tom. Sabes que no deberías acercarte a su casa. Si recibo una llamada más, tendré que enviarte de servicio con uniforme. O meterte en una habitación con Lorna para que pases el próximo mes con cadáveres.

—Mejor pégame un tiro en la cabeza ahora mismo —respondió Tomek.

—Podría hacerlo. Pero primero creo que le daré la pistola a Vincent Gregory.

Tomek frunció los labios. —No creo que necesite una pistola, señor. Solo dele una cadena de metal y estará listo.

—¿Qué estás insinuando, Tomek?

—Diría que es obvio, señor. Creo que Vincent Gregory mató a su sobrina y luego mató a su cuñado para que pareciera un suicidio.

Nick suspiró profundamente. Esta vez el aire que salía de su nariz era más fuerte que el empuje de un jumbo. —Supongo que esto no tiene nada que ver con el hecho de que no te cae bien Vincent Gregory, ¿verdad?

—Oh, tiene absolutamente todo que ver con el hecho de que no me cae bien. —Tomek levantó las manos en señal de rendición—. Que no haya confusión, odio a ese cabrón. Pero también creo que ha matado a un par de miembros de su familia.

—¿Por qué?

Tomek se arregló la manga de su chaqueta antes de hablar. —Porque creo que Annabelle y Steven se interponían en su relación con Elizabeth, su hermana.

—Tú *crees*...

—Sí, pero...

—Bueno, ahí está parte del problema, Tomek. Tú *crees*. Hasta que realmente *sepas* algo, hay muy poco que Victoria o yo podamos hacer al respecto. Y la última vez que comprobé, ni siquiera deberías estar preocupándote por Annabelle o Steven Lake; se suponía que debías centrar tus esfuerzos en encontrar a Jenny Ingles. ¿Has olvidado que todavía está desaparecida?

Los hombros de Tomek se inclinaron hacia adelante mientras se replegaba sobre sí mismo. —Eh... No, por supuesto que no he olvidado.

—A mí me parece que sí. Has estado tan obsesionado con Vincent Gregory que has descuidado por completo asegurar el regreso sano y salvo de una chica de diecisiete años. ¿Qué demonios te pasa?

Tomek agitó el dedo en el aire en señal de protesta. —No creo que eso sea justo, señor. He investigado quién era como persona e intentado rastrear sus últimos movimientos. Incluso estamos examinando el coche de Gregory. Sé que era una adolescente problemática, que se había metido en el mundo de las drogas y la prostitución, y lo más probable es que esto sea un caso de algo... algo que salió mal.

Nick suspiró. Excepto que no era su suspiro habitual. No había ninguna de su agresión o resentimiento en él. Esta vez estaba lleno de conmoción y sorpresa.

—¿Realmente acabas de decir eso? ¿Atribuyes su desaparición a un accidente extraño, a un drogadicto caliente que se pasó un poco de la raya?

Tomek abrió la boca, sin embargo, no salió nada más que aire. Nick tenía razón, era absurdo pensar que la desaparición de Jenny pudiera atribuirse a una forma de pensar tan arbitraria, y se sintió avergonzado por haberlo reconocido al expresarlo. Bajó la cabeza y se disculpó.

—Pondré toda mi atención en ello esta mañana, señor —dijo.

—Tarde —corrigió Nick, después miró su reloj—. La reunión de Victoria es en siete minutos. Tiempo suficiente para que me traigas un café y también te invites uno.

La sonrisa de suficiencia en la cara de Nick permaneció mientras Tomek cerraba la puerta tras él y se dirigía a la cafetería de la esquina.

Tomek regresó ocho minutos después, con los cafés en mano. La barista de la tienda había confundido su pedido. Dos veces. Y por eso se había visto obligado a esperar más de lo previsto. Además, era casi la hora del almuerzo y la cola había sido una broma.

Se disculpó por el retraso al entrar, entregó a Nick el café (lo que inmediatamente disipó la ira en el rostro de Victoria al darse cuenta de que no podía iniciar una discusión con él por eso), y luego se acomodó en la parte trasera de la sala.

Junto a Victoria en la parte delantera de la sala de incidentes estaba la agente Rachel Hamilton. Ambas vestían pantalones elegantes similares con tops oscuros metidos en la cintura. Casi idénticos. Como si lo hubieran planeado. Tomek quería preguntar si ese había sido el caso, pero pensó que ahora definitivamente no era

el momento adecuado. Quizás después de que la gente dejara de matarse entre sí.

Ese sería el día.

Victoria, como oficial investigadora senior, fue la primera en hablar. Se aclaró la garganta antes de comenzar, exigiendo la atención de todos en la sala.

—Buenos días —comenzó—. Confío en que todos estén bien descansados, dentro de lo posible, y que estén preparados para lo que voy a decirles. Como todos sabrán, el velero de Steven Lake fue descubierto anoche cerca del estuario del Támesis, flotando sin rumbo a pocas millas de la costa. No se descubrió ningún cuerpo en ese momento, y la guardia costera, con la ayuda de nuestra unidad marina, siguen buscando en las aguas cualquier señal de él.

—Gracias al informe de Chey anoche, me han informado que el teléfono de Steven se usó por última vez a poca distancia de donde se encontró su barco. La última señal en las torres de radio fue a las 05:35. Salió de su casa temprano por la mañana hace cuarenta y ocho horas y no regresó. Se descubrió que el ancla del *Annabelle* había desaparecido, por lo que creemos que la usó para mantener su cuerpo bajo el agua. El barco se encontró en condiciones casi impecables, sin signos de filtraciones ni daños por una colisión con otra embarcación. Y las posibilidades de encontrar su cuerpo en esa agua son casi nulas. Como resultado, ahora nuestra hipótesis de trabajo es que saltó y se ahogó. Sin embargo, continuaremos haciendo todo lo posible para encontrarlo, vivo o muerto.

Victoria hizo una pausa para dejar que la noticia se asentara en el equipo. Tomek escaneó los rostros de sus colegas. Algunos, los miembros más experimentados de la unidad, tenían expresiones en blanco, silenciosas. Mientras que los miembros más jóvenes del equipo estaban pálidos.

—¿Alguna pregunta? —preguntó Victoria después de que el momento hubiera terminado.

De inmediato, varias manos del equipo se levantaron, como si estuvieran en el aula. Era la forma ordenada de hacer las cosas en la oficina; de lo contrario, sería un completo caos y nunca se discutiría

nada. Victoria escaneó la sala, mirando las manos, seleccionando silenciosamente a su primera víctima.

—Tomek...

Se reacomodó en su silla para sentarse un poco más erguido. —¿Sabemos dónde guardaba el barco?

—Buena pregunta. Sí. Lo mantenía en el puerto deportivo de Canvey Island. Está justo antes del puente que lleva a Benfleet.

—¿Ya ha ido alguien allí?

Victoria asintió, pero antes de que pudiera abrir la boca para hablar, Rachel intervino. —Un equipo de SOCO bajó allí anoche. Encontraron el coche de Steven estacionado justo al borde del agua, junto a un enorme hueco en la fila de barcos donde debía guardar el suyo. Van a revisar el barco durante los próximos días, pero el clima podría echar por tierra esa idea.

Tomek asintió, ansioso por pasar a su pregunta final: —¿Están cien por cien seguros de que se ha quitado la vida?

Los ojos de Victoria se estrecharon y su voz se hizo más profunda. —Sí. Bueno, casi. Las pruebas parecen apuntar en esa dirección. ¿A menos que tengas algo que quieras aportar?

Se encogió de hombros. —Nada en absoluto. Solo quería asegurarme de que hemos cubierto todos los ángulos.

—Tienes razón. Una mirada y oídos frescos son de gran ayuda. —Se volvió hacia Sean, que estaba sentado junto a Tomek—. ¿Algo que quisieras comentar, Sargento?

Sean se removió incómodamente en su asiento. Tomek no estaba seguro de si era una reacción de incomodidad ante la pregunta o ante la persona que la hacía. No era la primera vez que notaba la timidez de su amigo alrededor de la nueva inspectora.

—Sus registros financieros... —dijo Sean lentamente como si las palabras se formaran en su boca mientras las decía—. ¿Hemos... Hemos...?

—¿Los hemos revisado?

—Sí.

—Sí, lo hemos hecho.

—¿Y?

—No parece haber nada anormal en ellos —añadió suavemente la agente Rachel Hamilton—. Todo su dinero sigue ahí. Pero no ha habido grandes retiradas de efectivo. No se han realizado pagos importantes a cuentas bancarias desconocidas. Como típicamente esperaríamos si estuviera tratando de fingir su propia muerte. Solo algunos pagos a una cuenta registrada a nombre de una tal Tara Moore.

—Su amante —añadió Tomek.

—¿Disculpe? —preguntó Victoria.

—Esta mañana hablé con Tara Moore. Médico en el Hospital de Southend. Ha estado teniendo una aventura con Steven durante los últimos meses. Le informé de su desaparición y posible suicidio.

Victoria se volvió hacia Nick en busca de apoyo, de una explicación sobre por qué Tomek había estado interfiriendo en la investigación cuando no debería haberlo hecho. Pero cuando no recibió ninguna, volvió su atención a Tomek, sin embargo, él estaba demasiado ocupado gritándole silenciosamente *Te lo dije* a Nasty Nick con una sonrisa de suficiencia en su rostro.

—Tengo todos sus datos si quiere llamarla o ir a visitarla.

—¿De dónde sacaste esta información? —preguntó Victoria.

—De mi buen amigo, Vincent Gregory.

—He oído que ustedes dos se iban a vivir juntos —observó Nadia.

—Casi —respondió Tomek, manteniendo la mirada fija en Nick—. Pero no pudimos ponernos de acuerdo en algunas diferencias fundamentales. Principalmente en todo ese asunto del racismo. Pero, aun así, un tipo ejemplar. No tengo nada malo que decir de él...

Te lo dije.

Te lo dije.

Te lo dije.

Finalmente, Tomek apartó la mirada del inspector jefe y la volvió hacia Victoria, que estaba de pie con una mano en la cadera y la otra agarrando su acreditación como si le fuera la vida en ello.

—Gracias, Tomek. Es un trabajo muy minucioso.

—Un placer, señora.

El equipo dirigió entonces su atención a la salud mental de Steven Lake. Una búsqueda en profundidad de su historial financiero indicaba que había estado pagando sesiones de terapia privadas para ayudarle a sobrellevar lo que Tomek sospechaba que era su depresión. Y después de una rápida reunión con su terapeuta, el equipo había descubierto que ella lo había referido a un sitio web llamado *The Man Club*, un foro en línea para hombres adultos donde compartir sus pensamientos y sentimientos entre ellos en un entorno seguro y amistoso. Según su terapeuta, era un usuario ávido, pero últimamente había dejado de compartir, y en sus últimas sesiones había dejado de publicar por completo.

Steven había empezado a ver a su terapeuta hacía cuatro meses. Justo cuando había comenzado a ver a Tara Moore en un contexto menos profesional. El equipo había sacado dos conclusiones de eso. La primera era que la terapeuta había iluminado a Steven y le había abierto los ojos a la miseria de su matrimonio con Beth con F, inspirándole a buscar una aventura; o su aventura con Tara ya había comenzado y, al ver lo miserable y deprimido que estaba, ella lo había diagnosticado y le había recomendado que buscara ayuda profesional. Las ventajas de tener a una profesional de la medicina en tu vida.

Tomek estaba firmemente en el primer grupo. Que había bastado una reunión con una persona externa para que Steven se diera cuenta de que era infeliz y que el césped era más verde al otro lado, y ciertamente mucho más verde lejos de Canvey Island. Un enorme "que te jodan" a Elizabeth. Y un "que te jodan" aún mayor a Vincent Gregory.

No hay que adivinar por qué a Tomek le gustaba tanto la primera opción.

CAPÍTULO
TREINTA Y NUEVE

Después de que terminara la reunión del mediodía, Nick había arrastrado a Tomek a su oficina para una breve charla.

—¿Cuál es tu plan para encontrar a Jenny Ingles? —le había preguntado.

Sin palabrotas. Sin agresividad. Sin gritos.

Totalmente fuera del carácter habitual del inspector jefe y, sinceramente, un poco aterrador.

Cuando Tomek le contó lo que planeaba hacer durante el resto del día, Nick le señaló con sus regordetes dedos y dijo: —Pues ve y hazlo de una puta vez. Y si veo —o me entero— de que has estado acosando a Gregory y entrando por las ventanas, te juro por Cristo...

No había podido terminar la frase, demasiado superado por la frustración. Pero a Tomek no le importó. Ya lo había oído todo antes. Y salió de la habitación con una amplia sonrisa en la cara. El malhumorado Nick había vuelto y no había nada de qué preocuparse.

Nada de qué preocuparse excepto cruzar el puente hacia la isla de Canvey y pasar otro trozo de su tarde allí.

Mientras había estado en la oficina de Nick, escuchando que debía espabilarse, Sean había conseguido dar con el nombre del mayor traficante de drogas de la isla, aquel para quien sospechaban que Jenny Ingles había acabado trabajando.

William Morton.

Un desempleado de un metro ochenta y cinco que había abandonado el instituto y poseía el último modelo de coche y toda la ropa de diseño. Solo con mirarlo —con las cadenas, el reloj y los zapatos que probablemente costaban más que los pagos mensuales de la hipoteca de Tomek— se podía ver claramente a qué se dedicaba. Lo encontraron en el aparcamiento del centro comercial Knightswick en medio del pueblo, apoyado contra su Range Rover, fumando un cigarrillo.

El aparcamiento en sí siempre le había parecido a Tomek excesivamente ambicioso. Muchas más plazas de las necesarias, e incluso más de las que nadie había pedido jamás. Y el edificio era aún peor. Anclado entre finales de los setenta y principios de los ochenta, con su fachada de ladrillo rojo apagado y suelo de baldosas tristes. La dirección había intentado animar el lugar con algo de luz artificial y macetas distribuidas por aquí y por allá, pero había tenido poco efecto. Lo que realmente necesitaban era mantener las puertas cerradas y no dejar entrar a nadie. O bien demolerlo por completo.

Tomek detuvo el coche y se bajó del vehículo. Sean arrastró su pesado cuerpo unos momentos después.

—¿Señor Morton? —preguntó Tomek.

En cuanto escuchó su nombre, William arrojó el cigarrillo al suelo y lo apagó con el pie.

—La mayoría me llama Billy —dijo, metiendo las manos en los bolsillos con aire despreocupado.

—Me alegro por ellos. ¿Podemos hablar contigo sobre algo?

—No será sobre Jesús, ¿verdad? Ya tuve un cliente que entró para hablarme de ese cabrón.

—¿Cliente?

Billy señaló con el pulgar por encima de su hombro en dirección al centro comercial. —Tengo una pequeña barbería ahí dentro, ¿no lo sabías?

Tomek no lo sabía, pero ahora sí. Un barbero traficante de drogas... ¿Había algo más obvio que eso? Bien podría haber puesto un gran cartel en la fachada de la tienda diciendo: *¡Por favor, vengan a blanquear su dinero aquí!* Tomek estaba dispuesto a apostar una buena cantidad de su propio dinero ganado con esfuerzo a que la

barbería de Billy solía estar tranquila, con largas tardes pasadas en las sillas mirando el móvil. También estaba dispuesto a apostar que, por lo que sabían el gobierno y Hacienda, estaba dirigiendo un pequeño negocio muy rentable.

—No estamos aquí para hablar de Jesús —dijo Sean. Como hombre de fe flexible (practicaba cuando quería e iba a la iglesia cuando podía), le disgustaba cuando alguien bromeaba sobre ese tipo de cosas. Aunque el uso por parte de Tomek de la expresión "por los clavos de Cristo" estaba permitido e incluso fomentado. Lo que tenía poco o ningún sentido para él, pero aun así lo aceptaba.

—Estamos aquí para hablar contigo sobre una amiga tuya... —continuó Sean.

Su figura imponente y voz profunda empezaban a tener efecto en Billy, quien comenzó a retraerse, perdiendo parte de la arrogancia juvenil y fanfarrona que viene con pensar que eres el gallo del corral, el Señor del reino de la Isla de Canvey.

—No tengo muchas de esas... —respondió Billy.

—Entonces no nos llevará mucho tiempo, ¿verdad? Nos preguntábamos si has tenido noticias de Jenny Ingles últimamente.

Un destello de reconocimiento cruzó su rostro al registrar el nombre. Pero Tomek ya sabía las siguientes palabras que saldrían de su boca. Estaba dispuesto a apostar aún más dinero por ello.

—No sé de quién me hablas.

¡Dingdingding! ¡Tenemos un ganador!

—Qué lástima —dijo Tomek—. Porque teníamos una pequeña apuesta. Mira, Sean dijo que dirías eso. Mientras que yo tenía un poco más de fe en ti.

Billy Morton se encogió de hombros. —Siento decepcionarte. ¿Nunca te dijo tu madre que no apostaras?

—¿La tuya nunca te dijo que no vendieras drogas? Oh. ¿He dicho demasiado?

La boca de Billy se abrió y cerró como un pez.

—Déjate de tonterías, tío. Sabemos que está trabajando contigo. O debería decir *para* ti. Así que ¿por qué no nos haces un favor a todos y nos dices lo que queremos saber?

Antes de responder, los ojos de Billy se desviaron varias veces por encima del hombro de Tomek. Tomek lo notó y se dio la vuelta para ver qué estaba mirando el traficante: dos adultos, uno desaliñado con los pantalones caídos hasta medio trasero, mientras que el otro parecía más respetable, llevando una camisa polo que destacaba músculos gruesos y redondeados, acercándose a ellos.

—¿Son clientes? —preguntó Tomek. Luego volvió a mirar. Había algo diferente en estos dos. No caminaban con el andar deprimido y zombificado de un yonqui atrapado en el abismo entre querer su siguiente dosis y conseguirla, sino que poseían el aire de personas más arriba en la cadena alimentaria—. ¿O estamos viendo a tus proveedores?

Los ojos de Billy bailaron entre Sean y Tomek, Tomek y Sean. Su pecho se agitaba, subiendo y bajando.

—Parece que no te queda mucho tiempo, colega —dijo Sean—. Gran decisión que tomar. Apuesto a que se preguntan quiénes son estos tipos trajeados. No somos tus clientes habituales, ¿verdad?

—Por favor —balbuceó Billy—. No la he visto desde el viernes. No sé dónde está. Y no sé lo que estaba haciendo.

—Sí que lo sabes. Y nosotros también.

—Ehhh. Vale. Estaba trabajando, pero no para mí. No trabaja para mí. Estaba haciendo lo suyo. Dijo que buscaba algunos tipos para quedar. Para sexo. Pasa todo el tiempo por esa zona. Nada que ver conmigo. Pero llevaba una bolsa de heroína encima. Eso sí lo sé.

Billy probablemente no sabía por qué había sentido la necesidad de contarles ese pequeño detalle, pero la buena noticia es que lo había hecho. La presión de la situación había abierto las compuertas de su mente y les había dicho un poco más de lo que quizás había planeado.

Y justo a tiempo; cuando terminó de hablar, los dos individuos se acercaron lo suficiente para oír.

Tomek decidió salvar al hombre de una muerte potencialmente horrible; la brigada antidroga lo atraparía en algún momento, lo que para gente como él era un destino peor que la muerte.

—Entonces bajamos hasta el final de esta calle, a la izquierda en la rotonda y luego seguimos más allá de las salas de juegos, ¿y

después otra vez a la izquierda?

Los ojos de Billy se abrieron con confusión. —Sí. Si llegan al pub, es que se han pasado.

—Genial —dijo Tomek—. Gracias, tío. Y si nos perdemos, sabremos dónde encontrarte, ¿verdad? —Estalló en una carcajada que resonó por todo el aparcamiento, y luego le dio una palmada a Billy en el brazo—. Que tengas un buen día, colega. Y gracias de nuevo por las indicaciones.

Mientras le daban la espalda, Tomek registró los rostros de los dos individuos con un asentimiento, y luego se dirigió de vuelta al coche.

No estaba exactamente seguro de qué hacer con la información que Billy le había dado. Si el vídeo de ella saltando al coche de otro hombre desde detrás de una tienda de fish and chips en medio de la noche no era prueba irrefutable de que se había estado prostituyendo, entonces el testimonio de Billy lo era. Y ahora sabían que también había estado llevando drogas encima —un ascenso desde la cocaína que ella y sus amigos habían estado consumiendo en el Windjammer. Pero ahora se confirmaba la hipótesis de Tomek, aquella en la que Nick no quería creer: que tal vez su secuestrador había sido un adicto a la heroína en busca de un buen rato.

Un buen rato que había salido mal.

CAPÍTULO
CUARENTA

Aquella tarde, Tomek no tenía muchas ganas de meter la llave en la cerradura de la puerta de su piso. Habían pasado casi veinticuatro horas desde que Kasia había huido, y no habían intercambiado ni una palabra. Sí, le había enviado un mensaje por WhatsApp para avisarle que llegaría tarde y que tendría que prepararse la cena ella misma. ¿Pero le había contestado? Absolutamente no. En su lugar, había leído el mensaje y lo había ignorado.

Lo había dejado en visto, como dirían los jóvenes.

Y eso le molestaba. No solo era descortés e irrespetuoso, sino también hiriente. No tenía ni idea de la situación que se encontraría al entrar. Cómo estaría su humor. Si estaría más cálida o más fría.

Y esto no era algo con lo que quisiera arriesgarse.

—¿Kasia? —llamó a la nada.

La sala de estar estaba vacía y la puerta de su dormitorio (ahora el dormitorio de *ella*) estaba firmemente cerrada. El olor de la cena permanecía en la cocina y las sobras seguían en su plato. Casi el ochenta por ciento del chili con carne precocinado para microondas. Igual que la noche anterior y la anterior a esa. No estaba comiendo adecuadamente, y se preguntó si habría comido el almuerzo que le había preparado esa mañana.

No quería usar el término "trastorno alimenticio", pero una cosa de la que cada vez era más consciente —y sobre la que estaba tomando medidas para educarse— era la creciente presión que se

ejercía sobre las chicas jóvenes de la edad de Kasia para que se parecieran a modelos fitness y vistieran con casi nada. El auge de las redes sociales había creado una ansiedad perpetua sobre el peso y la delgadez en niños impresionables, bombardeándolos con imágenes de modelos delgadas y semidesnudas, que estaban horrorosamente flacas y a veces parecían demacradas. Incluso había empezado a notar que Kasia estaba adelgazando; sobre todo en los hombros y los brazos.

Solo una preocupación más cuando se trataba de cuidar a una adolescente. Eso y los chicos, el alcohol, las drogas, el sexo. Todo tipo de cosas de las que no tenía ni puta idea de cómo manejar.

A continuación, se dirigió a su dormitorio (el dormitorio de *ella*). Un suave sonido de música provenía del otro lado de la puerta. Lo estaba escuchando con auriculares a un volumen tan alto que podía oírlo desde donde estaba. Si no tenía cuidado, formaría parte de una generación que estaría sorda a los treinta años.

Llamó a la puerta pero no recibió respuesta.

Llamó de nuevo.

Nada todavía.

Entonces, con cuidado, abrió la puerta y asomó tentativamente la cabeza por el hueco, mirando directamente al armario frente a él, por si acaso la encontraba en una posición comprometida.

La realidad fue mucho peor.

Primero notó el olor. Afrutado. Dulce. Como a uvas.

Y luego vio la gran nube blanca de vapor flotando frente a su cara, moviéndose suavemente con la brisa que entraba por la ventana.

Ahí estaba ella, sentada en su cama, todavía con el uniforme escolar puesto, fumando un vapeador.

—¿¡Qué coño estás haciendo con eso!? —Su voz retumbó por toda la habitación y a través de los auriculares.

Tan pronto como lo vio parado en el marco de la puerta, se los quitó de un tirón y los arrojó sobre la cama, para luego proceder a esconder el vapeador bajo el edredón.

—No puedes esconderlo —le dijo—. Lo he visto, joder. ¿Qué crees que estás haciendo, fumando en mi puta casa?

Kasia abrió la boca, pero él estaba demasiado enfurecido para dejarla hablar, y mucho menos para escuchar lo que tenía que decir.

—¿De dónde coño lo has sacado? ¿Quién te crees que eres? ¿Esta es mi puta casa y vienes y haces algo así como si fuera tuya?

Tomek hizo una pausa para recuperar el aliento. Había perdido la cuenta de las veces que había dicho la palabra *coño*.

—Es... Yo... No me hables así —comenzó Kasia.

—Te hablaré como me dé la gana.

—No, no puedes. ¡No eres mi padre!

Tomek apretó el puño. Su reacción a esas palabras vendría más tarde, una vez que hubiera tenido la oportunidad de procesarlas.

—¡Sí que lo soy! Pero nunca pedí ser tu padre, ¿verdad? ¡Y mira dónde estamos!

Y su reacción a *esas* palabras esperaba que llegara más pronto, rezó. Mucho más pronto. Como, en los próximos treinta segundos.

Kasia se arrodilló en la cama. —¡Odio estar aquí, joder! —gritó, y luego agarró el vapeador y le dio varias caladas seguidas.

Solo consiguió llegar al segundo intento antes de que Tomek se abalanzara sobre ella. Se lo arrancó de la boca y se precipitó hacia la cocina, donde lo arrojó a la basura.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Kasia tras él, bloqueando la entrada de la cocina—. ¡He pagado por eso!

—¿Con qué dinero?

Antes de que pudiera responder, Tomek corrió hacia la estantería de la sala y abrió su libro favorito: *El retrato de Dorian Gray*. Dentro debería haber tenido un fondo de emergencia secreto de cien libras, pero cuando lo abrió, solo contó cincuenta restantes, compuestas por dos billetes de veinte y uno de diez.

—¿Me has estado robando?

Lo de fumar era una cosa, pero lo de robar era un asunto completamente diferente. No toleraría ninguna de las dos.

—¡Te pedí dinero el otro día y no quisiste dármelo!

¿Lo había hecho? ¿No le había dado?

No podía recordar la conversación a la que ella se refería, pero eso no significaba que pudiera robarle.

—¿Dónde compraste los vapeadores?

—En la tienda —dijo con toda la beligerancia que cabría esperar de una niña que pensaba que tenía razón.

—¿Qué tienda?

—Una que hay a la vuelta de la esquina.

—¿Qué esquina? ¿Aquí o cerca de la escuela? En realidad, ¿sabes qué? Hablaré con ambas y me aseguraré de que no te sirvan.

—¿Qué? Eso es totalmente injusto.

—¡Eres *menor de edad*! Ni siquiera deberías saber de estas cosas, y mucho menos estar fumándolas. No son buenas para ti. Ni siquiera sabemos cómo afectan a tu salud. No quiero que las fumes más.

—No puedes decirme lo que tengo que hacer... —Cruzó los brazos y resopló.

—¿Porque no soy tu padre? Pues lo soy. Y esa es la situación en la que estamos ambos. He estado esforzándome al máximo, y tú no estás poniendo nada de tu parte. —Se llevó las manos a la cabeza y suspiró profundamente, bajando la mirada al suelo. Mientras exhalaba, la tensión en la habitación pareció disminuir ligeramente —. ¿Sabes qué? No soporto verte ahora mismo. Quítate de mi vista. Vete a tu habitación.

Como era de esperar, Kasia no necesitó que se lo dijeran dos veces. La puerta se cerró de golpe un momento después de que él lo dijera. Y entonces recordó: la ventana. Estaba abierta.

—¡Mierda!

Ella era rápida; si no actuaba ya, podría perderla de nuevo. Salió disparado de la cocina hacia la puerta del dormitorio. La atravesó un instante después y la sorprendió cuando metía la mano en el bolsillo de su chaqueta escolar para sacar otro cigarrillo electrónico.

—Casi... —dijo, considerablemente más calmado esta vez, y extendió la mano—. Pero no del todo. Dámelo.

Varias decisiones pasaron por el rostro de Kasia: la primera fue si arrojarlo por la ventana (después de todo, sería mejor que nadie lo tuviera a que lo tuviera él), y la segunda fue fumarlo delante de él en una demostración de pura arrogancia como había hecho un momento antes.

Afortunadamente para él, ella tardó demasiado en decidirse y no se dio cuenta de la mano de Tomek que se extendía hacia el vapeador. Tomó la pequeña caja de cartón y se la metió en el bolsillo.

—¿Cuántos más tienes?

—Ninguno.

—No me mientas, Kasia. No quiero tener que revisar tu mochila.

—Entonces no lo hagas.

Si alguna vez hubo una invitación para que lo hiciera, era esa. Con una zancada larga, llegó al otro lado del tocador y encontró su mochila escolar. Dentro había una agenda, un pequeño estuche, un surtido de libros escolares y una botella de agua. Y, justo en el fondo, estaba el sándwich que le había preparado envuelto en papel de aluminio para el almuerzo, aunque decidió no mencionarlo. El problema del vapeador ya era más que suficiente por ahora. Ese era un argumento para otro momento, algo que guardar en su arsenal.

—¿Cuánto tiempo llevas fumando estas cosas? —preguntó, con la combatividad ya ausente en su voz.

—No... no mucho.

—¿Un día? ¿Una semana?

—Un par de días.

—¿Y fue Sylvia quien te metió en esto?

Algo en él había cambiado. De un rottweiler furioso y rabioso a un labrador tranquilo y gentil.

—No. A ella no le gustan.

—Entonces, ¿cómo coño empezaste con ellas?

Ella no respondió. Algo en ella también había cambiado. Al igual que él, había pasado de ser un feroz Jack Russell a un golden retriever obediente pero temperamental.

Tomek decidió que era suficiente por esta noche. No había más que discutir sobre el tema. No más gritos. Pero antes de irse, cerró la ventana del dormitorio y la aseguró con llave.

Tampoco habría más escapadas nocturnas.

Mientras cerraba la puerta del dormitorio tras de sí, sacó su teléfono y se dirigió al sofá. Su mente estaba inundada de innumerables pensamientos. De la discusión. De que ella no comía.

De que fumaba. De que se estaba convirtiendo en una carga problemática y difícil para su tiempo.

De cómo estaba empezando a caer por la misma pendiente resbaladiza que Jenny Ingles había seguido una vez. De cómo no quería que le pasara lo mismo a ella.

De que no estaba hecho para esto. De que estaba completamente fuera de su elemento. De que no tenía ni puta idea de lo que hacía.

De cómo desesperadamente necesitaba ayuda...

Sentado allí, mirando su reflejo en la negra pantalla del televisor apagado, pensó en esa palabra: *ayuda*. En lo que significaba y dónde podría encontrarla.

Luego desbloqueó su teléfono y se desplazó hasta "Recientes" en su agenda de contactos. Vio las varias llamadas perdidas del número no registrado.

Anika.

La madre de Kasia. La persona que probablemente necesitaba más que nadie en este momento.

CAPÍTULO
CUARENTA Y UNO

Decir que las cosas habían empezado a desmoronarse sería quedarse corto. Estaban perdiendo rápidamente el control de la situación, y él no sabía hacia dónde ir desde aquí. Pero una parte de él sentía que habían pasado el punto de no retorno, así que ¿qué daño haría si continuaban por este camino temerario? ¿Qué era una vida más?

Nunca había planeado que fuera así, pero ella había insistido. Y ahora él había hecho cosas de las que no se sentía orgulloso. Cosas de las que más tarde se arrepentiría.

La suma de todo ello yacía en el suelo frente a él. Semidesnuda de cintura para abajo, su ropa interior descartada a un lado en un sucio desorden. Su piel estaba cubierta por una capa de sudor denso y temblaba violentamente. Estaba semiconsciente, aunque por la mirada vacía y perdida en sus ojos, cualquiera pensaría que estaba muerta.

Si no lo estaba ya, pronto lo estaría.

En el suelo junto a ella había una aguja, con evidencia de su uso manchando la punta. Al lado había evidencia de algo más: su incompetencia.

Más bien, *su* incompetencia.

Encontrar una vena e inyectar las drogas en su sistema había sido una curva de aprendizaje empinada (e incluso ahora no estaba completamente seguro de haberlo entendido del todo), pero había aprendido lo básico y sabía que, cuando se trataba de heroína y

otras drogas similares, lograr que entrara en el torrente sanguíneo era básicamente todo lo que importaba.

Realmente fácil. Excepto que no lo había sido. No cuando sus manos habían temblado mientras introducía la aguja en su piel, casi arrancando un trozo de su carne al engancharse.

Después de que finalmente le administrara las drogas, ella había caído en un trance similar al coma, con su mente y alma a años luz de distancia mientras su cuerpo permanecía firmemente con él.

Abierto.

Listo.

No estaba orgulloso de lo que había sucedido después (Dios, ¿quién podría estarlo?) pero había sucedido de todos modos.

Y nuevamente poco después.

Desde que había estado con ellos, el pobre cuerpo de Jenny Ingles se había convertido en un juguete. Un juguete para que él —*ellos*— experimentaran y se divirtieran.

Al fin y al cabo, ella *era* una prostituta.

El único problema que tenían ahora, sin embargo —el gran dilema, el mayor maldito dilema que jamás hubiera existido— era qué hacer con ella.

Se les estaba acabando rápidamente su heroína. Y poco después de que se terminara, ella despertaría y reconocería su rostro. Eso abría toda una serie de problemas potenciales para los que no estaban preparados.

Él había sabido que esto sería parte del plan —había estado de acuerdo— pero no así. Había mejores maneras de hacerlo que esta...

Miró a Jenny, desplomada en el suelo. Repugnante. ¿Podría usar la poca heroína que les quedaba y esperar una sobredosis? De esa manera se ahorrarían el desastre.

¿O podría terminar con ella una última vez y luego hacer lo que debía hacerse?

Un último polvo.

Una última eyaculación decepcionante y predecible.

Antes de pasar a la siguiente fase.

CAPÍTULO
CUARENTA Y DOS

Moo-Moos había sido un pilar en la calle principal de Leigh Broadway durante los últimos veinte años, y también era uno de sus lugares favoritos, así que lo eligió como un lugar más apropiado para reunirse. Sin mencionar que ella no era el tipo de mujer para llevar al pub. Demasiado refinada. Demasiado civilizada.

Esta noche el bar estaba más tranquilo de lo que Tomek había esperado para un jueves por la noche. Aunque contenía el número habitual de personas: las dos mujeres elegantemente arregladas, sentadas en la esquina con sus gin-tonics, criticando en voz baja a sus maridos y poniéndose al día antes de volver al mundo real; una joven pareja buscando un lugar tranquilo para terminar su cita antes de irse a casa a sentarse en silencio; y por último el grupo de cinco hombres, que obviamente se habían preparado para una noche de conquistas pero habían arruinado sus posibilidades emborrachándose demasiado antes de aventurarse a cualquiera de los clubes del centro de Southend.

El crisol de la alta sociedad de Essex.

Tomek miró su reloj. Era poco después de las 10 p.m.

Tarde, pero no demasiado. La hora de cierre sería en una hora más o menos, tal vez un poco más dependiendo de lo generoso que se sintiera el dueño.

Mientras esperaba, hacía girar el vaso de cerveza sobre la mesa y observaba cómo el líquido se mecía de un lado a otro. Hasta que

finalmente la puerta se abrió y entró una cara conocida, una cara *extraña*.

Una cara que había cambiado drásticamente desde la última vez que la había visto, y sin embargo no había cambiado en absoluto.

Su *ayuda*.

Tan pronto como Saskia Albright lo notó, su rostro se iluminó, y él fue transportado a la última vez que la había visto: en el funeral de su amigo, hace casi trece años. Habían ido a tomar un café después del servicio y habían recordado las historias entre todos ellos. Justo antes de que ella volara de regreso a Escocia para vivir con sus padres y embarcarse en el proceso de duelo por la pérdida de su novio.

—Tomek... —dijo con un acento escocés que tenía un ligero deje de Essex—. Es tan bueno verte.

Tomek no respondió. En su lugar, se levantó de su asiento, se acercó a ella y la abrazó. Fuerte. Envolviendo sus brazos alrededor de su pequeño cuerpo y abrazándola como si fuera un familiar perdido hace mucho tiempo que una vez presumió muerto.

—No tienes idea de cuánto te he echado de menos —dijo mientras finalmente la soltaba. Si ella se sentía perturbada por la duración del abrazo, su rostro no lo mostraba.

—Igualmente, pero nada te impedía llamar o enviar mensajes de vez en cuando... ¡fue como si hubieras desaparecido de la faz de la tierra!

Tomek dudó mientras formulaba una respuesta. —*Igualmente*. Escocia no está tan lejos del fin del mundo.

Ella le lanzó esa pequeña mirada fulminante. Esa que trataba de ocultar la sonrisa en su rostro pero fallaba miserablemente. Esa que él amaba, y trataba de provocar en ella en cada oportunidad disponible.

—¿Una bebida?

—Por favor.

—¿Lo mismo de siempre?

—Veamos si recuerdas.

Y lo recordaba. Un Disaronno con jugo de arándano. Solo lo recordaba porque sabía como los caramelos Cherry Drops que solía

comprar en la tienda local cuando era niño.

—Estoy impresionada —dijo ella mientras sorbía su bebida. Su lápiz labial dejó una mancha en la pajita.

—Hay algunas cosas en las que soy bueno en la vida, y una de ellas es recordar las bebidas favoritas de mis amigos.

—¿Pero no recordar llamar?

Tomek suspiró. —¿Vas a estar así toda la noche? De lo contrario, te enviaré la cuenta de la bebida ahora y podemos dar por terminada la noche.

—Tú eres quien me pidió que viniera —dijo ella.

—Estoy empezando a desear no haberlo hecho. ¿Qué quieres de mí? ¿Una disculpa? Bien. Lamento no haber llamado. Fui un imbécil, y un amigo aún peor. Pero tú tampoco estás completamente libre de culpa, amiga mía...

—Lo sé, pero me hace sentir mejor sobre la parte que yo también jugué en esto.

—Típico de Saskia —dijo Tomek, poniendo los ojos en blanco burlonamente.

Durante los siguientes momentos, ninguno de los dos dijo nada. Para llenar el espacio, Tomek tomó un sorbo de su bebida y ella hizo lo mismo. La dejó con cuidado, más contacto visual. Estaban atrapados en ese vacío de encontrar un lugar para comenzar. De saber por dónde empezar para llenar los vacíos de los últimos trece años.

Al final, Tomek optó por el único inicio de conversación que le vino a la mente.

—¿Cómo has estado?

—¿Eso es todo? ¿Casi quince años y todo lo que obtengo es "¿Cómo has estado"? Vamos, Tomek, puedes hacerlo mejor. ¿Dónde se ha ido ese encanto tuyo?

Absorbido por la adolescente que actualmente estaba encerrada en su habitación y bajo estrictas instrucciones de no hacer nada estúpido.

—Estaba preparando el terreno —le dijo—. Así es como se hace. No irías a alguien y le pedirías matrimonio inmediatamente. Pero

debo decir que te ves realmente bien. No pareces haber envejecido nada.

—Bueno, gracias... supongo. Tú tampoco te ves tan mal.

—¿Cómo están tus padres?

—Aún vivos. Apenas. Mi madre ha estado entrando y saliendo del hospital con un problema de cadera y mi padre todavía tiene su corazón delicado, así que parece que yo tendré lo mismo en unos treinta años.

—Mira el lado positivo —comenzó él—, al menos no te estás volviendo loca en las montañas. Todo ese espacio abierto y aire limpio realmente puede causarte problemas. Debe ser horrible.

—¿Es por eso que te has quedado aquí abajo durante tanto tiempo? ¿Porque te mantiene con los pies en la tierra?

Tomek asintió. —Eso, y porque no *soporto* el acento.

Ella fingió sorprenderse y se llevó la mano a la boca. —¡Siempre dijiste que te gustaba mi acento!

—Me gustaba hace trece años. En ese entonces era sutil. Ahora es mucho más prominente. Supongo que eso significa que tendrás que quedarte aquí abajo unos años más.

—Ese es el plan.

—¿Cuánto tiempo llevas ya de vuelta?

—Unos seis meses.

Ahora era su turno de fingir sorpresa. —¿Y no llamaste? ¿Has estado de vuelta todo este tiempo, y nada...? Estoy herido.

—Estaba tratando de evitarte lo más posible. Pero ahora me tienes acorralada... No tuve otra opción.

—Seis meses es bastante tiempo —dijo él—. Pero no hay forma de evadirme. Soy como el herpes: simplemente sigo volviendo, nena.

Saskia le lanzó otra de esas miradas fulminantes.

Dos en tan rápida sucesión. Esto iba mejor de lo que había esperado.

Después de que ella terminara de darle la mirada, la conversación pasó al mundo del trabajo, llenando los vacíos allí. Después de regresar a Escocia, Saskia había decidido convertirse en profesora. Principalmente en escuelas secundarias, centrándose en

enseñar Lengua Inglesa a la mayoría de sus alumnos que no les importaba. Pero ahora estaba buscando otro desafío, y tenía un nuevo puesto permanente en una escuela primaria en Canvey (en ese momento Tomek había amenazado con irse). Había sido un cambio de carrera masivo para ella en primer lugar, pero después de unos meses se había sentido asentada. Y ahora estaba pasando por todo eso otra vez.

—Es literalmente como mudarse a una nueva escuela cuando eres niño —dijo ella—. No conoces a nadie y toma un tiempo para que todos se acostumbren a ti. Debes saber a qué me refiero...

Tomek lo sabía. Y recordó sus primeros días de escuela. De estar al frente del aula sin nadie con quien hablar mientras todos los grupos y camarillas se sentaban en la parte de atrás. Se había sentado allí mirando a la maestra y la pizarra, tratando de descifrar los jeroglíficos del idioma inglés sin pedir ayuda. Había sido así durante semanas hasta que un día Saskia se había acercado a él y comenzado a hablarle. Completo galimatías, en su mente. Pero galimatías amistoso, galimatías educado. Ella siempre había mantenido que había querido ser su amiga porque le había parecido amigable y cálido. Pero Tomek conocía la razón real incluso si ella no estaba dispuesta a decirlo. Fue por lástima. Una sugerencia que sus padres habían hecho una noche y ella había actuado en consecuencia.

Pero estaba agradecido de que lo hubiera hecho.

Y ahora Tomek estaba empezando a darse cuenta de que estaba agradecido de que Sylvia hubiera hecho algo similar con Kasia. Que hubiera dado el salto y comenzado a hacerse amiga de una completa extraña que había sido nueva en la escuela.

Sylvia era la Saskia de Kasia, y Tomek estaba agradecido por ello.

—Hay algo importante que necesito contarte... —comenzó.

El color huyó de sus mejillas mientras su mente consideraba lo peor.

—No, no me estoy muriendo —dijo rápidamente para aliviar sus temores—. Al menos no creo que lo esté. No... es solo el pequeño asunto de haberme enterado hace más de un mes que ahora soy el orgulloso padre de una hija de trece años llamada Kasia.

Durante un rato, nada pareció suceder en el rostro de Saskia. Era como si hubiera sido congelada en el tiempo y los engranajes en su mente se hubieran congelado junto con ella. Incluso si hubiera querido hablar o reaccionar, no podía. No hasta que todo comenzara a descongelarse.

Mientras esperaba, Tomek terminó su cerveza y fue al bar. Regresó con otra cerveza para él y otro paquete de Cherry Drops para ella.

—Parece que podrías necesitar otra... —dijo.

—Yo... —comenzó, pero solo llegó hasta la primera sílaba—. Creo que eres tú quien necesita la bebida extra... —Entonces Saskia sacudió la cabeza mientras volvía en sí—. Tengo tantas preguntas.

—Y tan poco tiempo para hacerlas.

Mientras estuvo en el bar, el camarero le había explicado que era la última ronda y que cerrarían en otra media hora.

—Nunca pensé que algo así te pasaría a *ti* —comenzó—. Quiero decir, sabía cómo eras cuando eras más joven pero nunca te imaginé con un hijo. Siempre pensé que habría sido... Pero si tiene trece años, entonces eso significa que debe haber nacido poco después de que me fuera.

Tomek asintió.

—Y por esa época todavía estabas con Anika... Lo que significa...

Tomek asintió de nuevo.

—Sabes, si no te gusta este asunto de profesora, entonces estoy seguro de que podemos encontrarte un papel en la policía. Eres bastante perspicaz.

—¿Pero cómo? ¿Cuándo? ¿Qué? ¿Dónde está ella? ¿Habéis estado juntos desde entonces? ¿Qué pasó con todo ese asunto de su tío...? ¿Patrick...? ¿James...? ¿La aventura...?

Tomek se estiró y puso una mano sobre la de ella. Inmediatamente se calmó mientras la miraba un momento. Ahora, mientras estaba en un estado de semi-shock, Tomek explicó todo. Sobre cómo Anika había estado embarazada durante su relación. Cómo le había ocultado la noticia y había criado a Kasia por su cuenta. Cómo había caído en su debilitante hábito de drogas. Cómo le había enviado a la niña una fría tarde de noviembre.

Cómo había estado viviendo con él desde entonces.

Al final, la boca de Saskia se había abierto y pasó la lengua por sus dientes.

—Jesucristo. Eso está jodido.

—Exactamente. Así que este es el nuevo yo: el Tomek adulto. Porque no he tenido otra opción.

—¿Y cómo han sido las cosas entre vosotros dos?

Ahí es donde se ponía interesante. Tomek le explicó las dificultades que los dos habían estado teniendo. Cómo las cosas aparentemente habían ido genial en la última semana más o menos y cómo se habían desplomado drásticamente en los últimos dos días. Tomek tenía tanto respeto y adoración por Saskia, y tanta confianza en ella, que fue abierto y vulnerable con ella. Explicó en detalle los pormenores de sus propias faltas y fracasos, y también los de Kasia. No había querido que pareciera que estaba poniendo toda la culpa de su difícil relación en ella.

—Ha pasado por mucho... —dijo—. Pero es solo que recientemente las cosas han... han comenzado a retroceder. La encontré fumando vapeadores cuando llegué a casa esta noche.

—¿Es esa la razón de la llamada?

Tomek asintió. —Necesito ayuda. Eras la única persona en quien podía pensar para llamar.

—Muy amable de tu parte. Pero lo que está haciendo, ¿es diferente de lo que tú hacías a esa edad?

Tomek lo consideró. Vio el otro lado de la moneda.

—Es posiblemente mejor... Dependiendo de con qué profesional médico hables.

—Bueno, tiene trece años. Le están pasando cosas. Todo su mundo está cambiando. Aún más considerando cuánto ha cambiado ya. —Ahora era su turno de poner su mano sobre la de él. Suave, gentil, familiar—. Solo se está adaptando a todo. Le va a tomar un tiempo. Solo necesitas darle algo de tiempo.

El tiempo no era un problema. El tiempo lo podía manejar.

Era la paciencia la que se le estaba acabando. Y necesitaba una solución rápida, ya.

CAPÍTULO
CUARENTA Y TRES

El cuerpo de Jenny Ingles fue encontrado poco después de las 9 de la mañana. Era la primera vez aquella mañana que alguien había sido lo suficientemente valiente como para aventurarse por el parque desde que el cuerpo de Annabelle Lake había sido descubierto allí. Era como si un campo de fuerza invisible e impenetrable se hubiera asentado alrededor de la zona, y solo se levantaba cuando el sol aparecía sobre el horizonte. La muerte de la pequeña Annabelle se había vuelto viral y había conmocionado al pueblo. Como resultado, docenas de flores y fotografías que habían sido compartidas en Facebook por Elizabeth Lake y Georgia Gregory se acumulaban en las verjas metálicas del perímetro. Algunos habían sido lo suficientemente valientes para aventurarse en el parque infantil y dejar sus recuerdos en el columpio donde ella había muerto.

Pero ahora era el lugar donde se había encontrado otro cuerpo, exactamente en el mismo lugar y posición que Annabelle Lake.

Aunque esta vez, Tomek no esperaba que el revuelo fuera tan sonado. La desaparición de Jenny Ingles no había provocado ni un murmullo en los escalones de la escalera de las redes sociales. Nadie mostraba ninguna emoción ni parecía preocuparse por una chica desaparecida que vendía drogas y se prostituía.

Terrible, realmente.

Rodeando el cuerpo de Jenny Ingles —que había sido colgada de la parte superior del columpio esta vez porque su cuerpo era más

largo— había una unidad de Oficiales de Escenas del Crimen. Ya habían estado allí antes, habían hecho el mismo trabajo, y así que habían montado la carpa en la misma posición que antes. Todos en el equipo sabían lo que estaban haciendo y lo que estaban buscando.

Mientras Tomek los observaba moverse de un lado a otro, tomando fotografías de posibles pruebas, notó a uno del equipo agachado junto al mural cerca de los columpios. El individuo con traje estaba en medio de retirar las muestras de amor y dolor, colocándolas cuidadosamente en bolsas de pruebas. Una por una, el sonido del plástico crujiente se fue apagando.

Tomek había venido solo esta vez. Solo porque no había querido que nadie fuera testigo de que potencialmente resbalara en el mismo trozo de barro que la vez anterior.

Miró ese punto con atención, diciéndose a sí mismo que no se acercara.

—Buenos días, jefe —dijo Lorna, la patóloga del Ministerio del Interior. Se había quitado su traje forense y estaba de pie con él al otro lado del cordón—. Pareces cansado —le dijo.

—Sí. Gracias.

—Una vez que cumples los cuarenta, todo empieza a ir cuesta abajo —añadió—. Empiezas a sentir las cosas un poco más.

Tomek alzó una ceja hacia ella. —¿No estás tú a mediados de los treinta?

—Sí. Solo quería hacerte sentir un poco mejor contigo mismo, eso es todo.

Tomek le dio las gracias a medias y luego señaló hacia la carpa. —Dígame todo lo que necesito saber y más.

—Ya sabe todo lo que hay. Asesinada exactamente de la misma manera que Annabelle Lake. Mismo método, misma hora de la muerte, y estoy dispuesta a apostar que tiene el mismo contenido estomacal que la pequeña Annabelle.

—¿Cuándo puede decirlo con certeza?

—Esta tarde. Puedo posponer algunas cosas. A su asesino solo le falta una muerte para ser clasificado como un desayuno. Y ya sé que entonces les tendré a todos ustedes encima.

A Tomek le llevó un momento entender la broma.

—¿Se refiere a un asesino en serie?

—Sí. Pero cuando tengo que explicarlo, ya no suena tan bien.

—No, no suena bien. Quizás piense en una mejor manera de contarlo la próxima vez. —Tomek se pasó los dedos por el pelo—. Pero sí, con suerte, podremos atraparlo antes de llegar a una tercera víctima.

Aunque no había esperanza en su voz, ni esperanza en su alma. El asesino había logrado mantenerse un paso por delante en todo momento, y ahora empezaba a sentir que se estaba adelantando...

Dos pasos.

Tres pasos.

Tomek no podía permitirle llegar a un cuarto.

Con suerte, cometería un error, se equivocaría. Y cuando lo hiciera, Tomek estaría listo y esperando en la hierba húmeda y embarrada.

CAPÍTULO
CUARENTA Y CUATRO

Mientras esperaba a que Lorna le enviara sus hallazgos, Tomek decidió seguir una idea que se le había ocurrido.

Eran las 10 de la mañana y el Centro Comercial Knightswick llevaba abierto una hora ya. Pero cuando llegó a la barbería de Billy Morton —acertadamente llamada, aunque con poca imaginación, Barbería de Billy— la encontró cerrada, sin señales del propio Billy ni de ninguno de sus otros barberos en el horizonte. Quizás el lavado de dinero no iba bien y se había visto obligado a esconderse. O, por el contrario, el negocio iba extremadamente bien y podía tomarse días libres cuando quisiera.

Afortunadamente, a Tomek no le tomó mucho tiempo averiguarlo. Después de unos minutos esperando pacientemente fuera de la tienda como si esperara a alguien para una cita, el hombre finalmente apareció. Avanzaba con dificultad por el centro comercial con un ligero cojeo.

—¿Te apetecía dormir hasta tarde, eh? —preguntó Tomek cuando el hombre se acercó—. ¿Tan bien va el negocio?

Y entonces notó las grandes manchas negras en su cara, las raspaduras en sus nudillos y puños.

—No se preocupe —dijo Billy, al notar que Tomek examinaba sus heridas—. El otro tipo quedó peor que yo.

—¿Está seguro? Porque tiene un aspecto horrible. ¿Quién le hizo esto? ¿Esos dos tipos del aparcamiento?

—No —dijo Billy mientras negaba profusamente con la cabeza.

La comprensión de que estaba hablando con un policía en medio de un centro comercial, donde cualquiera podía entrar y reconocerlos a ambos, pareció asaltar a Billy muy rápidamente. Había pasado de estar momentáneamente dispuesto a discutir esa situación, a cerrarse como la escotilla de un submarino.

—Nadie me hizo esto —añadió, como para enfatizar el punto—. Me caí.

—¿Ha ido al hospital?

—No puedo permitírmelo. Tengo un negocio que atender.

—No por mucho tiempo si vuelven. O debería decir si se vuelve a caer...

—No tiene que preocuparse por mí. Puedo protegerme.

—Por alguna razón, los moretones en su cara y cuello me dicen lo contrario.

Billy encogió los hombros, haciendo un gesto de dolor al hacerlo, y luego pasó junto a Tomek con toda la estoicidad que pudo. Se dirigió al frente de la barbería y abrió la puerta. Para cuando terminó de encender las luces y poner la música y la televisión en el rincón, una pequeña fila de adolescentes se había formado fuera de la tienda. Tomek no sabía si esto era parte de su operación de drogas o si solo querían un corte de pelo, aunque mirando a algunos de ellos, necesitaban desesperadamente ambas cosas.

¿Seguramente Billy no sería tan estúpido como para ofrecer drogas a los chicos delante de un oficial de policía?

Aunque, por otra parte, los traficantes no eran conocidos por ser las herramientas más brillantes del cobertizo.

—Lo siento, colega —dijo Billy un momento después mientras cojeaba hacia Tomek—. Pero si no está aquí para un corte de pelo, voy a tener que pedirle que se vaya.

—No estoy aquí para un degradado o un corte bajo y lados, gracias. En realidad estoy aquí para decirle que esta mañana encontraron a Jenny Ingles muerta en un parque, colgando de un columpio.

El shock se registró en la cara de Billy.

—¿No sabrá usted algo sobre eso, verdad?

Con los ojos muy abiertos, Billy negó con la cabeza.

—No, tío. Yo... yo... yo no sé nada... —hizo una pausa—. ¿Y está seguro de que era Jenny?

Tomek asintió.

—Joder, tío. Mierda. Jenny... Yo... Mierda.

—¿Dónde estuvo anoche? —preguntó Tomek en voz baja, para evitar que la gente alrededor escuchara su conversación.

—Estaba en el hospital, tío. Urgencias. Pensé que me había roto la pierna, cuando...

—¿Cuando se cayó?

—Sí, cuando me caí. Estuve allí hasta como las tres, cuatro de la mañana. Llegué a casa, me fui directo a la cama.

Asintió de nuevo, esta vez pensativo.

—¿Por qué no dijo eso desde el principio?

Tomek conocía la verdadera razón antes de que siquiera la mencionara. Vergüenza. Intentar salvar las apariencias. Ego. Tratando de ocultar el hecho de que le habían dado una paliza.

Antes de dejar a Billy, le dijo al hombre que permaneciera en el área mientras continuaban sus investigaciones.

—Ah, y consígase un par de zapatillas deportivas adecuadas —añadió—. Nada de esas de diseñador. Las buenas tienen un agarre muy superior y deberían evitar que vuelva a caerse. Además, son buenas cuando necesita huir de cualquier cosa...

CAPÍTULO
CUARENTA Y CINCO

Desde la desaparición inicial de Jenny Ingles, Tomek había pasado horas intentando descubrir un posible vínculo que la conectara con Annabelle Lake. Pero por más que lo intentaba, las evidencias no parecían indicar ninguna relación entre ellas. Las chicas tenían edades diferentes, procedían de entornos completamente distintos y, por lo que había podido averiguar, nunca se habían conocido ni sabían la una de la otra.

La conexión había estado en su mente. Una idea intangible, una esperanza. Hasta que más tarde aquella misma tarde, en la sala de investigación, sus sospechas se confirmaron. SÍ existía un vínculo entre las muertes de las dos chicas.

—Aparte del evidente modo de muerte —comenzó Victoria, dirigiéndose a todos mientras leía el informe patológico de Lorna—, el estómago de Jenny Ingles contenía mucho pescado, el mismo tipo que se encontró en el estómago de Annabelle Lake. En segundo lugar, la misma composición de barro, arena y tierra se encontró en los pies de Jenny Ingles, coincidiendo también con la hallada en los de Annabelle Lake.

—Así que parece que ambas han estado retenidas en el mismo lugar y a las dos solo se les ha dado pescado como alimento... —observó Tomek en voz alta, más para su propio beneficio que para el de los demás.

—Salmón y atún, para ser exactos —respondió Victoria.

—Qué pena que el atún sea mi favorito —dijo Rachel—. Me lo habéis arruinado ahora.

—En realidad, el pescado en general tiene un contenido bastante alto de mercurio, así que no deberías comer demasiado de todos modos —dijo el agente Oscar Perez. Luego se volvió hacia Nadia—: Eso es algo de lo que tú también debes tener cuidado, por cierto. Se aconseja encarecidamente a las mujeres embarazadas y a los recién nacidos que no coman salmón ni ningún tipo de pescado.

Nadia gruñó y se frotó el vientre.

—Gracias por eso, Capitán. Había planeado lanzarla al Mar del Norte y dejar que pescara sus propias comidas, pero tendré que comunicárselo con delicadeza a la pequeña cuando nazca...

La sonrisa en el rostro de Oscar sugería que estaba orgulloso de su consejo, independientemente del sarcasmo con que había sido recibido.

—¿Podemos volver al tema, por favor? —preguntó Nasty Nick, suspirando lo suficientemente alto para que todos lo oyeran.

Todos guardaron silencio mientras esperaban a que Victoria continuara. Antes de hacerlo, ella hizo un leve gesto con la cabeza hacia Nick como forma de agradecimiento. Luego se aclaró la garganta.

—El resto del informe no resulta tan agradable de leer... —dijo, con una voz apenas más alta que un susurro—. En los momentos previos a su muerte, Lorna cree que la mantuvieron inyectada de heroína en todo momento, posiblemente para sedarla y estabilizarla, y también fue violada, brutalmente violada, múltiples veces. Encontró moretones en la zona vaginal y alrededor de ella, pero no semen. O bien nuestro sujeto usaba condón o... o la limpió lo suficientemente bien como para que no pudiéramos detectarlo.

Los hombros de Tomek se hundieron. Había estado esperando alguna noticia positiva. Si bien era excelente que hubieran logrado conectar los dos casos, seguían sin estar más cerca de descubrir la identidad del asesino. Lo único que sabían era que estaban buscando a la misma persona.

Y, sin embargo, un nombre seguía apareciendo en su cabeza.

Vincent jodido Gregory.

El pequeño bastardo fascista racista.

—¿Alguna noticia sobre el Ford de Vincent que fue analizado? —preguntó Tomek a Oscar. El Capitán había estado gestionando el proceso de examinarlo.

Él negó con la cabeza, decepcionado.

—Forense no encontró nada. No hay evidencia de que Jenny Ingles haya estado alguna vez en su coche.

Los hombros de Tomek se hundieron aún más. Eso significaba que el Ford Fiesta que se había utilizado para secuestrar a Jenny Ingles seguía por ahí en alguna parte, y necesitaban encontrarlo.

También significaba que quizás era hora de dejar en paz a Vincent Gregory y mirar el caso desde un ángulo diferente.

Como Billy el Barbero. Y encontrar un vínculo entre el traficante de drogas, una prostituta de diecisiete años y una niña pequeña. Algo, o alguien que los conectara.

Pero era más fácil decirlo que hacerlo. Normalmente él vería estas cosas, detectaría las conexiones antes, pero tal como estaba, ni siquiera podía ver los puntos para unirlos, y mucho menos los números que le ayudarían a ponerlos en el orden correcto.

El resto de la jornada laboral, lo que quedaba de ella, se dedicó a estrategias, formulando su plan de ataque. Ahora que los asesinatos habían sido vinculados, Tomek y Sean estaban oficialmente de vuelta con el resto del equipo, con la única estipulación siendo la misma que habían tenido antes: bajo ninguna circunstancia debían acercarse a la casa de Vincent Gregory. Mientras tanto, la agente Anna Kaczmarek, la oficial de enlace familiar del equipo, había visitado a Alison Jones, la madre de acogida de Jenny Ingles. Le había informado que el cuerpo de su hija adoptiva había sido encontrado en el parque infantil y que los servicios sociales pasarían en los próximos días para investigar su idoneidad como cuidadora. Tomek y el equipo estaban seguros de que nunca se le confiaría cuidar de nadie más. Después, Anna había localizado a los padres

biológicos de Jenny, una pareja que vivía en Grays, y les explicó que su hija había muerto. Tomek no podía imaginar cómo debía haberse sentido eso. No haber tenido noticias de su hija durante años, haberse mantenido al margen de su vida y no haber tenido ninguna participación en ella, solo para recibir un golpe en la puerta una tarde y enterarse de que estaba muerta. La idea le había helado el cuerpo.

Por último en la lista de Anna estaba la familia Lake. Antes de dar por terminado el día, Anna había puesto al día a Beth con F y le había informado que el asesinato de su hija estaba siendo investigado junto con otro como parte de una investigación de doble homicidio. Seguía lamentando la pérdida de su hija y su marido, y Anna había informado que había escuchado desconsoladamente, con el cuerpo presente, pero la mente en otro planeta. Pero al menos tenía una red de apoyo fuerte, principalmente Vincent y su esposa, Georgia. Aunque si Tomek hubiera estado en su posición, habría preferido sufrir solo antes que tenerlos a ellos dos allí todo el tiempo.

Era consciente de que su odio por Vincent estaba nublando su juicio, pero creía que estaba firmemente justificado. El hombre lo había señalado y lo había hecho sentir pequeño y marginado. No podía tolerar eso.

Ni tampoco podía tolerar la actitud que lo había recibido cuando había llegado a casa esa noche. Tan pronto como había cruzado la puerta, Kasia había sido cortante con él, brusca. Le había contado muy poco sobre su día y cuando él le había preguntado si había pasado algo, ella había gruñido, cerrado la puerta del refrigerador de golpe y le había dicho que la dejara en paz.

Toda la situación lo confundía. ¿Seguramente no podía seguir molesta por la imagen explícita que había recibido, verdad? ¿O era porque pensaba que él estaba siendo demasiado duro con ella por el vapeo? O quizás había sido por su comentario anterior, el que se le había escapado accidentalmente, un lapsus freudiano de proporciones inmensas: *Nunca pedí ser tu padre, pero aquí estamos, así que tenemos que aguantarnos y seguir adelante*.

Había pensado en esa frase desde entonces. Lo mucho que había cruzado la línea y herido sus sentimientos. Pero en ese momento había sido cierto. No había pedido ser su padre, no había pedido la responsabilidad, no había pedido la carga. Pero ahora que estaba empezando a encontrar su lugar, se sentía contento de que ella hubiera llegado a su puerta.

También había pensado en disculparse, en ser la persona más madura, dar ejemplo y marcar el tono para su relación en el futuro, pero el único problema era que él era un cabrón terco y ella se lo estaba poniendo extremadamente difícil para que quisiera decirlo.

Lo que necesitaban era un nuevo comienzo. Una salida de las discusiones y peleas, toda la inmadurez y el tormento. Con la mudanza a punto de tener lugar en dos días, parecía que tenían la oportunidad perfecta. Una oportunidad para vincularse y conectar nuevamente, de la misma manera que lo habían hecho cuando comenzó el embalaje, aunque desde entonces Tomek había optado por hacer la mayor parte solo.

Mientras abría una botella de cerveza y se dejaba caer en su sofá cama, sacó su teléfono y le envió un mensaje a Saskia, preguntándole si estaba libre para ayudarlos a desempacar el fin de semana.

Ella respondió unos minutos después: no solo estaría allí para desempacar, sino que también podría actuar como mediadora y motivadora. Y quizás incluso ser un oído receptivo para que Kasia se desahogara. Una adulta amigable que escuchara sus preocupaciones.

Porque Dios sabía que su relación lo necesitaba.

CAPÍTULO
CUARENTA Y SEIS

Tomek había trabajado hasta altas horas de la madrugada mientras Kasia se había quedado en su habitación. Se había sumergido en el turbio submundo del tráfico de drogas y la prostitución en la isla, buscando en el PNC y HOLMES 2 referencias relacionadas con Billy Morton. El hombre tenía un papel más importante en todo esto, pero no estaba seguro de cómo, qué o por qué.

Claro, podía entender que incriminaran a Jenny Ingles por no pagar una deuda o por ser pillada robándole. Pero ¿qué tenía que ver la pequeña Annabelle Lake con todo esto? ¿Podría haber sido un caso de estar en el lugar equivocado en el momento equivocado? ¿Habría visto algo que no debía y quedó atrapada en el fuego cruzado como resultado?

Había estado dándole vueltas durante un rato, garabateando en su cuaderno, volcando todos los pensamientos de su mente en el papel, como si fuera un autor paranoico. Hasta que se topó con un nombre.

Un nombre que sentía que reconocía pero no lograba ubicar.

Un nombre que, para cuando se fue a la cama, sentía que conocía al dedillo.

Incluyendo la dirección del sujeto que, desafortunadamente, llevó a Tomek de vuelta a Canvey a primera hora de la mañana con un vehículo policial identificado.

Afortunadamente el hombre estaba en casa y Tomek lo había invitado a un interrogatorio en la comisaría de Canvey. Un poco menos formal que ir hasta Southend. Y también mucho menos engorroso.

Sam Dellas era un hombre de ascendencia griega, y se le notaba. Cuando Tomek lo vio por primera vez, agradeció el apoyo adicional, y el hecho de que no hubiera optado por resistirse. Era constructor de profesión, pero Tomek también tuvo la impresión de que entrenaba como culturista en su tiempo libre. No es que lo necesitara: la ayuda de la genética y el trabajo manual de su oficio eran más que suficientes para permitirle alcanzar el tamaño que tenía. Las formas de sus hombros y brazos le recordaron a Tomek las cúpulas del Proyecto Edén, mientras que sus antebrazos eran tan grandes como las pantorrillas de Tomek. Tomek se consideraba un tipo grande, musculoso, bien definido en los lugares correctos (excepto por la barriga; simplemente amaba demasiado la cerveza y la comida basura), pero esto estaba en otro nivel. El tipo apenas cabía en su camisa. Ni en la silla, para el caso.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó Sam.

—Porque entendemos que usted tiene una relación laboral con Billy Morton y Jenny Ingles.

Un destello de miedo cruzó por el rostro del hombre.

—Supongo que conoce esos nombres.

—Yo... Sí.

La batalla interna que se reflejó en su expresión terminó rápidamente: había decidido que no opondría resistencia, que aceptaría lo que viniera.

—Los conozco, sí —añadió—. ¿De qué se trata esto?

—Tenemos entendido que usted es cliente habitual del pub Windjammer. ¿Es correcto?

Sam asintió lentamente. —Voy allí un par de noches a la semana. Después del trabajo. Solo unas copas con los muchachos.

—¿Algo más?

—A veces...

—¿Particularmente cuando Jenny Ingles está allí? Por lo que he oído, es una chica muy coqueta, siempre riendo e intentando seducir

a hombres mayores. ¿Alguna vez ha caído en su encanto?

Las mejillas de Sam se sonrojaron y comenzó a frotar su pulgar sobre el borde de sus uñas, incómodo. —Ha ocurrido en alguna ocasión...

—¿Alguna vez se llevaron tan bien que decidieron ir juntos a su casa o quizás a la de ella?

Más sonrojo, más frotamiento. —Ha ocurrido en alguna ocasión.

—¿Alguna vez le pagó por algo mientras estaba con usted? Sexo, drogas... ¿quizás?

Y entonces bajó la cabeza. Ya no podía mantener la mirada de Tomek.

—Déjeme adivinar —comenzó Tomek—, ¿ha ocurrido en alguna ocasión?

Un asentimiento. Una sola inclinación de cabeza, casi imperceptible, confirmó lo que Tomek sospechaba.

—¿Cuántas veces ha dormido con Jenny Ingles, Sam?

El hombre lo miró, y Tomek notó lágrimas formándose en sus ojos. Tomek no sentía ninguna simpatía. Sabía que lo que había hecho estaba mal, y que se había aprovechado de ella.

—Tres veces, creo. Quizás cuatro.

—¿También le compró drogas?

Sam se limpió los ojos con el dorso de su enorme mano que parecía tragarse toda su cara.

—Solo un poco de cocaína y heroína. Era todo lo que tenía en ese momento. Nunca... nunca las usé.

—¿Heroína? —preguntó Tomek. Las alarmas sonaban en su cabeza.

—Sí —respondió Sam.

—¿Y cuándo fue la última vez que la vio?

Se encogió de hombros, dudó. Y luego dejó de responder. Las lágrimas habían cesado y su expresión se había vuelto inexpresiva, sus labios formando dos líneas horizontales.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio? —preguntó Tomek nuevamente, cada vez más preocupado por el silencio del hombre.

—¿Le ha ocurrido algo? —preguntó.

—Está muerta, Sam.

—¿Cuándo...? ¿Cómo...?

—Su cuerpo fue encontrado ayer por la mañana.

—No tuve nada que ver con eso. Lo prometo.

—Entonces necesito que me diga dónde estaba la noche del viernes pasado, y dónde estaba anoche.

—Yo... creo que estaba en el pub el viernes pasado. Sí. Habría estado allí porque siempre voy. Puede comprobarlo con el dueño, Terry.

Tomek confirmó que haría exactamente eso.

—Y en cuanto a anoche, estaba en casa. Estaba... simplemente viendo la televisión. En mi teléfono, mirando Instagram. No hice nada en particular.

—¿Y en las primeras horas de esta mañana?

—Fui a trabajar alrededor de las seis. Comenzamos en la obra muy temprano.

Tomek asintió e hizo una pausa. En ese momento, todos los indicios apuntaban a que Sam Dellas tenía alguna implicación en su muerte. Para alguien que le había pagado por sexo en el pasado, no era inconcebible pensar que la hubiera secuestrado y violado tantas veces como quisiera sin tener que soltar un céntimo. Y, dado que no había respondido a la pregunta sobre la última vez que la vio, era posible que Sam Dellas aún tuviera la heroína que le había comprado en casa, fácilmente accesible.

Pero gran parte de todo esto era circunstancial. No había pruebas *reales*. Recopilar esas evidencias llevaría tiempo, y con sus opciones y paciencia agotándose, Tomek no estaba seguro de cuánto podía dedicar.

Y luego estaba el pequeño asunto de Annabelle Lake. Y cómo encajaba en todo esto.

Al notar el silencio en la sala, Tomek sacó una imagen de Annabelle y la deslizó por la mesa.

—¿La reconoce?

Sam inspeccionó la imagen, empequeñeciéndola en sus manos. —Reconozco su cara de la televisión. Y también la veo en Facebook. Es esa chica Annabelle, ¿verdad?

—Sí. ¿Sabe algo sobre su muerte?

Sam negó con la cabeza confiadamente. —Solo sé lo que he visto en Facebook.

Tomek suspiró para sus adentros. Encontrar pruebas para condenarlo por el asesinato de Annabelle, si existían, llevaría más tiempo y sería mucho más difícil. Si el nombre de Sam no había aparecido en ninguna de las investigaciones del equipo hasta ahora, entonces probablemente habría una razón para ello.

Hasta ahora parecía una de cal y otra de arena. Tomek tenía motivos razonables para sospechar de él en el asesinato de Jenny Ingles, pero nada para vincularlo con el asesinato de Annabelle Lake.

Una chica podía recibir justicia, mientras que la otra no. Y sabía lo que la opinión pública tendría que decir sobre qué chica recibía qué resultado.

Intentó no pensar en eso, en cómo el público podría reaccionar ante la captura del asesino de la prostituta mientras el caso de la inocente colegiala quedaba sin resolver.

Mientras estaba allí sentado, mirando al hombre que le superaba en peso y músculo dos a uno, Tomek intentó escuchar su intuición. Sintonizar con ella tanto como pudiera. Era algo que había descuidado recientemente, principalmente porque su intuición le había dicho que salir con Charlotte Hanton era una buena idea. Pero ahora era el momento de olvidar todo eso y escucharla.

Y, desafortunadamente, le estaba diciendo que este no era su hombre. Que Sam no había secuestrado ni asesinado ni a Jenny Ingles ni a Annabelle Lake. Y si quería demostrarlo, iba a necesitar una enorme cantidad de investigación para desenterrar las pruebas que necesitaban.

Pero no todo era pesimismo. Todavía quedaba algo de luz. Para Jenny, en particular.

Porque, al menos, si no podía arrestarlo por su asesinato, ciertamente podía arrestarlo por pagar servicios sexuales de alguien menor de dieciocho años. Y si aparecía alguna prueba adicional sobre su asesinato, o el de Annabelle Lake, sería el primero en aprovecharla.

CAPÍTULO
CUARENTA Y SIETE

Día de mudanza. El día más importante en la vida de Kasia y Tomek como familia. Supuestamente, el día más estresante del año. Pero no lo era; habían sido todos los otros días previos a este maldito momento los más estresantes. Completar el papeleo. Pagar el depósito —y ver cómo esa gran cantidad de dinero desaparecía de su cuenta y entraba en el bolsillo de otra persona—. Recoger las llaves. Cambiar las direcciones en *todo* —su carnet de conducir, pasaporte, facturas, su cuenta de Amazon—. Todo. Y si eso no fuera suficiente, todavía quedaba la monumental tarea de empaquetar, tirar, reemplazar, comprar cosas nuevas. Había sido una interminable batalla de pendientes, tareas incompletas y recordatorios.

Al final de todo, no podía esperar para poner los pies en alto y tomarse una cerveza fría de la nevera. Siempre y cuando funcionara la electricidad y no dejara el piso a oscuras al comienzo del invierno.

A pesar de que la nueva casa estaba solo a unas calles de distancia, el pequeño coche de Tomek no era lo suficientemente grande para transportar ni siquiera una décima parte del desastre que necesitaban mover, y no le apetecía ir y venir con el coche veinte veces en un solo día. Así que en lugar de eso, se mordió la lengua y desembolsó el dinero para que un camión de mudanzas lo hiciera por él.

El camión, en todo su esplendor articulado, llegó a la casa unos minutos después que ellos. Tomek había querido que el momento en que introdujeran la llave por primera vez fuera especial, significativo,

el comienzo de un nuevo capítulo. Pero a Kasia le importaba un comino. Se había encogido de hombros y le había ofrecido la llave a Tomek. Y después de decidir que ella no iba a cambiar de opinión, él introdujo la llave y la giró.

Por fin, se sentía bien usar una cerradura que funcionaba con facilidad. Si eso marcaba un precedente para el resto de su tiempo en el piso —que todavía estaba por convertirse en un hogar— lo tomaría como un buen presagio.

Les llevó poco más de una hora descargar las cajas y los muebles de la furgoneta y encontrar un lugar en el piso para colocarlos. Y cuando terminaron, llegó la mano amiga de Tomek.

—Me alegro de verte de nuevo —le dijo a Saskia mientras la abrazaba.

—Y yo a ti —respondió ella con una cálida sonrisa—. ¿Y tú debes ser Kasia?

La adolescente gruñó y volvió a centrar su atención en las cajas etiquetadas con su nombre. Las llevó cuidadosamente a su habitación y comenzó a desempacar, centrándose primero en lo esencial. Auriculares puestos, aislada del mundo que la rodeaba.

—¿Ves con lo que tengo que lidiar? —comentó Tomek cuando Kasia cerró la puerta tras ella.

—Es muy guapa —dijo Saskia, distraídamente—. No sé de quién lo habrá sacado.

—Probablemente de Anika —respondió Tomek.

—Oh, sin duda. Definitivamente no de ti.

Tomek le frunció el ceño y luego le pasó la última caja. El peso de esta hizo que los brazos de Saskia se tambalearan cuando él la dejó caer a propósito.

—¿Dónde la quieres?

—En algún sitio. En cualquier parte. No importa realmente. De todos modos, se van a quedar ahí un par de semanas mientras estoy trabajando.

Tomek estrechó la mano del conductor de la furgoneta y luego le despidió con un gesto.

—¿Quieres decir que no tienes un sistema? —preguntó Saskia.

—¿Un sistema? ¿Qué tipo de sistema?

—Un sistema para descargar y desempacar...

—Una caja a la vez era mi método preferido —comenzó—. Pero ahora empiezo a pensar que podrías tener un problema con eso.

Saskia negó con la cabeza, disgustada, y llevó la caja al piso. En la parte superior de las escaleras, la colocó en un pequeño espacio libre en la mesa de café, luego puso sus manos en las caderas y observó la habitación. Tomek hizo lo mismo, excepto que sus primeras impresiones de todo estaban empañadas por la monumental tarea que tenía por delante.

¿Era demasiado temprano para tomar una cerveza ahora?

—Deberías empezar con las cosas más importantes —dijo Saskia, aunque él no le prestaba mucha atención. Solo pensaba en el frío en sus labios, las burbujas en su boca, el sabor en su garganta.

—Cosas como cubiertos, platos, algo de lo que puedas comer —continuó Saskia—. Luego tu ropa, zapatos, el resto del armario. Pero solo lo suficiente para un par de días. Puedes lavar cada vez que lo necesites... *tienes* lavadora, ¿verdad?

Tomek abrió la boca para responder, pero ella se le adelantó y continuó:

—No importa. Lo organizaré por ti.

—¿Organizar qué?

—Un plan. Te prepararé un plan para que sepas qué cajas desempacar primero y por dónde empezar.

—¿Vas a quitarle la diversión a todo? —preguntó Tomek.

—*¿Perdona?*

—¿También le quitas la diversión a tus clases?

—¿Cómo dices? —dijo Saskia juguetonamente—. Mis clases son divertidas para todos. Muchos de mis alumnos me dicen constantemente que soy la mejor profesora.

—¿Eso te lo dicen solo los adolescentes o es el consenso general entre todos en tu clase?

La mirada fulminante de Saskia volvió, esta vez más profunda.

—*Todos*, de hecho. Pero si no quieres mi ayuda, entonces creo que me iré. Tengo muchas otras cosas que hacer.

—¿Como planificar cómo aburrir a tus alumnos hasta la muerte? ¿Quitarle toda la diversión a—

Saskia se dirigió hacia la puerta. Lo único que la detuvo fue Tomek. Él puso sus manos en sus brazos y se rio.

—¡Relájate! ¡Relájate! Estaba bromeando. Vamos, no seas tonta. Estoy muy agradecido de que estés aquí. Por eso te invité, para que pudieras hacer la parte cerebral del trabajo y yo haría todo el levantamiento de peso.

—Yo también puedo levantar cosas pesadas, ¿sabes?

—Sé que puedes. Pero si no tengo el levantamiento pesado, entonces no soy nada. ¡*Nada*, te digo!

Una sonrisa. Un leve destello de sonrisa. Una que redujo la mirada fulminante en una fracción.

—Supongo que realmente no sirves para mucho más —dijo ella, con la sonrisa aumentando.

—Exactamente. —Le disparó con su dedo en forma de pistola—. ¡Así que a trabajar! Elabora un plan y yo estaré en la esquina con una cerveza.

—No lo harás. No puedes beber hasta que yo lo haga.

Así que *ella* era la jefa. Así era como iba a ser.

Y así fue como transcurrieron las siguientes cuatro horas. Saskia planeando, organizando, y luego los dos desempacando. Comenzando con las partes más importantes de la casa, como ella había sugerido. Mientras tanto, Kasia permanecía en su habitación, en silencio. La única evidencia que tenían para sugerir que todavía estaba allí —y que no había huido del aburrimiento de la rutina de Saskia— era el sonido feroz del cartón rasgándose y objetos cayendo sobre la alfombra.

Al final del día, habían logrado bastante. Un conservador veinte por ciento del trabajo, en la inmodesta y extremadamente inexperta opinión de Tomek. Afortunadamente, Saskia había respaldado su estimación, aunque él había esperado a medias que le quitara unos cuantos puntos porcentuales por el puñado de trapos de cocina sobrantes e innecesarios que había tirado mientras desempacaba la cocina.

Para celebrarlo, Tomek pidió comida china. La favorita de Kasia.

—Mamá me aficionó a esto —dijo ella, mientras se llevaba a la boca una cucharada de arroz frito con huevo—. Lo mejor que ha

hecho, sinceramente.

Eso fue lo más que Kasia había hablado en todo el día —excepto por responder que le gustaría comida china en primer lugar y luego darle a Tomek su pedido— y Tomek se sorprendió al escucharlo. Las cosas entre ellos habían sido tumultuosas en los últimos días. Tomek había estado pasando más tiempo en la oficina de lo que a ambos les hubiera gustado, y las pocas interacciones que habían logrado tener estaban llenas de discusiones. La mayor parte del tiempo, ella se encerraba en su dormitorio, se ponía los auriculares y luego pasaba la noche viendo Netflix o Disney+.

—Creo que esta es probablemente mi favorita también —dijo Saskia mientras también se metía tallarines con pollo en la boca—. Nada la supera.

—Aunque la comida india se acerca bastante. —Esa era la favorita de Tomek, ya que él y Sean siempre se daban ese capricho si habían tenido una noche intensa en el pub y necesitaban algo para absorber el alcohol.

Poco después, la conversación pasó del tema de la comida a la escuela. Como profesora, Saskia estaba fascinada por saber y entender qué le gustaba a Kasia, qué le disgustaba y cuál era su asignatura favorita.

—Realmente no tengo una asignatura favorita —dijo ella en voz baja.

—Eso no es cierto. La señorita Holloway dijo que estabas disfrutando de tu clase de inglés —añadió Tomek.

—La señorita Holloway dice muchas cosas...

Tomek dejó su cuchillo y tenedor en la mesa.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada.

—*Kasia*...

—¡Nada, de acuerdo! ¡No significa nada!

Tomek se mordió la lengua. Sabía que era mejor no comenzar una discusión con una invitada presente. La última vez que eso había ocurrido, se había mostrado una imagen de su pene, y ciertamente no quería que *ese* tema de conversación en particular

surgiera frente a Saskia. Al final, decidió dejarlo y retomarlo en otro momento.

Pero antes de que pudiera hacerlo, Kasia empujó su plato a través de la mesa —que había sido colocada apresuradamente en el centro de la sala de estar sin pensar en su posición final— y luego se marchó. Antes de dirigirse a su habitación, tomó un vaso vacío de uno de los armarios de la cocina y lo llenó de agua. Cuando la puerta de su dormitorio se cerró de golpe, Tomek continuó comiendo, sintiendo que Saskia lo observaba incómodamente.

—Menos mal que seguimos tu lista —dijo él—. Ya puedo ver que está dando frutos...

—Ahora... —comenzó ella, ignorando lo que acababa de decir—. Ahora veo a qué te refieres.

Tomek gruñó.

—Pequeña cosa volátil, ¿verdad?

—Una adolescente, Tomek. Es una adolescente.

—Una pequeña adolescente volátil entonces. ¿Mejor así?

Saskia puso los ojos en blanco y lo miró con severidad, excepto que esta vez no era la típica mirada ligeramente coqueta que le daba. Esta llevaba un toque de preocupación.

—Tomek...

Allá vamos.

Sabía lo que ella iba a decir antes de que lo dijera. Que estaba a punto de confirmar sus sospechas.

—Creo que lo mejor que esa chica necesita ahora mismo es alguien que la conozca. Alguien que pueda llegar al fondo de esto. —Colocó una mano en la parte posterior de su hombro—. Creo que esa chica necesita ver a su madre.

CAPÍTULO
CUARENTA Y OCHO

Tomek no sentía simpatía por las prisiones en el ámbito profesional, y mucho menos en el personal. Eran lugares oscuros y desoladores, y le recordaban demasiado a su trabajo. A los horribles actos que la gente había cometido, los crímenes que habían perpetrado para acabar allí.

Hoy era la primera vez que entraba en una como visitante civil. La experiencia era prácticamente idéntica a cuando había visitado a presos en el pasado, pero no del todo igual. La única diferencia era que lo trataban con un poco menos de respeto, como si fuera uno de los criminales haciendo su camino hasta la sala de visitas como todos los demás reclusos. Como si formara parte del último cargamento al que arreaban como ganado.

No había tenido que esperar mucho por Anika. Ella, junto con todas las demás reclusas de la prisión HMP East Sutton Park, en Kent, había sido liberada en la sala de visitas pocos minutos después de su llegada. Anika había emergido de en medio del grupo y se había arrastrado hacia él.

Tomek no sabía qué esperar de aquel día. Cómo podría verse desde la última vez que la vio. Qué efecto podrían haber causado cinco semanas de una condena de seis años en ella. Cuán demacrada y vacía podría parecer. Su estimación —sobre la seria pérdida de peso, el pelo desaliñado y desordenado, la tez que había perdido varios tonos bajo la luz artificial— había sido acertada. Estaba a años luz de la Anika que una vez conoció: arreglada,

maquillada, alguien que se enorgullecía de su imagen, de su aspecto y de la atención que recibía por ello. En su momento había sido la chica más guapa del colegio; ahora posiblemente ni siquiera era la más guapa de la prisión.

Menuda caída en desgracia.

Después de reconocerlo, Anika se acercó con paso lento. Caminaba con los brazos cruzados sobre el pecho como si tuviera frío, aunque la calefacción había estado a tope desde que Tomek llegó y ya hacía suficiente calor como para que él se quitara el abrigo. Caminaba con cuidado, despacio, como si estuviera reuniendo la fuerza y el poder necesarios para llegar hasta él. Parecía reservada, avergonzada, tímida. No era la chica ruidosa y extrovertida que él había conocido.

Aunque, pensándolo bien, él probablemente tampoco era ya el chico tímido e inseguro que ella había conocido.

El tiempo los había cambiado. Había sido amable con uno y no con la otra. Sus vidas habían tomado direcciones diferentes, y si alguna vez hubo un ejemplo para alejarse de los antecedentes criminales el mayor tiempo posible, era Anika Coleman.

Tomek no se levantó para saludarla cuando ella retiró la silla de debajo de la mesa y deslizó su cuerpo escuálido en el hueco. En su lugar, mantuvo las manos sobre la mesa, con los dedos entrelazados.

—Hola, Anika.

—Hola, Tom...

La palabra le hizo estremecerse. Había pasado tiempo desde la última vez que ella lo había llamado por ese nombre.

—¿Dónde está Kasia? Pensé que se suponía que iba a estar aquí...

—Hoy no. Todavía no. Quería hablar *contigo* primero.

Los ojos de Anika se agrandaron y se rascó la parte posterior de la cabeza como un perro con pulgas.

—Por favor... —comenzó—. Echo de menos a mi niña. Necesito verla. Pensé que vendría hoy...

—Lo hará. Algún día. Cuando esté lista. Cuando yo crea que está lista.

Más rascado. Más movimientos incómodos y nerviosos.

—No puedes... no puedes controlarla así. No puedes decirle qué hacer.

—En realidad, como su tutor legal, como su *padre*, puedo hacer exactamente esas cosas.

Tomek hizo una pausa para observarla. La piel alrededor de su cara y sus brazos se había desprendido de su cuerpo. Sus dientes habían comenzado a caerse y los que quedaban se habían vuelto del color del carbón. Por último, el interior de sus fosas nasales había comenzado a descomponerse.

—Además —comenzó, sacudiendo la cabeza—, no quiero traerla aquí mientras estés... mientras estés *así*.

—¿Así cómo? —siseó ella. El repentino sonido resonó por toda la sala y perturbó a los visitantes y reclusos que estaban a su lado.

—Totalmente drogada con cocaína. Todavía la estás usando, puedo notarlo. Conozco las señales. Si quieres ver a tu hija, vas a tener que dejar las drogas. No permitiré que te vea mientras estés en este estado.

Anika extendió una mano hacia Tomek, pero él se apartó, evitando por poco que sus dedos esqueléticos le arañaran.

—Por favor... —comenzó—. Por favor, Tomek... Por favor.

Tomek suspiró y colocó las manos en su regazo.

—No vine aquí para que supliques. Vine para pedirte un consejo, algo de ayuda...

Fue entonces cuando se dio cuenta de que había jugado su mano en el momento equivocado. Que debería haber pedido el consejo antes de prohibirle ver a su hija. Que ahora el poder estaba en sus manos. Si le quedaba algún vestigio de capacidad cognitiva, entonces podría haberlo percibido, pero...

—¿Qué pasa? ¿Está... está bien?

Quizás no.

—Está bien —comenzó Tomek—. Físicamente. Está sana, por lo que sé. Le vino la regla hace unas semanas, así que eso está bien. Es solo que...

Tomek se detuvo y miró profundamente a los ojos de Anika. Estaban abiertos, brillantes bajo la luz. Como si la vida hubiera

regresado en cuanto empezaron a hablar de Kasia. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que ella *sí* había detectado el poder que había puesto en sus manos, pero simplemente no había actuado en consecuencia. El instinto maternal dentro de ella, el instinto de proteger y ayudar a su niña, era suficiente para que dejara todo eso a un lado e hiciera lo que pudiera para ayudar. En este momento era lo único que la mantenía viva mientras estaba allí.

Y entonces Tomek se dio cuenta de que el poder seguía estando en sus manos. Y que lo estaría durante mucho tiempo...

—Ha estado actuando de forma extraña —comenzó Tomek de nuevo—. No está comiendo. Tiene una actitud que probablemente le permitiría sobrevivir un par de años aquí intacta. Discute mucho más conmigo. Se encierra en su habitación toda la noche. No habla. Llega a casa mucho más tarde de lo habitual. Está... está simplemente diferente.

A pesar de las sustancias que flotaban dentro de su torrente sanguíneo, Anika todavía fue capaz de esbozar una sonrisa irónica y presumida sin que Tomek lo notara. Una pequeña victoria en la batalla por el amor y la adoración de Kasia.

—No parece que estés capacitado para cuidarla en absoluto —dijo con algo de vehemencia y veneno—. La estás descuidando.

—Y una mierda —susurró Tomek, inclinándose más cerca.

Esto estaba a punto de ponerse feo, y si no tenía cuidado, corría el riesgo de irse sin la información o el consejo que necesitaba.

—No he sido más que bueno con ella...

Excepto por todo el incidente de la foto del pene, pero Anika no necesitaba saber sobre eso.

—Parece que no tienes ningún control sobre ella —comenzó Anika, con voz agria—. Es tu trabajo. Siempre fue tu trabajo. La descuidas como me descuidaste a mí. Nunca hiciste tiempo para mí, y apuesto a que es lo mismo con ella. Probablemente se sienta perdida y sola sin nadie con quien hablar. —Se pasó los dedos por el pelo, rascándose el cuero cabelludo con fuerza—. Sabía que nunca debería haberla dejado quedarse contigo.

—No tenías otra jodida opción. O venía a vivir conmigo o pasaba los próximos cinco años bajo tutela del estado...

En ese momento apareció en su mente la imagen de Jenny Ingles, balanceándose en el viento, con una cadena alrededor del cuello.

Evidencia de lo que podría haberle pasado a Kasia si hubiera tomado ese camino. Evidencia del peor escenario posible.

Y no permitiría que eso sucediera.

—Voy a denunciarte —dijo Anika, con la sonrisa ahora más evidente en su rostro—. Voy a denunciarte a servicios sociales y decirles que no estás capacitado para cuidar de mi hija.

Tomek se tomó un momento antes de responder. Anika acababa de jugar su mano, y no estaba seguro de si estaba listo para desafiarla. Conocía el sistema y sabía que, dados los esfuerzos que había hecho para acogerla y darle un hogar, ella no tenía ni una pierna en la que apoyarse. Aunque aún no estaba dispuesto a correr el riesgo.

Tomek se empujó desde debajo de la mesa, se levantó y luego comenzó a caminar pasando por su lado. Antes de que pudiera avanzar más, Anika extendió una mano y lo retuvo.

—¡No! ¡No! Quédate... Por favor... —Su voz se quebró mientras hablaba—. Yo... no quiero que te vayas. Quédate. Por favor. Kasia, ella es... —Anika bajó la cabeza y aflojó su agarre en su brazo—. A veces se pone así... Lo mejor es...

Tomek se quedó donde estaba, esperando.

—Lo mejor es hablar con ella. ¿Has intentado hablar con ella...?

Tomek no respondió, ya que estaba escrito en su rostro.

No, no había intentado hablar con ella o abordar directamente los problemas a los que se enfrentaba. En cambio, había preguntado a todos los demás cómo resolver el problema. A todos los demás excepto a la única persona a la que estaba afectando. Era tan obvio que resultaba doloroso haberlo pasado por alto. Quizás había estado demasiado asustado, demasiado cobarde para abordar el tema y descubrir qué había salido mal para ella. Que descubriría que *él* le había fallado de alguna manera. Que todo era culpa suya.

Anika apretó su agarre en su brazo, sacándolo de sus pensamientos y devolviéndolo al presente.

—Yo... no puedo obligarte a traerla aquí, me doy cuenta de eso. Pero si crees que podría ayudar, entonces hazlo, por favor. Sé que me ayudaría a mí. No estoy suplicando, no quiero ser así nunca más. Pero quiero demostrarte, demostraros a ambos, que estoy bien, que estoy mejor. Que ella puede venir a verme. Lo prometo... prometo que dejaré las drogas. Prometo que... —Soltó un suspiro profundo y pesado que desinfló todo su cuerpo—. Prometo hacerlo *mejor*. Prometo *ser* mejor.

CAPÍTULO
CUARENTA Y NUEVE

Tomek ya estaba en casa cuando Kasia entró por la puerta después del colegio; llevaba allí un par de horas. Durante ese tiempo había estado desembalando y ordenando otro veinte por ciento del piso, aunque había dejado intacta la habitación de ella. Ese era su territorio.

Kasia llegó a casa poco después de las 4 de la tarde. No tan tarde como para sugerir que había estado haciendo algo indebido, pero tampoco tan temprano como para dar a entender que había venido directamente a casa. Quizás había dado un paseo tranquilo, tomando el camino largo. Pero él decidió al instante que no iba a preguntar. No quería enfadarla en el momento en que cruzara la puerta.

Al cerrar la puerta tras ella, Kasia dejó caer su mochila al suelo y se dirigió directamente a su habitación. Tenía los auriculares puestos y miraba fijamente su móvil, así que naturalmente no lo vio saludarla, ni lo oyó llamarla.

No fue hasta que él se levantó del sofá y se acercó a ella que lo reconoció. El grito que siguió fue tan fuerte que sintió como si le hubiera reventado el tímpano. En un intento por defenderse, Kasia le lanzó el teléfono y levantó los puños.

—¡Joder, me cago en la hostia! —gritó—. ¡Me has asustado!

—También vivo aquí, ¿sabes? —dijo él, frotándose el pectoral derecho donde le había golpeado el aparato—. ¡Y *nada* de palabrotas!

Kasia puso los ojos en blanco.

—¡Pues no me asustes así!

Tomek se agachó para recoger el teléfono y se lo entregó.

—¿Te enseñaron eso en clase de kárate? —preguntó. Pero ella no vio el lado gracioso y se cruzó de brazos—. ¿Qué tal el colegio?

—Bien.

Como todos los días entonces, pensó. Bien. Siempre bien.

Nunca nada más que bien.

—Oye...

La piel de Tomek comenzó a humedecerse y metió las manos en los bolsillos, mientras los nervios se iban apoderando de él.

—Creo... creo que deberíamos hablar —dijo finalmente.

—¿Es necesario?

—Sí. A menos que no quieras cenar esta noche...

—Todavía tengo los datos de tu tarjeta guardados en mi móvil. Puedo pedirme comida a domicilio cuando quiera.

Estaba seguro de que podía hacerlo. Y mucho más rápido que él. Jodidos críos y su tecnología. Pronto nacerán con un móvil ya en la mano.

—Bueno, tal vez podamos pedir algo esta noche —dijo, y añadió —: pero solo si te sientas conmigo ahora y hablamos de lo que tenemos que hablar.

La batalla interna dentro de Kasia se reflejaba en su rostro. Por un lado, quería la perspectiva de comer una deliciosa comida a domicilio. Pero por otro, ¿realmente quería sentarse y hablar de cosas, y con su *padre*, para colmo?

Al final, tiró de la silla para sacarla de debajo de la mesa del comedor y se posó en el borde.

—*¿Sí?* —dijo con toda la actitud de una adolescente.

Tomek fue cauteloso en sus movimientos, cuidadoso. Un movimiento demasiado brusco podría descarrilar su propio hilo de pensamiento. Cuando finalmente se reunió con ella en la mesa, de repente se sintió muy alto.

—¿Estas sillas siempre han sido tan altas? —preguntó, pero no recibió respuesta. Kasia estaba lista para terminar con esta conversación lo más rápido posible. Y él también...

—Es sobre tú y yo —comenzó.

Pon la pelota en marcha, se dijo a sí mismo. *Solo di algunas cosas y el resto seguirá...*

—No estás en problemas, no te preocupes. Tampoco te vas a ir a ningún lado, así que no pienses que puedes empezar a hacer las maletas. Es solo que... he notado un cambio en ti. Has estado actuando de forma extraña las últimas semanas, y no me gusta. No estás comiendo bien, me estás apartando, me estás dando mucha más actitud de la que me diste cuando te mudaste aquí. —Inhaló profundamente, permitiendo que su pecho se inflara por completo. Lo mantuvo así un momento antes de dejarlo salir de nuevo—. Si no supiera que es imposible, diría que algo ha pasado, o sigue pasando en el colegio. Si no supiera que es imposible, diría que quizás te están acosando...

La epifanía le había llegado durante el trayecto a casa. La repentina comprensión de que podría tratarse de la palabra con "A", la que afectaba a tantos niños, más aún con la llegada de las redes sociales y el anonimato online. Una rápida búsqueda en Internet de algunos de los síntomas había confirmado sus sospechas.

Ahora le tocaba a Kasia confirmar si era cierto.

Pero se había vuelto retraída. Sus hombros se habían hundido y su cabeza había caído. Debajo de la mesa se pellizcaba las uñas y se rascaba la rodilla.

—Kase... —comenzó—. Puedes contármelo. Quiero ayudar. Te *voy* a ayudar. Hablaré con el colegio, haré que la señorita Holloway...

—Ella ya lo sabe...

Las palabras le dolieron por muchas razones. En primer lugar, su propia hija no se había sentido lo suficientemente cómoda como para contárselo, y en segundo lugar, su profesora también había decidido ocultárselo.

—¿Cuándo se lo dijiste?

—La semana pasada. Dijo que haría algo al respecto. Que hablaría con la chica, pero no ha pasado nada...

Y ahora todo tenía sentido. Los comentarios anteriores de Kasia la noche anterior sobre Bridget.

La señorita Holloway dice muchas cosas...

Como prometer ocuparse del acoso. Como prometer hablar con la acosadora.

Pero en realidad sin hacer nada al respecto.

—¿Por qué acudiste a ella primero? —preguntó Tomek, tratando de ocultar el dolor en su voz.

—No lo hice —respondió Kasia—. Ella lo vio ocurrir. No tuve elección.

—¿Qué pasó? ¿Quién es? ¿Quién te está acosando? ¿Qué te están haciendo?

Tomek se dio cuenta de que esa lluvia de preguntas podría haber resultado demasiado fuerte, pero estaba atrapado en tierra de nadie entre ser Papá y Sargento. Ambos querían lo mismo, pero había diferentes formas de obtener las respuestas y la información que necesitaba.

—Lo siento —dijo rápidamente después—. Yo... solo quiero ayudar.

Kasia asintió, mostrando que entendía, y levantó la mirada un poco. Dejó de jugar con sus uñas.

—Se llama Crystal Redknapp. Está en mi curso. Al principio empezó a burlarse de mí en clase, cada vez que hacía una pregunta o me equivocaba. Pero luego... cuando me vino la regla, me quitó toda la ropa en educación física. No tenía nada que ponerme y luego encontré mi ropa en la basura. No es solo ella... tiene algunas amigas que también lo hacen. Pero es principalmente ella. Y cuando la imagen de tu... —No pudo decirlo; y Tomek agradeció que no pudiera—. Cuando la *imagen* corrió por todo el colegio, fue por su culpa. Ella se la envió a todos.

Tomek escuchaba en silencio y con paciencia, concentrándose más en intentar mantener la calma que en el significado de sus palabras. Sintió que se le formaba un nudo en el estómago. Un nudo de culpabilidad. Se culpaba a sí mismo. No solo por la imagen que se había compartido en su colegio, sino también porque no había sabido reconocer los signos y síntomas de inmediato.

Había estado rodeado de niños rotos y emocionalmente dañados antes, algunos que habían sufrido años de abusos, y debería haberlo visto, debería haberse dado cuenta.

Estiró los brazos por encima de la mesa y envolvió sus manos alrededor de las de ella. Esperó hasta que sus ojos se encontraron con los suyos antes de hablar.

—Lo siento —dijo—. Nunca deberías haber tenido que pasar por eso. Te he fallado. Te he decepcionado. Pero voy a llegar al fondo de esto. Voy a hablar con el colegio, voy a notificarles la situación y voy a decirles que la policía está involucrada.

—¡No, no puedes!

—Puedo, y lo haré.

—No, por favor. —Apartó las manos de las suyas y las dejó caer bajo la mesa de nuevo—. No quiero que lo hagas.

—¿Por qué no? Ella no puede seguir haciendo esto...

—Porque si lo haces, todos sabrán que soy una chivata, que soy una rata.

—No puede seguir saliéndose con la suya, Kase... Hay que parar a los acosadores.

—No puedes ir al colegio. Por favor. No puedes.

La súplica en sus ojos era abrumadora, casi hasta el punto de formar lágrimas.

Tomek hizo una mueca y negó con la cabeza. No le gustaba la idea de permitir que Crystal Redknapp se escabullera de sus manos y de las del colegio, pero si ella no quería que abordara el tema, pues bien. Respetaría sus deseos.

—No iré al colegio. No hablaré con la señorita Holloway. Si eso es lo que realmente quieres...

Ella asintió con firmeza.

—Entonces está bien —continuó—. No iré al colegio.

Pero eso no significaba que no encontraría formas más creativas de lidiar con el problema.

Y ya tenía una en mente.

CAPÍTULO
CINCUENTA

Elizabeth Lake miró la pequeña cama frente a ella. La que, hasta hace unas semanas, habría sido el lugar donde se encontraría en una noche como esta. Tormentosa, lluviosa, húmeda. A Annabelle no le habría gustado la lluvia golpeando contra la ventana. Le habría dado miedo. Pero todo habría estado bien con mamá a su lado, abrazándola, protegiéndola del mundo exterior.

Pero ahora no había nadie allí. Su niña pequeña, desaparecida... Nunca más dormiría en esa cama. Nunca más dormiría en ninguna cama.

Echaba de menos el sonido de sus pies sobre la alfombra, subiendo las escaleras. Echaba de menos el ruido de emoción que hacía cuando estaba lista para acostarse antes de la hora del cuento. Echaba de menos la forma en que se cepillaba los dientes, casi frotando cada diente individualmente y con extremo cuidado y atención.

Desde la muerte de Annabelle, Elizabeth había descuidado cepillarse sus propios dientes. De hecho, había descuidado hacer muchas cosas. No se había lavado el pelo en una semana. No se había depilado las piernas ni las axilas. Y la maleza que le crecía abajo ya estaba fuera de control desde hacía semanas, así que dejar que creciera un poco más no suponía ninguna diferencia. No se había limpiado las orejas. No se había cortado las uñas.

No había lavado los platos. No había lavado la ropa. No había ordenado el apartamento. No había ido a trabajar.

En su lugar, se había quedado en casa, mirando fijamente la pantalla del televisor. Viendo pero sin ver. Presente pero ausente.

Consumiéndose.

Elizabeth salió del dormitorio de Annabelle y se dirigió al suyo propio. Al lugar donde habría encontrado a su marido tumbado con su teléfono, ignorándola. Si no estaba ya dormido, claro. La mayoría de las noches lo encontraba inconsciente, pero sabía que en realidad estaba despierto, fingiendo. Y que, tan pronto como ella cerraba los ojos y empezaba a quedarse dormida, él se giraba hacia el otro lado y enviaba mensajes en su teléfono durante un rato. Cualquier cosa menos hablar con ella, menos comunicarse con ella.

Y ahora él también se había ido.

Igual que Annabelle.

A pesar del vacío en el que había caído su matrimonio sin amor, y a pesar de la brecha que se había interpuesto entre ellos, y a pesar de la infidelidad —a pesar de todo— todavía lo echaba de menos. Aún extrañaba su contacto, su calor, la sensación de su cuerpo presionado contra el suyo.

Ahora subía todas las noches a una cama fría.

Una cama fría en una casa fría y vacía.

Una cama fría para una persona fría y maliciosa.

Mientras rodeaba el otro lado de la cama, cerró ligeramente las cortinas y tiró de las sábanas de encima de su almohada. Luego se deslizó sobre el colchón y se tumbó boca arriba, mirando fijamente al techo, con la mente vacía, desprovista de pensamientos. La habitación estaba bañada en un resplandor naranja brillante por la lámpara a su lado, pero reunir la energía para apagarla era difícil. Aunque en los últimos días había descubierto que dormir con la luz encendida la ayudaba. Que impedía que las imágenes y los monstruos aparecieran en la oscuridad. Que silenciaba el ruido en su cabeza.

Pero esta noche se sentía diferente. Esta noche tenía ganas de apagarla. Esta noche sentía deseos de castigarse por todo lo que había hecho...

Justo cuando se giró hacia la mesita de noche, oyó un ruido. Un pequeño clic. Débil, distante.

Procedente de abajo.

Contuvo la respiración mientras esperaba, esperaba... Su pulso acelerándose, su pecho elevándose.

Entonces el sonido se acercó. El sonido de su destino viniendo a buscarla.

Apareció un momento después, abriéndose la puerta del dormitorio. De pie en el marco de la puerta. Un juego de llaves brillando en la luz.

Una jeringa médica en la otra mano.

Mientras miraba a la figura que tenía delante, Elizabeth Lake estaba demasiado asustada para hablar. Y su cuerpo permaneció perfectamente inmóvil en la cama mientras la figura se subía encima de ella y le clavaba la jeringa en el cuello.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y UNO

Otra mañana. Otra razón para estar en Canvey.

Esta vez por la desaparición de Elizabeth Lake.

La llamada sobre la desaparición de Beth con F había llegado durante la mañana tardía, nada menos que de Vincent Gregory, quien justo ahora estaría colgando cuadros en las paredes de la sala de interrogatorios, había bromeado Tomek. El tipo pasaba tanto tiempo allí que no le habría sorprendido que Nick le ofreciera una habitación propia para quedarse.

Con Tomek, en el dormitorio de Elizabeth y Steven Lake, estaban la detective Rachel Hamilton, la responsable de la escena del crimen y un oficial forense, ocupados estudiando el edredón y el colchón. La jeringa que había quedado en el costado de la cama ya había sido fotografiada y presentada como evidencia, mientras que las sábanas podrían tardar un poco más en examinarse.

—Quizás me arriesgue un poco al decir que definitivamente ha sido secuestrada —comentó Tomek—. A menos que me hayan enseñado mal y la heroína te dé un repentino estallido de energía y te mande a dar un paseo enorme.

—Eso sí que es *todo* un paseo —respondió Rachel.

Detrás de la mascarilla que cubría su boca, él vio cómo se elevaban sus mejillas, sugiriendo que estaba sonriendo con ironía.

—No sabemos con certeza que sea heroína —dijo la responsable de la escena.

Tomek se volvió hacia ella. —Dado que se ha encontrado en el torrente sanguíneo de nuestra última víctima de asesinato, yo diría que es muy probable que lo sea.

—Aun así la examinaremos.

—Por supuesto. Gracias.

El dormitorio de Elizabeth y Steven Lake era pequeño, diminuto en realidad. Apenas lo suficientemente grande para que cupiera la cama doble; había un pequeño espacio de unos pocos centímetros alrededor del perímetro del colchón, y si querías abrir la ventana, necesitabas deslizarte de puntillas por el costado de la cama, o trepar sobre el edredón. Lo cual, desafortunadamente para ellos, era algo que no podían hacer. Como resultado, Tomek y Rachel se habían visto obligados a permanecer apretados uno contra el otro justo en la entrada, respirándose mutuamente.

—¿Algún signo de allanamiento? —preguntó Tomek, ocurriéndosele de repente.

La responsable de la escena negó con la cabeza. —Nada. Ningún signo de entrada forzada por delante o por detrás. Hemos tomado fotos de las cerraduras para un examen más detallado, pero estoy segura de que llegarán a las mismas conclusiones que nosotros. En cuanto a algo que delate quién ha hecho esto... diría que ese es su mayor factor determinante. O fue alguien que ella conocía, alguien a quien dejó entrar, o alguien que tenía acceso a la casa.

Tomek y Rachel se miraron el uno al otro.

Su principal sospechoso, que cumplía con todos esos requisitos, estaba exactamente donde se suponía que debía estar. Actualmente siendo interrogado por algunos de los mejores agentes del cuerpo. Por mucho que Tomek quisiera estar allí, para seguir presionando al pequeño bastardo fascista racista, estaba empezando a tener dudas. Sabía que Vincent Gregory no era la herramienta más afilada del cajón, pero ¿realmente sería capaz de secuestrar a tres personas y matar a dos de ellas, todo el tiempo permaneciendo justo frente a ellos, manteniéndose al frente de la investigación en todo momento? Seguramente no podía ser *tan* estúpido, ¿verdad?

¿O quizás por eso se había salido con la suya durante tanto tiempo? ¿El disfraz perfecto...?

El pensamiento preocupó a Tomek, pero antes de que pudiera reflexionar más sobre ello, Rachel le dio un codazo en las costillas y le lanzó esa mirada que significaba que era hora de irse. Al hacerlo, agradeció a la responsable de la escena por su tiempo y le dijo que estarían disponibles en el móvil si necesitaba algo. Luego dio la espalda a la habitación y bajó las escaleras con cuidado, manteniendo las manos a los lados para no sentirse tentado a tocar nada. Al final de los escalones, salió por la puerta principal y se dirigió al coche, donde se quitó el traje forense y miró de nuevo hacia la casa. La carretera de entrada y salida del callejón sin salida había sido cerrada, y el acceso hacia y desde la escuela estaba sujeto a una presencia policial controlada.

Tomek pensó en Amelia Duggan, la profesora de Annabelle Lake.

Las Dos As.

Se preguntó si era posible que ella hubiera estado involucrada. Había estado presente en el momento de la desaparición de Annabelle Lake, de hecho la había *visto*, lo que la convertía en la testigo perfecta para desviarlos de la línea de investigación correcta. Y también había sido ella quien *encontró* a Annabelle. La coartada perfecta de nuevo. En el lugar equivocado en el momento equivocado.

¿O estaba en el lugar correcto exactamente en el momento correcto?

Tomek no lo sabía.

Al entrar en el coche, lo meditó un poco más.

Por supuesto, tendría que estar trabajando con alguien. Pero ¿con quién? ¿Y cuál era la conexión entre Annabelle Lake y Jenny Ingles? ¿Y por qué habría querido secuestrar y matar a Annabelle Lake en primer lugar? Por lo que había averiguado, eran las mejores amigas (al menos a ojos de Annabelle) y se adoraban mutuamente.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que no tenían ni puta idea de nada. No habían podido determinar un motivo claro para la muerte de Annabelle Lake, más allá de la remota posibilidad de que hubiera sido secuestrada y metida en una cadena de montaje para una operación de trata de personas, pero incluso eso era exagerado.

La isla de Canvey era un agujero de mierda, pero no estaba tan depravada.

Tampoco tenían un motivo para la muerte de Jenny Ingles, aparte de la idea de que podría haber estado relacionada con las drogas. Pero si ese fuera el caso, ¿por qué la conexión con Annabelle Lake?

¿Cómo pudo alguien haber sido lo suficientemente enfermo como para secuestrar a una pobre e inocente niña, albergarla mientras estaba cautiva, asegurarse de que fuera alimentada adecuadamente —con su comida favorita, nada menos— y luego matarla de esa manera? ¿Y luego, cómo podría la misma persona dirigir su atención a una chica de diecisiete años, violarla, llenar su cuerpo de heroína y luego matarla de la misma manera?

El trato dado a ambas víctimas era completamente diferente.

Tenía que haber una conexión obvia en alguna parte.

Tenía que haberla.

Tomek estaba seguro de ello.

Y ahora también se había sumado la desaparición de Elizabeth. No tenía ninguna duda de que ella terminaría igual que su hija eventualmente. Muerta y colgando. Pero ¿por qué?

¿Cuál era la conexión?

La mirada de Tomek se movió lentamente por las casas del callejón sin salida. Desde el número veintitrés hasta el cuarenta y uno. Hasta que se detuvo entre el cuarenta y tres y el cuarenta y siete. Allí, en el fondo, encajada entre el espacio de las dos casas, estaba la parte trasera de la propiedad de Vincent Gregory.

¿El eslabón perdido? ¿La conexión que faltaba?

Tomek aún no estaba seguro.

El hombre no tenía motivo: amaba a su sobrina y a su hermana tanto como a cualquier cosa, si no más. Siempre había sido absuelto de las acusaciones de Tomek y siempre había tenido coartadas lo suficientemente sólidas para cada uno de los asesinatos. No tenía nada que ganar matando a miembros de su propia familia. Por no mencionar la falta de pruebas que lo implicaran en la muerte de Jenny Ingles.

Vincent Gregory era un callejón sin salida.

Un hombre que se encontraba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Igual que Amelia Duggan.

Tomek cerró los ojos y colocó sus puños cerrados en el salpicadero. En su mano izquierda, liberó dos dedos, formando el signo de la V; y en la derecha, liberó su pulgar.

Annabelle y Elizabeth Lake a la izquierda.

Jenny Ingles a la derecha.

Luego evocó imágenes de ellas en su mente, paradas allí frente al coche, en la acera. La madre y la hija abrazándose mientras la adolescente solitaria se protegía contra el frío.

Por encima de ellas, trató de imaginar el rostro del asesino. En toda su vaga y espejística gloria.

—Dos conjuntos de víctimas... —susurró para sí mismo, sus labios temblando suavemente mientras hablaba—. Dos de la misma familia. Una completamente al azar.

Y entonces lo comprendió.

Dos conjuntos de víctimas.

Dos asesinos. Trabajando juntos.

Uno buscando venganza o retribución sobre la familia Lake.

Mientras que el otro actuaba por impulso y lujuria en el asesinato de Jenny Ingles.

—Tomek...

Al principio no reconoció la voz. Ni siquiera la oyó.

—Tomek...

Entonces pensó que era la pequeña Annabelle Lake hablándole, mirándole, con las cadenas todavía alrededor de su cuello.

Pero cuando sintió una mano en su brazo, salió de su ensoñación. Sujetándolo estaba Rachel, con una expresión de preocupación escrita en su rostro.

—Lo siento —dijo él, riendo incómodamente—. Me olvidé por un momento de que estabas ahí.

—¿Estás bien? —preguntó ella—. Parece que necesitas un tiempo a solas. Has estado sentado ahí un buen rato... Me hizo pensar que estabas sufriendo un derrame cerebral o algo así.

¿Por qué todo el mundo seguía diciendo eso?

Tomek negó con la cabeza. —No... No es un derrame. Solo... estaba sumido en mis pensamientos. —Luego añadió en un susurro —: *Profundamente* sumido en mis pensamientos.

—¿Se te ha ocurrido algo interesante?

Tomek se volvió hacia ella y sonrió ampliamente. —De hecho, creo que sí.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y DOS

—¿Que usted qué?

Nick suspiró lo suficientemente fuerte como para que toda la sala lo oyera.

Tomek levantó las manos en señal de falsa rendición. —Escúcheme...

—De acuerdo. Le escuchamos.

Antes de explicar su teoría, Tomek se aclaró la garganta. Después les contó cómo *sí* existía una conexión entre las víctimas, pero no de la forma que habían pensado originalmente. Estaban conectadas por un dúo de asesinos. Dos malvados cómplices trabajando juntos.

—En el oficio a eso se le llama *folie à deux*, señor —añadió el Capitán Sabiondo para dar efecto—. Como Fred y Rose West.

—Sí, gracias por eso, Oscar —respondió Nick, tratando de mantener la vehemencia fuera de su voz.

—Uno de ellos le dirá al otro qué hacer. Normalmente son dos hombres, pero puede ser un hombre y una mujer.

Nick chasqueó los dedos y señaló a Oscar con emoción. —¡Exactamente! —dijo—. Un hombre y una mujer. Vincent y Georgia Gregory. Marido y mujer. ¡Como Fred y Rose!

Tomek dudó, mordisqueándose el labio inferior.

—Habla como si los conociera personalmente, señor —dijo.

—¿A quiénes? ¿A Fred y Rose o a Vincent y Georgia?

—A ambos.

—Tonterías. Sabemos casi todo lo que hay que saber sobre Vincent Gregory, pero ¿cuánto sabemos realmente sobre *ella*? —le preguntó Nick a Tomek, y luego extendió la pregunta al resto de la sala cuando se dio cuenta de que Tomek había tenido poco que ver con Georgia Gregory en sus investigaciones sobre la muerte de Jenny Ingles—. ¿Alguien? ¿Alguien?

Nadie respondió. Las cabezas giraron, buscando a alguien más dispuesto a asumir la responsabilidad de la pregunta. Al final, Rachel cayó sobre la espada del equipo.

—No mucho, para ser honesta, señor —respondió, tosiendo para dar firmeza a su voz—. Ha estado en la periferia de nuestras investigaciones.

—¿Qué quiere decir con periferia? Está justo en el maldito centro de todo esto. ¿Cómo es que no se ha detectado?

Nick Malhumorado dirigió su furia hacia Victoria, quien estaba a punto de experimentar su ira por primera vez.

—¿Cómo es que este se nos ha escurrido entre los dedos? —preguntó, con un tono de calma que desmentía la rabia en su rostro —. No puede haber sido un descuido. Todos han estado haciendo el vago durante la semana pasada.

Justo cuando estaba a punto de abrir la boca para hablar, Tomek saltó en su defensa. Sentía que necesitaba hacerlo. Aunque ella tendría que enfrentarse a la música de Nick en algún momento, no quería que fuera en medio de una reunión, frente a todos los demás; él ya había estado en el extremo receptor de una reprimenda así, y por lo general creaba un precedente que daba derecho a Nick a pensar que podía salirse con la suya cuando quisiera. Era mejor detenerlo de raíz antes de que las cosas se salieran de control.

—Con todo respeto, señor —comenzó Tomek, pero luego se detuvo cuando notó que Victoria levantaba la mano hacia él.

—Gracias, Tomek —empezó ella—. Pero puedo responder por mí misma. —Luego se aclaró la garganta antes de hacerlo—. La razón por la que el equipo ha omitido a Georgia Gregory de nuestras investigaciones es porque yo les instruí que lo hicieran. Hemos dedicado ese tiempo a centrarnos en las pruebas.

—¿Qué pruebas?

—Exactamente. Ha habido muy pocas. Pero a partir de las pruebas que *sí* tenemos, no nos han señalado en absoluto a Georgia Gregory. Puede reprenderme todo lo que quiera, pero no lo pague con mi equipo. Ese ha sido mi descuido, y acepto toda la responsabilidad.

Un silencio atónito se deslizó por la puerta abierta, trepó sobre las cabezas de todos los que estaban sentados y finalmente se detuvo frente a Nick, que parecía avergonzado. Tomek sintió ganas de ponerse de pie para aplaudir y saludar a Victoria. Muchos habían intentado enfrentarse a Nick Malhumorado en el pasado, pero muy pocos lo habían conseguido. Victoria acababa de añadir su nombre a esa ilustre y diminuta lista. Y por eso, el respeto de Tomek hacia ella se multiplicó enormemente.

Antes de que Nick pudiera responder, Victoria continuó, desviando la conversación de su pequeña muestra de ineptitud hacia la tarea en cuestión.

—Rachel, después de esta reunión, me gustaría que visitara la isla y encuentre a Georgia Gregory. Tráigala si puede. Averigüe qué sabe y dónde ha estado.

Rachel asintió e hizo una nota de la instrucción en su teléfono. Mientras Tomek observaba a Victoria pasearse de un lado a otro en la cabecera de la sala, mirando el tablero de incidentes frente a ella, Tomek levantó la mano.

Dijo: —¿Podemos volver a mi teoría ahora?

—¿Cuál es el punto? —preguntó Nick—. Ya la hemos desacreditado.

—No lo hemos hecho, señor. Sabemos tan poco sobre la participación de Georgia como sabemos de la de Vincent. Todavía no creo que estén involucrados. Creo que están incriminando a Vincent.

—Ha cambiado de opinión...

—No me malinterprete, sigue siendo un racista de mierda, pero desde que comenzó todo esto, se ha hecho parecer que fue él. Y ahora que lo pienso, las señales han estado ahí desde el principio; solo estaba un poco cegado por el hecho de que lo odiaba.

—¿Y ahora ya no?

Tomek se encogió de hombros. —Como he dicho, sigue siendo un imbécil. Pero no creo que sea un criminal ni que merezca ser tratado como tal.

Aunque tampoco lo había sido Tomek... ni Sean. A ambos los habían tratado como criminales —siendo expulsados del equipo por el color de su piel y su nacionalidad— y se habían visto obligados a aceptarlo. Entonces, ¿en qué se diferenciaba? Quizás era lo que el hombre merecía...

Pero esa no era la manera correcta de hacer las cosas. No era para lo que se había comprometido.

Se sentía dividido. Por un lado, detestaba al hombre por sus puntos de vista y opiniones, pero por otro lado no creía que debiera haber sido tratado como lo fue, incluso si Tomek había sido en gran parte responsable de dicho trato en primer lugar.

—Desde el principio, lo han hecho parecer el chivo expiatorio —continuó Tomek—. El coche que fue robado y utilizado para secuestrar a Annabelle Lake, el mismo modelo que el de Vincent Gregory. Incluso el coche que se había usado para secuestrar a Jenny Ingles: ¡su maldito coche exacto! Y sin embargo, no hay ni un fragmento de evidencia que sugiera que él haya sido quien lo hizo.

—¿Es en todo lo que basa esto? —preguntó Nick. No estaba dispuesto a dejarlo pasar, y Tomek tampoco.

Dos muros de ladrillos llegando a un punto muerto. Eventualmente uno tendría que ceder. Y no iba a ser él.

Se volvió hacia el agente Carter. —Déjeme preguntarle esto, Chey. Durante la entrevista de abajo, ¿ha dado algún detalle sobre dónde mantienen a su hermana?

Chey negó con la cabeza. —No. De hecho, ha estado bastante alterado por eso. Como, realmente alterado. Suplicándonos. Rogándome que le dejara ayudar. Es un poco extraño.

—Son muy cercanos... —dijo Anna, Triple Puntuación, comenzando a opinar.

—Exactamente —continuó Tomek—. Estuvieron juntos en hogares de acogida. Crecieron juntos. No puedo imaginar ni por un segundo que él le hubiera hecho algo así a su propia hermana. Y

trataba a Annabelle como a su propia hija, ¿por qué la mataría si ese fuera el caso?

Nick hizo una pausa antes de responder. —Podría pensar en una docena de razones por las que...

Tomek consideró desafiar al inspector jefe, pero sabía que los sutiles castigos posteriores no valdrían la pena.

—¿Qué hay del pez en el estómago? —Nick claramente estaba agarrándose a un clavo ardiendo ahora.

—Es posible que estemos buscando a alguien que conoce a la familia. Que conoce a Annabelle. Que los conoce lo suficientemente bien como para tener una llave...

—¿Quién?

Tomek pensó en Amelia Duggan. La profesora que veía a Annabelle Lake volver a casa desde la escuela todas las tardes. Que la veía insertar su llave en la casa. Que la observaba comer durante el descanso. Que pasaba casi cada parte de cada día con ella.

—No estoy seguro ahora mismo —admitió Tomek—. Pero lo estaré pronto. *Lo estaremos* pronto. Todo lo que pido *ahora mismo* es que dejemos ir a Vincent Gregory. Y si está tan preocupado por él, entonces establezca vigilancia sobre él. Ponga a alguien que observe cada uno de sus movimientos. Mientras tanto, traiga a Amelia Duggan y a Georgia Gregory para interrogarlas. Creo que podrían saber algunas cosas más de las que están diciendo.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y TRES

Vincent Gregory había perdido la cuenta de las emociones que actualmente recorrían su cuerpo.

Desesperación por haber perdido a su hermana.

Dolor por la muerte de su querida sobrina.

Ira y frustración por haber sido llevado a la comisaría por tercera vez en menos de tres semanas.

Resentimiento hacia las personas que intentaban encontrar a Elizabeth.

Culpa por no haber estado allí para protegerla, para evitar que esto le sucediera en primer lugar.

Confusión por querer ayudar a la policía de cualquier forma posible pero sin saber cómo, y sin confiar en que lo harían correctamente y sin entrevistarlo cada cinco minutos.

Odio hacia la persona que estaba haciendo esto a su familia.

Arrepentimiento por no haber dicho cosas que hubiera deseado decir antes.

Era un crisol de emociones humanas. Y comenzaba a sentirse como un adolescente otra vez. Como cuando había experimentado el mismo tipo de sentimientos. Cuando Elizabeth había estado allí para ayudarlo a superarlos. Y cuando él le había devuelto el favor.

Recordaba su tacto aquella noche. En la oscuridad de la habitación. Rodeados por los sonidos apagados de los niños en la casa de acogida durmiendo profundamente. La forma en que lo

había relajado por completo, suavizando los músculos tensos de su cuerpo.

Cómo deseaba poder regresar a ese entonces. Volver a cuando las cosas eran... más simples.

Vincent salió de su coche y cerró la puerta de un golpe. Por encima de las vallas que rodeaban su casa, vio las furgonetas de la policía científica y los vehículos policiales que seguían frente a la casa de Elizabeth. Luchó intensamente con la decisión de ir allí y ver qué estaban haciendo. Si había algo que había aprendido de toda esta pesadilla, era que a la policía no le gustaba que estuviera tan cerca de todo, que estuviera en primera línea de la investigación. Eso los hacía sospechar.

Además, no sabía si le gustaría lo que vería. Lo que podrían sacar de la casa.

En lugar de eso, entró en su propia casa y se dirigió directamente a la cocina, donde se preparó una taza de té. Con leche y dos cucharadas de azúcar. Cualquier otra cosa simplemente no tendría el sabor adecuado.

Mientras llevaba la bebida a la sala de estar, de repente se dio cuenta de la persona que estaba de pie en la esquina, vestida con un traje forense blanco, con sus rasgos ocultos tras una máscara.

—¿Quién coño eres? —preguntó Vincent lentamente, sintiendo cómo su cuerpo se tensaba por la adrenalina, otra adición al crisol de emociones.

La figura no dijo nada.

—He dicho que quién coño eres.

Siguió sin responder.

Ambos permanecieron ahí parados, separados por unos pocos pies —fácilmente al alcance, calculó—, simplemente mirándose. Los dos esperando a que el otro hiciera el primer movimiento.

Vincent evaluó la complexión del intruso: delgada, pequeña, más flaca que la suya. Sin embargo, tenían la misma altura, y había *cierta* definición muscular allí. No podía subestimar ese hecho.

Apretó su agarre sobre la taza de café, sintiendo cómo la cerámica resbalaba contra su piel sudorosa. Pensó en arrojar el contenido sobre la persona en su sala de estar.

Lo consideró seriamente.

Pero antes de que pudiera siquiera actuar según ese pensamiento, escuchó un ruido. El sonido de la puerta trasera abriéndose. Luego el sonido de la puerta cerrándose, seguido por pasos que se movían hacia la puerta principal, encerrándolos en la casa.

Entonces apareció otra figura, empuñando un bate de béisbol en una mano.

Al verlos, Vincent dejó caer la taza de té. El líquido ardiente le salpicó las piernas y le quemó la piel, pero no sintió nada. Estaba insensibilizado al dolor. Otra adición al crisol de emociones.

La última y definitiva adición, antes de que fuera noqueado por el bate de béisbol, fue la sorpresa.

Sorpresa al reconocer a la otra figura frente a él, a pesar del traje forense que ocultaba sus rasgos.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y CUATRO

Tomek había decidido quedarse en la comisaría más tiempo del que debía. Tenía algo que demostrar. Necesitaba encontrar pruebas que exoneraran a Vincent Gregory de cualquier implicación en los secuestros y asesinatos. Y hasta ahora parecía que había hecho una afirmación tremendamente inexacta. Por mucho que buscara, por mucho que se alejara de las pruebas, todo seguía apuntando a Vincent Gregory. Al único hombre que había estado al frente de toda la investigación desde el principio.

—¿Alguna novedad? —preguntó Sean mientras se acercaba al escritorio de Tomek con un ligero entusiasmo en sus pasos.

—Como no te puedes imaginar. De hecho, estoy a punto de realizar una detención.

—¿*En serio*?

—No, idiota. No en serio. Estoy tan cerca de descubrir quién mató a Annabelle Lake y a Jenny Ingles como tú. Y no vengas aquí con esa sonrisa en la cara, esperando ansiosamente escuchar lo miserablemente que estoy fracasando.

La ofensa se dibujó gradualmente en el rostro de su amigo.

—En realidad, no venía por eso —respondió Sean—. Solo vine para charlar.

—Ahora realmente no es el momento.

Sean sacó la silla de debajo del escritorio que tenía al lado. —Parece que necesitas un descanso...

Tomek cerró los ojos. No quería pensar en lo rojos y cansados que se veían. Hora tras hora mirando la misma pantalla, empeorando la tensión del dolor de cabeza que le oprimía ambos lados de la cabeza. Quizás su amigo tenía razón. Quizás era hora de un pequeño descanso.

—¿Cómo va la mudanza? —preguntó Sean despreocupadamente —. ¿Cómo está Kasia?

Uno rápido, al menos. Un par de minutos.

Lo justo para descansar los ojos y permitir que las células cerebrales se recuperaran.

—La mudanza va bien —dijo—. Diría que estamos a mitad de camino. Kasia ha estado haciendo la mayor parte cuando llega a casa del colegio, aunque solo puede manejar cajas pequeñas, nada demasiado pesado.

—¿Y cómo está esa pequeña problemática? ¿Sigue causándote problemas?

—Sí, pero descubrí la razón...

—¿Ah, sí?

Entonces Tomek le contó que Kasia estaba siendo acosada, manteniendo la voz baja por si alguien más en la oficina lo escuchaba. No quería que pensaran mal de él, y ciertamente no quería que pensaran mal de Kasia.

—Siento oír eso, colega. —Sean bajó la mirada hacia su regazo, sumido en sus pensamientos—. ¿Alguna vez... alguna vez te conté que sufrí acoso cuando era niño?

—Ni de coña —respondió Tomek—. ¿*Tú*? Eres el tipo más grande que conozco. ¿Quién tenía las pelotas lo suficientemente grandes como para acercarse a ti y buscarte pelea?

—Un grupo de pequeños racistas, eso es quién.

Eso dejó mudo a Tomek.

—Solían perseguirme por el patio gritándome como si fuera un mono y lanzándome plátanos en clase. Lo odiaba. Unos capullos, todos ellos. Convirtieron mi vida en un infierno en la escuela. Me hicieron odiarla tanto que no quería ir.

Tomek escuchó ecos del acoso de Kasia en la historia de Sean. La forma en que a veces no quería levantarse de la cama por la

mañana. Cómo hacía cualquier cosa para evitar ir a la escuela, incluso llegando al extremo de fingir estar enferma.

—No me malinterpretes —continuó Sean—. Les di una paliza varias veces, y se la di bien. Pero eso solo empeoró las cosas. Siempre volvían, a veces con más gente.

—¿Como una emboscada? —Tomek estaba al borde de su asiento, inclinado hacia adelante, escuchando la historia de su amigo. La historia que escuchaba por primera vez, pero que deseaba haber oído mucho antes.

—De alguna manera. Una vez fue solo yo contra unos cinco. Eran mucho más pequeños que yo, pero aun así...

—Cinco de ellos... —dijo Tomek, terminando la frase de su amigo —. ¿Se lo contaste a alguien?

Sean asintió lentamente. Su mirada se había desviado hacia la alfombra, mirando vacíamente al punto medio mientras revivía las experiencias de su infancia. —Mi padre se volvió loco una vez. Fue a la casa de uno de los acosadores y empezó a darle una paliza al padre. Casi llega también al niño, si no hubiera sido por mí, que lo aparté. Pero mi padre... bueno, no hacía mucho ejercicio, comía muchas porquerías realmente, y sin mencionar que tenía cincuenta y tantos. Entonces cayó muerto. Así sin más. Ahí mismo. Un infarto masivo. Ya estaba muerto cuando llegaron los paramédicos e intentaron reanimarlo.

Tomek sabía sobre la muerte del padre de su amigo. Sobre la manera en que había sucedido. Pero no conocía las circunstancias que rodearon su repentino y traumático fallecimiento. Escuchó atentamente, esperando pacientemente a que Sean continuara.

—Después de eso me convertí en el hombre de la casa, así que para que pudiéramos salir adelante tuve que empezar a ganar dinero. Entonces comencé a vender dulces y bebidas en la escuela. Mi propio mercado negro, en el que solo vendía mis productos a los blancos que no eran racistas y a algunos de los otros negros de la escuela. El acoso se detuvo rápidamente después de eso. Después de que se dieran cuenta de que no podían tocarme... no a menos que quisieran que todos los demás en la escuela fueran tras ellos.

Sean salió de su trance y se volvió lentamente para mirar a Tomek, con dolor y sufrimiento escritos en las líneas de sus ojos y frente. Un ligero brillo líquido se había formado en la parte inferior de sus ojos. Trató de parpadear para que desapareciera, pero Tomek lo vio por lo que era: emoción, dolor.

—Lo que quiero decir —continuó, como si sintiera que necesitaba hacer algún tipo de observación— es que Kasia lo superará de la misma manera que yo lo hice. No solo eso, sino que la moldeará en un ser humano mejor y más resistente.

Tomek sonrió, asintiendo lentamente. —Supongo que no saliste tan mal después de todo.

—Mejor que tú, pequeño perdedor.

Se rio. —Pero si te da lo mismo, y sin faltarle el respeto a tu padre, preferiría no sufrir un infarto masivo mientras defiendo a mi hija.

Los labios de Sean temblaron ligeramente en una débil sonrisa.

—Solo tienes que preocuparte por eso si encuentras a la persona que lo está haciendo...

Tomek se volvió hacia su ordenador, señalando la pantalla. —No debería llevarme mucho tiempo. Una de las ventajas del trabajo, diría yo. ¿Quién te acosaba?

Sean estalló en una carcajada. Un estallido repentino y singular que resonó por toda la habitación. —No me creerías si te lo dijera.

—Ponme a prueba...

Antes de que Sean pudiera responder, un nombre apareció en la mente de Tomek. Lo soltó sin pensar.

—¿Vincent Gregory?

Sean agitó su grueso dedo en el aire. —Cerca, muy cerca. Pero no exactamente. Estás en el camino correcto.

Tomek reflexionó un momento, pero entonces el pozo de nombres en su mente se quedó seco.

—Steven Lake —respondió Sean con calma, lentamente, sin animosidad en su voz.

El nombre desconcertó a Tomek momentáneamente.

—¿Steven...?

Sean asintió. —El mismo que se suicidó el otro día. Lo reconocí tan pronto como lo vi la mañana después de que Annabelle desapareciera. No olvidas una cara como la suya.

—¿Él te reconoció?

—Por supuesto que sí. El pequeño cobarde no quería hablar conmigo. Prácticamente huía cada vez que me acercaba a él. Es curioso... —La mirada de Sean volvió a perderse—. Curioso cómo en un momento yo solía tenerle tanto miedo, tanto miedo de cruzarme con él o con cualquiera de sus amigos. Pero luego... luego fue como si él me tuviera miedo a mí. Las tornas habían cambiado y yo tenía el poder. *De nuevo*.

La boca de Tomek se abrió mientras luchaba por procesar la información. —Pero... pero parecía tan agradable en comparación con Vincent...

—No dejes que su apariencia te engañe. El tipo es un cabrón de primera categoría de principio a fin. Siempre fue un poco cretino.

—¿Por qué no dijiste nada antes?

Sean se encogió de hombros, esperó un momento antes de responder. —No quería darle más protagonismo del que merecía. Y no es exactamente una parte de mi vida que me guste revivir, si soy sincero.

Tomek podía entenderlo. Él también había pasado por algo similar cuando era niño, pero nada tan traumático y desgarrador como Sean. Sin decir nada más, Sean se dio una palmada en la rodilla y se levantó de su silla. Antes de dejar la conversación en silencio, puso una mano en el hombro de Tomek y se alejó.

Dejándolo con sus propios pensamientos.

Pensamientos que comenzaron siendo pequeños, y de repente empezaron a rodar cuesta abajo y a crecer en tamaño y fuerza.

No dejes que su apariencia te engañe.

Las palabras de Sean resonaban en su cabeza.

Siempre fue un poco cretino.

Y entonces una idea le golpeó como un martillo en la cara. De inmediato, saltó de su asiento y se apresuró hacia el otro lado de la oficina. Afortunadamente, mientras él estaba ocupado tratando de

encontrar razones para no asumir lo peor de Vincent Gregory, el resto del equipo estaba tratando de encontrar a Elizabeth Lake.

Encontró a Nadia sentada en su escritorio, una mano en su estómago mientras la otra movía el ratón de su ordenador de un lado a otro de la pantalla.

—Buenas noches —dijo él—. ¿No debería estar usted en casa?

—Solo me quedaré quince minutos más —respondió ella, estirando el cuello para verlo—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Steven Lake —respondió Tomek—. Supongo que nunca encontramos su cuerpo, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza. —No que yo haya oído. Hasta donde sabemos, sigue flotando en el mar.

Tomek sonrió. —¡Excelente! Y las pruebas encontradas en su barco...

—¿Qué pasa con eso?

—Recuérdeme...

Un momento después, Nadia había sacado la lista de pruebas encontradas en el barco de Steven Lake, el *Annabelle*. Para ver la pantalla con más claridad, se acercó y bajó sus gafas sobre la nariz.

—Dice aquí que encontraron su ADN allí, el ADN de Annabelle... y rastros de atún.

El rostro de Tomek se iluminó.

—¿Tenemos su portátil? —preguntó.

—En algún sitio. ¿Quiere que yo-

—No importa —dijo, y luego giró sobre sí mismo y la dejó sin decir otra palabra.

Animado por los revitalizantes pensamientos que llegaban a su mente, regresó a su escritorio y abrió Google. En la barra de búsqueda, escribió *The Man Club*, el nombre del grupo para hombres deprimidos, y pulsó Intro. Luego hizo clic en el primer resultado que apareció en la página.

En la pantalla de inicio del foro había una lista de diferentes categorías relacionadas con ser padre con depresión, con entre dos y tres comentarios debajo antes de que se hubiera recortado. Los temas iban desde lo específico hasta lo amplio, pero a Tomek no le importaba eso. Estaba buscando algo en particular.

Más bien, alguien en particular.

Y lo encontró unos momentos después.

En la categoría de "*lidiar con la muerte de un hijo*".

Allí, al final de la sección de comentarios había una publicación del perfil de Steven Lake, S.Lake85.

Con fecha de hace veinte horas.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y CINCO

—¿El escurridizo bastardo está vivo?

Tomek asintió. —Ha estado publicando desde más allá de la tumba, señor.

—¿Y está seguro?

—No soy un firme creyente en fantasmas, así que voy a decir que estoy *bastante convencido*. Y eso no es todo, señor. También encontré esto...

Tomek sacó el trozo de papel que había doblado en el bolsillo de su pecho y lo deslizó sobre la mesa. Nasty Nick, que ya no estaba siendo tan desagradable, lo recogió y lo examinó, luego se lo pasó a Victoria, que estaba de pie a su lado.

—¿Dónde encontró esto? —preguntó ella.

—En su correo electrónico. Encontré su portátil en almacenamiento y entré en su cuenta. Se me ocurrió algo y pensé en investigarlo.

—¿Cómo pudimos pasar esto por alto? —preguntó ella, aunque ya sabía la respuesta.

Para ahorrarle la vergüenza, Tomek dijo: —Lo escondió bastante bien en su bandeja de entrada, varios niveles de profundidad y en la carpeta de correo más extraña... pero no lo suficientemente bien. Además, probablemente nunca pensamos en buscar tan lejos porque no lo considerábamos sospechoso.

—Yo... —comenzó Nick mientras leía el documento de nuevo—. Oh, mierda.

Antes de terminar su frase, Nick salió furioso de la habitación y convocó una reunión inmediata en la sala de incidencias. En pocos momentos, el resto del equipo —los que se habían quedado, incluyendo a Sean, Chey, Martin, Rachel y Anna— rápidamente entraron en la sala. Todos empezaron a intuir que esta iba a ser una noche larga.

—Bien, escuchen todos —dijo Nick—. Parece que nuestro padre desaparecido, Steven Lake, está realmente vivo. La última vez que se le reportó usando el foro en línea, *The Man Club*, fue hace veinte horas. Ahora, a menos que Tomek esté equivocado, eso significa que está escondido en algún lugar. Necesitamos averiguar dónde...

—¿Alguien tiene alguna idea por dónde empezar? —preguntó Victoria, interviniendo. Era evidente que quería estar en primera línea en esta etapa de la investigación. Una oportunidad para redimirse.

—¡La tierra! —exclamó alguien.

Tomek se giró para mirar al resto de la sala y vio los ojos penetrantes de Martin brillando de placer.

—Justo esta mañana recibimos el informe de composición de la tierra y arena encontrada en los pies de Annabelle Lake y Jenny Ingles.

Martin miró alrededor a un conjunto de caras inexpresivas.

—No esperaba recibirlo hasta dentro de otra semana, pero parece que forense encontró tiempo para examinarlo —continuó, pero todos estaban esperando que llegara al punto.

—Se ha confirmado que la tierra en los pies de las chicas provino del mismo lugar —prosiguió—. Y esta mañana, el equipo de SOCO encontró pequeños rastros del mismo barro, tierra y arena en la habitación de Elizabeth Lake.

—Eso solo nos dice que es el mismo asesino y que las mantenían en el mismo lugar —dijo Tomek—. Pero no nos dice *dónde* están.

—Lo hace cuando sabemos quién es el asesino...

A Tomek le llevó más tiempo del que le hubiera gustado para que finalmente cayera en la cuenta. Para entender finalmente a lo que Martin estaba aludiendo.

Pero, para su deleite, al resto del equipo le llevó aún más tiempo comprenderlo.

—¿Cuánto tardaríamos en llegar allí? —preguntó Victoria.

—¿Nosotros? Unos veinte minutos, dependiendo de lo rápido que conduzcamos.

—¿Y el uniforme más cercano?

—La Policía de Canvey puede estar allí en minutos.

Victoria se volvió hacia Nick. —Creo que uno de nosotros debería ir. Si las cosas... *salen mal*, creo que uno de nosotros debería estar allí para desactivar la situación.

Nick consideró un momento con un suspiro.

Había un suspiro para cada estado de ánimo, cada reacción. Pero Tomek sabía por experiencia que este era bueno.

—Iré yo... —dijo.

—¿Por qué usted? —preguntó Martin, sentándose erguido, claramente molesto por la decisión—. ¿No podemos ir todos? ¿Todos tenemos tanto derecho a estar allí como él?

Nick negó con la cabeza. —Tomek está cerca de esta investigación —dijo—. Tomek es el adecuado. Confíen en mí... —Metió la mano dentro del bolsillo de su chaqueta y sacó la impresión que Tomek le había dado—. Confíen en mí. Tomek es el más indicado para esto.

—Mientras tanto, el resto de nosotros necesitamos prepararnos para la entrevista —dijo Victoria.

Nick dio una palmada y levantó la reunión al instante. La sala estalló en acción, todos filtrándose de vuelta a sus escritorios. Excepto Sean, Nick y Victoria que permanecieron. Tomek decidió quedarse con ellos brevemente.

—Firmaré para sacar un coche y llegaré allí lo más rápido que pueda —dijo—. Intentaré traerlo de vuelta de una pieza.

Victoria asintió. —Estaremos esperándolos cuando lo haga.

Tomek giró para irse, pero luego se detuvo. —No sé si ya lo han pensado, pero creo que Sean debería ser quien entreviste a Steven Lake cuando lo traiga.

—¿Por qué? —preguntó Nick, cuya cabeza rebotaba entre él mismo y Sean.

En respuesta, Tomek alcanzó la impresión y se la arrebató al inspector jefe, sosteniéndola en alto entre los cuatro. —Confíen en mí... —dijo.

Y eso fue suficiente.

Al salir de la sala, cruzó la mirada con Sean. La expresión en el rostro de su amigo le dijo todo lo que quería decir pero no podía.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y SEIS

El astillero ubicado cerca del puente que conectaba la isla Canvey y Benfleet siempre había sido un misterio para Tomek. Había pasado por allí en coche cada vez que entraba y salía de la isla, pero nunca había entendido realmente qué había allí.

Y ahora lo descubrió.

Después de pasar por la estación de tren de Benfleet, él y el convoy de vehículos policiales identificados se dirigieron hacia Benfleet Moorings, un pequeño banco donde una hilera de barcos estaba amarrada a lo largo de los lodazales. Al otro lado de Hadleigh Ray, el tramo de agua situado en medio, estaba la marina de la isla Canvey. A la derecha había una pasarela peatonal que unía ambos lados.

Tomek y el equipo aparcaron junto a la pasarela y comenzaron inmediatamente a desplegarse. La ubicación donde se sospechaba que Steven Lake mantenía cautiva a Elizabeth Lake estaba a unos cientos de metros a lo largo de la orilla del río. La discreción y el anonimato eran fundamentales; lo último que querían era que Steven Lake viera los colores amarillo y azul brillantes de los coches policiales mientras la luz de la luna rebotaba en los paneles.

En su lugar, hicieron el recorrido a pie.

Los coches que circulaban por Canvey Road pasaban a toda velocidad, ansiosos por salir de la isla. Los ruidos susurrantes de los insectos huyendo de la escena sonaban junto a sus tobillos. El resto

del silencio era perturbado por el sonido de sus pies moviéndose sobre la grava, acercándose gradualmente a su asesino.

Tomek no sabía qué esperar cuando lo encontraran. Basándose en las lesiones sufridas por Annabelle Lake y Jenny Ingles, Tomek esperaba encontrar a Elizabeth Lake en buen estado de salud. Quizás atada a una silla o con pies y manos amarrados. Pero algo le decía que ese no sería el caso.

Que estarían entrando en algo maligno, algo perturbador.

Especialmente después de lo que había descubierto en la bandeja de entrada de Steven.

Un poco más adelante, pasaron junto a un gran barco que había sido convertido en restaurante. Habían dejado sillas y bancos en la zona de césped exterior y enfrente había un aparcamiento.

Más allá estaba la pequeña casa de botes que buscaban, si se podía llamar así. Más bien, era como una cabaña, un espacio pequeño posiblemente lo suficientemente grande para un bote pequeño, nada demasiado extravagante. El tamaño perfecto para el *Annabelle*. Estacionado detrás, Tomek divisó un Ford Fiesta con cristales tintados, con una matrícula que coincidía con la descubierta en la toma de CCTV la noche del secuestro de Jenny.

Mientras se acercaban al edificio, el teléfono de Tomek vibró en su bolsillo. Acababa de recibir un mensaje de Nick, notificándole que Vincent Gregory posiblemente había desaparecido. Habían enviado un equipo de agentes uniformados a su casa para verificar su estado e informarle que confiaban en realizar pronto una detención. Originalmente había sido idea de Sean; había intuido que la vida de Vincent Gregory estaría en peligro de alguna manera. Pero no había previsto que sucediera tan pronto, tan poco después del secuestro de Elizabeth.

No solo podrían encontrar potencialmente a una víctima, ahora podrían encontrar dos.

La supuesta venganza de Steven Lake contra su esposa y su cuñado era intensa.

Tomek miró a los oficiales detrás de él —seis en total— y agradeció el gran número.

—Esto es por ti, Annabelle —dijo mientras guardaba su teléfono y se acercaba al edificio.

En la oscuridad, tanteó la puerta, con cuidado de no producir sonidos drásticos ni perturbaciones. Una vez que sintió los paneles de madera bajo sus dedos, hizo una pausa y escuchó.

Sonidos, murmullos resonaban a través de las fibras. Vida, procedente del interior del edificio. Eso era una buena señal. Una muy buena señal, sin duda.

Mientras se preparaba para abrir la puerta, envolviendo sus manos sobre el tirador, dio una última mirada al equipo que rodeaba el edificio.

Y entonces entró.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y SIETE

Lo primero que notó del lugar fue el olor. Rancio, pútrido. De ese tipo que te escuece la garganta, se te mete en los ojos y te hace arrugar el rostro.

El olor de materia fecal en descomposición.

Y entonces, después de que su mente hubiera tenido tiempo para procesar el olor, asimiló la visión, la escena justo frente a él.

Para uno de los hermanos Gregory era demasiado tarde. Para el otro, su vida pendía de un hilo.

Sobre Vincent Gregory se cernía la mente maestra detrás de toda la operación. Cuchillo en mano, presionándolo contra la garganta del hombre. Mientras tanto, Elizabeth Lake colgaba de una estructura metálica en forma de A, suspendida por una soga. Su vientre y garganta habían sido rajados, y su sangre continuaba goteando desde sus pies desnudos, acumulándose en el charco debajo.

Splash.

Splash.

Splash.

—Steven... —dijo Tomek mientras levantaba las manos en el aire para sugerir que no tenía intención de hacer daño—. Baje el cuchillo.

Tomek era plenamente consciente de los agentes detrás de él, esperando una orden. Pero en este momento en su mente, sólo estaban él, Steven y Vincent. Dos hombres que quizás merecían el destino al que estaban a punto de enfrentarse. Para Steven habría

sido un arresto y una larga condena de cárcel. En cuanto a Vincent, habría sido la muerte.

Hubo un momento —tan solo veinte minutos atrás después de enterarse de la infancia de Sean— en que habría permitido que ambos continuaran, que decidieran sus propios destinos...

Pero no podía hacer eso. No otra vez.

Había cometido ese error con Tony. Y lo revivía casi todos los días.

La escena frente a él era un recordatorio desgarrador de lo que había ocurrido en el pasado.

Tony colgando de una viga de madera, desangrándose, sus genitales metidos en su boca. Muriendo en un lugar similar.

Los paralelismos eran demasiado fuertes para ignorarlos. No podía dejar que nadie más muriera en un lugar como este.

—Baje el arma, Steven —repitió Tomek—. Por favor.

A estas alturas, la inicial mirada de shock y sorpresa en el rostro de Steven Lake se había desvanecido y había sido reemplazada por una expresión de desesperación y rabia. Y no había nada peor que un hombre volátil sin nada que perder.

—¿Cómo me encontró? —preguntó Steven.

—Es nuestro trabajo —respondió Tomek.

—Salga. Váyase de aquí. Yo... tengo asuntos sin terminar... No puede estar aquí.

—Pero estamos aquí, colega. Y necesitamos que baje el arma.

Ahora era el momento para que Steven girara la hoja hacia Tomek. Sus ojos se ensancharon y apretó los dientes de forma maníaca.

—¡Fuera! ¡Tiene que irse! ¡No puede estar aquí!

Tomek se mordió el labio inferior. —No puedo hacer eso, colega. Lo siento. Lo mejor que puedo ofrecer es quedarme solo yo. El resto de estos tipos se van mientras yo me quedo. ¿Qué le parece?

Steven consideró la propuesta por un minuto. Luego se dio cuenta de que era un perder-perder. De cualquier manera que se desarrollara la situación, no había escapatoria para él, ningún barco en el que pudiera subirse y zarpar. Ningún otro lugar donde esconderse.

—Está bien —dijo finalmente, eligiendo el menor de dos males—. Usted quédese. Pero todos los demás se van. ¡Ahora!

Tomek se giró para mirar a los oficiales uniformados y les dio un ligero asentimiento. En pocos momentos se habían ido.

—Ahí... ¿Está mejor así? —dijo—. ¿Esto es un poco mejor para usted?

Era consciente del tono condescendiente en su voz, pero poco podía hacer para evitarlo.

—¿Por qué está aquí? —preguntó Steven, todavía apuntándole con el arma homicida.

—Porque estoy haciendo mi trabajo —respondió Tomek—. Algo de lo que su cuñado me acusó de no estar haciendo hace no mucho tiempo.

Vincent Gregory, atado a una silla en medio del cobertizo de botes, miró con desprecio a Tomek. Como si le culpara por firmar su sentencia de muerte, añadiendo el último clavo al ataúd y todo lo que Steven Lake necesitaba hacer era darle un golpe. O, más apropiadamente, un limpio corte en su garganta.

—Todavía necesito que baje el cuchillo, Steven. Y luego quizás podamos hablar.

—¿Hablar de qué? No hay nada de qué hablar.

—Tengo algunas preguntas a las que me gustaría obtener respuestas.

Algunas era quedarse corto: tenía todo un archivo en la aplicación de notas de su teléfono lleno de ellas.

—Quizás podría satisfacer un poco mi curiosidad...

Steven Lake dudó mientras consideraba su mejor ruta de escape. Tomek lo estudió por un momento. Se le ocurrió que este era un hombre que no tenía idea de lo que estaba haciendo. Que estaba entrando en pánico, reaccionando, de la misma manera que había estado reaccionando a instrucciones dadas a él en las muertes de Annabelle Lake y Jenny Ingles. Se le ocurrió a Tomek en ese momento que no estaba mirando a una mente maestra en absoluto. Que estaba mirando al sumiso, la segunda mitad de la *folie à deux*.

—¿Dónde está su cómplice, Steven? —preguntó Tomek.

—¿Mi qué? ¿Mi...? ¿De qué está hablando?

—Creo que sabe exactamente de qué estoy hablando, Steven. ¿Dónde están y quiénes son?

—No sé a qué se refiere. No hay... no hay nadie más. Actué solo. Siempre he actuado solo.

Clásico, pensó Tomek. El hombre era débil y frágil, y había sido lavado de cerebro para no delatar a su compañero. La respuesta estaba en alguna parte dentro de él, y si Tomek iba a sacarla tendría que ser inteligente al respecto.

—Todavía no ha bajado el cuchillo, Steven —dijo Tomek, señalándolo—. Realmente necesito que lo haga, de lo contrario uno de nosotros va a resultar herido.

—¡Sí! ¡Y será él!

Antes de que Tomek notara el movimiento, Steven blandió la hoja frente a Vincent y la sostuvo contra su clavícula que había quedado expuesta en un forcejeo anterior. El pecho del hombre se agitaba, subiendo y bajando, mientras la luz de la lámpara en la esquina se reflejaba en la superficie de la hoja.

—Lo entiendo... —dijo Tomek—. Lo comprendo perfectamente.

—¿Qué?

—No me cayó muy bien su cuñado cuando lo vi por primera vez. Si no estuviera haciendo este trabajo, probablemente estaría haciendo lo mismo ahora mismo...

La mirada de furia en el rostro de Vincent se transformó en miedo, mientras el clavo en su ataúd se acercaba más a ser martillado.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Steven, con pura confusión impregnando sus palabras.

—Su cuñado, hizo que me echaran del equipo que investigaba la desaparición de su hija. Por ser polaco. Porque es racista. Y, peor aún, hizo que echaran a mi amigo del equipo también, por el color de su piel. Pero lo gracioso es que apuesto a que se arrepiente de esa decisión porque si no hubiera hecho esa llamada a mi jefe en primer lugar, quizás no estaría en esta situación ahora mismo...

Por un breve momento, Tomek pensó que vio un átomo de culpa brillar en los ojos de Vincent. Pero luego supo que el hombre era demasiado orgulloso para hacer algo así.

—No quiero matarlo porque sea racista... —dijo Steven lentamente, como si las palabras no se estuvieran formando adecuadamente en su cabeza.

Lo sé, pensó Tomek. *Porque* tú también *eres un sucio racista*.

—Si no es por eso, ¿entonces por qué? ¿Es por *esto*?

Tomek metió la mano en su bolsillo y sacó la impresión que había dejado atónitos a Nick y Victoria en la oficina.

—¿De dónde sacó...? ¿De dónde sacó eso?

—Como dije, estaba haciendo mi trabajo.

Tomek dirigió su atención al documento. En la esquina superior estaban el nombre y el logotipo de la empresa que había realizado la prueba de ADN. Debajo estaba la fecha de la carta y el número de referencia que se había asignado a la consulta. Debajo había una pequeña tabla que destacaba las conexiones entre las dos muestras de ADN: una para Annabelle Lake, la otra para Steven Lake.

O más bien, en el caso de Steven Lake, la falta de conexión.

Ahí, en blanco y negro, estaba la prueba que había desencadenado la ola de asesinatos de Steven Lake. La confirmación de que Annabelle no era su hija, que era de otra persona.

No hacía falta ser un genio para deducir de quién...

—Sé que lo odia por lo que ha hecho —comenzó Tomek—. Pero no puede matarlo.

—Nunca se trató de matarlo —respondió Steven—. Quería destruirlo. Quería que presenciara cómo todo lo que amaba se desmoronaba y ardía justo delante de él. —Steven se volvió para mirar el cuerpo sin vida de Elizabeth—. Y ahí está. Lo único que amaba... Lo único que más amaba en el mundo. La amaba lo suficiente como para follársela...

Tomek decidió quedarse callado. Dejar que Steven dijera todo lo que necesitaba. Que le contara todo lo que necesitaba oír.

Para satisfacer su curiosidad.

—Siempre supe que eran cercanos... —continuó Steven, como si Vincent no estuviera justo frente a él, todavía vivo, todavía respirando—. Siempre lo han sido. ¿Cómo podrían ser diferentes, dado lo que pasaron cuando eran niños? Pero nunca pensé que llegarían tan lejos como el incesto. Yo... primero sospeché que algo

estaba pasando entre ellos en una fiesta de jardín un verano. Los encontré en una de las habitaciones abrazándose. Pero no era uno de esos abrazos de hermanos, era algo más profundo. Ambos negaron que hubiera algo más, pero yo lo sabía, lo vi. Lo *sentí*. Desde entonces no pude dejarlo pasar. Tenía que averiguarlo, pero tenía demasiado miedo...

—¿Entonces la secuestró?

Steven dudó mientras revivía los eventos en su cabeza. Bajó la mirada al suelo y se quedó mirando a la nada.

—Yo... yo... —Steven tragó saliva con fuerza—. No hay forma agradable de decir esto, pero... nunca he podido amar a Annabelle. Nunca la he amado como propia. Siempre he sentido que era diferente a mí, no solo en apariencia sino en personalidad. Por eso nunca me he permitido amarla *completamente*. Siempre ha estado a un paso de distancia. Ella simplemente... existe. Ella simplemente... está ahí.

—Lo entiendo —respondió Tomek.

Al oír esto, el hombre levantó la mirada y encontró los ojos de Tomek por primera vez en un buen rato.

—¿Usted... lo entiende?

Él asintió, encogiéndose de hombros como lo hacen los hombres cuando tienen demasiado miedo de admitir algo embarazoso.

—Hace poco descubrí que era padre después de trece años. Ella apareció en mi puerta una noche y ha estado viviendo conmigo desde entonces. Ha salido de la nada después de todo este tiempo y ¿de repente se supone que debo amarla como si hubiera estado conmigo toda la vida? Ha sido difícil. Hemos luchado, por decir lo menos, pero las cosas están mejorando.

—No es lo mismo —dijo Steven—. Porque ella *sí* es su hija.

—No se ha sentido así. Y todavía no se siente así. A veces ha parecido una completa extraña, porque eso es lo que es... Es la primera vez que la conozco en mi vida. Eso es lo que constituye ser un extraño. Imagino que así se sintió usted con Annabelle, ¿no?

Steven asintió.

—Así era. En aquel entonces. Pero ya no...

El dolor y la culpa eran claramente visibles en el rostro de Steven, mientras sus mejillas y labios comenzaban a arrugarse, mientras sus ojos comenzaban a entrecerrar, mientras las lágrimas comenzaban a formarse.

—No he podido perdonarme por lo que le hice. Nunca debí haberlo hecho. Nunca debí haberla matado. Ella no se lo merecía. Nada de esto fue su culpa. Esa responsabilidad recaía en Elizabeth y... y... —De repente, Steven pareció recordar al hombre atado frente a él, y entonces su semblante cambió. La humildad y la vulnerabilidad que había sido refrescante escuchar desaparecieron y fueron reemplazadas por furia nuevamente.

Furia contra Vincent Gregory por acostarse con su esposa —con su propia hermana— y por ser el padre de la niña que él pensaba que era suya. Toda esa dinámica era una completa locura para Tomek, una que necesitaría procesar después de que esto terminara, pero ahora mismo su prioridad inmediata era asegurarse de que nadie más resultara herido.

—¿Se arrepiente de matar a Jenny Ingles? —preguntó Tomek mientras daba un pequeño paso adelante mientras Steven estaba distraído.

—¿Qué?

—Jenny Ingles. ¿Se arrepiente de haberla secuestrado, violado y asesinado?

Steven bajó la mirada de nuevo. Esta vez dejó caer la hoja a su lado.

Y ahí estaba la respuesta.

Un hombre que se arrepentía de las cosas que había hecho pero se había sentido obligado a hacerlas de todos modos.

—¿Por qué la violó, Steven?

—Porque... porque podía. Porque tenía el poder para hacerlo.

Porque Steven había pasado el punto de no retorno...

No había animosidad en su voz, ni matices malvados que insinuaran que era una mala persona. Solo alguien seriamente confundido y destrozado.

Tomek no sabía si ya sentía lástima por él, o si quería sentir lástima por él.

—¿Se arrepiente? —preguntó de nuevo.

Steven asintió suavemente, como un niño pequeño en medio de una reprimenda.

—¿No cree, entonces, que si mata a su cuñado también podría arrepentirse de eso? No creo que sea una mala persona, Steven. Creo que ha cometido algunos errores en el pasado. Creo que acosó a mi amigo en la escuela porque su padre era racista, así que eso era todo lo que conocía. Y creo que hizo estas cosas porque alguien le dijo que lo hiciera. Alguien lo estaba dirigiendo.

La mirada en los ojos de Steven —de lástima, de pena— le dijo a Tomek que tenía razón, pero esas no fueron las palabras que salieron de sus labios.

—Lo hice todo solo... —dijo Steven, aunque la debilidad y la ronquera en su voz implicaban que ni siquiera se creía a sí mismo.

—Entonces explíqueme esto —dijo Tomek, dando otro paso adelante. Para entonces había como un metro entre ellos, lo suficientemente cerca para que Tomek pudiera oler el hedor rancio en el aliento de Steven Lake—. ¿Cómo fingió su suicidio? ¿Cómo volvió a la costa después de abandonar el *Annabelle*? Cuando lo encontramos, estaba a más de un kilómetro mar adentro.

—Soy buen nadador.

—Y yo soy Brad Pitt. Todos podemos decir cosas que no son verdad, colega... ¿Entonces por qué no me lo dice? He creído todo lo demás que ha dicho hasta ahora. ¿Por qué está mintiendo para protegerlos? ¿A *quién* está tratando de proteger?

Steven luchó internamente por la respuesta a esa pregunta. Hacerlo o no. Contarlo todo o no decir nada. Y Tomek vio cómo se desarrollaba en el rostro del hombre.

Al final obtuvo la respuesta que esperaba.

—Soy buen nadador.

Tomek tardó unos minutos más en desactivar completamente la situación y convencer a Steven de que soltara el arma. Cuando

finalmente lo hizo, los agentes uniformados que habían estado esperando pacientemente afuera entraron y arrestaron al hombre. Se había llamado a un equipo de paramédicos y estaban en camino para atender a Vincent, que había sido dejado en la silla, con las manos y los pies todavía atados.

—¿No va a sacarme de aquí? —gruñó a Tomek cuando se acercó.

Antes de responder, Tomek observó a los oficiales uniformados escoltar a Steven Lake fuera del cobertizo, con las manos esposadas a la espalda.

—Está en estado de shock —respondió Tomek—. No sabemos qué tipo de lesiones ha sufrido. No moveríamos a alguien que acaba de caer seis metros por si se ha roto la espalda, ¿verdad? Es lo mismo con usted.

—¿De qué coño está hablando? No me he caído de ningún sitio.

Tomek lo sabía. Por supuesto que lo sabía. Solo estaba jugando con el hombre. Por última vez, porque, y esperaba más que nada, que esta sería la *última* vez que lo viera. Y si ese era el caso, quería saborear cada momento, cada incómodo y doloroso momento.

—Creo que vamos a mantenerlo ahí hasta que lleguen los paramédicos...

—No, por favor, no. Tiene que sacarme de aquí. No quiero quedarme... por favor.

Tomek reprimió la sonrisa de suficiencia que amenazaba con aparecer en su rostro. Cómo habían cambiado las tornas.

—¿Debo recordarle que acabo de salvarle la vida? Me lo agradecerá por hacerle sentarse y procesarlo todo.

Vincent contorsionó su rostro mientras se preparaba para lanzar otro ataque verbal contra Tomek, pero inmediatamente reconsideró.

—Lo sé. Gracias. Yo... lo siento por todo lo que les hice... a usted y a su compañero.

Una disculpa genuina. Una que Tomek no esperaba escuchar, aunque solo contaba como un ochenta por ciento de su valor nominal porque solo lo había dicho bajo circunstancias extremas. Dudaba que Vincent hubiera pronunciado esas palabras por su propia voluntad, de no haber sido por el cuchillo que había sido presionado contra su garganta.

—Tiene suerte de que mi colega no haya venido aquí... —comenzó Tomek—. De lo contrario, estoy bastante seguro de que lo habría dejado morir y probablemente habría terminado matando a su cuñado después.

—Apuesto a que lo habría hecho, siempre son iguales, esos...

Tomek puso su palma frente a la cara de Vincent Gregory. —Le ruego, por favor, que no termine esa frase. Acaban de darle otra oportunidad en la vida y odiaría que experimentara tan poco de ella continuando siendo racista. Así que, como ha llegado tan lejos en su frase, voy a dejarlo aquí. Quizás podría despedirse de su hermana.

Si eso era un castigo o una gratificación, Tomek no lo sabía. De cualquier manera, salió del cobertizo sintiéndose satisfecho consigo mismo, sintiendo una ligera sensación de retribución. Había salvado a Vincent Gregory de la muerte, aunque el hombre no se lo mereciera.

Mientras salía del edificio, un dúo de paramédicos se apresuraba hacia el lugar. Tomek los detuvo en seco y les explicó que Vincent estaba absolutamente bien y que tal vez necesitaba unos minutos más de espera.

Cinco. Diez. La duración dependía de ellos.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y OCHO

Tras su detención, Steven Lake había sido puesto en una celda donde esperó a que llegara su abogado. Desde allí, lo habían conducido a la sala de interrogatorios y había pasado las siguientes cuatro horas sentado frente al detective sargento Campbell.

Tomek se había quedado a observar cómo su amigo profundizaba en la historia detrás de los asesinatos durante un par de horas, hasta que finalmente comenzó a sentirse cansado y decidió volver a casa. Había sido divertido ver a Steven Lake retorcerse e incomodarse al enfrentarse cara a cara con el hombre a quien había acosado de niño. Había odiado cada minuto y Tomek se alegró de marcharse con esa sensación de triunfo. El único inconveniente del interrogatorio —después de obtener toda la información necesaria— fue que seguía reacio a compartir el nombre de la persona que le ayudaba. Ese detalle en particular requeriría más recursos, más tiempo, más esfuerzo alejado de todas las otras investigaciones que habían llegado al escritorio del equipo desde la desaparición de Annabelle Lake.

Y si iban a atrapar al individuo, necesitaban hacerlo rápidamente. La noticia del arresto de Steven se había mantenido interna hasta ahora, pero era solo cuestión de tiempo hasta que su cómplice descubriera lo que le había pasado —la mayor presencia policial y la tienda forense instalada fuera de la pequeña casa-bote eran una señal bastante evidente.

A la mañana siguiente, después de solo un par de horas de sueño, Tomek se vistió para ir al trabajo, dejó a Kasia en la escuela por una vez (para compensar algo del tiempo perdido últimamente) y luego se dirigió a la oficina.

—¿De qué te ríes? —le había preguntado Kasia cuando aparcó a unos cientos de metros más abajo para que ninguno de sus amigos de la escuela la viera siendo llevada por su aburrido y viejo padre.

—Del trabajo —dijo él, masajeando el volante con una mano—. Hicimos un arresto anoche. Pero el trabajo duro no ha terminado. Tenemos que hacer otro.

—Qué bien —dijo ella, sonriendo. Una sonrisa genuina, seguida de interés en su trabajo—: ¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que hagas el siguiente?

Tomek miró el reloj en su otra mano. —Diría que habremos terminado al final del día.

—¿Quieres apostar? —Los ojos de Kasia brillaron emocionados ante la perspectiva de conseguir dinero.

—Todavía me debes las cincuenta libras que robaste el otro día.

—Pensé que te habías olvidado de eso —dijo, sin dejar de sonreír —. En fin. ¿Qué me dices? ¿Diez libras?

—Espera —dijo Tomek—. Déjame ver si lo entiendo. No solo te niegas a devolverme las cincuenta libras que *robaste*, sino que ¿estás apostando contra mi capacidad para realizar una detención?

—Sí. Supongo que sí.

—¿Así que estás diciendo que quieres que un asesino permanezca en las calles más tiempo del que debería?

La emoción desapareció del rostro de Kasia y bajó la mirada hacia su teléfono. —Bueno, cuando lo pones así...

—Sí. Así es como lo pongo. Además, eres demasiado joven para apostar. Lo he intentado varias veces y he fracasado miserablemente, así que créeme cuando te digo que no vale la pena. Ahora ve a la escuela, tengo...

—Un asesino que atrapar, lo sé.

Tomek la vio salir del coche y dirigirse hacia las puertas de la escuela con una sensación cálida en el corazón. No solo le estaba hablando de su trabajo con un aire de genuino interés e intriga, sino

que hablaba como lo hacía hace unas semanas. Se sentía como si hubiera vuelto a la normalidad, a sus viejas costumbres, a la forma en que solía ser, o al menos a su personalidad de hace seis semanas.

Las cosas con ella parecían mejorar. Otra razón para sonreír.

Y mientras se apresuraba a través de las puertas de la escuela, desapareciendo entre el mar de uniformes escolares negros y rojos, las palabras de Steven Lake resonaron en su cabeza.

Ella no se lo merecía. Nada de esto fue culpa suya.

Lo mismo podría decirse de Kasia. Nada de esto —ser expulsada y verse obligada a vivir con él— era culpa suya, por lo que él tenía que dejar de culparla por trastornar su vida. No era culpa de ella, ni tampoco suya. Era su nueva normalidad, una que esperaba con ilusión.

Una vida con su hija.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y NUEVE

—¿Qué te tiene tan sonriente? —preguntó Rachel cuando él entró en la sala de incidencias.

—Hoy va a ser un buen día —respondió, tirando su bolsa junto a su escritorio y conectándose—. Lo presiento. El sol está brillando. Un asesino ya está fuera de las calles. Otro está a punto de ser atrapado. ¡Y ni siquiera he tomado mi café de la mañana!

—Uf —dijo ella—, a veces odio a la gente excesivamente feliz.

Tomek giró en su asiento y se inclinó hacia atrás hasta que ella apareció a la vista detrás de su monitor de ordenador. —Y nosotros odiamos a la gente excesivamente gruñona también —replicó—. Pero los dos debemos aprender a vivir en armonía. —Entonces entrelazó sus dedos e hizo un sonido zumbante.

Rachel deslizó el ratón del ordenador por el escritorio y se cruzó de brazos. —¿Quién eres tú y qué has hecho con Tomek? El Tomek que conozco es un cabrón miserable.

—¡Bienvenida al nuevo yo, nena! ¿Qué me he perdido? ¿Alguna novedad sobre aquellos-que-no-deben-ser-nombrados?

Antes de responder, Rachel se levantó de su silla y se acercó a su escritorio, deteniéndose a su lado. —Tristemente no. Steven Lake está resultando difícil de quebrar.

—¡Parece que tenemos que ponernos nuestros sombreros de pensar, Watson!

Durante un largo momento, Rachel lo miró con una expresión en blanco y desconcertada en su rostro. Luego, gruñó antes de volver

caminando despreocupadamente a su propio escritorio.

Tomek se rió mientras la veía marcharse, luego centró su atención en su ordenador. Necesitaba encontrar un punto de partida, un lugar donde buscar a su misterioso cómplice. Afortunadamente, había pasado toda la noche pensando en ello.

Desde el inicio de la investigación, la conexión aparentemente aleatoria entre la desaparición de Annabelle Lake y la de Jenny Ingles le había preocupado. Debía haber una razón. Tenía que haberla. No encajaba con los motivos de Steven Lake haber recogido al azar a una chica de la calle, violarla, llenarla de heroína y luego matarla de la misma manera que había hecho con su propia hija.

No tenía sentido para él.

Lo que significaba que debía haber una conexión. No entre Steven Lake y Jenny Ingles, sino entre su cómplice y la adolescente.

Una conexión que estaría escondida en lo profundo de la historia de Jenny Ingles.

Lamentablemente, como estaba muerta, se veía obligado a descartar la posibilidad de que ella le ayudara de alguna manera. Lo mismo ocurría con su pobre excusa de madre adoptiva, Alison.

Lo que dejaba solo una posibilidad: los padres biológicos de Jenny Ingles.

CAPÍTULO
SESENTA

Karen y Johnny Ingles vivían en un pequeño dúplex de un dormitorio en Grays, a pocos kilómetros fuera de la M25. Originarios de Canvey Island, se habían visto obligados a mudarse a esa zona hace casi diez años después de perder la custodia de su hija, Jenny.

Eso era más o menos todo lo que Tomek sabía sobre ellos. Y también todo lo que quería saber. Solo se podía aprender hasta cierto punto de un papel; esperaba que ellos pudieran llenar los vacíos y contarle la historia completa.

Junto a la puerta principal había una pequeña planta. Una planta serpiente, *dracaena trifasciata*. Tomek la miró con admiración y pensó en sus propias plantas que ahora ocupaban un lugar destacado en la sala de estar, y sus árboles bonsái en el alféizar de la ventana de su dormitorio. Mientras se agachaba para inspeccionar el contenido del suelo y la salud general de las hojas, no se percató del sonido de la puerta abriéndose ni del hombre que se encontraba de pie sobre él.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó Johnny Ingles.

Agachado sobre sus talones, Tomek levantó la vista para ver a un hombre con el cabello arreglado y una barba aún más cuidada. Llevaba una polo holgada y unos vaqueros que parecían un par de tallas demasiado grandes para él. A primera vista, no parecía ser un hombre incapaz de cuidar de una hija, de que los servicios sociales se la quitaran. Pero ya había cometido ese error en el pasado...

—Disculpe —dijo Tomek mientras volvía a ponerse de pie—. Detective Sargento Tomek Bowen. ¿Es usted Johnny Ingles?

El hombre inmediatamente se puso a la defensiva, su postura se tensó. —Lo soy... —Duda en su voz—. ¿De qué se trata?

Tomek metió la mano en su bolsillo y sacó su placa. Sonriendo, dijo: —¿Puedo pasar?

Johnny Ingles miró por encima de su hombro antes de conceder a Tomek permiso para entrar. —Está un poco desordenado, pero...

—No se preocupe. Veo muchas casas. Veo mucho desorden.

Pero en este caso particular, Tomek no estaba seguro a qué "desorden" se refería Johnny, porque la casa estaba casi impecable, perfecta. Su propio apartamento estaba más sucio que esto y él consideraba que estaba en condiciones bastante decentes y habitables.

En la sala de estar encontró a Karen Ingles sentada en el sofá, jugando en su iPad. La repentina llegada de un extraño a su casa la alarmó y retiró las piernas del sofá antes de ponerse de pie.

—Cariño, este es el Detective Sargento Tomek Bowen. Detective, esta es mi esposa, Karen.

Una vez completadas las formalidades, y tras haber rechazado la oferta de una taza de té, Tomek encontró un asiento en el sofá y apoyó los codos sobre sus rodillas. Le impactó forzosamente lo diferente que era el hogar de la familia Ingles en comparación con la miseria en la que Jenny había estado viviendo con su padre adoptivo.

—Intentaré ser breve, pero como saben, Jenny fue asesinada hace poco. Estoy aquí para informarles que hemos realizado una detención y que su asesino será acusado esta tarde por el asesinato.

Una mirada de alivio, mezclada con dolor, se extendió por sus rostros.

—Pero lamentablemente creemos que hay otro asesino involucrado en su muerte. —Tomek inhaló profundamente, lo contuvo por un momento—. Entiendo que este es un momento muy difícil para ambos, pero me preguntaba si podría hacerles algunas preguntas sobre su hija y cómo la perdieron...

Sorbiendo, conteniendo las lágrimas, Karen Ingles preguntó: —¿Eso va a ayudarle a descubrir quién más mató a nuestra hija?

Tomek asintió lentamente. —Creo que sí.

—Está bien. De acuerdo. Sí. ¿Qué le gustaría saber?

CAPÍTULO
SESENTA Y UNO

Tomek llamó a la puerta y esperó.

Y esperó.

Era casi mediodía, y para entonces la noticia del arresto de Steven Lake ya había comenzado a aparecer en internet y en la televisión y la radio. No los detalles exactos, pero lo suficiente para que su cómplice supiera que su tiempo se había acabado.

Muy pronto.

Tan pronto como abrieran la puerta, de hecho.

Cuando finalmente lo hicieron, se encontró con la presencia de alguien a quien solo había visto una vez y posteriormente había olvidado por completo. No había formado parte de sus procesos mentales, ni había pensado en incluirla en ellos. Había permanecido en la periferia de la investigación desde el principio. Y ahora, sabiendo lo que sabía sobre ella, la felicitaba por su capacidad para mantenerse bien fuera de la vista.

—Detective... ¿Qué hace usted aquí? ¿Es por Steven? ¿Lo han encontrado?

—Creo que usted sabe que lo hemos encontrado, doctora. ¿Puedo pasar?

Situados en la calle frente a la casa de Tara Moore había un puñado de agentes de policía, listos y esperando cualquier imprevisto. Les había pedido que le dieran algo de tiempo con ella antes de que entraran.

—¿Puedo? —preguntó.

La doctora tenía poco que decir al respecto y se hizo a un lado. Desde la última visita de Tomek, el número de decoraciones de delfines y unicornios había disminuido drásticamente, y muchos de los muebles de la casa parecían haber desaparecido.

—¿Se va a alguna parte? —preguntó Tomek mientras miraba a través de las diversas habitaciones que se ramificaban desde el pasillo.

—Solo a unas rápidas vacaciones a Cornwall.

—¿No es cierto que ya ha estado de permiso durante las últimas dos semanas? Me sorprende que le dejen tomarse el tiempo extra.

Tomek se detuvo en la sala de estar; ella se quedó en el umbral, mirándolo fijamente.

—Puedo ser muy persuasiva cuando quiero.

—Eso he oído —dijo Tomek mientras se sentaba en el borde de una mesa de café, con la cabeza aún girando como un faro.

—¿Hay alguna razón en particular por la que ha pasado por aquí, detective? Es que tengo...

—Encontramos a Steven —dijo Tomek, manteniendo su mirada en cada parte de la casa excepto en ella—. Resulta que fue él quien secuestró tanto a su hija como a Jenny Ingles, y luego las mató. Le espera mucho tiempo en prisión. Pero le alegrará saber que no la ha delatado... Se ha mantenido en silencio en ese aspecto.

Pasó un rato antes de que ella dijera algo.

—No me está delatando... ¿qué se supone que significa eso?

—Vamos, Tara. Ambos sabemos lo que significa. Ambos sabemos que usted ha sido quien le ha estado ayudando todo este tiempo. Quien robó el coche de Bradley Baxter. Quien recogió a Annabelle ese día después de la escuela. Quien lo limpió quirúrgicamente después de abandonarlo en la granja. Quien cuidó de ella mientras estaba en esa cabaña. Quien le dio sus comidas favoritas para que pareciera que Vincent Gregory se las estaba dando. Quien convenció y manipuló a Steven Lake para que hiciera toda esta cosa. Quien le sugirió que se hiciera la prueba de ADN en primer lugar.

—Eso fue una mentira.

La declaración tomó a Tomek por sorpresa. Sus palabras no contenían ningún rastro de empatía. En cambio, las dijo con orgullo,

con desafío. Y Tomek presintió que estaba a punto de oír mucho más...

—Yo alteré el correo electrónico con los resultados del ADN —dijo ella.

—¿Cómo?

—Bueno, lo inventé. He visto un par de ellos en mi vida, así que sé cómo funcionan y sé cómo se ven. Todo lo que tuve que hacer fue encontrar una plantilla en blanco, introducir los nombres correctos, la información que yo quería, y luego enviárselo desde una dirección de correo electrónico falsa. Él no iba a notar la diferencia, ¿verdad?

La revelación dejó a Tomek estupefacto. Esto significaba que Annabelle Lake *era* la hija biológica de Steven. Que él la había secuestrado y asesinado por todas las razones equivocadas. Por error...

Tomek se tomó un momento para asimilar la información.

—¿Por qué? —preguntó finalmente—. ¿Por qué le hizo creer que no era suya?

—Porque usted no tenía que escucharlo. Quejándose constantemente de la relación de Elizabeth con Vincent, de lo cercanos que eran, de cuánto sentía que algo había pasado entre ellos. Era interminable y me ponía de los nervios.

—¿Así que lo convenció de destruir a su propia familia como resultado?

Ella se encogió de hombros, indiferente, como si el contexto de la pregunta fuera tan inocuo como si quisiera kétchup con sus patatas: "Sí, si hay, tomaré un poco..."

—A veces todo lo que necesitas hacer es darle a la gente el arma y ellos están dispuestos a hacer el resto...

—Pero no cuando se trató de Jenny Ingles, ¿verdad?

—Steven necesitó un poco más de convencimiento cuando se trató de ella. Tuve que convencerlo de que esto era lo que ella se merecía, que recibió lo que le venía encima.

—No, no es así. Su problema era con sus padres. No con ella. Jenny no tenía nada que ver con su despido, y usted lo sabe.

El brillo en la expresión de Tara pareció retroceder un poco. En la casa de Karen y Johnny Ingles, le habían contado sobre su relación rota e inexistente con su hija, que había sido resultado de la negligencia y falta de profesionalismo de Tara. Antes de trabajar en el Hospital de Southend, Tara había estado haciendo el mismo trabajo como pediatra en el hospital de Basildon. Jenny Ingles había sido una de sus pacientes, pero después de un desacuerdo con sus padres, Tara se había encontrado bajo investigación y despedida del hospital. Después de convencer eventualmente a su gerente en Southend, que resultó ser una buena amiga, rápidamente se encontró en el mismo trabajo en un hospital diferente sin que nadie lo notara. Mientras tanto, había notificado a servicios sociales sobre la ineptitud de Karen y Johnny como padres, y había hecho campaña contra ellos para que perdieran a su hija. Así que mientras ella lograba perder una carrera y recuperarla, los Ingles estaban perdiendo lo único que apreciaban en la vida.

Y de eso se trataba todo esto. Venganza, retribución contra Karen y Johnny Ingles por casi destruir su carrera.

—Era una inadaptada, una puta traficante de drogas que se lo merecía —siseó Tara.

—¿Y a quién cree usted que hay que culpar por eso? Usted la creó. Usted la hizo ir por ese camino. Si no hubiera interferido con su vida o con sus padres, nada de esto habría sucedido.

Tara golpeó la puerta con la mano, tan fuerte que giró y rebotó contra la pared. —¡Si ellos no me hubieran hecho despedir, nada de esto habría sucedido!

No era común que Tomek se sintiera amenazado e incómodo, pero mientras estaba allí a centímetros de esta asesina fría y calculadora, comenzaba a sentirse un poco inquieto. Había algo perturbado en Tara Moore que le asustaba. Que podría volverse loca en cualquier momento y lanzarse sobre él. Pero aún no había terminado. Todavía tenía más preguntas que necesitaban respuestas.

—¿De quién fue la decisión de violar a Jenny?

—De Steven.

Tomek no le creía. Había visto la forma en que el hombre lo había admitido la noche anterior, la forma en que se había sentido avergonzado y arrepentido por sus acciones; no era el comportamiento de un hombre que lo había hecho porque *podía*, porque tenía poder sobre ella. En cambio, se había comportado como un hombre al que le habían ordenado hacerlo.

—Creo que usted lo hizo —continuó Tomek—. Creo que usted lo convenció de hacerlo porque pensó que eso era lo que ella se merecía.

Tara simplemente se encogió de hombros, volviendo a ser indiferente otra vez.

—¿Y qué si lo hice? Ella se lo merecía todo.

—¿Y la heroína?

—Ya la tenía encima. Me ahorró tener que asaltar la estación de medicamentos del hospital. Steven lo intentó un par de veces, pero fue un desastre absoluto. No podía encontrar una vena ni aunque estuviera etiquetada. Así que tuve que intervenir y hacerlo yo, el estúpido bastardo.

—¿Estúpido bastardo? ¿Cómo puede decir eso?

Tara se burló. —Oh, vaya, detective. ¿Realmente pensó que lo amaba? No, claro que no. Fue fácil llegar a él porque estaba tan obsesionado con su familia. Supe desde el momento en que lo conocí que era débil y haría todo lo que yo le dijera.

Eso era todo lo que Tomek necesitaba oír. Tan pronto como ella terminó, dejó escapar un suspiro largo y pesado que desinfló todo su cuerpo y mente. Luego metió la mano en la parte trasera de sus pantalones y desenganchó las esposas de su cinturón.

—Tara Moore, la arresto por el secuestro y asesinato de Annabelle Lake y Jenny Ingles. No está obligada a decir nada...

Y no lo hizo. Se mantuvo en silencio durante todo el viaje de regreso a la comisaría. Tan pronto como entró en la sala de interrogatorios, explicó cada detalle intrincado de su plan como si fuera la hora del

cuento. Como si estuviera presumiendo ante ellos, demostrando lo inteligente que había sido.

Para cuando la entrevista finalmente terminó, Tomek y algunos miembros del equipo fueron a tomar una copa al Last Post. Solo una, porque todos tenían responsabilidades a las que debían volver. Y mientras se dirigía de regreso a su coche, con el contenido del alcohol empezando a arremolinarse en su cerebro, vio una figura en el aparcamiento. Su sospecha inmediata fue que era uno de los amigos criminales de Charlotte que venía a enviarle otro mensaje. Se llevó una agradable sorpresa cuando vio que era Vincent Gregory. El hombre llevaba una sudadera negra con capucha, excepto que esta vez la capucha estaba baja sobre sus ojos para ocultar los moretones en su rostro.

Cuando Tomek se acercó, Vincent se quitó la capucha y extendió su mano. Tomek la ignoró y metió la suya en el bolsillo de su abrigo.

—Me alegro de verle —dijo—. No luce tan mal como pensé que estaría.

—Yo... solo quería darle las gracias. Gracias por todo lo que han hecho ustedes. Y... perdón por la forma en que me comporté. Nunca debí juzgarle como lo hice. Y lo siento.

Tomek quedó impresionado, y antes de que pudiera pensar en una respuesta, el hombre se volvió a poner la capucha sobre la cabeza y desapareció hacia la estación de tren, como un superhéroe desvaneciéndose en la noche.

Mientras veía al hombre irse, Tomek pensó que las últimas veinticuatro horas habían sido saludables, positivas. Ahora había dos asesinos menos en las calles.

Y ahora también podía añadir un racista a esa lista.

CAPÍTULO
SESENTA Y DOS

Una de las ventajas de ser policía era que tenía acceso a muchos más recursos que el ciudadano común. Recursos que le permitían localizar con facilidad la dirección de la chica que había estado acosando a Kasia.

¿Era un uso ético de esos recursos? Probablemente no, pero el acoso tampoco era una práctica ética, y aun así la gente lo hacía, junto con muchas otras cosas mucho peores.

La casa que buscaban estaba al final de la calle. En el lado derecho. Número ciento cuarenta y siete. Google Maps sugería que tenía una puerta con paneles negros con un gran tirador que recorría toda su longitud, y un garaje blanco a la derecha.

—Ciento cuarenta y uno... —dijo Sean, contando los números de las casas mientras Tomek buscaba la puerta principal—. Ciento cuarenta y tres... Ciento cuarenta y cinco.

—Ciento cuarenta y siete. Exactamente como Google le había indicado. Ahora esperaba que los ocupantes fueran exactamente quienes sus sistemas informáticos decían que serían.

—Ahí la tienes, colega. Toda tuya.

Después de encontrar un espacio para aparcar un poco más abajo en la calle, Tomek dejó a Sean en el coche y se dirigió a la puerta principal, enderezándose la corbata mientras caminaba. Era fin de semana, así que esperaba que todos estuvieran en casa, o al menos *alguien*.

Afortunadamente, tenía razón. Cuando la puerta principal se abrió, fue recibido por una mujer que estaba bien entrada en los cincuenta pero que se esforzaba al máximo por aferrarse a sus veinte. Tenía el pelo alisado y rizado, la piel bronceada unos tonos demasiado oscuros como si hubiera estado en la cama solar durante demasiado tiempo. Extensiones de pestañas y cantidades copiosas de maquillaje. Y una pequeña cantidad de Botox en todos los lugares habituales.

—Usted debe ser la señora Redknapp —dijo él.

—¿Le conozco? —respondió Helen Redknapp, con una voz más profunda de lo que él esperaba.

—No. Me llamo Tomek. Me preguntaba si su hija Crystal está en casa.

Helen miró por encima de su hombro y escudriñó el interior de la casa. Aparentemente preocupada por el hecho de que hubiera un hombre de cuarenta años en su puerta preguntando por su hija de trece, llamó a su marido, un bruto enorme de un hombre, que vino abalanzándose hacia la puerta. Sus hombros y músculos eran tan anchos —evidencia de no haber hecho nada más en su vida que levantar pesas— que apenas podía pasar por el marco de la puerta.

—¿Quién eres tú? —gruñó, gesticulando con un ligero movimiento de la cabeza.

—Soy Tomek. Me preguntaba si podría hablar con su hija, por favor.

—¿Qué tienes que ver con mi hija?

—Nada. Solo quería hablar con ella.

—Lo que tengas que decirle a mi hija, me lo puedes decir a mí.

—Eso es exactamente lo que planeo hacer. ¿Tienen algún otro miembro de la familia por ahí que quizás quiera unirse a la conversación? ¿Un hermano, una hermana, tal vez? Solo necesito a ustedes tres, pero todos los demás son bienvenidos, supongo. Cuanta más gente sepa lo que ha estado haciendo su hija, mejor.

Sin previo aviso, Axel Redknapp se abrió paso a empujones delante de su esposa y se plantó frente a Tomek. El hombre era unos centímetros más bajo, pero lo que le faltaba en altura lo

compensaba con creces en anchura y fuerza, cuatro veces más. En su aliento había rastros de un batido de plátano.

—¿Para qué coño estás aquí, colega?

Entonces levantó las manos para tocar a Tomek.

—Yo realmente no haría eso si fuera tú —dijo, tranquilo, en voz baja.

—¿Y por qué coño no?

—Porque me gustaría hablar con tu hija antes de arrestarte por agredir a un oficial de policía.

La sonrisa presumida que Tomek le lanzó a Axel enfureció al hombre, pero la placa que tenía en el bolsillo fue suficiente para calmarlo. Tenía que serlo, de lo contrario se habría encontrado inmovilizado contra el suelo con los brazos en la espalda, siendo retenido mientras lo metían en la parte trasera de un coche de policía.

—Ahora tiene un poco más de sentido para todos ustedes, ¿verdad? —dijo Tomek, sin esforzarse en ocultar el tono de jactancia en su voz—. Ahora, ¿dónde está tu hija?

—¿Qué ha hecho? —preguntó Axel.

—Estás a punto de descubrirlo. Helen, si pudieras ir a buscarla, te lo agradecería mucho. No quiero que esto ocupe mucho más tiempo de todos nosotros.

Helen no necesitó que se lo dijeran dos veces. De inmediato, les dio la espalda y corrió hacia el interior de la casa. El sonido de ella llamando a su hija resonó por el pasillo hasta el porche. Un momento después, ambas mujeres aparecieron.

Crystal era la viva imagen de su madre, y estaba claro ver quién trataba de emular a quién. La joven llevaba una sudadera gruesa de color verde y unos pantalones de chándal holgados metidos cuidadosamente en unos gruesos calcetines blancos. Últimamente veía cada vez más ese estilo, especialmente en Kasia. Quizás era la moda... algo que nunca había entendido.

—La familia está reunida de nuevo, genial. —Tomek aplaudió y dio un paso adelante, esperando a que Axel se apartara de su camino—. Esto será breve y dulce para todos. No hay necesidad de

entrar. Si sus vecinos escuchan, ese es su problema, no el mío. Solo voy a decir esto una vez, y eso es todo. ¿Están todos listos?

La pregunta era retórica, pero todos asintieron con la cabeza de todos modos. Era evidente que tenían miedo, preocupados por lo que les iba a decir. Y él estaba disfrutando de esto, y estaba decidido a disfrutarlo más de lo que Crystal disfrutaba fastidiando a su hija.

—Helen, Axel, ha llegado a mi conocimiento que su hija ha recibido cierta imagen mía. Ella puede explicarles la logística y los antecedentes de eso, pero lo que estoy aquí para informarles es que compartir dicha imagen con el resto de la escuela se considera porno de venganza y es un delito muy grave que puede resultar en una larga condena de prisión.

—También ha llegado a mi conocimiento que su hija ha estado acosando a mi hija en la escuela. Robándole la ropa durante educación física. Humillándola frente a toda la clase. Haciendo que llame para reportarse enferma y desee no tener que ir. Ahora, puedo tolerar lo de la imagen, eso es burlarse de mí. Pero cuando afecta a mi hija, y ustedes eligen atacar a mi hija con cosas así y todo lo demás que le hacen, eso es algo que no toleraré. Así que he venido aquí de buena fe para advertirles que se mantengan alejados de ella. Y si descubro que esto ha continuado, entonces volveré. Y volveré con una orden de arresto.

—¿Por qué? No puedes arrestarla por acoso —siseó Helen.

—No. Muy cierto. Pero puedo arrestarlos a ambos por sus conexiones con Billy Morton y el círculo de drogas que está operando en Canvey Island. Me alegro de que nos hayamos encontrado el otro día en el estacionamiento de Knightsbridge, Axel; hizo que fuera mucho más fácil reconocer tu cara. —Tomek hizo una pausa para examinar la casa—. Esta es una propiedad *muy* bonita que tienen —dijo—. No es barata, imagino. Y su Range Rover Sport también es un coche encantador; me encantaría tener uno algún día, pero por ahora me quedaré con mi coche. Pero me gustaría aún más saber cómo pagaron por todo esto. Quizás podríamos discutirlo en una sala de interrogatorios algún día...

—N-N-No será necesario... —balbuceó Axel, con voz débil y ronca.

—Excelente. Entonces espero que todos nos entendamos mutuamente. Crystal se mantendrá alejada de mi Kasia, y yo me mantendré alejado de ustedes. Disfruten de su tarde, chicos. Y no hagan nada fuera de lo común; tendemos a detectar cosas así...

Tomek les ofreció una burla de saludo y una sonrisa extremadamente presumida que amenazaba con consumir su rostro. Caminó con un notable resorte en su paso de vuelta al coche, y mientras se desplomaba en el asiento del pasajero, comenzó a reírse.

—¿Resultado positivo entonces? —preguntó Sean mientras arrancaba el motor y metía primera.

—Tenías razón —respondió Tomek—. Nunca me habría divertido tanto si le hubiera dado una paliza.

—No es que hubieras podido, ojo —dijo Sean—. Viste el tamaño del tipo, ¿verdad?

La sonrisa desapareció del rostro de Tomek. —Que te jodan. Ahora llévame a casa. Tengo una tarde que me gustaría pasar con mi hija.

Para cuando lo dejaron en el piso, Kasia había terminado de hornear el pastel que habían preparado por la mañana.

—¡Huele bien! —dijo Tomek al entrar en la cocina.

Ella tenía su teléfono a un lado, con música sonando desde los pequeños altavoces, y estaba bailando al ritmo de Harry Styles.

—Sabe aún mejor —respondió, con pequeñas migas de pastel pegadas alrededor de su boca.

Entonces le dio un trozo. Un asalto abrumador de limón golpeó sus sentidos y envió sus papilas gustativas a un estado de excitación.

—Tienes razón, está delicioso. ¿Aprendiste a hacer esto en la clase de cocina? —preguntó Tomek.

—Pfft. Por favor. La señora Shaw desearía saber cocinar tan bien como esto...

—Entonces creo que hemos encontrado tu pasión —respondió mientras tomaba otra rebanada de pastel—. Este es uno de los mejores que he probado en mucho tiempo.

—Bueno, no puedo hacerlo todos los días, o te pondrás gordo. Y a tu edad...

—Sí, sí. Ya es suficiente, gracias.

Tomek se estiró por encima del mostrador, tocó la pantalla del teléfono y luego redujo el volumen de los altavoces. Era bueno volver a escuchar sus propios pensamientos.

—¿Fue bien tu reunión? —preguntó ella.

Por un momento a Tomek le llevó un tiempo averiguar a qué se refería. Pero entonces recordó. La pequeña mentira piadosa que le había contado.

—Muy bien, gracias —dijo—. Mejor de lo esperado.

Cuando Tomek se estiró para coger otra rebanada, incapaz de controlarse, ella le dio una palmada en el dorso de la mano con una cuchara de madera.

—¡Papá, *para*!

Al principio no estaba seguro de haberla escuchado correctamente. Pero luego, al ver la vergüenza y el bochorno en su cara, supo que había dicho lo que él pensaba.

—¿Acabas de llamarme *papá*?

La calidez se hinchó en su cuerpo.

—No. No, no lo he hecho...

La sonrisa presumida que había lucido frente a la casa financiada con drogas de los Redknapp volvió, más grande, más brillante y más audaz esta vez.

—Lo hiciste. Dijiste *papá*. Dijiste: "Papá, para"... *Papá*...

No pensaba que llegaría este día. No pensó que ella se sentiría lo suficientemente cómoda como para llamarlo con esa palabra. Pero lo había hecho y lo estaba. Algo debía haber cambiado, algo dentro de ella debía haber pensado que era una buena idea, que él se lo merecía.

No necesitaba saber qué o por qué; se contentaba con dejar que esa información se quedara con ella. Solo el hecho de que lo hubiera dicho era suficiente.

Que su relación avanzaba en la dirección correcta.

Papá...

Lo que le recordó. Por cada papá también había una mamá.

—Estaba pensando —comenzó, masajeándose el dorso de la mano—. No has dicho nada sobre ir a ver a tu madre últimamente. ¿Es algo que todavía te interesa hacer?

Kasia no necesitó mucho tiempo para tomar una decisión. Se mordió el labio inferior, se apartó un mechón de pelo de los ojos y negó con la cabeza.

—No, no lo creo —dijo con confianza.

—¿Segura?

—Segurísima.

—Bueno, si alguna vez cambias de opinión, solo házmelo saber y organizaré algo.

Sonriendo, dio un paso adelante, rodeó su cintura con los brazos y lo abrazó.

—Gracias —dijo.

—¿Perdón?

—¿Gracias...?

—¿Qué te falta?

Ella lo miró y puso los ojos en blanco.

—Vale. Gracias, *papá*.

—Así está mejor.

—No vas a dejarlo pasar ahora, ¿verdad?

—Puedes apostar tu trasero a que no.

—Eh. ¡El lenguaje!

—Trasero está bien. Puedes decir trasero. Estoy de suficiente buen humor como para dejarlo pasar.

Rodeó su hombro con el brazo y la atrajo más cerca contra su pecho.

—Aww —dijo ella—. Gracias, papá. Gilipollas.

OTRAS OBRAS DE JACK PROBYN

La serie de misterio y asesinato del DS Tomek Bowen:

LIBRO 1: LA JUSTICIA DE LA MUERTE

Southend-on-Sea, Essex: El detective sargento Tomek Bowen —dedicado, tenaz y atormentado por la muerte de su hermano— es llamado a una de las escenas del crimen más impactantes que jamás haya visto. Un hombre ha sido asesinado ritualmente y abandonado en un huerto cerca del aeropuerto local. Las primeras investigaciones indican que se trataba de un hombre con un pasado. Un pasado que le ganó muchos enemigos.

Descargar La Justicia de la Muerte

LIBRO 2: LAS GARRAS DE LA MUERTE

Annabelle Lake creyó reconocer el Ford Fiesta que esperaba fuera de su escuela, y al conductor. Se equivocó. Su cuerpo es descubierto algún tiempo después, colgando de un columpio en un parque infantil local en Canvey Island.

LIBRO 3: EL TOQUE DE LA MUERTE

Cuando la niebla se despeja una mañana de diciembre en Essex, se descubre el cuerpo de una adolescente tendido boca abajo en un campo. Como resultado, el caso rápidamente llega al escritorio del DS Tomek Bowen quien, mientras intenta compaginar su nueva vida como padre soltero de una hija de trece años, debe desentrañar la mortal secuencia de eventos y sacar la verdad a la luz.

Descargar El Toque de la Muerte

LIBRO 4: EL BESO DE LA MUERTE

Los secretos más oscuros nunca permanecen ocultos por mucho tiempo...

Cuando el cuerpo de un hombre sin hogar es descubierto en el paseo marítimo de Southend, encajado entre las casetas de playa de Thorpe Bay, la gente de Essex ni siquiera arquea una ceja.

Pero cuando la autopsia revela que la identidad es la del diputado local, Herbert Tucker, el pueblo comienza a prestar atención.

LIBRO 5: EL SABOR DE LA MUERTE

Algunos secretos nunca se desvanecen…

En una mañana ventosa y gélida, Morgana Usyk, propietaria del Café Morgana, visita el puerto Mulberry a poco más de un kilómetro y medio mar adentro. Poco después, su cuerpo es encontrado en las aguas poco profundas, flotando junto al puerto.

SOBRE EL AUTOR

Jack Probyn es un escritor británico de novela negra y autor de la serie de thrillers policíacos de Jake Tanner, ambientada en Londres.

Actualmente vive en Surrey con su pareja y su gato, y está trabajando en una nueva serie de misterio y asesinatos ambientada en su ciudad natal de Essex.

¿No deseas registrarte en otra lista de correo? Puedes mantenerte al día con los nuevos lanzamientos de Jack siguiendo alguna de las siguientes cuentas. Te enterarás cuando tenga un nuevo libro a punto de salir, sin la molestia de unirte a mi lista de correo.

Botón de "Seguir" en la página de autor de Amazon:

1. Haz clic en este enlace: https://geni.us/AuthorProfile
2. Debajo de mi foto de perfil hay un botón que dice "Seguir"
3. Haz clic en él y Amazon te enviará correos sobre nuevos lanzamientos y promociones.

Botón de "Seguir" en la página de autor de BookBub:

1. Similar al de Amazon, haz clic en este enlace: https://www.bookbub.com/authors/jack-probyn
2. Junto a mi foto de perfil hay un botón que dice "Seguir"
3. Haz clic en él y BookBub te notificará cuando tenga un nuevo lanzamiento

Si quieres información más actualizada sobre nuevos lanzamientos, mi proceso de escritura y todo lo demás, el mejor lugar para estar al tanto es mi página de Facebook. Tenemos una pequeña comunidad creciendo allí. ¿Por qué no formas parte de ella?

